



<http://revistahistoria.universia.net>

## Dossier: Desastres Naturales en América Latina

### Artículos

- **Natural Disasters in Latin America: Introduction to the Dossier**  
Charles F. Walker
- **Las inundaciones de 1959 en Uruguay. Un nuevo país lucha contra la catástrofe**  
Mariana Iglesias
- **Terremotos, pestes y calamidades. Del castigo y la misericordia de Dios en la Nueva Granada (Siglos XVIII y XIX)**  
Juan Carlos Jurado Jurado
- **Apuntes sobre memorias sensoriales y catástrofes. Chile, siglos XVI-XVIII**  
Mauricio Onetto Pavez
- **Una identidad terremoteada. Chile en 1960**  
Alfredo Riquelme Segovia y Bárbara Silva Avaria
- **Aportes de la historia aplicada para el estudio de los desastres. El caso del huracán Juana en Costa Rica: 1988**  
Margarita Torres Hernández y Ana Yolanda Zúñiga Arias

### Reseñas

- *Aftershocks: Earthquakes and Popular Politics in Latin America.* Jürgen Buchenau and Lyman L. Johnson, editors. Quinn P. Dauer
- *In the Shadow of Melting Glaciers. Climate Change and Andean Society.* Mark Carey. Ramiro Alberto Flores Guzmán
- *Revolutions in the Atlantic World: A Comparative History.* Wim Klooster. David Home Valenzuela
- *The Ruins of the New Argentina. Peronism and the Remaking of San Juan after the 1944 Earthquake.* Mark A. Healey. José Ragas

## Hib. Revista de Historia Iberoamericana

*Historia Iberoamericana* nace con la misión de contribuir a la reflexión sobre el espacio cultural iberoamericano, ampliar el horizonte de las historiografías nacionales, generar un mayor grado de integración entre los historiadores iberoamericanos y aportar a los debates de nuestras sociedades.

*Historia Iberoamericana* aparece dos veces al año y cada uno de sus números contiene artículos de investigación histórica original de alta calidad, garantizada por la evaluación anónima de los pares.

*Historia Iberoamericana*, publicada en español, portugués e inglés, no tiene restricciones temáticas, metodológicas ni cronológicas, tampoco respecto del carácter monográfico o general de sus artículos y números.

Su sello distintivo está en una perspectiva y un enfoque que sitúa el objeto de estudio en su relevancia contemporánea. *Historia Iberoamericana* está dirigida a todos los historiadores especialistas en historia iberoamericana y busca integrar, asimismo, a las nuevas generaciones doctoradas o en vías de doctorarse en universidades de la región.

## Comité de Dirección | Executive Board | Comitê Executivo

**Sol Serrano, Directora**

Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile  
sserrano@hib.universia.net

**Patricio Bernedo, Editor**

Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile  
pbernedo@hib.universia.net

**Fernando Purcell, Co-Editor**

Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile  
fpurcell@hib.universia.net

**Luz María Díaz de Valdés**

Secretaria de Redacción  
luzmaval@hib.universia.net

## Comité Científico | Scientific Board | Comitê Científico

**Manuel Burga**

Escuela de Historia, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Perú.

**Elisa Cárdenas**

Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara, México.

**Manuel Chust**

Departamento de Historia, Geografía y Arte, Universidad de Jaume I, España.

**Carlos Alberto de Moura Zeron**

Departamento Historia, Universidad de Sao Paulo, Brasil.

**Eduardo Devés**

Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile, Chile.

**Roberto di Stefano**

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

**Javier Donézar**

Departamento de Historia Contemporánea, Universidad Autónoma de Madrid, España.

**Pilar González Bernaldo**

Département d'Espagnol, Etudes Interculturelles de Langues Appliquées, Universidad de París VII, Francia.

**Jorge Hidalgo**

Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Chile.

**Iván Jaksic**

Stanford University, Estados Unidos; Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile.

**María Dolores Luque**

Departamento de Historia, Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico.

**Carlos Malamud**

Facultad de Geografía e Historia, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), España.

**Florencia Mallon**

Departamento de Historia, University of Wisconsin-Madison, Estados Unidos.

**José Luis Martínez**

Departamento de Ciencias Históricas Universidad de Chile, Chile.

**Pedro Martínez Lillo**

Departamento Historia Contemporánea, Universidad Autónoma Madrid, España.

**Alicia Mayer**

Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

**Antonio Fernando Mitre**

Departamento de Ciencias Políticas, Universidad Federal de Minas Gerais, Brasil.

**Raúl Navarro**

Escuela de Estudios Hispano-Americanos (EEHA), Sevilla, España.

**Marco Antonio Pamplona**

Departamento de Historia, Pontificia Universidad Católica de Rio de Janeiro, Brasil.

**Pedro Pérez Herrero**

Departamento de Historia II, Universidad de Alcalá, España.

**Héctor Pérez-Brignoli**

Escuela de Historia Universidad de Costa Rica, Costa Rica.

**Eduardo Posada-Carbó**

Latin American Centre, Oxford Saint Antony's College, Inglaterra.

**Inés Quintero**

Instituto de Estudios Hispanoamericanos, Universidad Central de Venezuela, Venezuela.

**Luis Alberto Romero**

Departamento de Historia, Universidad de Buenos Aires; Centro de Estudios de Historia Política, Universidad Nacional de San Marcos, Argentina.

**Hilda Sabato**

Departamento de Historia, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

**Guillermo Zermeño**

Centro de Estudios Históricos Colegio de México, México.

## Selección | Procedure | Procedimiento

### Normas para Autores

I.- Hlb publica artículos originales que contribuyan al conocimiento de la historia de Iberoamérica, y que fomenten el debate y el intercambio entre los investigadores. Las temáticas están abiertas a todos los aspectos históricos, sean sociales, culturales, religiosos, políticos y económicos, abarcando cronológicamente desde el período prehispánico hasta el contemporáneo. Hlb se publica en español y portugués, aceptándose también artículos escritos en inglés.

II.- Los autores deberán enviar sus artículos en formato Word al correo electrónico: [editor@hib.universia.net](mailto:editor@hib.universia.net)

III.- Los artículos deberán tener una extensión máxima de 50 páginas, tamaño carta, a doble espacio -en letra Arial Regular 12-, incluyendo notas, gráficos, cuadros, ilustraciones, citas y referencias bibliográficas.

IV.- Las citas irán a pie de página y deberán ajustarse a las siguientes indicaciones:

1) Cuando se cite por primera vez una obra, deberá figurar nombre y apellido del autor, título (cursiva), ciudad, editorial, año de edición y páginas (p./pp.). Todos estos datos deberán aparecer separados por comas. Las referencias siguientes a esa obra se harán citando el apellido del autor (en mayúsculas), seguido de op.cit. Ejemplos:

1.a) Marcello Carmagnani, *El otro occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*, Fondo de Cultura Económica, 2004.

1.b) Carmagnani, op. cit., pp. 38-98.

2) Se escribirá en cursiva solamente el título del libro o de la revista en la que se incluya el artículo que se cite, yendo éste entre comillas. En este caso, junto al nombre la revista, se añadirá el volumen, número, año y páginas. Ejemplos:

2.a) Emilia Viotti da Costa, "1870-1889", Leslie Bethell (editor), *Brazil: Empire and Republic, 1822-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 161-215.

2.b) José Alfredo Uribe, "Economía y mercado en la minería tradicional mexicana, 1873-1929", *Revista de Indias*, Vol LXI, N° 222, Madrid, 2001, pp. 47-94.

3) Idem e Ibidem (sin acentuar y en cursiva si se refiere a un artículo o un libro. Si se refiere a una fuente documental no irá en cursiva) se utilizarán para reproducir la cita anterior. Idem cuando es exactamente igual e Ibidem cuando contiene alguna variación como número de páginas, capítulos, etc.

V.- Junto a los artículos se enviará un resumen de entre 6 y 10 líneas, además de entre 4 y 8 palabras claves. En el resumen se especificarán los objetivos, las principales fuentes y resultados de la investigación.

VI.- El nombre del autor(a) y el de la institución a la que pertenece se deberán indicar claramente. Con un llamado a pie de página al final del título se podrá indicar si el texto es el fruto de algún proyecto de investigación concursable.

VII.- Los autores deberán estar en disposición de ceder los beneficios derivados de sus derechos de autor a la revista.

VIII.- El Editor Responsable de HIB acusará recibo de los artículos en un plazo de quince días hábiles a partir de su recepción. La aceptación de las colaboraciones dependerá de los arbitrajes ciegos y confidenciales de a lo menos dos especialistas. A partir de sus informes, la Comisión Editora decidirá sobre la publicación e informará a los autores. En caso positivo, el plazo máximo transcurrido desde la llegada del artículo y su publicación es de un año. Al final de cada artículo figuran las fechas de recepción y publicación del mismo.

IX.- HIB se publica dos veces al año.

X.- HIB publica regularmente reseñas de libros, de no más de tres años de antigüedad, editados en español, portugués o inglés. Las reseñas no deben extenderse más de tres páginas, tamaño carta, y deben ser escritas a doble espacio, en letra Arial Regular 10. Las reseñas deben ser enviadas al correo electrónico: [editor@hib.universia.net](mailto:editor@hib.universia.net)

XI.- Declaración de privacidad.

Los nombres y direcciones de correo electrónicos introducidos en esta publicación se usarán exclusivamente para los fines declarados por esta revista y no estarán disponibles para ningún otro propósito u otra persona e institución.

### Instructions for Authors

I.- HIB publishes original articles that contribute to knowledge of the history of Latin America, and to encourage discussion and exchange among researchers. The topics are open to all historical aspects, whether social, cultural, religious, political and economic, ranging chronologically from the prehistoric period until today. HIB is published in Spanish and Portuguese, also accept articles written in English.

II.- The authors should send their articles in Word format to e-mail: [editor@hib.universia.net](mailto:editor@hib.universia.net)

III.- The articles must have a maximum length of 50 pages, letter-size, double-spaced in-point Arial Regular 12- including notes, graphs, charts, illustrations, quotations and references.

IV.- The appointments will go to footer and must comply with the following:

1) When is acknowledged for the first time a work, must bear full name of author, title (italics), city, publisher, year of release and pages (p / pp.). All these data should appear separated by commas. The following references to that work will be quoting the author's surname (in capital letters), followed by op. Examples:

1.a) Marcello Carmagnani, *El otro occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*, Fondo de Cultura Económica, 2004.

1.b) Carmagnani, op. cit., pp. 38-98.

2) It is written in italics only the title of the book or magazine to be included in the article that cited, it going in quotation marks. In this case, the magazine next to the name is added to the volume, number, year and pages. Examples:

2.a) Emilia Viotti da Costa, "1870-1889", Leslie Bethell (editor), *Brazil: Empire and Republic, 1822-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 161-215.

2.b) Jose Alfredo Uribe, "Economy and mining market in traditional Mexican, 1873-1929", *Revista de Indias*, Vol LXI, No. 222, Madrid, 2001, pp. 47-94.

3) Ibid e Ibid (non-accented and in italics if it refers to an article or book. If you're referring to a source documentary does not go in italics) will be used to reproduce the above quotation. Idem when exactly the same and when Ibid contains some variation as number of pages, chapters, etc.

V.- Along with articles will be sent a summary of between 6 and 10 lines, as well as between 4 and 8 keywords. The summary specifies the objectives, the main sources and research results.

VI.- The author's name (a) and the institution to which it belongs should be clearly. With a call to footer at the end of the title may indicate whether the text was the fruit of a research project contest.

VII.- The authors must be willing to cede the benefits of their copyright to the journal.

VIII.- The editor in charge of Hlb acknowledge receipt of articles within fifteen working days of receiving it. Acceptance of contributions will depend on arbitrations blind and confidential at least two specialists. From their reports, the editorial board decide to publish and inform the authors. If yes, the maximum period elapsed since the arrival of the article and its publication is one year. At the end of each article contains the date of receipt and publication.

IX.- Hlb is published twice a year.

X.- Hlb regularly publishes book reviews, not more than three years old, published in Spanish, Portuguese or English. The profiles should not extend more than three-page letter size, and must be written double-spaced, Arial Regular 10 point. The profiles should be sent to e-mail: editor@hib.universia.net

XI.- Privacy Statement

The names and email addresses entered in this publication will be used solely for the purposes declared by this magazine and will not be available for any other purpose or another person and institution.

## Normas para Autores

I.- Hlb publica artigos originais que contribuem com o conhecimento da historia de Ibero-América, e que propiciem o debate e o intercâmbio entre os pesquisadores. As temáticas estão abertas a todos os aspectos históricos, já sejam sociais, culturais, religiosos, políticos ou econômicos, abrangendo cronologicamente do período pré-hispânico até o contemporâneo. Hlb é publicada em espanhol e em português, sendo também aceitos artigos escritos em inglês.

II.- Os autores deverão enviar seus artigos em formato Word para o e-mail: editor@hib.universia.net

III.- Os artigos deverão ter uma extensão máxima de 50 páginas, em papel tamanho carta, entre-linha duplo, com letra Arial Regular 12-, incluindo notas, gráficos, quadros, ilustrações, citas e referências bibliográficas.

IV.- As citas irão no pé de página e deverão estar ajustadas às seguintes indicações:

1) Quando for citada uma obra pela primeira vez, deverão aparecer o nome e o sobrenome do autor, o título (itálico), a cidade, editora, ano de edição e páginas (p./pp.). Todas essas informações deverão estar separadas por vírgulas. As referências posteriores sobre essa obra serão realizadas citando o sobrenome do autor (em caixa alta), seguido de op.cit. Exemplos:

1.a) Marcello Carmagnani, *El otro occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*, Fondo de Cultura Económica, 2004.

1.b) Carmagnani, op. cit., pp. 38-98.

2) Será escrito em itálico apenas o título do livro ou da revista na qual for incluída o artigo a ser citado, figurando o mesmo entre aspas. Nesse caso, junto ao nome da revista, será acrescentado o volume, número, ano e quantidade de páginas. Exemplos:

2.a) Emilia Viotti da Costa, "1870-1889", Leslie Bethell (editor), *Brazil: Empire and Republic, 1822-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 161-215.

2.b) José Alfredo Uribe, "Economia e mercado na mineração tradicional mexicana, 1873-1929", *Revista de Índias*, Vol LXI, N° 222, Madri, 2001, pp. 47-94.

3) Idem e Ibidem (sem acentuar e em itálico se for a respeito de um artigo ou de um livro. Se for a respeito de uma fonte documentária, não estará em itálico) serão utilizadas para reproduzir a cita anterior. Idem quando for exatamente igual e Ibidem quando contém alguma variação como número de páginas, capítulos, etc.

V.- Junto com os artigos será enviado um resumo de entre 6 e 10 linhas, além de entre 4 e 8 palavras-chave. No resumo serão especificados os objetivos, as principais fontes e os resultados da pesquisa.

VI.- O nome do autor(a) e o da instituição à qual ele pertence deverão estar indicados claramente. Com uma nota no pé da página, no final do título, poderá ser indicado se o texto é o resultado de algum projeto de pesquisa sujeito a concurso.

VII.- Os autores deverão estar dispostos a ceder os benefícios derivados de seus direitos de autor à revista.

VIII.- O Editor Responsável pela Hlb acusará recebimento dos artigos dentro de um prazo de quinze dias úteis a partir de seu recebimento. A seleção das cooperações vai depender das arbitragens cegas e confidenciais de pelo menos dois especialistas. A partir de seus relatórios, a Comissão Editora

definirá a publicação e informará os autores. Em caso positivo, o prazo máximo transcorrido desde a chegada do artigo até sua publicação é de um ano. No final de cada artigo aparecem as datas de recebimento e publicação.

IX.- Hib é publicada duas vezes ao ano.

X.- Hib publica regularmente resenhas de livros, com, no máximo, três anos de antigüidade, editados em espanhol, português ou inglês. As resenhas não devem ir além das três páginas, folha tamanho carta, e devem ser escritas a espaço duplo, com letra Arial Regular 10. As resenhas devem ser enviadas para o correio eletrônico: [editor@hib.universia.net](mailto:editor@hib.universia.net)

XI.- Declaração de privacidade Os nomes e endereços de correio eletrônico introduzidos nesta publicação serão utilizados exclusivamente para os fins declarados por esta revista e não estarão disponíveis para nenhum outro propósito ou outra pessoa ou instituição.

## Enviar artículos | Submit Articles | Enviar Artigos

[editor@hib.universia.net](mailto:editor@hib.universia.net)

## Consultas | Suggestions | Consultas

[editor@hib.universia.net](mailto:editor@hib.universia.net)

---

The logo for uni>ersia, featuring the text 'uni>ersia' in white on a red rectangular background.

© PORTAL UNIVERSIA, S.A., Madrid 2011. Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, distribuida, comunicada públicamente o utilizada con fines comerciales, ni en todo ni en parte, modificada, alterada o almacenada en ninguna forma ni por ningún medio, sin la previa autorización por escrito de la sociedad Portal Universia, S.A.  
Ciudad Grupo Santander. Avda. de Cantabria, s/n - 28660. Boadilla del Monte. Madrid, España.



# Sumario | Summary | Sumário

- 1** **Natural Disasters in Latin America: Introduction to the Dossier** 10-12  
*Desastres naturales en América Latina: Introducción al dossier*  
*Desastres naturais na América-Latina: Introdução ao dossiê*  
Charles F. Walker
- 2** **Las inundaciones de 1959 en Uruguay. Un nuevo país lucha contra la catástrofe** 13-24  
*The 1959 Floods in Uruguay. A New Country Fights against a Catastrophe*  
*As inundações de 1959 no Uruguai. Um novo país luta contra a catástrofe*  
Mariana Iglesias
- 3** **Terremotos, pestes y calamidades. Del castigo y la misericordia de Dios en la Nueva Granada (Siglos XVIII y XIX)** 25-49  
*Earthquakes, Plagues and Calamities. The Punishment and Mercy of God in New Granada (Eighteenth and Nineteenth Centuries)*  
*Terremotos, pestes e calamidades. Do castigo e a misericórdia de Deus em Nova Granada (Séculos XVIII e XIX)*  
Juan Carlos Jurado Jurado
- 4** **Apuntes sobre memorias sensoriales y catástrofes. Chile, siglos XVI-XVIII** 50-66  
*Notes on Sensory Memories and Catastrophes. Chile, Sixteenth to Eighteenth Centuries*  
*Notas sobre memórias sensoriais e catástrofes. Chile, séculos XVI-XVIII*  
Mauricio Onetto Pavez
- 5** **Una identidad terremoteada. Chile en 1960** 67-91  
*A Shaken Identity. Chile in 1960*  
*Uma identidade terremoteada. Chile em 1960*  
Alfredo Riquelme Segovia y Bárbara Silva Avaria
- 6** **Aportes de la historia aplicada para el estudio de los desastres. El caso del huracán Juana en Costa Rica: 1988.** 92-115  
*Contributions of Applied History to the Study of Disasters. The Case of Hurricane Juana in Costa Rica: 1988*  
*Aportes da história aplicada para o estudo dos desastres. O caso do Furacão Juana na Costa Rica: 1988*  
Margarita Torres Hernández y Ana Yolanda Zúñiga Arias
- 7** **Aftershocks: Earthquakes and Popular Politics in Latin America. Jürgen Buchenau and Lyman L. Johnson, editors. Reseña** 116-119  
Quinn P. Dauer
- 8** **In the Shadow of Melting Glaciers. Climate Change and Andean Society. Mark Carey. Reseña** 120-122  
Ramiro Alberto Flores Guzmán
- 9** **Revolutions in the Atlantic World: A Comparative History. Wim Klooster. Reseña** 123-124  
David Home Valenzuela
- 10** **The Ruins of the New Argentina. Peronism and the Remaking of San Juan after the 1944 Earthquake. Mark A. Healey. Reseña** 125-127  
José Ragas

## Natural Disasters in Latin America: Introduction to the Dossier

*Desastres naturales en América Latina: Introducción al dossier*

*Desastres naturais na América-Latina: Introdução ao dossiê*

### AUTOR

**Charles F. Walker**

University of  
California, Davis,  
California, Estados  
Unidos

[cfwalker@ucdavis.edu](mailto:cfwalker@ucdavis.edu)

### DOI

**10.3232/RHI.2011.  
V4.N1.01**

Studies on natural disasters in Latin America are increasing in number and quality for good and bad reasons. First, the bad, or unpleasant. The hemisphere continues to bear the brunt of earthquakes, floods, droughts, hurricanes, and other maladies. The Chilean and Haitian earthquakes are the best known of recent catastrophes but other nations and regions have been plagued as well. The media in Latin America pays growing attention to these. Disaster and distressing aftermath pictures sell newspapers and keep people watching the TV. In fact, in North, Central, and South America, disasters are sometimes the only times that the national media focuses, although briefly, on the poor and *el campo*. Climate change and ensuing “extreme weather” will make disasters and their coverage ever more common. Key topics addressed in these essays—how people understand nature and the built environment as well as how societies react to catastrophes—are increasingly relevant topics in the twenty-first century.

There is, however, a more positive reason. As these studies show, historically-focused works on natural disasters are making important and novel methodological and theoretical contributions.<sup>1</sup> They also highlight a general trend, perceivable in a variety of subfields of history: the attention to good writing and story telling. These five articles, while examining different countries (Chile, Uruguay, Nueva Granada, and Costa Rica), time periods (1600-2000), and catastrophes (floods, earthquakes, plagues, hurricanes, and more), all use disasters to highlight social and cultural issues and to push history towards new forms of analysis. They build from different theoretical schools and sources yet, together, show the benefits of natural disasters as an entryway into rethinking Latin America. Rather than summarizing each text, I will highlight some of these contributions.

Mauricio Onetto Pavez takes us into an almost completely novel field in colonial and modern Latin America—the history of the senses. This highly theoretical piece begins by examining representations of representations of disasters, how artists have depicted how others had understood earthquakes.

The author thus reviews the constructed nature of events and memory, arguing that for colonial Chile (and beyond) *olores* and *colores* proved to be particularly important referents. He notes how eschatology and, in essence, the baroque stressed new forms of understanding smells and flavors. Water plays an important role in the diverse moments he studies, thus linking his article in surprising ways with historians more attuned to water and environmental studies. Onetto Pavez sheds light on how panic-stricken depictions of disasters stressed new smells, flavors, and the use of the senses, the world turned upside down. This sophisticated study should push scholars towards the history of the senses, an almost “untouched” topic in Latin America.

Juan Carlos Jurado Jurado examines religious reactions to New Granadan catastrophes in the eighteenth and nineteenth centuries. He explores what Luis Miguel Glave has called “fatalismo barroco” and the fantastic portfolio of saints, rogativas, and processions employed to placate divine wrath.<sup>2</sup> The research is prodigious. He not only examines popular religiosity over time and place but also reviews changing notions of “disasters,” nature, and calamities. His call in the conclusion to develop the analysis of religious iconography is on the mark—his articles shows the complexity and richness of popular devotion and again indicates the unique perspective gained by interdisciplinary studies of disasters.

Uruguay is not a country often associated with natural disasters. Nonetheless, massive flooding took place in 1959. Mariana Iglesias examines how different political groups framed and addressed the social and economic disruption. This article complements nicely Mark Healey’s recent book that uses natural disasters, in that case, the San Juan, Argentina earthquake of 1944, to reconsider modern politics.<sup>3</sup> In 1959, the Partido Colorado had recently relinquished its control of the presidency to the Partido Nacional and Iglesias acutely illuminates how these two groups and internal factions within them understood the flooding. Her examination of the conflicting views of the catastrophe as disaster and, alternately, as war is particularly interesting, a sophisticated indication of the relationship between environmental and political or social history. Mariana Iglesias confirms the unique perspective that natural disasters can provide on social and political phenomena, bringing Uruguay to the front of discussions about catastrophes and politics.

*Identidad terremoteada* examines the massive 1960 earthquake in Valdivia, one of the most powerful and destructive in global history. The authors, Alfredo Riquelme Segovia and Bárbara Silva Avaria, plot a fascinating path of analysis—how the catastrophe interrupted and affected Chile’s sesquicentenary. They do a splendid job of contextualizing the reactions to the earthquake, highlighting the Cold War language and mentalities and the very mid-century search for national metaphors, often in terms of space. They summarize this in a *frase feliz* as *la nación telúrica*. The article makes many strong contributions but I found the comparisons with this decade’s bicentennials particularly germane. I had reached a point where I doubted that anything original could come from essays on bicentennials—this essay changed my mind. It’s a model of contemporary history, deeply researched, highly analytical, well written, and timely.

“Aportes de la historia aplicada para el estudio de los desastres” addresses an age-old question—is the understanding of history useful for contemporary society? Margarita Torres Hernández and Ana Yolanda Zuñiga Arias state from the beginning that “se parte del concepto

de la historia aplicada, en el cual se resalta la utilidad de esta disciplina para el estudio de problemáticas contemporáneas...". They collect material on hurricanes in the last twenty years in Costa Rica, using archival and secondary sources as well as interviews. What they collect, much more than mere data, constitutes a rich and important asset for scholars and professionals working on hurricanes. While they lament the lessons not learned, they do show that Costa Rica has made progress in understanding, lessening risks from, and reacting to hurricanes. In contrast, a recent book that looks back on the devastating 1998 Hurricane Mitch paints a much more depressing picture in terms of its broad impact in Honduras. The vast majority of its victims, the rural poor, have not recovered and Honduras is no better prepared for hurricanes and other natural calamities than before 1998. In fact, the disaster accelerated the nation's move towards neo-liberalism.<sup>4</sup> The article builds on Costa Rica's rich historiographical tradition, and correctly ends by noting the need for broader "redes de investigadores e investigadoras que permita el abordaje interdisciplinario de diversas problemáticas donde se conjuguen opciones metodológicas y perspectivas teóricas, que posibiliten a los actores sociales directos constituirse en los ejes de las investigaciones". They have taken a crucial first step in this direction.

Together, these five essays and the accompanying book reviews show that Latin American historians have turned to the examination of disasters with particularly rich results. All of these tell important stories, contributing *a la vez* to national and regional questions about power and society as well as broader theoretical and methodological concerns. All build from micro-history and narrative history—they tell good stories and capture multiple perspectives—and dialogue with other fields and disciplines. Together, they demonstrate a welcome maturity and richness of Latin American history. I am certain that together they fortify this budding field of a truly Latin American history.

## Notes

<sup>1</sup> For a key pioneering study, see Virginia García Acosta, *Historia y desastres en América Latina*, Bogotá, CIESAS/La Red, 1996.

<sup>2</sup> Luis Miguel Glave, *De Rosa y espinas: Economía, sociedad y mentalidades andinas, siglo XVII*, Lima, IEP, BCR, 1998, capítulo VI, esp. 343. See also Jaime Valenzuela Márquez, "El terremoto de 1647: experiencia apocalíptica y representaciones religiosas en Santiago colonial", en Valenzuela Márquez, ed. *Historias urbanas: Homenaje a Armando de Ramón*, Santiago, Instituto de Historia, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2007, 27-65.

<sup>3</sup> Mark A. Healey, *The Ruins of the New Argentina: Peronism and the Remaking of San Juan after the 1944 Earthquake*, Durham: Duke University Press, 2011.

<sup>4</sup> Marisa Ensor, ed. *The Legacy of Hurricane Mitch: Lessons from Post-Disaster Reconstruction in Honduras*, Tucson, University of Arizona Press, 2009.

## *Las inundaciones de 1959 en Uruguay. Un nuevo país lucha contra la catástrofe*

*The 1959 Floods in Uruguay. A New Country Fights against a Catastrophe*

*As inundações de 1959 no Uruguai. Um novo país luta contra a catástrofe*

### AUTORA

**Mariana Iglesias**

Universidad Nacional  
de San Martín, San  
Martín, Buenos Aires,  
Argentina  
(UNSAM-CONICET)

[miglesias@unsam.edu.ar](mailto:miglesias@unsam.edu.ar)

RECEPCIÓN  
7 Enero 2011

APROBACIÓN  
11 Abril 2011

DOI

10.3232/RHI.2011.  
V4.N1.02

El presente artículo propone analizar el modo en que las fuertes inundaciones que el Uruguay vivió durante 1959 fueron recreadas por los gobernantes. Indagaremos las percepciones del riesgo que dieron origen a diferentes construcciones de la catástrofe a partir de las cosmovisiones de los partidos que conformaban el Poder Ejecutivo. Analizaremos cómo la catástrofe se inscribió en estrategias de legitimación social de los gobernantes mediante la puesta en escena de las diferentes construcciones de peligrosidad.

Palabras clave:

**Inundaciones 1959; Percepción del riesgo; Peligrosidad; Uruguay**

This article aims to analyze how the government recreated the heavy flooding experienced in Uruguay during 1959. The article will explore perceptions of risk that created different constructions of the disaster beginning with the worldviews of the government parties and will analyze how the catastrophe was influenced by the ruler's strategy of social legitimacy through different ideas of danger.

Key words:

**Flooding 1959; Perceptions of Risk; Dangerousness; Uruguay**

Este texto propõe analisar a maneira em que as fortes enchentes que sofreu o Uruguai durante 1959 foram recriadas pelos governantes. Vamos a indagar as percepções de risco que deram origem às diferentes construções da catástrofe a partir das cosmovisões dos partidos que constituíam o Poder Executivo. Vamos analisar como a catástrofe ficou inscrita em estratégias de legitimação social dos governantes mediante encenação das diferentes construções de periculosidade.

Palavras-chave:

**Enchentes 1959; Percepção do risco; Periculosidade; Uruguai**

## Introducción

El año 1959 marcó un quiebre en la historia del Uruguay. Tras décadas de continuos gobiernos encabezados por distintas fracciones del Partido Colorado, de raigambre predominantemente liberal, el Partido Nacional logró acceder al control del poder ejecutivo luego de haber ganado las elecciones nacionales en 1958. Ello impactó directamente en la organización socioeconómica del país, que hasta el momento se había sustentado en el modelo de sustitución de importaciones y en la promoción de instancias de concertación social que permitieron canalizar institucionalmente los conflictos entre el capital y el trabajo mediante negociaciones colectivas. Crisis económica mediante, el proyecto impulsado por los nuevos gobernantes buscó impactar en el corazón del modelo estatal consolidado hasta el momento a través de la promoción de reformas que liberalizaran la economía nacional y que quitaran protagonismo al Estado. Este viraje político, común a toda la región, coexistió con el ascenso al gobierno de sectores relegados hasta el momento por las alianzas políticas que habían dado sustento al desarrollo de los estados de bienestar en el marco de los modelos de sustitución de importaciones. Esto se concretó en Uruguay mediante el desplazamiento del predominio del sector del Partido Colorado conocido como “batllismo lista 15”, luego del triunfo de una alianza del sector del Partido Nacional denominado “herrerismo” con un movimiento gremialista denominado Liga Federal de Acción Ruralista.

A los pocos meses de la instalación del gobierno nacionalista, incesantes lluvias afectaron la región y perturbaron a toda la zona norte del país provocando fuertes inundaciones que obligaron al desplazamiento de varios sectores de la población, hecho que caló hondo en la memoria nacional pero que ha sido muy poco estudiado hasta el momento. En ese marco, el novel gobierno dispuso diversas acciones materiales con el objetivo de dar solución a la situación mediante el desplazamiento de fuerzas de seguridad y de asistencia sanitaria y, simultáneamente, promovió un fuerte despliegue simbólico a partir del cual construyó específicamente la situación de catástrofe tras recurrir al estado de excepción como medio para abordar la situación.

Siguiendo a Giorgio Agamben, entendemos por estado de excepción un recurso político institucional que permite poner en suspenso el estado de derecho con el supuesto objetivo de garantizar su supervivencia frente a casos que son entendidos como amenaza por parte de los poderes habilitados legalmente para disponer tal recurso. Por tanto, apuntamos a captar la dimensión política de la construcción de la excepcionalidad en el entendido de que ésta no existe objetivamente como tal sino que cobra forma a partir de la decisión de los poderes constituidos de abordarla de ese modo. Las figuras de excepción más utilizadas en el Uruguay han sido las llamadas “medidas prontas de seguridad”. Éstas, son una prerrogativa constitucional del poder ejecutivo que consisten en “tomar medidas prontas de seguridad en los casos graves e imprevistos de ataque exterior o conmoción interior, dando inmediatamente cuenta a la Asamblea General, o en su receso, a la Comisión Permanente, de lo ejecutado y sus motivos, estando a su resolución”. Esta atribución le permite al Ejecutivo disponer medidas excepcionales que puedan poner en suspenso al estado de derecho –salvo aspectos vinculados con las garantías individuales- frente a situaciones que configuren situaciones de necesidad según su interpretación, las que son entendidas como casos “graves e imprevistos de ataque exterior o conmoción interior”. Una

vez que las medidas prontas de seguridad son dispuestas mediante decreto por el Ejecutivo y entran en vigencia deben ser remitidas antes de que se cumplan 24 horas de su disposición, a la Asamblea General del Poder Legislativo para que el órgano las discuta públicamente y vote si las mantiene o no. Como consecuencia, se generan las condiciones adecuadas como para que la decisión sea discutida públicamente tanto en el Parlamento como en la prensa, que era partidaria durante el período aquí analizado.

Por tanto, al momento de decidir abordar la catástrofe mediante el recurso al estado de excepción, los distintos sectores partidarios que integraban el poder ejecutivo debieron desplegar sendas justificaciones públicas para legitimar tal decisión. A partir de ello se plasmaron diversos sentidos sobre lo que se entendía como la peligrosidad de la catástrofe y, como anverso de ello, sobre los elementos básicos de la organización social y política que debían resguardarse del supuesto peligro. Como consecuencia, quedaron en evidencia diversos elementos que nos remiten directamente a los proyectos políticos de los distintos sectores gobernantes y a sus nociones sobre la organización política de la sociedad que encontraron en la coyuntura un ámbito idóneo para expresarse y legitimarse. Por tanto, nos centraremos en el análisis del modo en que las inundaciones fueron abordadas desde la institución presidencial pensando cómo la catástrofe se inscribió en estrategias de legitimación social de los gobernantes mediante la puesta en escena de sus diferentes percepciones del riesgo a raíz del devenir de las inundaciones.

La construcción de la catástrofe, mediante nociones específicas de peligrosidad, será pensada como un mecanismo útil –entre otros, por supuesto- para promover la adhesión del colectivo social al proyecto político de reforma del estado benefactor construido por el batllismo. En relación con ello, abordaremos específicamente las percepciones del riesgo que dieron origen a diferentes construcciones de la catástrofe a partir de las cosmovisiones de los sectores partidarios que conformaban el poder ejecutivo y del lugar que cada uno de ellos ocupaba en el referido contexto político caracterizado por el ascenso de grupos conservadores.

## **La llegada de las inundaciones**

Como consecuencia de las incesantes lluvias iniciadas sobre finales de marzo de 1959 el país se vio afectado por copiosas inundaciones. Luego del 8 de abril varias familias comenzaron a ser afectadas seriamente por la crecida de los ríos, principalmente en las zonas del litoral, del centro y del norte de Uruguay. A partir de entonces, las autoridades municipales dispusieron tareas de asistencia con la colaboración de la Jefatura de Policía, de los bomberos y del Ejército; distintos sectores de la sociedad civil se organizaron para brindar socorro a quienes vivían en las zonas inundadas; las autoridades comenzaron a viajar hacia los departamentos afectados para tener conocimiento de la magnitud de los sucesos y se sucedieron numerosas evacuaciones. Evidenciadas las primeras consecuencias de las inundaciones, comenzaron a disponerse medidas de acción canalizadas a través de los ministerios de Defensa Nacional y de Salud Pública. Así también, los distintos sectores políticos comenzaron a plantear propuestas para enfrentar la situación. Desde el sector gobernante mayoritario (Partido Nacional) se planteó

la posibilidad de tomar medidas amparadas en la legislación general. Se propuso destinar los recursos necesarios mediante las previsiones establecidas por la ley de presupuesto vigente, encomendar al Ministerio de Salud Pública la coordinación de las colaboraciones privadas y disponer la acción conjunta de los ministerios de Defensa, Salud Pública, Ganadería, Obras Públicas y del Instituto de viviendas para atender la situación de las zonas afectadas. Al cabo de unos días, se dispusieron medidas prontas de seguridad para adjudicar la coordinación de las acciones al Ministerio de Defensa Nacional; fijar restricciones al uso de energía eléctrica; regular horarios de desarrollo de actividades económicas y comerciales y dar potestad al Ministerio de Obras Públicas para que tomase las medidas necesarias para proteger la represa de Rincón del Bonete.

El decreto de las medidas prontas de seguridad fue apoyado, con distintos énfasis, por todos los integrantes del Consejo Nacional de Gobierno y se lo sancionó el día 15 de abril. El 17 del mismo mes la Asamblea General trató el tema sin contar con la presencia de los ministros encargados de hacer cumplir las medidas prontas de seguridad. El recurso fue aprobado mediante el apoyo de todos los sectores políticos a excepción del Partido Comunista. El 27 de abril el entonces jefe del Estado Mayor del Ejército, General Oscar Magnani, informó al Consejo Nacional de Gobierno sobre la situación en una de las zonas más comprometidas por las inundaciones, Paso de los Toros. Allí, el jerarca militar sostuvo que la situación de riesgo había cesado y que ya era posible emprender el proceso de reinstalación de los evacuados. No obstante, el 15 de mayo el Consejo Nacional de Gobierno discutió la prórroga del decreto de las medidas prontas de seguridad. Si bien los consejeros nacionalistas argumentaron que ello era necesario porque la situación generada por las inundaciones era igual de preocupante que quince días atrás, el Ministro de Defensa Nacional presentó un dato que fue central para definir el posicionamiento de los sectores políticos que componían el órgano ejecutivo al respecto: la posibilidad de que se desencadenara una huelga de obreros en el Frigorífico Nacional, dato que fue presentado como un potencial agravante de la situación generada por las inundaciones. A partir de ello, tanto los representantes nacionalistas como el consejero César Batlle Pacheco, proveniente del sector batllista de la lista 14 –crítico de los batllistas de la lista 15–, consideraron que la situación continuaba siendo de tal gravedad que hacía necesario el mantenimiento de las medidas excepcionales. Los representantes de la lista 15 manifestaron su desacuerdo con la prórroga del decreto, destacaron que solo votarían su permanencia en las zonas afectadas y que si la voluntad era enfrentar una huelga mediante el referido recurso se debía sancionar un nuevo decreto ya que ampararse en el que regía para enfrentar situaciones de carácter distinto a los motivos que lo habían justificado implicaba abuso de funciones. La permanencia del decreto fue discutida en la AG en la sesión de los días 14 y 15 de mayo pero el cuerpo no pudo expedirse porque el número de legisladores presentes al momento de votar era insuficiente, además, el batllismo de la 15 se opuso a ello. Finalmente, las medidas prontas de seguridad sancionadas en abril estuvieron vigentes hasta el 23 de junio de 1959, cuando se entendió que la peligrosidad vinculada con las inundaciones había desaparecido.



## Un gobierno que pisa fuerte

Durante las inundaciones, los representantes del poder ejecutivo debieron justificar por qué la situación fue considerada como conmoción interior y por qué se decidió abordarla mediante la sanción de las medidas prontas de seguridad, ya que la disposición del recurso no fue la respuesta inmediata ni del gobierno ni de la totalidad del espectro político. De ello dio cuenta el posicionamiento inicial que mostró el batllismo de la 15, sector que, antes de adherir a la resolución de la situación por la vía de las medidas de excepción, intentó posicionarse frente al problema como un promotor de soluciones legislativas. Luego de las primeras consecuencias de las inundaciones, ese sector comenzó a demandar al gobierno que tomara medidas para abordar los problemas que las inundaciones habían provocado mediante la adopción de soluciones de fondo. Desde el órgano de prensa de la lista 15 se comenzó a destacar el desempeño y la diligencia de los particulares en el auxilio a los damnificados contraponiéndolo a lo que consideraba una ausencia de propuestas estatales decididas en el mismo sentido. Se planteó la necesidad de tomar las medidas legislativas necesarias como para asistir a la población y, en ese marco, se demandó la habilitación de recursos para la construcción de viviendas con el objetivo de enfrentar el problema desde su raíz ya que, para este sector, los principales afectados por las inundaciones fueron quienes vivían en asentamientos irregulares a lo largo de los márgenes del río desbordado. En este punto, se deslizó claramente una crítica política al Partido Nacional tras sugerirse la idea de que el problema podría haberse solucionado antes si se hubieran apoyado proyectos de construcción de viviendas propuestos años atrás, probablemente por parte de batllismo de la 15.

La posibilidad de posicionarse frente a las inundaciones esgrimiendo el compromiso con la asistencia a la población damnificada desde un lugar que permitiera simultáneamente la crítica al sector gobernante fue clausurada por la disposición de las medidas prontas de seguridad y por la construcción de la inundación en clave de catástrofe. Mediante tal recurso, se buscó dejar en claro que el gobierno estaba dispuesto a actuar frente a la situación y se logró anular la posibilidad de ubicarse políticamente como defensor de la población afectada por las consecuencias de las inundaciones y oponerse, a la vez, al recurso a las medidas excepcionales. Durante el mes de abril, el escepticismo que inicialmente mostraron los representantes de la lista 15 ante la pertinencia de sancionar las medidas prontas de seguridad en el Consejo Nacional de Gobierno se terminó convirtiendo en una firme adhesión a esa opción y, consiguientemente, el margen para posicionarse críticamente frente al desempeño del gobierno en la coyuntura disminuyó asombrosamente en comparación con la situación previa a la sanción de las medidas prontas de seguridad. Desde la explicitación de una postura crítica en el ámbito del poder ejecutivo, mediante la que se cuestionó la opción al recurso excepcional, pese a que se lo votó positivamente, se pasó a un apoyo público de las medidas haciendo énfasis igualmente en las opciones legislativas promovidas por el sector hasta terminar finalmente en el apoyo a éstas como vía unívoca de acción. El 15 de abril el consejero perteneciente al quincismo había dejado expresa constancia del escepticismo del sector frente a la decisión. El 16 de abril, el sector hizo público su apoyo a las medidas prontas de seguridad pero volvió a hacer énfasis en la necesidad de encauzar la resolución del problema mediante la sanción de legislación pertinente. Finalmente, el 18 de abril, el sector destacaba únicamente su apoyo a las medidas de seguridad. Así, aún en el mes de mayo, sectores del oficialismo continuaban abonando sospechas sobre quienes no adoptaban

una posición de alarma extrema frente a las consecuencias de las inundaciones sugiriendo su vinculación con el batllismo derrotado.

Recordemos que en abril de 1959 el Partido Nacional llevaba poco más de un mes en el gobierno tras haber ganado las elecciones nacionales de noviembre de 1958 mediante una diferencia de poco más del 10% sobre el Partido Colorado. Al interior del nacionalismo, el sector más votado había sido el herrerismo, que había concurrido a las urnas en alianza con el gremio rural dirigido por Benito Nardone: la Liga Federal de Acción Ruralista. Era la primera vez en el siglo XX que este partido político triunfaba en las elecciones nacionales, lograba tener el control del poder ejecutivo y contar con los medios para promover un nuevo proyecto de país tanto en el plano material como en el simbólico. De manera acorde con lo observado en el fragmento anterior, para el Partido Nacional el espacio de comunicación con la sociedad que se habilitó mediante construcción de la peligrosidad a raíz de las inundaciones y de la subsiguiente sanción de las medidas prontas de seguridad el 15 de abril sirvió para remarcar la noción de reconstrucción nacional ligada con la idea de que el país había quedado en ruinas como consecuencia de los sucesivos gobiernos batllistas, dirigidos mayoritariamente por el sector de Luis Batlle Berres (lista 15). Además, recurriendo a la idea de desorden para referir a los precedentes gobiernos de la lista 15, se desplegó la imagen de un gobierno nacionalista que llevaría adelante al país y se exaltaron concepciones específicas sobre la política, la organización social, el vínculo entre gobernantes y gobernados y sobre el principio de autoridad que distaban de las provenientes del batllismo. Así, la noción de crisis cobró un rol central como herramienta de desprestigio de la lista 15, de su proyecto económico proteccionista e industrialista; de su modelo de sociedad, integrada y orientada por el principio de la justicia social; y de organización política, contractualista, institucionalista, legalista, organizada en torno a partidos políticos como rectores del ordenamiento político y articuladores de los intereses sociales. En este punto, la embestida antibatllista del Partido Nacional en términos interpartidarios tuvo su correlato con la que, a nivel intrapartidario, promovió el sector de la lista 14 en contra del sector de Luis Batlle Berres, responsabilizándolo por haber perdido las elecciones pese a que, electoralmente, éste mantenía la mayoría al interior en el Partido Colorado.

Al momento de justificar la situación de necesidad que habilitaba al poder ejecutivo a disponer de las medidas prontas de seguridad como consecuencia de las inundaciones se realizó un fuerte ejercicio de excepcionalidad haciéndose hincapié en la idea de que lo sucedido tenía un carácter único y extraordinariamente atípico, lo que nadie puso en duda. Así, la novedad del hecho sirvió para argumentar su carácter “grave” e “imprevisto”, lo que cuadraba en la previsión constitucional que daba al poder ejecutivo la potestad de disponer de medidas prontas de seguridad. Cuando el Ejecutivo decidió abordar la situación generada tras las inundaciones a través de las medidas de excepcionalidad argumentó que éstas eran la única vía posible mediante la que el gobierno podía actuar satisfactoriamente, esto es, como una decisión inevitable. Se remarcó el carácter “imprevisto” de la situación para destacar la pertinencia del recurso, también para poner coto a la crítica inicial que el quincismo había desplegado y que fue anulada con el paso de los días tras la puesta en vigencia del decreto de las medidas prontas de seguridad. La idea de que estas medidas de excepción eran necesarias para hacer posible el buen desempeño del gobierno frente a las inundaciones se sustentó, por un lado, en que le permitirían implementar

soluciones con una rapidez que sería impensable mediante medios normales, lo cual se vinculaba con el arista argumentativa que apuntaba a dar solución a los afectados.

Por otro lado, la disposición del recurso fue sustentada en tanto le daba al poder ejecutivo la posibilidad de garantizar cuestiones vinculadas con el orden público, la moralidad y las buenas costumbres. Desde este punto de vista, las medidas excepcionales fueron concebidas como algo más que una vía para brindar asistencia frente a la situación; fueron pensadas como un medio para garantizar la “sanidad” de la población en su sentido más amplio. Con respecto a la identificación de las medidas prontas de seguridad como medio para mantener el orden también se hizo alusión a la necesidad de contar con herramientas para actuar en Montevideo ya que, pese a no haberse visto afectada directamente por la suba de las aguas, la capital sufría las consecuencias de los cortes de luz. En tal sentido, se consideró como fuente de peligro la oscuridad en que la ciudad quedaba y las potenciales protestas de aquellos trabajadores que vieran su labor afectada como consecuencia de la re-planificación de las jornadas laborales en función de los horarios en que la usina pudiera suministrar energía eléctrica a la población.

Las justificaciones en clave de asistencia a la población y de mantenimiento del orden estuvieron presentes, con distintos énfasis, en todos los sectores políticos que apoyaron el recurso. Notoriamente, fue en el herrerismo donde las referencias al orden aparecieron con más fuerza y fueron articuladas con nociones vinculadas con la autoridad. En este caso el herrerismo evidenció la identificación de la autoridad entendida en términos personalistas como condición de posibilidad para la pervivencia del orden social y como garantía del proceder del gobierno. Simultáneamente, desde el herrerismo se hizo manifiesta la desconfianza frente a los órganos deliberativos y sus procedimientos por considerarlos mera política y obstáculos para la ágil resolución de los problemas así como para el ejercicio directo de la autoridad y su identificación franca con el pueblo. Elementos tales como la fortaleza y la firmeza fueron presentados como virtudes de la autoridad. Así, una concepción paternalista de ésta, que mostraba cierta desconfianza hacia las instituciones de intermediación política propias del liberalismo, en este caso el Parlamento, y cuyo principal foco de atención era la sociedad en tanto cuerpo definía a la voz herrerista. Esto, lejos de ser un elemento novedoso, puede ser pensado como un rasgo característico del pensamiento de este sector que se manifestó con mayor o menor explicitación y radicalidad según lo permitía el contexto político e ideológico nacional e internacional.

Por su parte el sector de la UBD, alianza que incluía al ex Partido Nacional Independiente, heredero de los nacionalistas que luego del golpe de estado de 1933 habían quedado identificados como portavoces de las ideas liberales, conjuntamente con el batllismo, explicitó con mayor crudeza sus concepciones elitistas sobre la política. La retórica centrada en el republicanismo y en la defensa de las libertades políticas, características de sus portavoces en la década de 1940, quedó notoriamente matizada por la justificación de la necesidad de apelar a ciertas restricciones de las garantías individuales y de que el Parlamento cediera prerrogativas al poder ejecutivo. No obstante, a diferencia del herrerismo, su noción de autoridad continuaba identificada con la institucionalidad más que con el personalismo –tal vez porque nadie de su sector ocupaba cargos en el Consejo Nacional de Gobierno. En lo que respecta a los sectores minoritarios del poder ejecutivo, el batllismo de la lista 14 y el de la 15, la mayor afinidad con las justificaciones

nacionalistas provinieron del primero de ellos. Desde el batllismo de la lista 14 se apoyó sin cuestionamientos el recurso a las medidas prontas de seguridad desde el primer momento matizando su clásica retórica estatista con referencias, más frecuentes que en instancias anteriores, a la moral, a la nación y a la patria aunque dotándolas de un sentido más propio de su tendencia liberal vinculándolas principalmente con las posibilidades de acción humana. Tal vez ello obedezca a las características de la situación que se pretendía afrontar mediante las medidas prontas de seguridad en tanto no ponía en cuestión al ordenamiento político directamente. De todas maneras, cabe dejar planteada la pregunta en torno al impacto que tuvo el advenimiento del predominio nacionalista en la política nacional a partir de 1958 y, con él, de la emergencia de un imaginario hasta el momento subordinado por la hegemonía batllista, en la reconfiguración de sentidos comunes, en la imaginación de la nación y en los sentidos sobre la organización política de la sociedad.

## La adversidad en clave de guerra

La naturaleza fue unánimemente señalada como el origen de los problemas que el país vivía en abril de 1959. Como vimos inicialmente, el sector de la lista 15 planteó algún matiz a ello tras sostener que existían determinados grupos sociales que se habían visto especialmente afectados por las inundaciones: los sectores pobres que estaban obligados a vivir en las márgenes de los ríos como consecuencia de la ausencia de respuestas estatales a sus problemas de vivienda. En tal sentido, se reconocía cierto grado de responsabilidad política (obviamente no propia) en la magnitud de la catástrofe. Una vez anulada la posibilidad de desplegar esa crítica en el marco de la discusión pública, las inundaciones se convirtieron, en sí, en las únicas causantes de los problemas que el país vivía. Las diferencias quedaron en evidencia mediante las metáforas utilizadas para hacer referencia a la naturaleza en tanto elemento agresor. En este sentido, los pronunciamientos de los distintos sectores políticos al respecto pueden dividirse entre quienes lo hicieron mediante la noción de catástrofe y quienes lo hicieron mediante la idea de guerra. A continuación nos interesa detenernos en quienes desarrollaron la última porque fue promovida por la alianza política que encabezaba el poder ejecutivo, el herrerismo, y porque supuso abordar la situación mediante una lectura basada en la lógica amigo/enemigo dotando a los fenómenos climáticos de una intencionalidad agresora que, por definición, no tienen.

El herrerismo abordó la catástrofe natural como guerra a través de su medio de prensa, *El Debate*, no así en el Parlamento ni en el Consejo Nacional de Gobierno. Tal vez esto pueda hacernos pensar en una estrategia oportunista impulsada por el sector y en la voluntad de exacerbar el dramatismo de la coyuntura con fines propagandísticos. Ello también puede dar cuenta de la multiplicidad de estrategias de acción que los grupos político partidarios tenían para interactuar con sus pares y con sus adherentes. Independientemente de la veracidad o no del carácter guerrero con el que se concibió la situación por parte del herrerismo, nos interesa focalizarnos, por un lado, en el hecho de que el camino elegido para destacar el desempeño del gobierno frente a la situación fue mediante una retórica belicista y, por el otro, en las nociones subyacentes que dieron sustento a tal representación.

La opción por tal metáfora no fue arbitraria sino que se gestó al interior de los marcos de pensamiento disponibles en la referida agrupación política. La elección de la guerra y de las imágenes asociadas a ella no parece haber sido caprichosa. Mediante ella se pusieron en acción varias de las nociones que dan cuenta del imaginario herrerista. En primer lugar, la noción de guerra articulaba fácilmente con la idea de autoridad manifiesta en este sector político, esto es, centralizada y corporizada en una persona que asume el desafío de la defensa de un órgano frecuentemente denominado sociedad o nación, agredido por un elemento extraño por su carácter desestabilizador. En segundo lugar, la idea de estar viviendo una situación bélica generaba espacio para desplegar las nociones en torno al vínculo entre gobernantes y gobernados: la unidad entre pueblo y gobierno entendida como identificación del primero con el segundo y a éste como intérprete directo de la voluntad y de las necesidades de aquél.

Entre quienes entendieron las inundaciones solo como catástrofe (batllistas y ubedistas) y quienes la presentaron, además, como guerra (herrerismo) también se evidenció otra diferencia: la significación de la situación como adversidad que se podía superar o como un destino manifiesto. A su vez, entre aquellos que lo entendieron de la primera manera pueden detectarse matices también; por un lado, quienes apuntaron a enfatizar las posibilidades superadoras en tanto nación (ubedistas) y quienes enfatizaron el mismo concepto en términos de acción humana e institucional (batllistas, tanto de la lista 14 como de la 15). Ambas visiones optimistas pueden ser contrapuestas al sesgo escéptico del herrerismo, y también del ruralismo. El herrerismo, si bien explicitó confianza y esperanza en la unión entre pueblo y gobierno como medio para superar la situación, evidenció que creía en la existencia de márgenes de acción acotados por elementos que excedían la decisión humana y que parecían radicar en la convicción del destino manifiesto de la nación.

A su vez, las inundaciones fueron procesadas mediante los imaginarios nacionales de cada sector. Ello fue más evidente en el herrerismo y en los batllismos. Las inundaciones de 1959 afectaron a la región además de al Uruguay específicamente. No obstante cada uno de los referidos sectores políticos hizo referencia a ese dato según cómo concebía al país en relación con la región. De manera acorde con sus rasgos nacionalistas hispanistas, el herrerismo ubicó a la realidad nacional como parte de una experiencia compartida con la región consustanciándose con ella. Por el contrario los batllismos, en sintonía con la imagen del Uruguay como país de excepción en América Latina, destacaron también el carácter extranacional de la adversidad climática pero bajo el matiz de la excepcionalidad exaltando así las supuestas particularidades y bondades del Uruguay, país que aparentemente enfrentaba la situación con la originalidad que supuestamente lo caracterizaba.

## Una nación que lucha por su futuro

Así como la naturaleza fue unánimemente considerada como el origen del problema que se pretendía abordar mediante las medidas prontas de seguridad, todos los sectores políticos entendieron que en el marco de las inundaciones las víctimas eran, en primer lugar, las zonas y

personas afectadas por la crecida de las aguas. En sintonía con ello, los sectores nacionalistas (principalmente herreristas y ruralistas) dieron un carácter más amplio a la construcción de la víctima ya que esta fue entendida como la nación en su conjunto. En el otro extremo se mantuvo el batllismo de la lista 15, sector que sostenidamente identificó a personas y lugares como afectados por la naturaleza. En un punto intermedio podemos encontrar al batllismo de la lista 14, grupo que mostró cierto sincretismo entre argumentos relacionados con una postura nacionalista y nociones centradas en lo humano al momento de referirse a las víctimas de las inundaciones.

Para el herrerismo, la situación de necesidad que habilitaba la sanción de las medidas prontas de seguridad estaba relacionada con el peligro al que se exponía el orden social como consecuencia de la disrupción causada por las inundaciones. Lo que estaba en peligro para este sector político eran los valores fundamentales en torno a los que se estructuraba la sociedad, entendida como familia. Desde este punto de vista la actitud de asistencia a la población se articuló con la de defensa y la de seguridad. En sintonía con las nociones de autoridad evidenciadas desde este sector, puede observarse una concepción jerárquica de la organización social en la que existe una autoridad máxima que es la encargada de garantizar su pervivencia y de velar por ella. Esa noción, asimilada a la retórica nacionalista, otorgaba a la autoridad la misión de dar seguridad a la nación. Así, mientras que en el herrerismo se pudo hablar de la familia, en singular, en los batllismos se habló de las familias, esto es, de grupos humanos históricos y concretos.

La misión herrerista de dar seguridad a la nación quedó identificada con los valores de sacrificio, austeridad, firmeza y con la noción de autoridad ejecutiva, jerárquica y paternal que vimos previamente ya que ella era condición de posibilidad para la pervivencia nacional, lo que a su vez se articulaba con la construcción de la situación en clave de guerra. Así, en el entendido de que la autoridad encarnaba los valores referidos, la sociedad también debía hacerlo. A la firmeza de la autoridad se le agregó, incluso, el destaque de actos sociales de violencia que se entendieron en sintonía con la misión de garantizar la protección nacional como la "clausura" de carteles luminosos mediante la fuerza, descrita en la próxima cita. El sacrificio y la austeridad quedaron vinculados con un proyecto más amplio articulado sobre la idea de un futuro promisorio, reivindicado también por el ubedismo y por el ruralismo, consistente en poner coto a lo que se consideraba el despilfarro estatal con que identificaban a la política económica industrialista e intervencionista del batllismo. Por consiguiente, en la medida en que se consideraba que las inundaciones habían impactado en toda la nación, el herrerismo hizo extensiva la demanda de sacrificio y de austeridad a todos los rincones del territorio nacional evidenciando desprecio por ciertos aspectos considerados superfluos y prescindibles, por ejemplo, los vinculados con el actividades económicas y de esparcimiento urbano. Ello contrastó claramente con los batllismos los que, con distintos énfasis, destacaron la necesidad de que se mantuvieran en función actividades que, independientemente de la utilidad que podían tener en términos económicos, formaban parte de lo que para estos grupos político definía al Uruguay, el urbanismo como espacio de integración del país en un mundo cosmopolita.

## Recapitulando

En esta coyuntura pudimos advertir cómo la construcción de la peligrosidad vinculada a las inundaciones y la disposición de las medidas prontas de seguridad mediante sus justificaciones públicas se insertaron en un contexto pautado por la inauguración de un nuevo ciclo político a partir del acceso al gobierno de un partido que, aunque central en la conformación del sistema político, había quedado subordinado a la preponderancia colorado batllista. La construcción de la amenaza a partir de las inundaciones y los sentidos aparecidos en torno a la idea de catástrofe fueron más allá del fenómeno climático y se enraizaron en la retórica fundacional nacionalista que depositaba a la experiencia batllista en el pasado dándola por terminada, mientras que presentaba al proyecto político que pretendía implementar durante su primer gobierno como la esperanza del futuro. En ese marco, la construcción de la catástrofe, y la decisión política de abordarla mediante el recurso al estado de excepción, revelaron la pretensión de aquellos sectores políticos de aprovechar instancias públicas específicas para poner en escena sentidos referidos al orden social y político sobre el cual debería estructurarse el Uruguay que pretendían fundar. Por su parte, los antiguos gobernantes que mantenían sus cargos en el poder ejecutivo colegiado también hicieron uso político de la instancia, tanto para reivindicar el proyecto político que habían impulsado hasta el momento como para criticar el desempeño de las nuevas autoridades. Tal como mostramos, el recurso a las medidas prontas de seguridad para abordar las inundaciones no fue un correlato lógico ni inmediato al inicio de las inundaciones sino que fue producto de construcciones políticas específicas y de decisiones de igual índole que cobraron sentido según los posicionamientos de cada sector en el contexto político partidario en que las inclemencias climáticas se sucedieron.

## Bibliografía

- AA.VV. *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*. Montevideo, EBO, 2008.
- Agamben, Giorgio. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Pre-Textos, 1998.
- . *Estado de excepción*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2003.
- Alonso, Rosa y Demasi, Carlos. *Uruguay 1958-1968. Crisis y estancamiento*. Montevideo, EBO, 1986.
- Barrán, José Pedro. *Los conservadores uruguayos*. Montevideo, EBO, 2004.
- Barrán, José Pedro y Nahum, Benjamin. *Batlle, los estancieros y el imperio británico*. Montevideo, EBO, 1979 a 1985.
- Bayce, Rafael. *Cultura política uruguaya. Desde Batlle hasta 1988*. Montevideo, FCU, 1989.
- Bruno, Mauricio. *La caza del fantasma. Benito Nardone y el anticomunismo en el Uruguay (1960-1962)* Serie Papeles de trabajo, Montevideo, FHCE, 2007.
- Caetano, Gerardo. "Del primer batllismo al terrismo: crisis simbólica y reconstrucción del imaginario colectivo" en *Cuadernos del Claeh*, 2ª. Serie, Año 14, 1989, pp. 87-106.
- . "La ciudadanía 'hiperintegradora' y la matriz política del Uruguay moderno. Perfiles de un modelo (1900-1933)" en Gioscia, L. (comp.) *Ciudadanía en tránsito. Perfiles para el debate*. Montevideo, EBO, 2001, pp. 9-37.
- Caetano, Gerardo y Rilla, José. "Los partidos políticos uruguayos en el siglo XX" en Nahum, B. (dir.) *El Uruguay del siglo XX. La política*. Montevideo, EBO, 2003, pp. 15-64.
- . *Historia contemporánea del Uruguay*. Montevideo, CLAEH-Fin de Siglo, 2005.
- Caetano, Gerardo; Rilla, José y Pérez, Romeo. "La partidocracia uruguaya. Historia y teoría de la centralidad de los partidos políticos" en *Cuadernos del Claeh*, No. 44, Montevideo, Claeh, 1987, pp. 37-61.

- Chasquetti, Daniel. "¿Cómo se renuevan los partidos políticos en Uruguay? Examen de la "resurrección" del Partido Colorado en los años sesenta" en <http://www.scribd.com/doc/2215085/Chasquetti-Como-se-renuevan-los-partidos-politicos-en-Uruguay>, I Jornadas de Historia Política de la Facultad de Ciencias Sociales de la UDELAR, Montevideo, 2006.
- De Giorgi, Álvaro (inédito) "Memoria primera/primordial: la gloria eterna de la nación", capítulo de Tesis doctoral en curso, UNGS-IDES, 2009.
- Deus, Sergio. *Medidas prontas de seguridad*, Montevideo, Nuevo Mundo, 1969.
- Douglas, Mary. *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*, Barcelona, Paidós Studio, 1996.
- Espeche, Ximena (inédito) *Uruguay latinoamericano. Carlos Quijano, Alberto Methol Ferré y Carlos Real de Azúa... (1958-1968)* Tesis doctoral, UNGS-IDES, 2010.
- Esteva Gallicchio, Eduardo. "Los estados de excepción en Uruguay: hipótesis, aprobación y controles jurídicos o jurisdiccionales" en Revista *Ius et praxis*, V.8, N° 1, Talca, Chile, 2002, pp. 147-169.
- Finch, Henry. *La economía política del Uruguay contemporáneo. 1870-2000*. Montevideo, EBO, 2005.
- Jacob, Raúl. *Benito Nardone: el ruralismo hacia el poder*. Montevideo, EBO, 1981.
- . *Brevísima historia del Partido Ruralista*. Montevideo, Arpoador, 2006.
- Lvovich, Daniel. *El nacionalismo de derecha: desde sus orígenes a Tacuara*. Buenos Aires, Capital Intelectual, 2006.
- Maiztegui, Lincoln. *Orientales. Una historia política del Uruguay*. Tomo 3. Montevideo, Planeta, 2008.
- Nahum, Benjamín; Frega, Ana; Maronna, Mónica; Trochon, Ivette. *El fin del Uruguay liberal, 1959-1973*. Montevideo, EBO, 1994.
- Panizza, Francisco. *Uruguay: batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*. Montevideo, EBO, 1990.
- Perelli, Carina y Rial, Juan. *De mitos y memorias políticas. La represión, el miedo y después*. Montevideo, EBO, 1986.
- Pivel Devoto, Juan E. *Historia de los partidos políticos en el Uruguay*. Montevideo, Claudio García, 1942.
- Rama, Germán. *La democracia en Uruguay*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1987.
- Real de Azúa, Carlos. "Herrera: el nacionalismo agrario", en *Enciclopedia uruguaya*. Vol. 50, Montevideo, 1969, pp. 182-199.
- Reali, Laura. "Usos políticos del pasado. Dos discursos históricos para un proyecto político en Uruguay, en la primera mitad del siglo XX" en Gutiérrez Escudero, A. y Lavaina Cuetos, M.L. *Estudios sobre América: siglos XVI-XX*. Sevilla, AEA, 2005, pp. 1675-1692.
- Rilla, José. *La actualidad del pasado*. Montevideo, Debate, 2008.
- Romero, José Luis. *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*. Buenos Aires, Paidós, 1970.
- Semino, Miguel Ángel. *Medidas prontas de seguridad*. Montevideo, FCU, 1996.



## Terremotos, pestes y calamidades. Del castigo y la misericordia de Dios en la Nueva Granada (Siglos XVIII y XIX)\*

*Earthquakes, Plagues and Calamities. The Punishment and Mercy of God in  
New Granada (Eighteenth and Nineteenth Centuries)*

*Terremotos, pestes e calamidades. Do castigo e a misericórdia de Deus em  
Nova Granada (Séculos XVIII e XIX)*

### AUTOR

Juan Carlos Jurado  
Jurado

Universidad EAFIT,  
Medellín, Colombia

[jjurado@eafit.edu.co](mailto:jjurado@eafit.edu.co)

### RECEPCIÓN

11 Diciembre 2010

### APROBACIÓN

19 Abril 2011

### DOI

10.3232/RHI.2011.  
V4.N1.03

Durante los siglos XVIII y XIX, el mundo natural no era considerado frágil y amenazado por el hombre, sino por el contrario poderoso e incontrolable. Debido a que no existían los mecanismos institucionales que hoy conocemos bajo el moderno concepto de la *prevención de desastres* con todo su sistema de ayudas tecnológicas, médicas e institucionales, los hombres desarrollaron sentimientos de *fatalismo resignado*, más visibles en los angustiosos momentos, cuando la vida estaba a merced de la muerte. En este artículo se exploran estos aspectos y las actitudes culturales de las localidades y comunidades campesinas frente a los desastres naturales. En medio de una cultura profundamente católica, predominó una representación religiosa de los desastres naturales como “castigo divino”. De allí que la realidad aplastante y amenazante de las calamidades suscitara sentimientos de impotencia y frustración y se invocaran los poderes de la “Divina Magestad” por medio de rogativas, romerías o novenarios con la finalidad de restablecer el curso normal de la naturaleza o recuperar la salud del cuerpo social causada por las mortíferas epidemias. De igual forma se acudió a los santos como ayuda mágico-religiosa, lo que expresa que las poblaciones campesinas disponían de una “religiosidad funcional” para resolver los asuntos más nimios de la vida cotidiana y los más aterradores y amenazantes.

Palabras clave:

**Desastres naturales; Actitudes frente a la naturaleza; Religiosidad popular; Rogativas públicas**

During the eighteenth and nineteenth centuries nature was not considered fragile nor threatened by humanity, on the contrary it was powerful and wild. Due to the fact that institutions for disaster prevention- with the medical, technological and institutional infrastructure mechanisms- did not exist, man developed a resigned fatalism that was more apparent in moments of extreme anxiety when life was on the brink of death. This article explores these aspects and the cultural attitudes of peasant peoples and communities towards natural disasters. Amid a deep catholic culture, the dominant religious representation of natural disasters was that they were a “divine punishment”. It is in that context that the overwhelming and threatening reality of calamities developed feelings of hopelessness and frustration. This led peasants to call on the powers of the “divine majesty” through prayers, pilgrimages or *novenas*, in order to restore the natural course of nature or to recuperate the health of society from deadly outbreaks. Saints, likewise, were sought as a possible religious-magical aid, which clearly shows that the peasant communities had a “religious functionality” to resolve life’s trivial situations as well as the most terrifying and threatening ones.

Key words:

**Natural Disasters; Attitude towards Nature; Popular Religiousness; Public Prayer**

Durante os séculos XVIII e XIX, o mundo natural não era considerado frágil e ameaçado pelo homem, mas, pelo contrário, poderoso e incontrolável. Debido a que não existiam os mecanismos institucionais que hoje conhecemos sob o moderno conceito da *prevenção de desastres* com todo seu sistema de ayudas tecnológicas, médicas e institucionais, os homens desenvolveram sentimentos de *fatalismo resignado*, mais visíveis nos momentos angustiosos, quando a vida estava a mercê da morte. Neste texto são explorados esses aspectos e as atitudes culturais das localidades e comunidades camponesas face aos desastres naturais. No meio de uma cultura profundamente católica, predominou uma representação religiosa dos desastres naturais como “castigo divino”. Por isso a realidade esmagadora e ameaçadora das calamidades suscitou sentimentos de impotência e frustração e foram invocados os poderes da “Divina Majestade” por meio de preces, romarias ou novenas com a finalidade de restabelecer o curso normal da natureza ou recuperar a saúde do corpo social causada pelas mortíferas epidemias. Do mesmo modo, acudiu-se aos santos como ajuda mágico-religiosa, o que ilustra que os povoados camponeses possuíam uma “religiosidade funcional” para resolver os assuntos más simples da vida quotidiana e também os mais assustadores e a ameaçadores.

Palavras-chave:

**Desastres naturais; Atitudes frente à natureza; Religiosidade popular; Rogativas públicas**

---

Ciega y muda, la fatalidad natural desdeñaba entonces establecer un contrato expreso con nuestros antepasados aplastados por ella: hoy en día estamos suficientemente vengados de ese arcaico abuso por un abuso moderno recíproco. Debemos pensar una nueva balanza delicada, entre esos dos conjuntos de balanza. (Michel Serres. *El Contrato Natural*).

Los sucesos naturales catastróficos que han contribuido a las transformaciones del paisaje geográfico se tornan en *desastres* cuando está de por medio el hombre, y frente a ellos las sociedades desarrollan respuestas con una gran densidad cultural, sujetas a transformaciones históricas. Pero más que una perspectiva geográfica, me interesa explorar desde la perspectiva de la historia social y cultural las actitudes colectivas frente a lo que hoy se denominan los *desastres naturales*, en la época colonial y republicana. En aquellos tiempos en que no existían los mecanismos institucionales que hoy conocemos bajo el moderno concepto de la *prevención de desastres* con todo su sistema de ayudas tecnológicas, médicas e institucionales, ¿cómo eran enfrentados los desastres naturales? Los desastres se asemejan a las enfermedades, al ser un elemento de *desorganización social* y un factor de temido desarreglo para la vida económica y cotidiana, y por ello permiten hacer visibles las articulaciones internas de una sociedad y las tensiones que las atraviesan. Se trata entonces de un punto privilegiado desde donde se puede visualizar la significación de mecanismos administrativos o de prácticas religiosas en torno a los desastres y la imagen que una sociedad tiene de sí misma<sup>1</sup>.

Los archivos coloniales y republicanos arrojan información fragmentada y dispersa sobre el tema de los desastres naturales. Sin embargo, es posible identificar con recurrencia la manera como se sucedían fuertes temporadas de invierno durante las cuales se dificultaba la movilización de personas y mercancías, inundaciones, largas temporadas de sequía, vendavales, erupciones volcánicas, terremotos y deslizamientos de tierra y lodo, que podían arrasar con los

cultivos, los animales del campo y con poblaciones enteras. Al hecho de que sucedieran estos eventos, contribuían de cierta manera las acciones humanas de intervención sobre los paisajes naturales.

Según el geógrafo norteamericano James Parsons, en los Andes septentrionales, donde se localiza la actual Colombia, existen condiciones especiales para que se produzcan desde tiempos remotos, sucesivos y “devastadores quebrantos ecológicos”<sup>2</sup>. Estos condicionantes están relacionados con los antecedentes geológicos de la zona, su quebrada topografía, la alta incidencia local de las lluvias torrenciales, su posición a lo largo de las placas tectónicas que producen las deformaciones terrestres sísmicas y la inestabilidad de pendientes de cenizas volcánicas y de depósitos glacio-fluviales de las altas montañas glaciares<sup>3</sup>. Parecería obvio agregar que a los efectos desastrosos de los cambios paisajísticos, contribuye la alta densidad poblacional de la zona y una incomprensible “imperturbabilidad” de las poblaciones para vivir en zonas frecuentemente assoladas por desastres naturales:

Esta imperturbabilidad -caracterizada por el historiador Pedro Cunil Grau- se ha expresado en la continuidad del poblamiento durante siglos en sitios riesgosos, donde ha habido conocimiento tradicional y remoto de la sucesión errática de huracanes, maremotos, penetraciones del mar, erupciones volcánicas, sismos, aludes, inundaciones y otras catástrofes. En estos paisajes de peligro, ninguna comunidad ha quedado exenta de muertes, padecimientos, daños en sus viviendas, espacios productivos y establecimientos culturales. Sin embargo, superada la momentánea contingencia catastrófica, se ha evidenciado en la mayoría de estos sitios el retorno de sus antiguos pobladores, desplegando grandes esfuerzos en la reconstrucción de sus paisajes humanos. La escasa percepción del riesgo, la repetición del peligro, se acompaña con una impasibilidad ante futuras e ineludibles catástrofes. Esta resignación colectiva ante la naturaleza ineluctable, explicaría la continuidad en el asentamiento humano a riesgo y ventura durante largos lapsos en paisajes donde de tarde en tarde se precipitará la catástrofe natural, que a pesar de señales premonitorias, no será eludida<sup>4</sup>.

Extendiendo el concepto de las catástrofes a otra serie de eventualidades no “geográficas”, pueden sumárseles las plagas de langosta u otros insectos que trastocaban la vida local al arrasarse con extensos cultivos dejando sumida en el hambre a inmensos grupos de población. También, las *catástrofes epidémicas*, podían tener efectos devastadores siendo las más comunes en aquella época las de sarampión, viruela, fiebre amarilla y el cólera, designadas con el nombre genérico de “pestes”<sup>5</sup>.

La precariedad de las construcciones y del mundo urbano colonial para contener y domeñar los desbordantes flujos de agua de quebradas y ríos en los inviernos; la falta de eficientes tecnologías de construcción sísmo-resistente; la inexistencia y desconocimiento de modernas técnicas para el cultivo y la conservación de alimentos a gran escala durante largas temporadas de escasez causadas por el invierno, la sequía o por plagas, y la falta de ayudas preventivas y médicas eficientes para combatir éstas y el contagio de enfermedades, facilitaron sus efectos devastadores sobre la población y sobre sus recursos para la vida.

Como una simple muestra de los recurrentes eventos catastróficos sucedidos en la Nueva Granada en los siglos XVIII y XIX, y que nuevas investigaciones podrán tratar con detalle, pueden citarse algunos de los más importantes. Con respecto a los sismos el estudio ya mencionado del P. Jesús Emilio Ramírez, contabiliza la sorprendente cifra de 597 en los cuatro siglos que van desde 1563 a 1963, de los cuales, alrededor de 70 alcanzaron grado VIII en la escala Rossi-Forel. De los seis más importantes del período colonial sobresalen los de 1735, 1785 y 1805. Este último, célebre por la destrucción de la Villa de Honda sobre el río Magdalena, con la alarmante cifra de 200 personas muertas, un pequeño villorrio con una población que apenas podía ascender apenas a unos miles. Pero durante el siglo XIX se vivieron más dramáticos desastres de este tipo, como el de la ciudad de Cúcuta y la frontera con Venezuela en 1885, que la redujo a ruinas y dejó unos 3000 muertos. Las erupciones del Volcán del Ruíz no son nuevas y se presentaron en medio del temblor de 1845, con flujos de lodo que dejaron devastadoras cicatrices en el valle del Magdalena<sup>6</sup>.

Los paisajes urbanos también se han visto afectados dramáticamente con eventos naturales como la célebre avalancha de lodo de la quebrada de Iguaná en Medellín, que arrasó con el poblado de Aná en 1880. Los condicionantes antrópicos de éste último, se refieren a la tala de bosques en la parte alta de la montaña que facilitó el arrastre de materiales y lodos por la lluvia y a la ineficacia de las contenciones construidas para controlar las ya conocidas crecientes. El desastre obligó al traslado del caserío a una zona de cota más alta al norte de la ciudad, en el actual barrio de Robledo<sup>7</sup>. Igualmente persistentes y calamitosas podían ser las crecientes de la quebrada Santa Elena, que pasaba a pocas cuadras de la plaza mayor de la villa de Medellín, inundando los barrios y estancias aledañas.

En cuanto a las catástrofes epidémicas, sobresale la gran epidemia combinada de viruela y sarampión que asoló la región centro oriente de la Nueva Granada durante dos años (1728-1730), cuando el proceso de mestizaje avanzaba en esta región de mayoritaria población indígena, la más afectada por carecer de inmunidad biológica al contagio; o la llamada por José María Caballero la *peste grande de viruelas* de Santafé en 1782. La diversidad de versiones sobre la cantidad de fallecidos durante ésta última va desde 7000 según anotaciones del siglo XIX, hasta las 5000 víctimas que registró José María Caballero en su Diario, o las 3000, según el arzobispo Virrey Caballero y Góngora. De todas formas la cifra más baja de 3000 personas fallecidas resulta sorprendente para esta ciudad cuya población no llegaba a los 20000 habitantes<sup>8</sup>. Como lo señala el historiador Renán Silva para la epidemia de 1802 en la misma Santafé, los muertos se redujeron dramáticamente (a 330) en comparación con la de 1782, por la mejor organización y disposición de recursos médicos y hospitalarios y de la práctica de la vacuna contra la viruela. El cólera asiático o morbo aparece ya en el siglo XIX, cuando se introdujo en 1849 desde Panamá por Barranquilla y Cartagena, “en donde el flajelo -según Salvador Camacho Roldán- se encarnizó en los meses de junio y julio. En general, se calculó que entre las ciudades del litoral y las márgenes del Magdalena hasta Honda, en tres meses el azote había causado la muerte de más de 20000 personas”, una cifra al parecer exagerada. Para 1850, la peste ya había arrasado con más víctimas en Guaduas, Villeta y Bogotá<sup>9</sup>.

Sobre otros eventos naturales como tempestades, granizadas y heladas (tan comunes todavía en los altiplanos cundiboyacense y pastuso) y sus desastrosos efectos para la economía

y la vida de las personas, se encuentran recurrentes registros en fuentes tan diversas como las Actas de los Cabildos, las crónicas y memorias de viajeros<sup>10</sup>, la correspondencia privada y los diarios personales, la prensa<sup>11</sup> y hasta en las producciones literarias del folclor regional (novenas y devocionarios), algunas de ellas, citadas acá.

## Familiaridad con una naturaleza amenazante e incontrolable

La sociedad colonial era predominantemente rural y campesina, de modo que la forma de vida de la población, que en su mayoría vivía fuera y en torno a las ciudades y villas, estaba regida estrechamente por los ciclos y los fenómenos naturales. Tanto el trabajo, que era predominantemente agrícola, como la vida social, estaban a merced de las variaciones del cielo y las estaciones climáticas. Los centros urbanos, donde la población podía sustraerse en cierta manera a los efectos meteorológicos eran bastante precarios en su materialidad, de modo que allí se vivían con intensidad todos los fenómenos naturales, en especial los catastróficos. Entonces, el mundo natural no era considerado como en nuestras sociedades occidentales de principios del siglo XXI, como frágil, dependiente y a merced del hombre, sino por el contrario, como amenazante, terroríficamente poderoso, e incontrolable; “triunfaba fácilmente sobre los hombres”.

La familiaridad con una naturaleza amenazante e incontrolable en los siglos XVIII y XIX, pudo suscitar en la población, mayoritariamente campesina en la Nueva Granada, un sentimiento de *fatalismo resignado* más visible en los angustiosos momentos del desastre, cuando “la vida estaba a merced de la muerte” y no había “nada que hacer” frente a la calamidad o la enfermedad. Esta actitud también era propia de sociedades agrarias y tradicionales europeas. Los fenómenos catastróficos podían ocasionar muertes masivas de ganado y animales domésticos, la pérdida de cosechas enteras y hambrunas y enfermedades colectivas; acontecían de forma periódica y trastocaban la vida de toda la comunidad ocasionando a veces crisis de sobrevivencia. Una de ellas parece haberse presentado en la provincia de Antioquia a principios del siglo XIX, asociada a un prolongado verano, según lo registra el historiador Álvaro Restrepo Eusse:

Desde mediados de 1807 comenzó a sentirse en la provincia el efecto de un prolongado verano o falta total de lluvias, por escasez de víveres para atender la ordinaria alimentación de sus habitantes; situación que se agravó considerablemente con el consiguiente verano de 1808, produciendo una calamidad de hambre cuya memoria con todos sus horrores se ha conservado con espanto. A pesar de los filantrópicos esfuerzos que hicieron las autoridades y los ciudadanos, no pudo obtenerse eficaz remedio hasta que se estableció el curso regular de las cosechas<sup>12</sup>.

Para quienes vivimos el mundo contemporáneo de las grandes ciudades, atiborrado de tecnologías que aminoran los rigores de la naturaleza, y donde la reserva masiva de alimentos en depósitos agrícolas y supermercados nos crean el imaginario de su condición inagotable debido a su masiva e inmediata disponibilidad, resguardándonos de los terribles efectos del hambre, es difícil comprender que la pérdida de los sembrados por los nefastos efectos de una

sequía o del invierno, implicara un riesgo considerable y profundamente traumático para la vida en el campo. Pues las cosechas se podían retrasar, mientras los ciclos naturales corrían y las pocas reservas alimenticias de la familia campesina se diezaban en medio de la penuria, la enfermedad y el hambre. Y el hambre aparece reiteradamente en los documentos como el gran flagelo, a cuya experiencia terrorífica se enfrentaban finalmente los pobladores una vez pasado el evento catastrófico<sup>13</sup>.

Frente a estos acontecimientos las autoridades determinaban un control más estricto sobre el comercio de los escasos víveres, para evitar que fueran vendidos por fuera de su jurisdicción y que se desencadenaran alzas exageradas de precios, principalmente en productos como el maíz<sup>14</sup>. Por ello fueron comunes los Autos de los Cabildos, “para que no se extraigan los maíces de la jurisdicción [de las ciudades y villas] en tiempos calamitosos”. También, estimularon la agricultura, la entrega de ayudas y limosnas para los más pobres, y velaron con mayor celo el orden público y la mendicidad, confirmando permisos especiales para que la ejercieran los más afectados<sup>15</sup>. Los efectos de estas medidas deberán ser evaluados mejor en futuras investigaciones, sin embargo, su efectividad podía ser limitada, debido a la precipitación y a la deficiencia de recursos para aplicarlas con duración.

La presencia de la langosta en Antioquia desataba la necesidad de estimular la agricultura, lo que se observa con la solicitud que hiciera el cabildo de la ciudad de Rionegro en 1815 a los pobladores, para

que se dediquen con actividad a sembrar toda clase de frutos, raíces y legumbres que se den con abundancia en todos los terrenos de este cantón, que por ser templado o frío se ha visto libre de semejante plaga destructora dedicándose con especialidad al cultivo de las sementeras de trigo ya porque según la experiencia, la deja intacta sin hacerle daño la langosta ya porque su fruto viene más temprano que el maíz y finalmente porque en poco terreno se siembra más y a proporción se coje también mayor cantidad de trigo<sup>16</sup>.

Sin hacer observaciones concluyentes sobre una relación directa entre desastres naturales, pobreza, aumento de la criminalidad y vagancia, algunos registros históricos sugieren que en medio de estas situaciones calamitosas, algunos sujetos estaban más dispuestos a cometer robos de alimentos, posiblemente abigeato y hasta asesinatos, forzados por el hambre y la pobreza. En 1820, fue acusado en la ciudad de Antioquia un sujeto de nombre Bernardo Agudelo, bajo los cargos de vago y ladrón. Agudelo era vecino del Curato de Sacaoyal, poseía algunas tierras allí, era casado, con una hija y de oficio jornalero. Según los vecinos, Agudelo y su mujer eran reconocidos ladrones de gallinas, cerdos, maíz pilado y algunos frutos del campo. Sin embargo, en una de las declaraciones se relacionaron los robos del acusado con la situación calamitosa por la que pasaba la provincia. Según José María Losada, “[...] que en el año pasado [1820] hubo calamidad por haber faltado los víveres, por cuyo motivo nos hallábamos aflixidos de hambre, pero ahora no”, y que sí ha robado, “aunque no sabe si en tiempo de necesidad”<sup>17</sup>.

En otro caso se refiere el infanticidio cometido por Venancio Londoño en 1807, quien fuera esclavo del presbítero José de Saldarriaga vecino de Medellín, y quien ahogó a su hija de

diez meses en la quebrada de Miranda. Además de argumentar la ignorancia del acusado sobre la gravedad del hecho, el defensor hizo referencia a la época de hambruna por la que estaba pasando la provincia, debido a un prolongado verano. Este fue el motivo del delito, dada la incapacidad de alimentar a su familia<sup>18</sup>.

En 1766 el corregidor del “Partido de Bogotá” se refirió a la escasez general de víveres, debida a los “continuos veranos [...] y otras epidemias”, de modo que habían dejado a los indios tan pobres que algunos se habían transformado en mendigos, otros estaban dedicados al pillaje y muchos abandonaron sus pueblos<sup>19</sup>.

## De la ira y los castigos divinos. Las rogativas públicas

Señor, tú eres también el Dios de amor en la tempestad, y el Dios de bondad en la tormenta. (Oración durante la Tormenta. *Ejercicio del Amor Divino*).

En las situaciones catastróficas los campesinos se sentían a merced de la naturaleza; se generaban tensiones y pánico colectivo, frente a los cuales lo religioso ofrecía respuestas sobre el origen -sobrenatural- de los males que afectaban a la comunidad y salidas para atenuar o escapar a sus calamitosos efectos. Y era que resultaba una experiencia terrorífica, en esta sociedad católica de los siglos XVIII y XIX, morir repentinamente sin los auxilios sacramentales en medio de la catástrofe, arriesgándose a perder el alma para la eternidad. El historiador de las mentalidades, Philippe Ariés, ha mostrado como en las sociedades occidentales tradicionales, la muerte repentina era indeseable y traumática para las personas, pues se valoraba sobremanera un “bien morir”, con el tiempo suficiente para recibir los sacramentos, testar, despedirse de los allegados y familiares, y vivenciar la muerte misma en el lecho propio, en un acto de sentido fervor religioso, contrición y espera<sup>20</sup>. En medio de la catástrofe, era entonces cuando los sentimientos de precariedad de la vida material y de impotencia frente a la naturaleza se experimentaban con más fuerza, y se acudía con afán a los poderes de la “Divina Magestad” por medio de rogativas, romerías o novenarios, dada la inoperancia de los remedios humanos o al mismo tiempo que se recurría a éstos<sup>21</sup>.

Escenas colectivas de terror y pánico, un tanto graciosas y pintorescas, donde se desencadenaban verdaderas oleadas de fervor religioso en medio del desorden general, componen las descripciones que hasta ahora se conservan sobre los desastres naturales. José María Caballero narra de manera jocosa lo sucedido en medio de un temblor de tierra del 18 de noviembre de 1814, en Santafé:

En esta misma noche tembló como a las diez y media, pero como a las once y cuarto fue más grande, por cuya causa se asustó y alborotó toda la gente, en términos que no quedó uno acostado; todos salieron a las calles y amanecieron en las puertas de las casas y tiendas y en las plazas, rezando a gritos por todas partes. La comunidad de San Francisco dio vueltas por la plazuela, cantando letanías, de suerte que en medio del

susto daba gusto ver a todas las gentes por todas partes, porque unos rezaban el rosario, otros el trisagio, otros las letanías de la Virgen, otros las de los santos, unos cantaban el Santo Dios, otros la Divina Pastora, unos gritaban el Ave María, otros el Dulce Nombre de Jesús, unos lloraban, otros cantaban, otros gritaban, otros pedían misericordia y confesión a gritos. En particular, las de mayor alboroto eran las mujeres. Yo me reía a ratos de ver tanto movimiento, sin sino, como locos, pues ninguno sabía lo que hacía; y aun en aquellas personas doctas y de mayor civilización. ¡Válgame Dios, lo que es un susto repentino, y más si viene por la mano del Altísimo!<sup>22</sup>

Es importante señalar que el miedo como “respuesta al riesgo”, no se agota en él, y se constituye en un sentimiento que, no obstante expresarse individualmente, se construye socialmente, y se interpreta desde contextos sociales específicos<sup>23</sup>. Se trata en definitiva del miedo a la disolución del cuerpo social y a no tener futuro, como resultado del inmenso riesgo que supone la catástrofe. Y frente a esta experiencia terrorífica, lo religioso con su poder consolador, permite contrarrestar la fragilidad de los cuerpos frente a la enfermedad o la del cuerpo social frente a las impredecibles fuerzas de la naturaleza, a diferencia de lo que acontece en las sociedades contemporáneas donde las ciencias y el aparato jurídico del Estado cumplen funciones de racionalidad y protección. En relación con los miedos, es necesario destacar las diferentes maneras de reaccionar, de acuerdo con los distintos eventos catastróficos que los generan. Las imágenes de la cita anterior sobre el terremoto, donde se exteriorizan con gran expresividad y soltura los sentimientos de pánico individual en espacios predominantemente públicos, contrastan sobremanera con las que trae a cuenta el historiador francés Jean Delumeau, para mostrar las reacciones que generaban las pestes en el medioevo (y en la época colonial):

Detención de las actividades materiales, silencio en la ciudad, soledad en la enfermedad, anonimato en la muerte, abolición de los ritos colectivos de alegría y de tristeza; todas estas rupturas brutales con las costumbres de una imposibilidad radical para construir proyectos de futuro, ya que a partir de entonces, la iniciativa la pertenecía completamente a la peste<sup>24</sup>.

Además de las respuestas religiosas más inmediatas e instintivas frente a la catástrofe y de las medidas de carácter práctico para neutralizar sus devastadores efectos, sobresale el que estuviera estipulado como norma de acción oficial de los cabildos, decretar y organizar rogativas públicas en concierto con las autoridades eclesiásticas. Las rogativas eran una práctica religiosa cuyos orígenes se remontan a España, según se las reglamentaba en la Novísima Recopilación de Leyes de España<sup>25</sup>. En Antioquia, el Visitador Oidor Juan Antonio Mon y Velarde, uno de los más destacados gobernantes borbónicos de finales del siglo XVIII, reglamentó las rogativas públicas, según las Ordenanzas dictadas para la ciudad de Antioquia y la Villa de Medellín. En ellas se dictaminaba que:

Cuando la necesidad sea urgente, debe el cabildo acordar rogativa pasando oficio sobre esto al superior eclesiástico, poniéndose de acuerdo para señalar día y hacer la convocatoria para que asistan los vecinos, haciendo que todos concurren a implorar



el auxilio de la divina clemencia pues en esto hay poco esmero o por lo demasiado frecuentes de las rogativas sin mayor urgencia o por la poca formalidad que en esto se ha observado, debiendo asistir todo el cabildo vestido de negro<sup>26</sup>.

Para el historiador español Manuel José de Lara Rodenas, quien ha estudiado las rogativas al sur de España para el siglo XVII, éstas eran manifestaciones socio-religiosas, nacidas de las angustias, expectativas y frustraciones de las viejas sociedades agrarias al calor de su incapacidad para dominar el medio. Son parte del desbordante espectáculo institucional de la religiosidad barroca, convocadas por tres tipos de motivaciones, para enfrentar los embates de la meteorología, la epidemia o la guerra<sup>27</sup>. Como lo he sugerido anteriormente, a los cabildos correspondía la iniciativa de convocar y diseñar las rogativas, retomando los clamores de los vecinos y dando cuenta de ello al clero. De allí que sus costos se pagaran de sus Propios y Rentas, cuando no se sustentaban de las limosnas del vecindario. “Por lo general, cuando el motivo que la impulsa afecta directamente a la población, la rogativa suele adquirir su configuración completa: novenario de misas cantadas con procesión general el últimos día, aunque en otros casos puede bastar la procesión”<sup>28</sup>.

Para el caso de la Villa de Medellín, de la que he logrado explorar parcialmente las Actas del Cabildo, no he encontrado información detallada sobre las rogativas. Sólo se registran lacónicas peticiones o mandatos de los cabildantes para celebrarlas y sus motivaciones. Como ejemplo de ello, puede citarse la solicitud del Cabildo de la Villa de Medellín, del 2 de junio de 1817, para que se mandara hacer rogativa a la virgen patrona por la sequía y las “pestes” que se presentaban en aquella época de verano: “Siendo graves los prejuicios que resultan a los frutos por la seca que se advierte e igualmente la peste que amenaza una gran devastación y ruina del vecindario, por tanto pide se haga una rogativa a Nra. Patrona de la Virgen de la Candelaria [...]”. Pedido que fue aprobado para el sábado 7 de junio y “al efecto pedir la limosna que se acostumbra”<sup>29</sup>.

Si se atiende a las tradiciones hispánicas en esta materia y a la poca información conocida, puede decirse que las rogativas se realizaban con el concurso de la vecindad en una de las parroquias de la población y el último día de los nueve, que solía ser domingo, se salía en procesión en desfile general de todos los estamentos sociales, con las cofradías llevando sus estandartes y las ordenes religiosas alimentando y liderando el fervor público. Más comúnmente se acordaba el novenario a los santos patronos de las localidades y el último día se sacaba su imagen en procesión hasta una de las parroquias donde se decía la última misa, luego de lo cual la imagen retornaba a su lugar originario, generalmente la iglesia mayor. Con las rogativas se desplegaba todo un “gobierno de las conductas que quiere serlo también de los sentimientos” religiosos, pues como era usual desde antiguo, los cabildos exigían al convocarlas, “contrición y arrepentimiento” o la “devoción y solemnidad que es justicia”, para lo cual se demandaba “que ninguna persona falte a ella y habiendo confesado y comulgado”, y que “todo se haga con la mayor devoción que se pueda”, con la advertencia de ser castigados los ausentes.

Indagando en los fenómenos de la psicología colectiva que revelan los eventos catastróficos, De Lara Rodenas sugiere que las “rogativas públicas”, al tener la fuerza del

colectivo, facilitaban la cohesión del cuerpo social y el catalizar sus temores y angustias frente a este tipo de amenazas:

En el fondo, hiciera o no la merced, la rogativa pública había ido más allá, del ruego coyuntural. Su propia naturaleza formalizada, el carácter masivo y globalizador de unas manifestaciones sociales y religiosas que premian lo institucional sobre lo instintivo, nos apuntan a la consideración de la rogativa como un instrumento efectivo de cohesión. Independiente del temblor religioso e íntimo que anima al conjunto, en el que es difícil que un historiador pueda penetrar, independientemente del funcionamiento de la rogativa como tubo de escape de evidentes malestares, no cabe duda de que el poder barroco es consciente de la desmedida fuerza de unión social que llevan en sí los problemas compartidos, y que la convergencia de clases y estamentos en un mismo gesto común dota al cuerpo resultante de un carácter orgánico fácilmente gobernable<sup>30</sup>.

Estas celebraciones paralitúrgicas articulaban la veneración a los santos con la sociabilidad comunitaria. Al vincular a todas las clases sociales en ellas, convocadas bajo el apelativo genérico del “vecindario”, las rogativas con formas rituales como la procesión, suponen efectivos procedimientos en la política de gobierno de la colectividad. La Iglesia y las élites locales, propiciaban con estos actos de temor y devoción religiosa un “elemento de cierre espacial comunitario para reforzar el sentido de identidad local” en una simbiosis santos/divinidad-población, ya fuera con ocasión del día de la festividad del patrono local o en medio de las calamitosas circunstancias del desastre.

De la revisión que he realizado de las Actas del Cabildo de Medellín para los 142 años que van de la “fundación” de la Villa en 1675 hasta el año de 1717, he registrado 13 solicitudes oficiales de rogativas y acción de gracias por parte de los cabildantes. Casi todas están dirigidas a la Virgen de la Candelaria, con diversas motivaciones, como: “que cesen las lluvias que afectan las cosechas”, “para que cese la peste y el mal tiempo”, “contra la plaga de Langosta” o como la llamativa y ordenada por el cabildo, “acción de gracias por los daños ahorrados” a la Villa en el terremoto ocurrido en Santafé en julio de 1785<sup>31</sup>. Sobresale pues, que el 53.85% (7) de las 13 rogativas contabilizadas fueran suscitadas por motivos climáticos o “agrícolas” y para que “cese la peste”<sup>32</sup>.

Es de destacar que algunas rogativas coinciden con la época de lluvias de principios del año, señalada como la de los “Aguaceros de la Candelaria”, pues la fiesta de ésta advocación de la Virgen se celebraba el 2 de febrero. Igualmente y como un ejemplo más de la forma como los fenómenos naturales estaban signados por el calendario religioso, la época veraniega de mediados de año era designada como los “veranos de San Juan” o las “cosechas de San Juan”. Las fiestas de Corpus se celebraban en el cambio del calendario agrícola, al pasar del tiempo de lluvias al tiempo seco<sup>33</sup>.

## Recursos mágico-religiosos contra la catástrofe

Es dogma de fe católica que Dios produce todas las causas y efectos; y siendo efectos naturales los terremotos, truenos y tempestades, concurre Dios a su producción, como a otro cualquier efecto natural.  
(Cevallos. *Censura de las Cartas de Feijoo sobre terremotos*).

Durante y aún después de los eventos catastróficos los actos de fe religiosa manifiestan la certidumbre de la gente en los poderes divinos para restablecer el curso regular de la naturaleza, y los poderes comunitarios de orden mágico-religioso para incidir sobre el mundo natural. Estas expresiones de “religiosidad popular”, no fueron exclusivas de la época colonial y continuaron durante el siglo XIX. Aún existen, principalmente en las sociedades de procedencia campesina de principios del siglo XXI, en medio de los avances de la ciencia, la medicina y la tecnología y lo que ello implica en cuanto a un supuesto dominio sobre la naturaleza y la enfermedad, pero también en medio de un evidente y preocupante calentamiento y deterioro global del medio ambiente. Además, estas manifestaciones variaron de acuerdo con las preferencias de cada grupo social por el santo de su devoción, o de las localidades por su santo patrón, a los que se acudía para restablecer la normalidad de la vida social y natural. Eventos naturales nefastos para la agricultura como una plaga de langosta, reforzaron la devoción hacia la Virgen de la Candelaria, en la Villa de Medellín. Así lo anotó el conservador Pedro Antonio Restrepo Escovar en su diario:

Mayo 19/1878: [...] El padre Gómez convidó ayer para ir en peregrinación a Itaguí, llevando a Nuestra Señora de La Candelaria a decirle una misa allí y a matar langosta [...] Muy de mañana mandé a mis hijos [...] que se fueron adelante de mí a matar langosta; yo me fuí después<sup>34</sup>.

Este caso, como otros que narran viajeros y cronistas de la Nueva Granada, donde se percibe la participación de personas cultas y “principales” de la Villa (como el educador y abogado Pedro Antonio Restrepo) en romerías y procesiones junto a numerosos campesinos y parroquianos de la más baja extracción social, lleva a pensar que estas manifestaciones de religiosidad popular estaban socialmente extendidas y no parecen exclusivas de las “clases subalternas”, pues se compartía una cercanía cultural y psicológica entre los diferentes estratos sociales, cuyas diferencias en lo económico sí podían ser más visibles. La “religiosidad popular”, no era, pues, exclusiva de los sectores “populares”. Además, se sugiere en las actitudes de la colectividad, que recurrir a lo religioso no implicaba un fatalismo paralizante ante la calamidad, sino un sustento y motivación simbólica, efectiva para la acción humana dirigida a neutralizar sus efectos. Actitud que ha recogido el folklor popular en la conocida frase “a Dios rogando y con el mazo dando”.

En otras regiones de la Nueva Granada como en la Sabana de Bogotá, los labradores tenían en la iglesia de Monserrate su “santo abogado”, al que acudían para calmar la sequía y la falta de pastos. Mientras que en Popayán, hacia principios del siglo XIX, las religiosas de la Orden de la Encarnación, dirigían sus rogativas a una estatuilla del Divino Salvador, “[...] que se sacaba en procesión para implorar al cielo cambio de tiempo en épocas de lluvia o de sequías

muy prolongadas". Pero según el comentario jocoso del Obispo de allí, "[...] sucede que cuando en la procesión se pide lluvia, empieza a calentar el sol y si se ruega porque venga el verano se desata tormenta de rayos y centellas"<sup>35</sup>. En el caso de la Villa de la Candelaria de Medellín, una serie de temblores de tierra y sus nefastas consecuencias forzó al cabildo, en el año de 1730, a encomendar la localidad a San Francisco de Borja como patrono protector contra "temblores, borrascas y tempestades", y a celebrar su festividad anualmente, cada 11 de octubre. Igual que en otras situaciones de este tipo y según los mismos cabildantes, se trataba de buscar un "intercesor" que abogara ante Dios a favor del vecindario, pues el único remedio que discurrían para finalizar aquellos persistentes males era "aplacar la ira divina" que los castigaba por sus pecados<sup>36</sup>.

En los documentos históricos, reiteradamente se hace referencia a un Dios iracundo y vengativo, propio de la tradición judaica, quien origina el flagelo catastrófico o la enfermedad, como una forma de expiación de la culpa colectiva por la situación decadente o pecaminosa de la colectividad; pero también, se hace presente un Dios piadoso que puede proveer el remedio y la misericordia si se acude a él con arrepentimiento y devoción. Ello tenía lugar en el contexto de las tradicionales representaciones judeocristianas sobre Dios, con la faceta misericordiosa y paternal del Nuevo Testamento, "el Dios de la paz y la bonanza en los días serenos", pero también el Dios inclemente y sanguinario del Antiguo Testamento, "el Dios de los ejércitos y de las batallas en la noches tempestuosas"<sup>37</sup>. Sobre el terremoto experimentado en Lima el 6 de enero de 1725, el Virrey Marques del Castelfuerte escribió al Rey de España la siguiente carta, significativa por lo que se acaba de señalar:

El día 6 del próximo pasado mes a las once y cuarto de la mañana puso en gran conturbación a esta ciudad, a sus habitantes un espantoso movimiento de tierra que continuando por largo espacio de tiempo se creyó repetida la antigua ruina que aún conserva la memoria de lo pasado; pues viéndose estremecer con desacompañado impulso lo sólido de los edificios y lo elevado de los templos, sojuzgó consiguiente el estrago; pero como a la justa ira de Dios Nuestro Señor nunca le falta la gran templanza de su misericordia nos avisó con el amago sin proceder al castigo para que siempre le alavemos pues no habiéndose experimentado fatalidad alguna ni perecido nadie, sólo quedaron sentidos algunos templos [...] se repitieron otros temblores fueron tan leves que no pasando de susto avivaban las fervorosas deprecaciones con que todas las noches de aquel tiempo y mucho después en devotos rosarios empeñaban a voces por calles y plazas la poderosa intercesión de María Santísima, reina de los cielos y tierra para consolar a su ofendido hijo, a sus ruegos debemos reconocer en esta ciudad la gran piedad con que nos miró en la primera ruidosa amenaza [...]<sup>38</sup>.

La catástrofe podía, entonces, detonar actitudes religiosas para la expiación de culpas privadas y públicas, que llamaban al recogimiento, el arrepentimiento y el fervor religioso. Luego del terremoto de 1785, las fiestas de Ubaté fueron prohibidas por el corregidor de Zipaquirá y por la Audiencia, por considerarlas inapropiadas para apaciguar la ira divina. No obstante que prevalecía esta actitud, los alféreces, patrocinadores de las fiestas, no las suspendieron argumentando que ya estaban muy entrados en gastos.

Como lo ha señalado el historiador Renán Silva, el castigo divino era la forma de representación cultural y explicativa de las catástrofes. Y no sólo los religiosos se representaron de esta manera los eventos catastróficos, sino también sectores civiles de la sociedad colonial y republicana. Interpretación que tomaba fuerza con la “precariedad de los medios a disposición” para enfrentar el mal. Al respecto cobra significado que frente a la epidemia de viruela de 1782, el Virrey Joseph de Ezpeleta explicaba que las alarmantes cifras de muertes registradas podían ser en parte el resultado del “horror que se le tiene en este Reino a las viruelas según lo he podido observar [...]”, miedo que le parecía derivado de la ausencia de formas de prevención, control y tratamiento<sup>39</sup>. Acá se vislumbra que las actitudes frente al mal estaban signadas por la disposición de recursos racionales y prácticos para enfrentarlo, pero también culturalmente por la noción de destino en estas sociedades tradicionales, donde el mundo era concebido como sacralizado.

La representación religiosa de las catástrofes se extendía a otros males no siempre “naturales”, según las alusiones de Caballero y Góngora, al señalar que “[...] el hambre, la guerra y la peste eran los tres grandes despertadores de que el Señor se valía para castigar el pecado y la ingratitud humana [...]”. En íntima relación con lo religioso se podía pasar al uso político de las catástrofes, al relacionar el mismo funcionario el ataque de la peste de 1782 y su inusual gravedad, con la “impía sublevación” de los Comuneros del año anterior. En su pastoral señalaba cómo la deslealtad de los hombres ocasionaba la ira de Dios, prueba de ello era “aumentar el Señor vuestras plagas, haciéndolas grandes y duraderas, enfermedades pésimas y perpetuas [...] por haberse apresurado a atesorarse las iras de Dios [...]”<sup>40</sup>.

A las connotaciones religiosas de los desastres, subyacen los antiguos cuadros bíblicos de las plagas que azotaron a Egipto en el Antiguo Testamento, las terroríficas escenas del diluvio universal o las del fin del mundo del libro del Apocalipsis, de modo que los miedos y la religiosidad local, hacían partícipes a los vecindarios coloniales de una “comunidad imaginada” mayor, signada por la Cristiandad Universal<sup>41</sup>. Las referencias políticas de los desastres por parte de las élites, suponen además, que no siempre fueron interpretados de la misma manera por los diversos grupos sociales, incorporándose de manera diferente al imaginario colectivo. En medio de las guerras de Independencia de España, también se presentaron este tipo de interpretaciones por parte de los “realistas”, buscando culpabilizar a los “patriotas” de los males de la guerra y mermar su furor bélico.

## Lo maravilloso y lo cotidiano

Si bien los eventos catastróficos se prestaron para la elaboración de explicaciones sobrenaturales, no siempre fueron vistos como resultado de la ira de Dios, pues en el imaginario colectivo Satanás y sus huestes de hechiceros podían tener su parte como autores del mal. La antigua relación entre demonio, maleficio y brujería, como causante de desórdenes naturales provenía de Europa y a ella fueron permeables la sociedad e instituciones como la misma Iglesia Católica en la Nueva Granada<sup>42</sup>. Parece que este tipo de creencias mágico religiosas

se afincaron principalmente entre la población negra, a quienes se endilgaba más comúnmente la práctica de la brujería y la hechicería. Según las creencias de los esclavos africanos de la zona minera de Zaragoza durante el siglo XVII, el demonio tenía el poder de causar grandes daños, especialmente en los frutos de la tierra, ordenando a la Langosta a destruir el maíz y a los brujos a que “se pusiesen delante del sol y le estorbasen la claridad y así puestos en el aire oscurecían el sol al amanecer”<sup>43</sup>. Como lo indica el documento anterior, fenómenos naturales excepcionales, eclipses, meteoros y cometas, podían ser interpretados como signo de los cielos, vaticinio de una catástrofe o de algún suceso inesperado que comprometía, para bien o para mal, el destino colectivo. ¿Puede tratarse con ello de lo “maravilloso”, estudiado por Jacques Le Goff para la Edad Media? Estos eventos maravillosos parecen constituirse también de lo “extraño”, lo prodigioso y lo “sobrenatural”, y por ello de difícil explicación, teniendo entre sus funciones la capacidad de compensar y restar fuerza a la trivialidad y monotonía cotidiana de aquellas lentas y rutinarias sociedades campesinas<sup>44</sup>. Y dentro de los “maravilloso político” de que hablara Le Goff: el nacimiento, la muerte o el matrimonio de los monarcas, o el temible anuncio de la guerra y la prosperidad, podrían situarse fenómenos celestes como el cometa que a finales del año de 1808:

Se mostró en el cielo, produciendo emociones diversas que la ignorancia y la superstición pudieron explotar a su placer en el campo de los intereses. Sería éste celeste viajero el mismo que alumbró la cuna de Carlos V, que volvía ahora a anunciar a España la proximidad del ocaso del sol inmortal de aquel monarca?<sup>45</sup>.

## Santos protectores mediadores. Atributos y plástica individual.

La ciencia puede advertirnos,  
pero nada podrá protegernos.  
(*Planeta Feroz*. Discovery Channel).

¡Oh poderosísimo San Emigdio, ruega por los pecadores!  
No permitas que muramos de sustos ni de temblores.  
Que por tus piadosos ruegos nos viene de lo profundo  
la esperanza que teníamos: no vivir más en el mundo.  
(Rezadores y ayudados)

¿Qué valor de representación tenían los santos en la religiosidad popular, frente a estos eventos de la naturaleza? Como se ha observado hasta ahora lo religioso aparece íntimamente ligado al destino humano, en “situaciones límite” donde se hacían evidentes la vida y la muerte, la enfermedad y la salud, el orden y el desorden social y del cosmos. El santo, entonces, hace las veces de “calmante higiénico” contra los temores y deseos de salvación. Como lo dijera Johan Huizinga, es un “seguro espiritual” frente a los temores naturales y sobrenaturales. El despliegue por parte de los creyentes de estrategias mágicas, rituales y de culto, expresa un sentido de “religiosidad funcional”; esto es, una religión que se encuentra a su alcance para incidir en los asuntos más nimios de la vida cotidiana, pero también en los más esporádicos, maravillosos y aterradores<sup>46</sup>.

El historiador francés Michel Vovelle, ha llamado la atención sobre la figura del santo como instancia mediadora entre hombres y Dios, a la cual la “religión popular” asocia las solidaridades humanas<sup>47</sup>. Sin embargo, el santo como mediador, amplía su abanico de significaciones en las mentalidades colectivas, y por los especiales poderes que se le atribuyen y sus efectos prácticos, llega a ocupar y usurpar el lugar de Dios al que representa, pues las funciones que se le adjudican pasan a tener un gran contenido mágico recursivo. Así, el santo es convertido por sus devotos en una especie de divinidad y en recurso del más allá, indispensable para la vida<sup>48</sup>. Aquí, toma forma el uso del santo como recurso mágico-religioso, cuya funcionalidad frente al evento catastrófico se explica, según Caro Baroja y Malinovski, por el gran sentimiento de impotencia y frustración que experimentan los hombres frente a una realidad aplastante y amenazante. Realidad cuya resolución se debate dramáticamente entre las pretensiones voluntaristas y la incapacidad del hombre para resolver un asunto a su favor<sup>49</sup>. De manera colectiva o individual, el recurso a los santos supone la creencia en la eficacia de la acción simbólica; de una magia, que aunque circunscrita o aplicada a la religión, implica “obligar” a la divinidad para lograr de ella acciones determinadas<sup>50</sup>.

Con el fin de evitar una prolífica “religiosidad barroca” asociada a una especie de “politeísmo pragmático”, los eclesiásticos, por medio de los Sínodos Diocesanos y sus Constituciones, velaron por el cumplimiento de la doctrina, que permitía tributar veneración a los santos, pero no adoración, que es la debida sólo a Dios y por el control de las expresiones pictóricas y de los imagineros. Al respecto las autoridades Borbónicas trataron con un sentido moderno, no de suprimir lo religioso, sino de depurarlo de ciertas contaminaciones, promoviendo las celebraciones religiosas locales sin la suntuosidad, bullicio y gasto acostumbrado.

Provenientes de Europa, muchas devociones sobre las que será necesario investigar con mayor profundidad en los archivos municipales y parroquiales, reconocieron a distintos santos atributos especiales para restablecer el comportamiento de la naturaleza o para escapar a sus inclemencias y a la enfermedad. A los santos se les adjudicaron sofisticados atributos, derivados de su historia particular, manifiesta en una “personalidad plástica individual”, a diferencia de los ángeles que carecen de personalidad, excepto los tres arcángeles Miguel, Rafael y Gabriel. La figura del santo, tenía su carácter individual, gracias a su imagen fija y definida, que puede ser consultada ante una necesidad específica por parte del devoto. Como lo señala Serge Gruzinsky, al sugerir la importancia cultural de la imagen religiosa en la época colonial, imagen y santo están asociadas por doquier y no se comprende la una sin la otra: “por encima de la imagen lo que está en juego es el imaginario”, que implica la construcción de sentidos no reductibles a la dialéctica entre significante y significado<sup>51</sup>.

El santo está hecho pues, para acercar el mundo de lo divino a lo humano. Con frecuencia los atributos y especialización del santo, responden a una parte legendaria de su historia personal<sup>52</sup>. La protección de San Cristóbal fue invocada contra las inundaciones, principalmente. Su leyenda viene de su nombre y es muy conocida, *Christofuros*, el que lleva a Cristo. Es representado sumergido con los pies en el agua, mientras atraviesa un río, cargando al Niño Dios, con todo el peso del mundo, que lleva en sus manos. Su fiesta se celebra comúnmente el 25 de junio. Todavía en los años sesenta del siglo XX, los campesinos de San Cristóbal, localizado en las vertientes del nor-occidente del Valle de Aburrá (donde se ubica la ciudad de Medellín), bajaban

con el santo en peregrinación por las calles de la urbe. Como una muestra asombrosa de la “fe mágica”, en Hojas Anchas, Antioquia, era usual sumergir la imagen de Cristo en el río, a la altura del puente local, para evitar que inundara al pueblo.

San Sebastián tuvo gran fama desde Europa como protector contra las pestes. Fue invocado contra las epidemias desde el siglo VII, pero sólo después de 1348, con la Peste Negra que asoló a Europa, su culto adquirió un amplio desarrollo. Acá, es más clara una de las leyes de la acción mágica: lo semejante elimina lo semejante, para suscitar lo contrario: San Sebastián, acribillado a flechazos, alejaba a sus protegidos de la peste cuyo ataque se representaba como flechazos. De similar celebridad gozaba San Roque, de quien se cuenta que siendo un peregrino y al ejercer la caridad con los apestados se contagió. Retirado a un monte, un perro le llevaba el alimento. Se lo representa con éste animal, con la llaga en la pierna, el ángel que lo curó y otros distintivos. Murió en el año de 1327 y su fiesta se celebra el 16 de agosto. Ante la calamitosa presencia de la fiebre amarilla en Cartagena el Cabildo ordenó que se erigiera un templo en honor del santo en el barrio de GatsemnÍ, cuya construcción se finalizó en 1674 y todavía se conserva.

En el período estudiado sobresale, que a pesar de la especialización de los santos y según la cual se los invoca para obtener de ellos determinados favores, se les adjudiquen a varios de ellos iguales funciones protectoras o se extienda su poder a nuevos ámbitos. Es así como se esperaba protección simultánea de varios, contra los repetidos sismos que se produjeron en Santafé entre el 19 y 23 de noviembre de 1814, en medio de una “religiosidad barroca” atiborrada de santos, rogativas, novenarios, procesiones y la adoración de reliquias sagradas, detonada por el miedo y la angustia. Este fenómeno lo deja traslucir nuevamente un testigo excepcional del diario vivir en Santafé, José María Caballero:

A 21 se comenzó una rogativa a San Francisco de Borja, por los señores canónigos de la Catedral. A 20 se sacó por la noche el Cristo crucificado de las nieves, que estaba en la veracruz, y lo pasaron en una muy lúcida procesión a la Tercera, y se comenzó una misión. El 22 se comenzó una rogativa a su Majestad, San Emigdio, San Nicolás y San Francisco de Borja, en la Candelaria. A 23 se comenzó otra rogativa en Santo Domingo, a San Emigdio y a Nuestra Señora de Guadalupe. A 24 se colocó el altar nuevo de Santa Bárbara, en Santo Domingo, y se sacaron en procesión los huesos de San Feliciano, con mucha suntuosidad y grandeza, y los colocaron en el mismo altar de Santa Bárbara, y al otro día se comenzó la novena de dicha santa<sup>53</sup>.

Como puede apreciarse en el texto anterior, y cuyas devociones referidas parecen más propias del centro oriente de la Nueva Granada, Santa Bárbara, por encima de las devociones locales, gozaba y aun hoy de gran popularidad entre muchos colombianos. De acuerdo con la historia de la santa, se le atribuía poder para apaciguar, poner fin y proteger de las tormentas, pero su poder en la “religiosidad popular” se extendía también contra las sequías, según lo indicaba John Potter Hamilton, hacia 1825. En su memoria de viaje dice, que después de ausentarse por un año de Bogotá:



Supimos que durante nuestra ausencia casi no había llovido en Bogotá, y al finalizar enero, vimos desfilar la gran procesión de Santa Bárbara, pidiendo su intercesión para conseguir la lluvia que tanta falta hacía. Más, al parecer, la santa era dura de corazón e inmovible a las súplicas, pues durante todo este tiempo no cayó una sola gota de agua. Santa Bárbara es la santa que imploran los colombianos para alejar terremotos, pestes, hambres, etc.<sup>54</sup>

Era usual que comerciantes, mineros y arrieros llevaran como un talismán o reliquia a Santa Bárbara y otros santos en pequeñas imágenes portátiles, como protección contra las inclemencias climáticas en medio del desamparo y soledad de los caminos y bosques por los que deambulaban.

Al igual que Santa Bárbara, San Isidro Labrador, patrono de los agricultores que personifica su oficio, cuenta todavía hoy con gran aprecio entre los campesinos y como protector de las cosechas y cultivos<sup>55</sup>. Por encima de las santas y santos más célebres, es necesario reconocer en la Virgen María la intercesora de mayor rango ante Dios, según la doctrina católica. De sus advocaciones sólo referiré algunas de las más llamativas<sup>56</sup>. Desde tiempos coloniales la Virgen de Chiquinquirá, hoy de alcance nacional como la de El Carmen, despierta gran devoción popular en Colombia. La primera como protectora contra pestes en la capital de la República y la segunda, principalmente en Cartagena y en todo Bolívar, en el mar Caribe. El culto de ésta última, se remonta a la colonia, por Real Cédula de Felipe IV, pero especialmente desde 1858, cuando el Obispo de Cartagena lo reactivó. La Virgen del Carmen es la patrona de los lancheros y como la del Buen Viaje, inspira el fervor de los conductores, y también de los marineros y pescadores contra inundaciones, tormentas y encalladuras.

De similar estatuto gozaron la Virgen de Los Dolores, abogada contra pestes y catástrofes y Nuestra Señora de la Salud. El culto de ésta data de 1757, cuando fue encargada su pintura como réplica de Nuestra Señora de las Angustias de Granada, España, por un pudiente devoto que antes de morir la donó a la Parroquia de Bojacá. Igual devoción se halla hacia ésta virgen en Chocontá, desde finales del siglo XVIII, y en Jericó, Antioquia, como abogada contra las enfermedades.

Prolíficas, las advocaciones a la Virgen derivan hacia tantas funciones protectivas y atributos asistenciales, cuantas apropiaciones culturales locales o regionales existan. En Ancuyó, Nariño, Nuestra Señora de la Visitación, cuyo culto viene del siglo XVI, goza de mucha acogida entre los campesinos y es invocada cuando nacen los niños y contra las enfermedades. Posteriormente, como protectora de los cultivos y cosechas, era sacada en procesión en tiempos de sequía al modo de una divinidad agrícola. Este atributo data de principios del siglo XX, cuando se le imputó la capacidad de exterminar plagas, por lo cual en su manto se fijó una langosta de oro, como resultado del favor que hiciera a uno de sus devotos. La historia cuenta que al invocársela, aparecían bandadas de aves y pájaros para exterminar y comerse a los insectos.

Parece común en Tocaima y Cundinamarca, construir efigies de la Virgen frente a las casas, como un gran amuleto, pues se trata de que proteja a sus habitantes y no de tenerlas para

el culto. Por su parte, con Nuestra Señora de los Remedios, se observa la funcionalidad religiosa que adquiere en una zona de frontera de tradición de ilegalidades, pues desde 1852 es tenida en la Guajira, frente al mar Caribe, como protectora contra desastres, piratas y guerras.

Para finalizar con lo expuesto y vislumbrar futuros avances en éste campo de investigación, sería necesario explorar mejor la producción pictórica y escultórica de los exvotos, y la propagación cultural y local de las diversas advocaciones. La historia del arte colonial y republicano, la de los gremios de artesanos (pintores, doradores, escultores) así como el examen de documentación testamental y de la literatura regional por sólo mencionar algunas, indican la gran profusión que alcanzaba el consumo de imágenes santorales en las localidades de la Nueva Granada, ya fuera para los espacios domésticos o públicos, por medio de novenas, cuadros, murales, carteles, ilustraciones, reproducciones fotográficas, estampas, escapularios o medallas de uso diario y personal<sup>57</sup>.

Es común encontrar en las mortuorias o testamentos coloniales la presencia de imágenes de bulto y pinturas de santos entre las pertenencias personales y domésticas, lo cual muestra la gran profusión que alcanzaba el fervor religioso a los santos entre la población. Como lo ha mostrado el investigador Santiago Londoño para el caso antioqueño, una mayor necesidad de visualizar lo divino hacia mediados del siglo XVIII, se conjugó y encontró sustento en el mejoramiento económico de la provincia con la consiguiente mejora en la capacidad económica para consumir y solicitar imágenes por parte de los nuevos grupos de población en crecimiento. Lo cual supuso además el desarrollo de un grupo artesanal regional, dedicado a la producción artística religiosa, para complementar la demanda de imágenes provenientes de Santafé y Quito, los principales centros proveedores de ellas en Nueva Granada. Este proceso fue de tal dinamismo en Antioquia, según el mismo autor, que: “Más de la mitad de las obras del siglo XVIII hasta ahora identificadas en Santafé de Antioquia y Medellín, se refieren a los santos. Los otros temas por supuesto vírgenes, episodios de la historia sagrada, evangelistas, escenas de la pasión, misterios religiosos y algunos exvotos y retratos”<sup>58</sup>.

En múltiples formas religiosas y estéticas de apropiación local del culto, los santos protectores permitieron a las poblaciones un recurso mágico-religioso para enfrentar y conferirle sentido a las duras condiciones de la vida en el campo, poniendo a su disposición los recursos de lo divino, para mediar y neutralizar la enfermedad y una naturaleza que podía tornarse incontrolable y amenazante sobre lo humano.

## **Anexo. Temblor en El Huila. 1816**

“Una noche en que todos los habitantes del pueblo dormíamos tranquilos, nos sorprendió un ruido extraordinario y un acudimiento de tierra tan fuerte, que todos salimos sobresaltados a las calles. La gente postrada en el suelo, pedía misericordia a voz en cuello. Yo me sentí aterrado porque el movimiento era muy fuerte y se prolongaba mucho, repitiéndose por intervalos cortos; el cielo estaba nublado, la noche oscura y se oían truenos a lo lejos, todo lo cual ayudaba

a aumentar el miedo. Aunque yo había sentido en Santafé un temblor bastante fuerte, hacía nueve o diez años, ni había sido como éste, ni yo conservaba idea bastante clara de él, porque entonces era un niño. Viendo yo que había cesado todo peligro, me fui a acostar, pensando cual habría sido mi espanto si este temblor hubiese tenido lugar ¡cuando estábamos en las faldas del Puracé! El resto de la población permaneció en vela hasta el amanecer. Por fortuna el temblor aunque fuerte, no ocasionó graves daños, y sólo se supo que fuera del pueblo se habían abierto en la tierra anchas grietas, una de las cuales ocasionó la ruina de una pequeña casa pajiza y la muerte de algunos animales. Dicen que no hay mal que por bien no venga, o que Dios saca el bien del mal cuando le place: así me sucedió en aquella ocasión, pues el terremoto vino a proporcionarme recursos, aunque medio pasajeros y escasos. En medio del terror y sobresalto, la gente invocaba a San Emigdio, y el padre Serrano, a quien hallé también en la plaza, me dijo: “Como usted según me ha dicho es dibujante, haría bien en pintar algunos San Emigdios y ponerles la oración al pie y vendería muchos...”

José María Espinosa. *Memorias de un abanderado*. Bogotá, Imprenta de “El Tradicionista”, 1876.

### Archivos Históricos

Archivo Histórico de Antioquia: Sección: Visitas, República e Impresos  
Archivo de la Casa de la Convención de Rionegro: Fondo Judicial  
Archivo Histórico de Medellín. Fondo: Actas Capitulares  
Biblioteca Central Universidad de Antioquia. Sala de Prensa y Sala Patrimonio Documental  
Centro Cultural Luis Echavarría Villegas. Universidad EAFIT. Sala Patrimonial y FAES: Colección de Incunables, Colección de Periódicos, Colección de Novenas.

### Fuentes Primarias

Acevedo Latorre, Eduardo, (director compilador), *Geografía pintoresca de Colombia. La Nueva Granada vista por dos viajeros franceses del siglo XIX*, Bogotá, Editora Arco S.A., 2001.  
Ancízar, Manuel, *Peregrinación de Alpha*, Dos Tomos, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Editorial ABC, 1942.  
Caballero, José María, *Diario de la Patria Boba*, Bogotá, Editorial Incunables, 1986.  
Camacho Roldán, Salvador, *Memorias*, dos tomos, Editorial ABC, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá, 1946.  
*Calendario manual y guía de forasteros en Santafé de Bogotá capital del Nuevo Reino de Granada para el año de 1806*. En la Imprenta Real de don Bustos Espinosa de los Monteros. Bogotá, Banco de la República, 1988.  
*Correo curioso. Erudito, económico, y mercantil de la ciudad de Santafé de Bogotá*. Facsimilar, Biblioteca Nacional, 1993.  
D'Espagnat, Piere, *Recuerdos de la Nueva Granada*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942.  
Gosselman, Carlos A., *Viaje por Colombia. 1824-1825*, Bogotá, Banco de la República, 1981.  
Kastos, Emiro, *Artículos escogidos*, Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 1972.  
*Novísima Recopilación de las Leyes de España*. Mandadas formar por el Sr. Don Carlos IV, impreso en Madrid, año 1805.  
Ochoa, Lisandro, *Cosas viejas de la Villa de la Candelaria*, Medellín, Colección de Autores Antioqueños, Prólogo de Roberto Luis Jaramillo, Editorial Gráfica Ltda., 1984.  
Piedrahíta, Javier, *Historia eclesiástica de Antioquia. (Colonia e Independencia)*. 1545-1828. Documentos y Estudios,

Medellín, Editorial Granamérica, 1973.

Potter Hamilton, John, *Viajes por el interior de las provincias de Colombia*, Biblioteca V Centenario Colcultura, Viajeros por Colombia, Santafé de Bogotá, Editorial Presencia, 1993.

Robledo, Emilio, *Bosquejo biográfico del Señor Oidor Juan Antonio Mon y Velarde, Visitador de la provincia de Antioquia, 1785-1788*, 2 tomos, Bogotá, Banco de la República, 1954.

Rothlisberger, Ernst, *El Dorado. Estampas de viaje y cultura de la Colombia suramericana*, Santafé de Bogotá, Biblioteca V centenario, Colcultura, Banco de la República, 1993.

Striffler, Luis, *El río San Jorge*, Barranquilla, Ediciones Gobernación del Atlántico, Colección Historia, S.F.

## Bibliografía

Aguilera Peña, Mario, *Los Comuneros: guerra social y lucha anticolonial*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1985.

Arboleda, Carlos, *El politeísmo católico. Las novenas como expresión de una mentalidad religiosa. Colombia, Siglos XIX-XX*, Tesis de grado, Maestría de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Facultad de Ciencias Humanas, Medellín, 1995.

Ariés, Philippe, *El hombre ante la muerte*, Barcelona, Paidós, 1987.

Bennassar, Bartolomé, *Les catastrophes naturelles dans l'Europe médiévale et moderne. Actes des Xves journées Internationales d'Histoire de l'Abbaye de Flaran 10, 11 et 12 septembre 1993*, Mirail, Presses Universitaires du Université de Toulouse-Le Mirail, 1996.

Berry, Ana, *Leyendas de las vidas de los santos*, Buenos Aires, Biblioteca Argentina de Arte Religioso, Poseidón, 1942.

Borja, Jaime Humberto, *Rostros y rastros del demonio en la Nueva Granada. Indios, negros, judíos, mujeres y otras huestes de Satanás*, Santafé de Bogotá, Ariel Historia, 1998.

Cunil Grau, Pedro, "La Geohistoria", en Carmagnani, Marcelo, et al. (coordinadores), *Para una historia de América I. Las estructuras, México*, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

De Almeida, Jaime, "Respuestas rituales a los retos de la naturaleza en la época de la independencia", *CD-ROM, Memorias del XI Congreso Colombiano de Historia de Colombia*, Santafé de Bogotá, 22 al 25 de agosto de 2000.

Debray, Régis, *Vida y muerte de la imagen. Historia de la mirada en Occidente*, Barcelona, Paidós, 1992.

De Lara Rodenas, Manuel José, "Religión barroca y coyuntura. Rogativas públicas en la Huelva del siglo XVII". Inédito.

Delumeau, Jean, *El miedo en Occidente*, España, Taurus, 1989.

Eliade, Mircea, *Tratado de historia de las religiones*, México, Biblioteca Era, Ensayo, 1972.

García Acosta, Virginia (coord.), *Historia y desastres en América Latina*, dos volúmenes, México, Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina- La Red, 1996.

Gil Tovar, Francisco, "La imaginería de los siglos XVII y XVIII", *Historia del Arte Colombiano*, Bogotá, Salvat Editores S.A., Tomo 5, 1977.

Gil Tovar, Francisco, "Las artes plásticas durante el período colonial", *Manual de Historia de Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, Tomo I, 1978.

Gruzinsky, Serge, *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a Blade Runner (1492-2019)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Herrera Ángel, Martha, *Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las Llanuras del Caribe y en los Andes centrales neogranadinos. Siglo XVIII*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Academia Colombiana de Historia, 2001.

Jurado Jurado, Juan Carlos, *Vagos, pobres y mendigos. Control social en Antioquia. 1750-1850*, Medellín. La Carreta Editores, 2004.

Jurado Jurado, Juan Carlos, "Desastres naturales, rogativas públicas y santos protectores en la Nueva Granada. Siglos XVIII y XIX", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Biblioteca Luis Ángel Arango, Vol. XLI. Número 65, 2004, editado en 2005.

Le-Goff, Jacques, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, Gedisa, 1996.

Le-Goff, Jacques, *El Dios de la Edad Media*, Madrid, Editorial Trotta, 2005.

Londoño, Santiago, *Historia de la pintura y del grabado en Antioquia*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1995.

Maskrey, Andrew (compilador), *Los desastres naturales*, México, Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina- La Red, 1993.

Melo, Jorge Orlando (editor), *Historia de Antioquia*, Medellín, Compañía Suramericana de Seguros, 1988.

Melo, Jorge Orlando (editor), *Historia de Medellín*, Medellín, Compañía Suramericana de Seguros, 1997.

Naranjo, Jorge Alberto, *Antología del temprano relato antioqueño*, Medellín, Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, Colección de Autores Antioqueños, Vol. 99, 1995.

- Navarrete, María Cristina, *Prácticas religiosas de los negros en la colonia*. Cartagena siglo XVII, Cali, Universidad del Valle, 1995.
- Ocampo López, Javier, *Fiestas y el folklor en Colombia*, Bogotá, El Ancora Editores, 1995.
- Ocampo López, Javier, *Supersticiones y agüeros colombianos*, Santafé de Bogotá, Ancora Editores, 1998.
- Patiño, Beatriz, *Criminalidad, ley penal, y estructura social en la provincia de Antioquia*. 1750-1820, Premio IDEA a la Investigación Histórica de Antioquia, Medellín, IDEA, 1993.
- Parsons, James, "El medio ambiente de los Andes del norte", Joaquín Molano (editor), *Las regiones tropicales americanas: visión geográfica de James Parsons*, Santafé de Bogotá, Fondo FEN Colombia, 1992.
- Quevedo, Emilio, "Los tiempos del cólera. Orígenes y llegada de la peste a Colombia", *Credencial Historia*, edición 29, mayo de 1992.
- Ramírez, Jesús Emilio, *Historia de los terremotos en Colombia*, Bogotá, Editorial Agra, Instituto Geográfico Agustín Codazzi, Oficina de Estudios Geográficos, 1969.
- Reguillo, Rosana, "Los laberintos del miedo. Un recorrido por el fin de siglo", *Revista Estudios Sociales*, No. 5, enero de 2000, Facultad de Ciencias Sociales, UNIANDES/Fundación Social.
- Restrepo Eusse, Álvaro, *Historia de Antioquia (Departamento de Colombia) Desde la Conquista hasta año de 1900*, Medellín, Imprenta Oficial, 1903.
- Restrepo, Jorge, *Retrato de un Patriarca Antioqueño. Pedro Antonio Restrepo Escovar*. 1815-1899, Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1992.
- Revel, Jacques y Peter, Jean-Pierre, "El hombre enfermo y su historia", Jacques, Le-Goff y Pierre Nora (directores), *Hacer la historia. Vol. III*, Nuevos Temas, Barcelona, Editorial Laia, 1980.
- Roig, Juan Fernando, *Iconografía de los santos*, Barcelona, Ediciones Omega, 1950.
- Saint-Lu, André, "Movimientos sísmicos, perturbaciones psíquicas y alborotos socio-políticos en Santiago de Guatemala", *Revista de Indias*, Madrid, vol. XLII, núm. 169-170, julio-diciembre de 1982.
- Sánchez Cabra, Efraín, *Ramón Torres Méndez. Pintor de la Nueva Granada. 1809-1885*, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1987.
- Sánchez Lora, José Luis, "Claves mágicas de la religiosidad barroca", Santaló Álvarez, et. al (coordinadores), *La religiosidad popular. Tomo II. Vida y muerte: la imaginación religiosa*, Barcelona, ANTHRÓPOS, 1989.
- Silgado, Enrique, "Terremotos destructivos en América del Sur. 1.530-1.894", CERESIS, Centro Regional de Sismología para América del Sur, *Programa para la mitigación de los efectos de los terremotos en la región andina. (Proyecto SISRA)*, vol. 10, Perú, 1985.
- Silva, Renán, *Las epidemias de la viruela de 1782 y 1802 en la Nueva Granada*, Cali, Universidad del Valle, 1992.
- Skorupski, John, *Símbolo y teoría*, Premio Editora, 1985.
- Toro, Alfred Wild y Amaral, Diego, *Fe y aventura en Colombia. La Virgen*, Santafé de Bogotá, EAW Ediciones Alfred Wild y Zona Editores, 1997.
- Twinam, Ann, *Mineros, comerciantes y labradores: Las raíces del espíritu empresarial de Antioquia. 1763-1810*, Medellín, FAES, 1985.
- Vives, Gustavo, *Inventario del patrimonio cultural de Antioquia II*, Medellín, Coleccionables de Santafé de Antioquia, Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, 1988.
- Vives, Gustavo, *Presencia del arte quiteño en Antioquia. Pintura y escultura. Siglos XVII y XIX*, Medellín, Fondo Editorial Universidad EAFIT, 1998.
- Vovelle, Michel, *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, Editorial Ariel, 1985.

## Notas

\* Una síntesis de este artículo ha sido expuesta como ponencia bajo el título: "Catástrofes naturales, santos protectores y devociones religiosas en la Nueva Granada. Siglos XVIII y XIX", *Religiosidad y costumbres populares en Iberoamérica*. Actas del I Encuentro Internacional Celebrado en Almonte-El Rocío (España) del 19 al 21 de febrero de 1999. España, Universidad de Huelva, 2000, pp. 257-264 y en: *XI Congreso Colombiano de Historia de Colombia*, CD-ROM, Memorias. Santafé de Bogotá, 22 al 25 de agosto de 2000.

<sup>1</sup> Jacques Revel y Jean-Pierre Peter, "El hombre enfermo y su historia", Jacques, Le-Goff, y Pierre Nora (directores), *Hacer la historia*, Vol. III: *Nuevos Temas*, Barcelona, Editorial Laia, 1980, pp.,176-177.

<sup>2</sup> James Parsons, "El medio ambiente de los Andes del norte", Joaquín Molano (ed.), *Las regiones tropicales americanas: visión geográfica de James Parsons*, Santafé de Bogotá, Fondo FEN Colombia, 1992, pp. 165-168.

<sup>3</sup> El tema de los desastres naturales ha cobrado la atención de los historiadores, y no sólo de los geógrafos. Una de las más recientes publicaciones al respecto es la editada por el historiador francés Bartolomé Bennassar, *Les catastrophes*

*naturelles dans l'Europe médiévale et moderne*. Actes des Xves journées Internationales d'Histoire de l'Abbaye de Flaran 10, 11 et 12 septembre 1993, Mirail, Presses Universitaires du Université de Toulouse-Le Mirail, 1996. Pedro Cunil Grau, quien se citará más adelante, trabaja el tema desde la perspectiva de la geohistoria continental. Para América del sur se cuenta con la documentada recopilación de: Enrique Silgado, "Terremotos destructivos en América del Sur. 1.530-1.894", CERESIS, Centro Regional de Sismología para América del Sur. *Programa para la mitigación de los efectos de los terremotos en la región andina. (Proyecto SISRA)*, Vol. 10, Perú, 1.985. Desde la historia social: André Saint-Lu, "Movimientos sísmicos, perturbaciones psíquicas y alborotos socio-políticos en Santiago de Guatemala", *Revista de Indias*, Madrid, Vol. XLII, núm. 169-170, julio-diciembre de 1982. Para Colombia se cuenta con el trabajo pionero del sacerdote jesuita, Jesús Emilio Ramírez, *Historia de los terremotos en Colombia*, Bogotá, Editorial Agra, Instituto Geográfico Agustín Codazzi, Oficina de Estudios Geográficos, 1969. Como puede apreciarse, son los terremotos los que han captado la mayor atención de los investigadores. Más reciente, se cuenta con el ensayo de Jaime de Almeida, "Respuestas rituales a los retos de la naturaleza en la época de la independencia", *CD-ROM, Memorias del XI Congreso Colombiano de Historia de Colombia. Santafé de Bogotá*, 22 al 25 de agosto de 2000. Las publicaciones más sustanciales por cubrir varias zonas y localidades de América Latina, desde varias disciplinas y sobre diversos fenómenos calamitosos, son las compilaciones de La Red: Andrew Maskrey (compilador), *Los desastres naturales*, México(?), Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina-La Red, 1993 y Virginia García Acosta (coordinadora), *Historia y desastres en América Latina*, dos volúmenes, México(?), Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina-La Red, 1996.

<sup>4</sup> Pedro Cunil Grau, "La Geohistoria", Marcelo Carmagnani, et.al. (coordinadores), *Para una historia de América I. Las estructuras*, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 47-48. La cursiva es mía.

<sup>5</sup> Renán Silva, *Las epidemias de la viruela de 1782 y 1802 en la Nueva Granada*, Cali, Universidad del Valle, 1992, p. 1. En la correspondencia de Enriqueta Vásquez de Ospina con sus familiares en Guatemala y Bogotá y, en especial con su esposo Mariano Ospina Rodríguez durante gran parte del siglo XIX, ella informaba de manera continua y casi telegráfica de la sucesión de distintas "pestes" en Nueva Granada: "peste de viruela" en 1841, "peste en la Costa" por 1843, "peste en Mompós" por 1856, "peste de tifo y de fiebre amarilla" de 1856. Sobre esta última, comentaba: "Dicen que en Ambalema sigue haciendo estragos la fiebre amarilla, no he sabido que haya muerto otra persona que Zamorra a quien he sentido mucho". El registro permite reconstruir la periodicidad de algunos de éstos fenómenos: "peste de fiebre de humor negro" de 1857, "peste de disentería" de 1865, "peste de tosferina" de 1870, "peste de viruela" de 1870 en Cali, Chocó, Cartago y "otros puntos del Cauca"; y diferentes "pestes" de Langosta, como la de 1879. Archivo Mariano Ospina Rodríguez. Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales-FAES. Sala Patrimonial. Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas. Universidad EAFIT.

<sup>6</sup> Véase también, Parsons, *op. cit.*, pp. 166 y 167.

<sup>7</sup> Sebastián Mejía dedicó a este desastre un hermoso y dramático cuento, que publicó en *La Miscelánea* en 1.898, como "Noche de Bodas". Recientemente lo publicó el profesor Jorge Alberto Naranjo como parte de la *Antología del temprano relato antioqueño*, Medellín, Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, Colección de Autores Antioqueños, Vol. 99, 1.995. Lisandro Ochoa, *Cosas viejas de la Villa de la Candelaria*, Medellín, Colección de Autores Antioqueños, Prólogo de Roberto Luis Jaramillo, Editorial Gráfica Ltda., 1984, pp., 243-244.

<sup>8</sup> Para 1778, la ciudad tenía 16.400 habitantes, que en 1800, ascendían a 21.500. Silva, *op. cit.*, pp. 26 y 27. José María Caballero, *Diario de la Patria Boba*, Bogotá, Editorial Incunables, 1986.

<sup>9</sup> Citado por Emilio Quevedo, "Los tiempos del cólera. Orígenes y llegada de la peste a Colombia", *Credencial Historia*, edición 29, mayo de 1992, p. 9.

<sup>10</sup> Eduardo Acevedo Latorre, (director compilador), *Geografía pintoresca de Colombia. La Nueva Granada vista por dos viajeros franceses del siglo XIX*, Bogotá, Editora Arco S.A., 2001. Efraín Sánchez Cabra, *Ramón Torres Méndez. Pintor de la Nueva Granada. 1809-1885*, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1987. Pierre D'espagnat, *Recuerdos de la Nueva Granada*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942. Carlos A. Gosselman, *Viaje por Colombia. 1824-1825*, Bogotá, Banco de la República, 1981. Manuel Ancizar, *Peregrinación de Alpha*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Vol. II, Editorial ABC, 1942. Luis Striffler, *El río San Jorge*, Barranquilla, Ediciones Gobernación del Atlántico, Colección Historia, S.F.

<sup>11</sup> Algunos periódicos republicanos consultados son: *El Antioqueño Constitucional*, *La Estrella de Occidente*, *La Sociedad* y *El Boletín Industrial*. Sala de Prensa. Biblioteca Central Universidad de Antioquia. Colección de Patrimonio Documental.

<sup>12</sup> Álvaro Restrepo Eusse, *Historia de Antioquia (Departamento de Colombia) Desde la Conquista hasta año de 1900*, Medellín, Imprenta Oficial, 1903, p. 99.

<sup>13</sup> En un artículo de prensa titulado "Moriremos de hambre", se decía: "La frase con que encabezamos estas líneas, es la frase que naturalmente viene a los labios, al ver que el alarma y la preocupación de los habitantes del Cauca y de Antioquia con respecto a la funesta langosta no es cual debiera ser: adultos, ancianos, niños, todos deberíamos estar ocupados en destruir el insecto devorador." Después de presentar algunas alternativas para enfrentar la plaga, el columnista finalizaba con una actitud moderna, por la valoración de la ciencia que propuso para enfrentar la catástrofe y como remedio para evitar el hambre: "Creemos que con un estudio un poco serio y perseverante, se obtendría el buen resultado de extinguirla [se refiere a la Langosta] en su origen. De lo contrario puede llegar época en que, como está sucediendo en otras regiones, muramos de hambre, de sed o de peste". *Boletín Industrial. Periódico Comercial* y

Noticioso. Órgano de la Casa Pereira Gamba y Cía., de la Compañía Minera, del Banco de Antioquia y del Comercio de Medellín. Año VII. Serie I. Medellín 8 de agosto de 1878, N° 533. Sala de Prensa. Biblioteca Universidad de Antioquia.

<sup>14</sup> Sin reducir la escasez del grano a los fenómenos naturales, la historiadora norteamericana Ann Twinam, ha mostrado los conflictos entre los agricultores de la Villa de Medellín y los comerciantes y mineros respecto de la fijación de precios del maíz por parte del cabildo. Ann Twinam. *Mineros, comerciantes y labradores: Las raíces del espíritu empresarial de Antioquia. 1763-1810*, Medellín, FAES, 1985, pp. 168-177.

<sup>15</sup> En las Ordenanzas dictadas por el gobernador Juan Antonio Mon y Velarde a finales del siglo XVIII, para la Villa de Medellín y para la ciudad de Antioquia, se declaraba al respecto: "Sólo oyendo a los diputados y pidiéndolo estos, deberá el cabildo determinar rogativa pública, aunque es muy laudable implorar en todos los tiempos la misericordia divina no pocas veces se abusa de este sagrado asilo para mayor extorsión de los pobres, pues divulgada la pavorosa voz de hambre se esconden y sepultan los granos, se suben los precios, siendo acaso el remedio que el mismo mal, pues aquel es efectivo y éste aparente, quedando sólo en amago". Emilio Robledo, *Bosquejo biográfico del Señor Oidor Juan Antonio Mon y Velarde, Visitador de la provincia de Antioquia, 1785-1788*, Bogotá, Banco de la República, 1954, Tomo II, pp. 116-117 y p. 240.

<sup>16</sup> Archivo de la Casa de la Convención de Rionegro (A.C.C.R). Fondo Judicial, Sección I, año 1815, Vol. 543, fol. 89.

<sup>17</sup> A.H.A. Criminal, B-31 A, 1810-1840.

<sup>18</sup> Caso citado por Beatriz Patiño, *Criminalidad, ley penal, y estructura social en la provincia de Antioquia. 1750-1820*, Premio IDEA a la Investigación Histórica de Antioquia, Medellín, 1993, p. 368.

<sup>19</sup> Martha Herrera Ángel, *Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las Llanuras del Caribe y en los Andes centrales neogranadinos. Siglo XVIII*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Academia Colombiana de Historia, 2001, p. 56.

<sup>20</sup> Philippe Ariés, *El hombre ante la muerte*, Barcelona, Paidós, 1987. Como un "arcaísmo" religioso, todavía hoy es común encontrar en las novenas de santos la oración que refiere el temor a una muerte repentina. En la Novena a Santa Bárbara, la Conclusión de la oración para todos los días, dice: Libranos en esta vida/Oh prodigiosa doncella/de muerte desprevenida/del rayo y la centella. Concédenos que al morir/logremos los sacramentos/y que gocemos después/de los eternos contentos. Colección de Novenas. FAES. Sala Patrimonial. Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas. Universidad EAFIT.

<sup>21</sup> "Al mismo tiempo que se acude a los auxilios humanos, se imploran los Divinos, y para alcanzarlos se sacaron en procesión de la Iglesia Catedral alrededor de la plaza, la Santa Imagen de Ntra. Sra. del Topo, precedida de la de S. José y S. Francisco de Borja patrón de esta ciudad y abogados especiales de los temblores, a la cual asistieron los Tribunales Eclesiásticos y Seculares, y todas las Comunidades, con numeroso concurso de gentes de toda clase [...]". El texto parece tomado de las Actas Capitulares de Santafé de Bogotá, con motivo del terremoto del 12 de julio de 1785. Ramírez, *op. cit.*, p. 84.

<sup>22</sup> Caballero, *op. cit.*, pp. 165-166.

<sup>23</sup> Rosana Reguillo, "Los laberintos del miedo. Un recorrido por el fin de siglo", *Revista Estudios Sociales*, núm. 5, enero de 2000, Facultad de Ciencias Sociales, Uniandes/Fundación Social, pp. 63-65.

<sup>24</sup> Jean Delumeau, *El miedo en Occidente*, España, Taurus, 1989, p. 183.

<sup>25</sup> *Novísima Recopilación de las Leyes de España*. Mandadas formar por el Sr. Don Carlos IV, impreso en Madrid, año 1805. Véase Tomo I, libro primero, título primero, ley XX.

<sup>26</sup> Robledo, *op. cit.*, Tomo II, pp. 116-117 y p. 240.

<sup>27</sup> Manuel José de Lara Rodenas, "Religión barroca y coyuntura. Rogativas públicas en la Huelva del siglo XVII". Copia mecanografiada que amablemente me proporcionó el autor.

<sup>28</sup> *Ibidem*.

<sup>29</sup> Archivo Histórico de Medellín. (A.H.M.) *Actas del Cabildo*. Tomo 87, fols. 165v.-168.

<sup>30</sup> Lara Rodenas, *op. cit.*

<sup>31</sup> La cifra de 13 rogativas durante más de un siglo, me parece subestimada, dado que son sólo las oficialmente solicitadas, pero no necesariamente las que efectivamente se realizaron. El clero local parecía ser más autónomo de lo que revelan las normativas, de modo que la iniciativa de su realización no siempre correspondió a los cabildos. Como muestra de ello, en la "Crónica religiosa" de un periódico local, se decía: "El domingo 20 de los corrientes, a invitación del señor Cura de esta ciudad se hizo una rogativa pública al Todopoderoso, por intercesión de Jesús nuestro Salvador, cuyo dulce nombre celebró la Iglesia universal ese día, pidiéndole que aparte de nosotros las calamidades que afligen a la sociedad en estos tiempos, y especialmente a los Católicos; y que haga cesar el riguroso invierno que ya amenaza nuestras cosechas". *La Sociedad*. Editor y agente general, Néstor Castro. Trimestre III, Medellín, 25 de enero de 1873, n° 33. Colección de Periódicos. FAES. Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas. Sala Patrimonial, Universidad EAFIT.

<sup>32</sup> Para el caso de la Villa de Huelva, España, el profesor De Lara Rodenas encontró que el 50% de las 17 rogativas que se presentaron durante el siglo XVII, eran por "buenos temporales" para que se "remediaran la sequía". Para la Barcelona del siglo XVIII, se conoce que el 52% de las rogativas tenían iguales motivaciones.

<sup>33</sup> Puede verse el calendario de fiestas religiosas en: *Ejercicio del amor divino. Entresacado de lo más puro y lo más piadosos de varios autores*. Con las licencias necesarias. Rionegro. En la Imprenta de Manuel Antonio Balcazar. Año de

1830. Colección de Incunables FAES. Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas. Sala Patrimonial. Universidad EAFIT.

<sup>34</sup> Jorge Restrepo, *Retrato de un Patriarca Antioqueño. Pedro Antonio Restrepo Escovar. 1815-1899*, Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1992, p. 329.

<sup>35</sup> Son testimonios de John Potter Hamilton hacia 1824, en su viaje a la Nueva Granada como primer agregado diplomático de Inglaterra en el país. *Viajes por el interior de las provincias de Colombia*, Biblioteca V Centenario Colcultura, Viajeros por Colombia, Santafé de Bogotá, Editorial Presencia, 1993, pp. 179-180 y 267.

<sup>36</sup> A.H.M. *Actas del Cabildo*, t. 6, legajo 2, fol. 263. Según las Actas del Cabildo la fiesta de San Francisco de Borja se celebró con regularidad, por lo menos durante el siglo XVIII, así como la de la Virgen de la Candelaria, a pesar de que los santos patronos de la Villa fueron inicialmente San José y San Juan. Debe destacarse el papel de los santos patronos de las localidades, como elementos de cohesión y de identidad cultural local.

<sup>37</sup> En las representaciones de Dios, la que ha perdurado y predominado desde la Edad Media es la de la mano que sale de las nubes, tendida hacia los hombres. De allí se derivan tres funciones o cualidades con que se ha caracterizado a Dios: la de mando, la mano que ordena, la de castigo y la de protección. Durante la Edad Media esta última función avanzó con respecto a las otras dos, de manera que "Dios pasa a ser cada vez más un Dios Bueno, el Buen Dios. Una reacción al menos parcial se producirá en el siglo XVI con las reformas. Las reformas recuperarán en parte al Dios de cólera del Antiguo Testamento; pero los católicos heredarán esta idea del Buen Dios". Jacques Le-Goff, *El Dios de la Edad Media*, Madrid, Editorial Trotta, 2005, pp. 48 y 22, 42.

<sup>38</sup> Silgado, "Terremotos destructivos en América del Sur. 1.530-1.894", Vol. 10, *op. cit.*, p. 106.

<sup>39</sup> Silva, *op. cit.*, pp. 21-23 y 27. Renán Silva también sugiere la necesidad de explorar otras formas explicativas de las catástrofes provenientes de las ciencias naturales y experimentales, para ver las relaciones que se establecieron entre éstas y las explicaciones de orden religioso. También habría que investigar mejor la crítica de algunos ilustrados a las explicaciones mágico-religiosas de los destres naturales, adjudicadas a la "plebe", pero compartidas por "hombres cultos" de la época, como lo he indicado.

<sup>40</sup> Mario Aguilera Peña, *Los Comuneros: guerra social y lucha anticolonial*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1985, p. 208.

<sup>41</sup> "El 17 de mayo de mayo de 1831 a las 4 horas 5 minutos de la tarde, la tierra tembló durante varios segundos [...] el terror se pintaba en todas las caras, las clases y castas se encontraban confundidas; se oraba, se cantaba, los unos abrazaban la tierra, los otros se confesaban en voz alta; era un escena del fin del mundo [...]". Citado en: Ramírez, *op. cit.*, p. 124.

<sup>42</sup> Jaime Humberto Borja, *Rostros y rastros del demonio en la Nueva Granada. Indios, negros, judíos, mujeres y otras huestes de Satanás*, Santafé de Bogotá, Ariel Historia, 1998, p. 131. Al respecto, pueden encontrarse algunos testimonios en pp. 186, 205, 206 y 213.

<sup>43</sup> María Cristina Navarrete, *Prácticas religiosas de los negros en la colonia. Cartagena siglo XVII*, Cali, Universidad del Valle, 1995, p. 103.

<sup>44</sup> Jacques Le-Goff, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, Gedisa, 1996, p. 12.

<sup>45</sup> Otro cuadro de éstos eventos "maravillosos", sucedido en la parroquia de Fómeque en 1743, lo retoma José María Caballero de la narración de un fraile: "Desde el día 1º de noviembre, día viernes, se eclipsó la luna por espacio de tres horas, más o menos, en este pueblo; se hicieron rogativas y procesiones y se expuso su Majestad descubierto un día entero. A los 18 de noviembre, porque se esperaba otro eclipse de sol, fueron muchas las calamidades, pero creó se cogió mucho fruto para Dios, pues se volvió cuaresma en haberse confesado toda la gente y comulgado, y asistido frecuentemente a la misa y otras funciones religiosas [...] Sea Dios bendito para siempre, que por éstos medios busca las almas, apartándolas de los peligros y trayéndolas a su santo servicio." Caballero, *op. cit.*, p. 27.

<sup>46</sup> La "eficacia simbólica" que se demanda del acto ritual en tiempos calamitosos, también se declara en momentos de alivio y buen clima: "El hermoso tiempo que estamos disfrutando en los últimos días promete abundante cosecha, y forma verdadero contraste con el triste y amenazador invierno de que hablamos en nuestra entrevista anterior. Dios ha escuchado las oraciones públicas, que en esta capital [se refiere a la ciudad de Medellín] y en otros lugares del Estado se le dirigieron implorando su misericordia para libramos del azote del hambre." *La Sociedad*. Editor y agente general, Néstor Castro. Trimestre III, Medellín, 25 de enero de 1873, N° 33. Colección de Periódicos. FAES. Sala Patrimonial. Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas. Universidad EAFIT.

<sup>47</sup> Michel Vovelle, *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, Editorial Ariel, 1985, p. 152.

<sup>48</sup> Carlos Arboleda, *El politeísmo católico. Las novenas como expresión de una mentalidad religiosa. Colombia, Siglos XIX-XX*, Tesis de grado, Maestría de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Facultad de Ciencias Humanas, Medellín, 1995.

<sup>49</sup> José Luis Sánchez Lora, "Claves mágicas de la religiosidad barroca", Santaló Álvarez, *et. al* (coordinadores), *La religiosidad popular. Tomo II. Vida y muerte: la imaginación religiosa*, Barcelona, ANTHROPOS, 1989, p. 132. John Skorupski, *Símbolo y teoría*, Premio Editora, 1985. Véase especialmente el capítulo IX, Teorías de la magia.

<sup>50</sup> No sólo se acudía a los santos como protección o escapatoria a la muerte. Proveniente de Europa, una antigua creencia dictaba que las "campanas consagradas", protegían de la tempestad o la peste. Un caso de "campanas no consagradas" se le presentó al Obispo de Popayán en 1617, por lo cual las gentes "[...] han dado en hacer reliquia de



ella con tan gran exceso que han puesto en ella toda fe, diciendo que en tocándola están libres de rayos y tempestades [...] y ha crecido tanto la veneración en este asunto que es fuerza remediarlo". Javier Piedrahíta, *Historia eclesiástica de Antioquia. (Colonia e Independencia). 1545-1828. Documentos y Estudios*, Medellín, Editorial Granamérica, 1973, pp. 73-74. La conmoción de la atmósfera producida por el estruendo de las campanas, así como el del cañón, eran recursos contra la peste, para ventilar el aire y su amenaza pútrida. Quevedo, *op. cit.*, p. 29.

<sup>51</sup> Serge Gruzinsky, *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a Blade Runner (1492-2019)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 184, 188-189. Sobre el gran poder y presencia de la imagen en las ritualidades católicas, vale la pena sugerir con Régis Debray, que al traducir ideas abstractas o doctrinas en datos sensibles, la imagen plasma el principio dinámico en movilización social. "La imagen es más contagiosa, más virulenta que el escrito. Pero más allá de sus reconocidas virtudes en la propagación de las sacralidades, que en última instancia sólo harían de ella un expediente recreativo, nemotécnico y didáctico, la imagen tiene el don capital de *unir* a la comunidad creyente. Por la identificación -recuérdese las rogativas públicas- de los miembros con la imagen central del grupo. No hay masas organizadas sin soportes visuales de adhesión. De allí que la imagen ronde las fronteras de lo político". Régis Debray, *Vida y muerte de la imagen. Historia de la mirada en Occidente*, Barcelona, Paidós, 1992, pp. 99-80.

<sup>52</sup> En adelante, las referencias a los santos serán tomadas de Juan Fernando Roig, *Iconografía de los santos*, Barcelona, Ediciones Omega, 1950. Ana Berry, *Leyendas de las vidas de los santos*, Buenos Aires, Biblioteca Argentina de Arte Religioso, Poseidón, 1942, y Colección de Novenas. FAES. Sala Patrimonial. Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas. Universidad EAFIT.

<sup>53</sup> Caballero, *op. cit.*, pp. 166-167. A San Jerónimo también se le atribuyó en muchas zonas de Suramérica la capacidad de aplacar temblores.

<sup>54</sup> John Potter Hamilton, *op. cit.*, p. 358.

<sup>55</sup> Labradores y campesinos invocaban a San Isidro para celebrar la abundancia de la tierra que prodiga la vida con los alimentos. Unas emotivas celebraciones en tiempos de cosechas y para iniciar los mercados agrícolas, presencié Manuel Ancizar en la población de Charalá, hacia 1850. Esta festividad como la de la "Cruz de Mayo", que todavía se celebra con vivacidad en los campos colombianos el tres de mayo, hacen pensar en los arcaicos "ritos agrarios" y "cultos de fertilidad", que ha identificado el historiador de las religiones Mircea Eliade en las sociedades occidentales y que expresan el mito de la regeneración del cosmos y del mejoramiento del bienestar colectivo, ligado a la primavera. Manuel Ancizar, *Peregrinación de Alpha*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Vol. II, Editorial ABC, 1942, pp. 213-216; Mircea Eliade, *Tratado de historia de las religiones*, México, Biblioteca Era, Ensayo, 1972.

<sup>56</sup> Para las referencias que siguen sobre las advocaciones marianas, me baso en el exhaustivo trabajo gráfico y documental de Alfred Wild Toro y Diego Amaral, *Fe y aventura en Colombia. La Virgen*, Santafé de Bogotá, EAW Ediciones Alfred Wild y Zona Editores, 1997.

<sup>57</sup> Los más recientes trabajos regionales conocidos por el autor en este campo, son el de Santiago Londoño, *Historia de la pintura y del grabado en Antioquia*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1995, y Gustavo Vives, *Inventario del patrimonio cultural de Antioquia II*, Medellín, Coleccionables de Santafé de Antioquia, Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, 1988 y, *Presencia del arte quiteño en Antioquia. Pintura y escultura. Siglos XVII y XIX*, Medellín, Fondo Editorial Universidad EAFIT, 1998.

<sup>58</sup> Londoño, *op. cit.*, p. 18.

## Apuntes sobre memorias sensoriales y catástrofes. Chile, siglos XVI-XVIII\*

*Notes on Sensory Memories and Catastrophes. Chile, Sixteenth to Eighteenth Centuries*

*Notas sobre memórias sensoriais e catástrofes. Chile, séculos XVI-XVIII*

### AUTOR

**Mauricio Onetto  
Pavez**

L'École des hautes  
études en sciences  
sociales (EHESS),  
Centre GGH-  
TERRES, Paris,  
Francia

[maonetto@ehess.fr](mailto:maonetto@ehess.fr)

RECEPCIÓN  
11 Enero 2011

APROBACIÓN  
2 Mayo 2011

DOI

10.3232/RHI.2011.  
V4.N1.04

Este breve artículo pretende presentar el posible papel que tuvieron las sensorialidades en la construcción de las diversas memorias y prácticas que coexistieron en las sociedades coloniales americanas –específicamente en Chile- luego de una catástrofe. Para ello, el artículo intentará mostrar, al menos, tres niveles de análisis que se pueden extraer de las fuentes y que permiten apreciar estas posibles influencias: los olores y colores del evento-desastre como portadores de sentidos de larga duración, como elementos constituyentes de ciertas prácticas y, finalmente, como posibles conectores o impulsores de sensibilidades que ayudaron a crear la percepción histórica de una época.

Palabras clave:

**Catástrofe; Color; Olor; Sensorial; Memorias; Historia**

This brief article aims to present the possible role that sensoriality played in the construction of the diverse memories and practices that coexisted in colonial Latin American societies- specifically in Chile-after a catastrophe. To that end, the article attempts to show, at least, three levels of analysis that can be extracted from sources and that permit the assessment of these possible influences: smells and colors from disasters that act as a catalyst for long lasting meaning, like constituent elements of certain practices and finally, as possible sensory connectors or propellants that help to create the historical perception of an era.

Key words:

**Catastrophe; Color; Smell; Sensory; Memories; History**

Esta breve nota pretende apresentar o possível papel que tiveram as sensorialidades na construção de diversas memórias e práticas que co-existiram nas sociedades coloniais americanas -especificamente no Chile- após uma catástrofe. Para isso, essa nota vai tentar mostrar, pelo menos, três níveis de análise que podem ser extraídas das fontes e que permitem apreciar essas possíveis influências: os cheiros e as cores do evento-desastre como portadores de sentidos de longa duração, como elementos constituintes de certas práticas e, finalmente, como possíveis conectores ou impulsores de sensibilidades que ajudaram a criar a percepção histórica de uma época.

Palavras-chave:

**Catástrofe; Cor; Cheiro; Sensorial; Memórias; História**

## Preludio

*Les odeurs les mieux identifiées sont celles qui se prêtent le mieux à l'évocation de souvenirs<sup>1</sup>.*

*C'est le désastre obscur qui porte la lumière<sup>2</sup>.*

Figura 1. Das Erdbeben in Chili



Claroscuros insertos en un cielo anaranjado, signos de “algo” que se quema. Un árbol debilitado cuyas ramas acogen -como si fuera un nido- a una posible familia que por el blanco de sus ropas podría pertenecer a la ciudad blanca que se encuentra a sus espaldas. Una ciudad que al parecer se viste de pureza y que logra expulsar los signos de oscuridad que la asechan. Una ciudad marcada por la imponentia y altura de sus edificios, la cual puede ser observada, incluso, entre medio de colinas y que vuelve sombra todo aquello que no la compone. Ni la propia cruz se salva, mientras la luna potencia aquel desplante soberbio de la urbe. No obstante, una ciudad que no fue y que sólo mediante su enaltecimiento puede dar sentido a sus trazos carbonizados que insinúan una catástrofe.

En París, durante el mes de febrero de 1931, se estrenó una sinfonía cuya partitura intentaba poner en evidencia el momento de una conmemoración<sup>3</sup>. No cualquier momento. Era el momento de una procesión que se creó a partir del desastre dejado por un terremoto, ocurrido muchos años antes y muy lejos del lugar del estreno de la pieza. Sesenta y cinco años después, una pintora alemana<sup>4</sup> terminaba un cuadro cuyos trazos invocaban el recogimiento de una pareja de jóvenes ante la persecución de su amor imposible. Dicha historia era el argumento central de un pequeño relato creado casi dos siglos antes, en 1807, que narraba las vivencias de aquella pareja durante el día que ocurrió un terremoto. Un terremoto que sucedió casi tres siglos antes que la primera situación y cuatro para la otra, pero que para ambos casos se trató de mismo evento –el terremoto de 1647 ocurrido en Santiago de Chile.

Formas de memorias<sup>5</sup> diversas para un acontecimiento, devenidos en lenguajes y espacios únicos, tangibles y limitados, que tomaron la forma de sonidos, colores, agregando

sensaciones nuevas como la tensión del espectáculo<sup>6</sup>. Ambas situaciones provienen de un mismo acontecimiento y es probable que ambos artistas jamás supusieran que podría haber otro artista “imaginando” el mismo evento. Quizás, tampoco se hubieran citado o tomado como referencias para lograr sus creaciones, pero hay lenguajes sensoriales que se perciben como diferentes, pero están atados a un mismo origen. Un origen que para ambos casos, al parecer, no mereció inspirar del todo sus obras, puesto que ambas creaciones nacen de la idea de *representar una representación*. Mientras la sinfonía intentaba recrear la procesión creada para recordar el acontecimiento, el cuadro hacia su propia lectura de lo que imaginó Klaiet en su obra escrita dos siglos antes.

En este sentido, es la representación en sus distintas escalas *-jeux d'échelles-*<sup>7</sup> la que se convierte en un espacio de lectura de estas formas de memorias, demostrando con ello que las memorias son más bien potencialidades, formadas por múltiples movimientos imprecisos y difíciles de reconocer en una simple lectura y que, a su vez, pueden transformarse en sí mismos en un acontecimiento. Es así como el acontecimiento como hecho no basta, sino que en cuanto espacio de transacción que puede aportar no sólo su propia inteligibilidad, sino también devenir en un creador de sentidos que desborda los espacios en donde fue concebido.

L'événement appréhendé comme terme d'une transaction n'est donc plus seulement un fait dans le monde, composé de données actuelles et susceptible d'être expliqué causalement, interprété à la lumière d'un contexte, doté de sens ou de valeur par un sujet. Il est lui-même porteur ou créateur de sens ; il apporte avec lui «les conditions de sa propre intelligence... Il introduit notamment des possibilités interprétatives nouvelles, concernant aussi bien le passé que le présent et le futur. C'est pourquoi, il ne peut pas être enfermé dans le lieu, le moment et les circonstances de son occurrence: il les déborde de toutes parts. Spatialement, car il peut produire ses effets très loin du lieu où il s'est produit<sup>8</sup>.

La expansión del acontecimiento permite su lectura y reconocimiento. Sin embargo, es su dispersión en los espacios la que permite su proyección. Es la tensión de la distancia entre lo cercano y lejano, entre lo tocado e imaginado lo que le otorga espesura, cuerpo. Es el juego de posibilidades el que permite que la experiencia pueda condensarse sin perder su propiedad potencial de transformarse. Es por ello que pensar las memorias es un ejercicio de movimiento y no de espacios cerrados en una única temporalidad. Sólo esto permite vislumbrar no sólo los alcances de un acontecimiento, sino que además observar cómo otra sociedad hace lectura de las experiencias vividas desde una lejanía, posibilitando también observar cómo a partir de esta lectura se puede reconocer la “relación mundo” *-rapport monde-* que quiso mostrar una sociedad, grupo o persona luego una experiencia límite. En otras palabras, es la dispersión la que da acceso a visualizar la proyección y recepción de cómo un grupo se quiso (re)presentar, lo cual, incluso, no necesariamente puede representar la imagen que surgió desde el desastre.

Tanto un olor como un color son más que una mera sensación o representación singular. Es probable que sean mucho más de lo que pensamos o, quizás, nada de lo que pensamos. Sin embargo, tiene espacio. Quiérase o no, son parte de aquello que se denomina como mundo

social, es decir, son un “hecho de sociedad”<sup>9</sup> que nos permite acercarnos al tiempo histórico – el espacio entre el Campo de Experiencia y Horizonte de Espera, en términos de Koselleck<sup>10</sup>. Sus constantes movimientos y evoluciones adquieren un lenguaje que tensiona y dis-tensiona las realidades en las que se sumerge, develando, entre otras cosas, parte de las “memorias compartidas”<sup>11</sup> – no colectivas- como discursos aprendidos que pudo tener un grupo o sociedad.

Trabajar sensorialidades es de por sí un ejercicio que permite pensar los significados que pueden tener los acontecimientos, por tanto, se nos permite pensar la experiencia en tanto movimiento y no proceso. En efecto, pensamos que tanto un olor o un color están lejos de ser solamente adjetivos calificativos dentro de las narraciones, como por lo general se podría interpretar tras la lectura de una fuente; constituyen verdaderos espacios desde donde se transmiten y crean nuevos sentidos, lo que los convierte en verdaderos puentes o estimuladores para la transacción. De hecho, en términos de Pastoureau «une couleur, cependant, ne «vient» jamais seule. Elle ne prend son sens, elle ne «fonctionne» pleinement que pour autant qu'elle est associée ou opposée à une ou plusieurs autres couleurs»<sup>12</sup>. Esto nos recuerda que son las sociedades las que hacen al «color» y cualifican a los olores, o sea, los que les otorgan su definición y sentidos, que construyen sus códigos y sus valores, que organizan sus prácticas y determinan lo que está en juego con ellos<sup>13</sup>. De esta forma los olores y colores los reconoceremos como un camino diferente para acercarnos a analizar el tiempo histórico. Visualizar cómo a partir de un mismo olor o color se ha compartido una serie de sentimientos de pertenencia o cómo se han configurado ciertas prácticas, - lo cual automáticamente nos lleva al tema de las memorias-, nos remite, entre otras cosas, a analizar parte de la esfera sociocultural de una sociedad<sup>14</sup>.

Los colores y olores al ser reconocidos como “hechos de sociedad”, permiten que la *operación historiográfica* deba aceptar lidiar con ciertos sujetos, espacios o acumulaciones que se escabullen, y que por más difusa que sea su aparición en las fuentes o sea difícil su jerarquización no se puede dejar a un costado la posible influencia que pudo tener -un olor puede ser portador de un *souvenir* o un producto evocado de uno de éstos-<sup>15</sup>. El reconocimiento de estos elementos para la Historia nos otorga la posibilidad de acercarnos a algunas de las sensibilidades<sup>16</sup> y, a su vez, repensar las relaciones memoriales que en ciertas ocasiones se han homologado de manera ligera, puesto que el hecho de haber compartido o vivido dentro de un mismo territorio y paisaje no quiere decir que las memorias sean las mismas ni sigan un mismo patrón<sup>17</sup>.

Por otro lado, abordar tópicos vinculados a lo “sensorial” puede ser un ejercicio útil para acercarse a las sociedades coloniales, sus memorias, sus maneras de percibirse como también de representar su territorio y sus espacios de vida. De hecho, este argumento puede tener cabida sobre todo si pensamos en una experiencia como la chilena, en donde el tema de lo inmaterial y lo visual-natural fueron sobresalientes al haber sido un “reino” forjado en la improvisación, en la precariedad económica-material y en situaciones cotidianas consideradas como “desastres”. En otras palabras, creemos que para el caso de Chile los olores y colores tuvieron un espacio destacado en los momentos de construcción de ciertas prácticas, memorias y representaciones sobre el territorio.

## El caso de Chile

La historiografía chilena desde inicios de la época republicana hasta el presente –aunque esto se podría extrapolar al resto del “mundo académico”- ha representado a las sociedades coloniales de una manera similar: precarias y catastróficas. La clara falta de medios que se dispuso para la conquista de Chile por parte de la monarquía española, lo que habría llevado a los españoles a conformar un dominio a un muy bajo costo, adicionado a la gran cantidad de eventos inesperados que destruían lo poco que se iba formando materialmente, constituyen hasta la actualidad los pilares en donde se apoya esta concepción. Sin duda, la guerra contra los indígenas, aluviones, terremotos y pestes, fueron constantes que se vivieron para esos tiempos que podrían explicar muchas de estas proposiciones, no obstante, gran parte de estas “excusas” se pueden encontrar en gran parte de las historias latinoamericanas, por lo que encontrar exclusividad en ellas resulta pretencioso. Es por ello que pensamos deben ser vistas como plataformas de partida de las preguntas y no puntos de aterrizaje invariables. Ciertamente, esta mixtura de lecturas ha forjado la base para pensar el tema de la identidad cultural y espacial de los “chilenos” llegando a conclusiones metafísicas sin mayor demostración para entender estos posibles efectos<sup>18</sup>. De hecho, gran parte de estas apreciaciones han surgido desde mismo un punto, algo determinista, que ha visto al territorio como un “ente” que tiene como característica central –dotada casi de humanidad- de un tipo de “ser”, el que para este caso es un ser “catastrófico”. En consecuencia, creemos que esta valorización e idealización del territorio deja de lado la posibilidad de que hayan sido los propios habitantes quienes a lo largo del tiempo y por motivos estratégicos hayan construido –conscientemente o no- aquella imagen cruenta o idealizada de aquellos años.

En efecto, más allá de si han sido certeros o no los comentarios, lo discutible está en que en ningún caso se ha hecho un trabajo riguroso sobre la gama de situaciones y detalles que mostraron las diversas “instancias de desastres” que se dieron en Chile para esa época y desde donde se habría originado esta perspectiva<sup>19</sup>. En ningún caso nuestro trabajo intentará completar ese espacio, sino más bien abrir algunas puertas que nos permitan situar y explicar ciertos escenarios pensados como catastróficos y su posible impacto. Para poder abordar nuestro sujeto, hemos elegido dos de las “instancias de desastre” más repetitivas que se dieron en la colonia chilena: los terremotos y las pestes. Durante el período colonial hay más de seis terremotos reconocidos en menos de dos siglos (1570, 1575, 1647, 1657, 1730, 1751)<sup>20</sup>. Asimismo, las pestes fueron numerosas y también destaca su papel en el período. Bastaría, por ejemplo, contar la cantidad de epidemias ocurridas en Santiago, sumado a las sucesivas procesiones o rogativas, para hacerse una idea sobre el gran impacto que tuvieron estos eventos<sup>21</sup>.

## Olores de muerte, colores de un paisaje destruido

¿Cómo deducir el rol de un color o un olor dentro del movimiento de las memorias tras una catástrofe? Al ser tan amplio el espectro de posibilidades haremos una distinción metodológica de tres niveles de análisis que, al menos, se pueden “extraer” de las fuentes, los cuales en ningún caso se contraponen, sino más bien se complementan.

El primer nivel está referido a una forma de memoria de larga data – no larga duración- generada en occidente, en donde los habitantes de Chile –principalmente españoles- y del resto de los territorios americanos se vieron más de una vez vinculados. Para abordar este punto es necesario remitirse al siglo XVI, puesto que fue en ese siglo donde comenzaron a realizarse y consolidarse procesos tan destacados como la occidentalización y mundialización, los cuales trajeron cambios como la redefinición de los significados de los espacios o de los modos de posicionamiento de las “cosas” en el mundo<sup>22</sup>. En efecto, como diría Peter Sloterdijk, la importancia de este siglo está en que gran parte de las ideas del mundo pasaron de ser simples conceptos abstractos a convertirse en imágenes portadoras de sentido –cartografiables y exportables- para todo el resto del orbe, lo cual habría reformulado los flujos de aprehensión y cognición del mundo<sup>23</sup>.

En efecto, los olores y colores también tuvieron su propia redefinición espacial. Los pueblos europeos se encargaron, por medio de diversas instancias, desde el descubrimiento de América hasta posteriormente la Reforma y Contra reforma, a (re)definir el papel de cada uno de ellos<sup>24</sup>. Dentro de esta línea, autores como Joël Candau señalan, en relación al tema de los sentidos, que para el siglo XVI luego de todas las reestructuraciones ocurridas se llegó a lo que denominó una renuncia a las “sensaciones de proximidad”, lo cual habría dado paso a que se privilegiaran las “sensaciones de distancia” a partir de este siglo<sup>25</sup>. Con ello se habría dado paso a una jerarquización de los sentidos, siendo *la vista* el primero del escalafón. Por medio de *la vista* se podría medir el mundo de una manera objetiva buscando, sobre todo, esa ansiada “mirada escolástica”. En este sentido, el “poder de las imágenes” pasa a ser fundamental<sup>26</sup>. Cada olor y color, en teoría, pasa a estar asociado a una imagen nueva o repotencia una anterior, es decir, adquiere una espacialidad y temporalidad puntual. Por tanto, se podría interpretar que los olores y colores pasaron a representar y vivirse como la “imagen de una imagen”. En efecto, este modo de comprensión habría tenido como objetivo interferir los sentidos históricos de cada zona conquistada, convertir esas memorias “inmemoriales”, expansivas y sin mayor orden temporal, en palabras de Ricoeur, en una memoria única, colectiva, secuencial, discriminadora, es decir, en una que pudiera controlar las sensibilidades y forjar con ello un *habitus*<sup>27</sup>.

La influencia de este *habitus* tocó igualmente un territorio considerado como lejano para aquella época como lo fue Chile. Por ello, no es extraño que ciertos colores y olores que se hicieron notar tras algunas de las catástrofes estuvieran ligados a este proceso. La institución que ayudó a forjar este *habitus* era para aquel entonces el Estado Monárquico, y lo hizo principalmente a través de la Iglesia, la que por medio de su discurso escatológico interpretaba los desastres como el espacio previo a una muerte segura enviada por Dios (“Castigo de Dios” o “Ira de Dios”), lo cual quedaba patentado, por lo general, por medio de descripciones apocalípticas de cada suceso<sup>28</sup>. Este movimiento de representación, buscó asimilar cada hecho con una situación apocalíptica, sin embargo, pensamos que esa explicación no basta para entender la gran cantidad de elementos que estuvieron en juego en una situación de desastre<sup>29</sup>.

Para aquel entonces la Iglesia volcaba todas sus energías discursivas en torno al tema “escatológico”, puesto que el argumento del *eschaton* desconocido, de la llegada del “fin del mundo” era el factor de integración que ayudaba a forjar a la propia institución en esa época<sup>30</sup>.

El tener un espacio fuera de la linealidad histórica, en donde se hacía converger al mundo de lo “sensible”, ya sea por medio de una disuasión de los sentidos –por ejemplo el control del cuerpo– como por la creación de fuertes imágenes portadoras de sonoridad, olor y color, ciertamente, permitió legitimar el liderazgo de la propia Iglesia y con ello conformar la comunidad civil. Pese a ello, cuando ese argumento de fin de mundo se situaba en el espacio y se reconocía en un acontecimiento, su funcionalidad adquiría diversas facetas perdiendo muchas veces ese “orden” ganado. Por una parte agrupaba a las personas en torno al miedo a lo desconocido y al control de la “espera” –futuro–, pero también se puede reconocer que con su utilización se buscaba esbozar el caos, es decir, situar de alguna manera la desintegración de los espacios y las cosas. Asimismo, podríamos interpretar que para el caso chileno en particular, la necesidad de buscar relatar las catástrofes como un verdadero apocalipsis pudo ser parte del proceso de búsqueda de vías para poder comunicar los graves problemas que sufrían los “vecinos” en aquel territorio. En otras palabras, aquella memoria sensorial catastrófica aprendida e importada desde la antigüedad habría servido posiblemente para justificar otros tópicos: la necesidad de dar a conocer desde un escenario inteligible la precariedad general del reino para así contar con una ayuda económica tanto para hacer frente a la coyuntura catastrófica como al resto de los asuntos “inconclusos” en Chile, y, por otra parte, la necesidad de crear relatos que acercaran aquellas experiencias que vivían los vasallos en Chile a esa metamemoria<sup>31</sup> o “circuito-mundo” histórico del cual se sentían excluidos al estar en una de las antípodas del mundo<sup>32</sup>.

Es ante esta gama de posibilidades que apareció el uso del espacio sensorial del apocalipsis como un modo de comunicación de la catástrofe. Asimismo, habría servido como una manera de recordar a qué historia pertenecían los vasallos. Un ejemplo de esto se pudo apreciar tras el terremoto de 1647. El obispo de Santiago, Gaspar de Villarroel, evocó sucesivamente en su narración de los hechos diversos olores y objetos de color que brotaban desde la tierra, los cuales se asemejaban a algunas imágenes del apocalipsis: “temíamos que nos tragara, porque se abrieron en la plaza muchas grietas, y en los caminos tan hondas, que como conmovidos los abismos, rebosaron las sentinas, *despidiendo aguas de mal olor* y grandes sumas de arena...”<sup>33</sup>. La fuente representa un encuentro con las sensaciones, el gusto, la oscuridad, lo pestífero, lo arenoso, ya que sólo así se puede hacer sentir al otro y, a la vez, integrarlo al evento. Por otro lado, la Real Audiencia tampoco quiso estar ajena de esta situación de fin de los tiempos; de hecho, en su descripción además de destacar los malos olores y la oscuridad que presentaba el cielo y la tierra, destacó el color esencial de la muerte apocalíptica que para esos tiempos era el color rojo<sup>34</sup>: “abortó [...] raudales tan furiosos de agua tan turbia que parecía *sangre y de tan mal olor que inficionaba las vecindades*”<sup>35</sup>.

El segundo tipo de análisis identificable está referido al tema de las prácticas. Desde ellas, pensamos que se puede lograr observar una relación intensa entre estas, los colores y los olores. En efecto, ciertas respuestas de los pobladores de Chile tras una catástrofe, fueron acoplándose, mestizándose y evolucionando con una serie de elementos sensoriales, dando vida a una gama de prácticas que, pensamos, pudieron ser determinantes en el modo de relacionarse con los espacios sociales y naturales. De hecho, considerar este conjunto de elementos nos puede dar las llaves para reconocer los niveles de riesgo, vulnerabilidad, resiliencia, etc., que se tenían para esta época.



Por ejemplo, una situación que nos permite apreciar estas ideas se dio hacia el año de 1686 en Santiago. El bachiller Miguel Jordan elaboró un informe sobre la calidad del agua que tomaban los habitantes de la ciudad de Santiago para intentar justificar ciertos problemas en la salud de los habitantes de la ciudad. En dicho informe, se señalaba lo complejo de obtener un tipo de agua sana para la población, puesto que existían demasiados factores externos que la intervenían, como el caso de los terremotos. Todo esto dificultaba tener control sobre la limpieza de ella, sobre todo, si se pensaba que el agua venía desde la altura de la cordillera. En este sentido, destaca el grado de sorpresa del autor sobre el modo de operar de los habitantes ante esta adversidad.

A que se allega que la dicha cordillera tiene tanta copia de minerales de [sic] o polcura, de cardenillo o cobre de piedra lipes de alcaparrosa de piedra armenia y estibio y que puede recelarse de que por los *muchos temporales, terremotos que en dicha cordillera suceden* puede descubrirse algún mineral de arsénico cetrino, *rojo o cristalino* pues es notorio en esta ciudad el que por dicho rio que descende de las vertientes de dicha cordillera y sus acequias se ve venir el agua el más tiempo del año *de varios colores y diversas naturalezas* de sienos que causa admiración y espanto de verlas pues para su uso hacen los vecinos extrañas diligencias para aclararlas y nunca se consigue el que queden limpias<sup>36</sup>.

La fuente nos presenta una mixtura entre catástrofe, colores venidos desde la naturaleza y las prácticas. Es un todo en movimiento, en el que se identifican tres partes pero que no se puede dejar de lado ninguna de ellas; ni siquiera en el momento de analizarlas. Las prácticas se convierten en un movimiento en donde se pueden distinguir causas y efectos, y en el que se puede apreciar el grado de importancia que se le da a algunos sucesos de la naturaleza. Pese a la distinción de sus elementos, no sé pueden datar e historiar de una manera clara, puesto que fueron parte de un aprendizaje a partir de la experiencia de un suceso incontrolable.

Treinta años después el tema del agua volvía a ser discutido entre los vecinos de Santiago, aunque dicha vez por una peste de disteria. Tras la peste, los letrados y vecinos más destacados reconocieron que el problema provenía del agua que bebían los habitantes, por tanto, era de suma urgencia cambiar la fuente de origen. En este sentido, fueron las observaciones reconocidas a partir los olores y colores las que permitieron vislumbrar hasta qué punto todo esto era un problema. Así fue como describió uno de los médicos de la época - Agustín de Ochandiano y Valenzuela – la visión sobre el agua de Santiago que se tenía para la época:

Con que faltándole el agua del rio de Santiago tres cualidades, [...] No es clara porque en la avenidas parece barro colorado; no es dulce, porque lo dulce en el agua es carecer de sabor; la nuestra trae el sabor de caparrosa y polcura, y otros antimonios que restringen y aprietan en vez de dilatar los conductos del alimento; no es olorosa, porque huele a sieno<sup>37</sup>.

Por otra parte, la destrucción de lugares también puede leerse como una pérdida de un paisaje, de una ontología que da estabilidad<sup>38</sup>. De hecho, en las fuentes se encuentra un doble

movimiento con respecto a este escenario de pérdida. Por una parte, la falta de un olor o de un color sirvió como un factor cualitativo que ayudó a convertir, en muchos casos, un desastre en un *acontecimiento* y, por otro lado, se puede decir que esos mismos olores y colores sirvieron como una alternativa real para reconocer posibles males a venir. Con esto queremos indicar que en diversas ocasiones fueron los olores y colores los que notificaron la dimensión de lo que estaba sucediendo y de lo que podría pasar *a posteriori*. Es el acontecimiento o su posible aparición el que aporta el recuerdo pasado de otra catástrofe:

C'est donc l'événement lui-même qui fait surgir son passé ; avant qu'il apparaisse, il n'a pas de passé. Il faut qu'il se soit produit pour qu'il puisse avoir un passé. Ce passé est de part en part relatif à l'événement, et à la manière dont il est perçu, identifié et décrit. L'événement éclaire son propre passé ; il ne peut jamais en être déduit. En d'autres termes, c'est l'événement qui fait comprendre son passé et son contexte conformément à la nouveauté qu'il a fait surgir. C'est en cela que consiste son pouvoir de révélation ou de dévoilement : il manifeste quelque chose de son propre passé et de son propre contexte qui, sans lui, serait resté invisible<sup>39</sup>.

Fue así como tras un terremoto, un mal olor, ya sea de muerto o de algún objeto, tuvo que ser eliminado lo antes posible puesto que era casi una certeza de que vendría un evento igual o peor, como era el caso de las peste. A medida que los pobladores despertaban del letargo angustioso tras el terremoto de 1647 y se adecuaban al nuevo paisaje, aparecían los vestigios de aquellos rostros visibles, pero destrozados que dejó la catástrofe. Los muertos comenzaban a expeler sus olores poniendo en potencial peligro a la población.

Este Señor una corta relación de este lamentable y desdichado suceso de que estos criados de V.M. quedan con el dolor y sentimiento que es justo, y no ha de ser pequeño desconsuelo el haberse perdido casi los más de los bastimentos que había para el sustento del año y cogerles a la entrada del invierno sin reparo para las lluvias y fríos, y con el mal olor de los cuerpos muertos que no se han podido desenterrar y con el temor de que no resulte de ello inficionarse el aire y que haga alguna peste<sup>40</sup>.

En algunos casos, los habitantes por medio de observaciones hacia la tierra observaban o auguraban la posible llegada de una nueva catástrofe. El color de la tierra, la falta de agua –que generaba olores nuevos, o los problemas de higiene, etc.- y la muerte de animales, entre otras cosas, movieron a la población a generar soluciones para evitar otro desastre. Por ejemplo, una sequía generaba un movimiento inmediato en búsqueda de una solución, puesto que de no ser así era posible la venida de un terremoto.

Dijeron que por cuanto es mucha la seca que está padeciendo esta ciudad y sus contornos y por ella mucha mortandad de ganados mayores y menores, siendo lo mas principal el anuncio de algun terremoto como se ha experimentado en los años pretéritos y especialmente el de treinta y que asi era conveniente el que se hiciese una novena a nuestra señora del Socorro<sup>41</sup>.

El papel de las sensorialidades fue, en muchos casos, preponderante en los momentos de toma de decisiones de gran escala, como lo fue el caso del traslado de la ciudad de Concepción. Luego del terremoto y tsunami de 1751 las autoridades de Chile junto con los vecinos más “renombrados” decidieron trasladar la ciudad de su sitio. Sin embargo, todo este acontecimiento resulto ser una guerra de intereses y argumentos entre las partes afectadas. Los argumentos buscaban las excusas más sofisticadas con tal de influir en la decisión final, lo que llevo a varios vecinos a crear una mezcla entre recuerdos “antiguos” con las observaciones que se podían desprender de los diferentes lugares propuestos. Fue así como la ciudad nueva comenzó a ser pensada no sólo en términos políticos-económicos, sino también sobre cómo proteger el cuerpo de los habitantes, es decir, cómo validar sus sentidos. Por ejemplo, una de las frases más repetidas por los argumentos fue que la ciudad debía “ser bañada de todos los vientos que limpian de corrupción y pestes”<sup>42</sup>. La importancia de estar en un lugar bueno para los “sentidos” era un argumento primordial entre los vecinos y representa, en parte, no sólo el cuidado hacia el cuerpo en su faceta carnal y espiritual, sino también la evolución de este mismo. Si para el primer gran terremoto de la época colonial -1647- el tema de los olores y colores era asociado preferentemente a la muerte apocalíptica, a lo malsano de los cuerpos y la pérdida de objetos, imágenes y paisajes que otorgaban “color”, un siglo después –tras el terremoto de 1751- el papel que tenían era diferente y apuntaba, sobre todo, a cómo obtener una mejor calidad de vida.

[...] si el terreno es conforme a la conservación de la salud, de los que la hubieren de habitar para esto es necesario sea en justo no muy alto ni sumamente bajo porque de lo uno se sigue la grandísima molestia de los continuados vientos de que resulta tal vez alguna ruina en los edificios y de lo otro graves enfermedades (y que cualquier accidente por leve que sea coja tanto cuerpo que sea suficiente a infestar toda la ciudad) motivo de no bañarla los aires que expelan los vapores corruptos que continuamente reinan en las situaciones bajas [...] Lo sexto que al salir el sol bañe con sus rayos todo el plano de que consta la ciudad porque como es padre de los vivientes nos es muy sensible no solamente a la vista sino a las saludes y frutos de la tierra que nos prive del beneficio que ya otros están gozando por verse en mejor situación<sup>43</sup>.

Podríamos señalar múltiples explicaciones para esto último: una “memoria aprendida” en la transmisión y circulación del conocimiento venidos desde la antigüedad -Seneca o Hipócrates<sup>44</sup>-, y la progresiva secularización de ciertas prácticas. Sin embargo, dentro del mismo nivel de explicaciones esta transformación actúa mas bien como un conjunto de movimientos de memorias aprendidas en la evolución de una experiencia “compartida”, la cual se diferencia a la del primer nivel –más allá de si fue o no manipulada por las autoridades- en que además de utilizar imágenes o concepciones importadas, utilizó su propia historia, su propio aprendizaje histórico, sus propios colores del amanecer o sus propios olores que traía el viento como excusas para pensar el propio espacio.

Otro tema que se puede identificar en este segundo nivel está relacionado al fuerte poder de evocación que resaltaban los olores y los colores. En efecto, sirvieron para presentar de manera más nítida el respaldo emocional y espiritual que tuvo una sociedad colonial como la de Santiago durante el siglo XVII. Una descripción que muestra esta conexión es la que realizó

el Obispo de esa ciudad tras la muerte de un sacerdote encontrado entre las ruinas dejadas por el de 1647. En este sentido, destaca el grado “sensacionalista” de la narración. Sensación y sobreexposición se encuentran en un mismo espacio narrativo, lo que permite al religioso dar coherencia a su relato ideológico:

Estaba en él a aquella hora en oración un santo religioso lego; oprímole la ruina, y sacándole veinte días después, hallaron sus miembros tratables, fresca la sangre, sin rastro de corrupción, antes oliendo bien. Su buena vida y el santo ejercicio en que estaba y un áspero cilicio que le hallaron en el cuerpo, son claros indicios que desde el coro fue trasladado al cielo<sup>45</sup>.

El último horizonte a presentar trata sobre las posibles consecuencias o influencias que tuvieron los olores y colores aportados por los escenarios catastróficos en la formación de ciertas nociones, sensibilidades y percepciones sobre cómo definir esta época. Para exhibir esta idea, tomaremos el caso específico de un color, o mejor dicho, del no-color<sup>46</sup>. Cabe recordar que nuestro ejercicio buscará sólo aproximarse a ciertas pistas e hipótesis que pensamos deben evaluarse para dar paso a pensar estos temas como problemas históricos; por tanto, en ningún caso se trata de un análisis acabado.

Como señalamos anteriormente, existe una noción catastrófica, precaria y oscura con respecto a la época colonial en Chile. Esto ha sido reconocido a lo largo del tiempo por el “mundo historiográfico” a partir de lo que los testimonios de las fuentes repetían una y otra vez en las narraciones. Es cierto que hubo una serie de hechos como los terremotos o el conflicto con los “araucanos” que permitirían explicar un imaginario así de negativo. Sin embargo, pensamos que hay “movimientos” no realizados hasta el momento que pueden ser útiles para dejar desprenderse de ciertos holismos: comenzar a criticar esta noción y a imaginarla como una posible construcción consciente de los propios habitantes de la época que deseaban dar a conocerse de una manera puntual para buscar fines determinados. Para esto se vuelve útil saber cuáles fueron las representaciones, prácticas o posibles factores que ayudaron a construir esta percepción. En efecto, creemos que con respecto al tema se ha hecho una suma sin mayor interacción. Para este caso sería sugerente ir “más allá” y tratar, al menos, de precisar ciertos puntos que posiblemente hayan permitido hacer nacer este tipo de percepción “oscura” que ha tenido para esa época.

Un camino que nos parece una puerta de entrada a este entramado histórico<sup>47</sup>, el cual ha pasado desapercibido y, quizás, pudo haber afectado notablemente los modos de aprehensión de las catástrofes y, de una u otra manera, los modos de relacionarse con los espacios geográficos. En efecto, darle perspectiva a esa posible “oscuridad” que habría asechado a la época podría abrir ciertas puertas para reflexionar, entre otras cosas, el tema de las identidades. Este planteamiento es válido si se considera que los “grandes” desastres de esta época ocurrieron en la oscuridad de la noche - ataques indígenas, terremotos, etc.-, lo cual quedó manifestado en las descripciones posteriores de los eventos. Por lo mismo, no es lejana la posibilidad que esto haya podido afectar o ayudar a establecer una relación directa entre este no-color con la percepción final que se tiene sobre este período. A su vez, se debe añadir a estos argumentos ciertos factores “reales”

que pudieron enaltecer esto, por ejemplo, la falta de luz que hubo por siglos en las ciudades de Chile, lo que constituye una condicionante para acercarnos a pensar estos temas u otros como los conflictos sociales de la época. En otras palabras, no descartamos que esa oscuridad haya ayudado a configurar parte del dibujo o la estética sobre el período. De hecho, para siglo XIX uno de los grandes paradigmas heredados desde la colonia, al cual tuvieron que “hacer frente” las autoridades, fue lo que se conoce como “el peso de la noche”<sup>48</sup>.

Pasando a las fuentes, fueron numerosos los esfuerzos de los testimonios de valorar lo nocturno como una escenografía determinante dentro del acontecimiento. Por ejemplo, gran parte de las descripciones de los terremotos parten nombrando lo lamentable de que los sismos hayan sido a “esas horas”, puesto que afectaron directamente la respuesta de escape y sobrevivencia de las personas. Por tanto, desde el punto de vista de los hechos narrados, no cabría duda que el recuerdo de la muerte y de la catástrofe estuvo relacionado con la oscuridad reinante y que pudo interferir en el modo de transmisión de la catástrofe como también en el recuerdo de aquella época. Las descripciones inmediatas de los sismos, además de intentar retratar el tiempo de duración de la desgracia a través de credos o minutos, tuvieron como punto en común mostrar y destacar el escenario nocturno. Tras el terremoto de 1730, las circunstancias tenebrosas acaparaban todas las sensaciones y sentidos:

el lunes diez desde las tres de la mañana con tal fuerza que *parecían haberse conjurado los elementos* combatiros i valerse de ellos la divina justicia a fin de destruirnos pues *los horrores de que se vistió la noche* se hicieron temer de los más fuertes pues afuera de la oscuridad i la frecuente repetición de temblores se sentía un continuo ruido que antecedia a los movimientos i de cuando en cuando un golpe en la cordillera muy parecido a la reventacion de una bomba [...]<sup>49</sup>.

Al examinar frases como “parecían haberse conjurado los elementos” o “los horrores de que se vistió la noche” se puede encontrar parte de esa visión oscura que envuelve a estos años, sin embargo, además se puede encontrar una personificación de este espacio, transformándose en un suerte de actor dentro de la historia narrada. Otro ejemplo, es el de Diego Rosales, jesuita, quien a mediados del siglo XVII escribe en su Historia General del Reino de Chile parte de los efectos que provocó tener que vivir una catástrofe durante la noche. El escenario nocturno de la catástrofe se presenta como un espacio lleno de confusión, no obstante, es un espacio *preciso* dentro de su “Historia General”.

[...] con la oscuridad de la noche, el espanto del temblor, el asombro del repentino y terrible ruido de terribles ruinas, la ceguedad del polvo y la confusión del inopinado suceso, los unos atropellaban a los otros, y perecían muchos atrapados, encontrando con la muerte donde iban presurosos a buscar la vida<sup>50</sup>.

Un siglo después, los terremotos seguían siendo “la noche más larga” en la vida de las personas. El sacerdote Miguel de Olivares observaba como la noche se convertía en un espacio de llanto y lamento, el cual permite deducir que se convirtió en un acontecimiento en sí mismo dentro del evento desastroso.

Que noche más triste, tremenda y horrorosa sería aquella para Penco que lágrimas, gritos y lamentos no se oían de los que se anegaban o sepultaban en aquellas ruinas, y de los que queriendo escapar, los alcanzaba la ola que corría más que su embarazoso temor. En fin fue *una noche de mayor tribulación, cual nunca había experimentado aquella afligida población...*<sup>51</sup>.

El efecto de las sombras, no sólo se utilizó para graficar el temor ante la muerte o el misterio de no “ver” lo que podía venir, sino que permitió comprender el fenómeno de la propia ruina. La inseguridad traída por las catástrofes convirtió a las ciudades en lugares de inseguridad – robos, destrucción total de las casas, falta de medios, etc.-, por tanto, los vecinos observaban cómo las sombras de la noche –catástrofes- fueron consumiendo lo poco y costoso que había sido construido a lo largo de su historia. Un ejemplo que nos permite apreciar esto es el testimonio del presidente de Chile tras el terremoto 1751. Desde Santiago –una de las ciudades que no se vio afectada por el terremoto-, dicha autoridad daba cuenta de esta incipiente sensibilidad entre noche y percepción histórica al asociar las sombras de la noche con la consumación de los siglos tras el desastre.

Señor= A la una y tres cuartos de la noche del veinticuatro al veinticinco de mayo último se experimentó en esta ciudad de Santiago un tan espantoso terremoto que conmoviendo cuantos templos y edificios la componen amenazaba el último estrago si la piedad divina, *con las sombras de la noche* y repetición de otros muchos (aunque no de igual intensidad) conceptuaron todos los vivientes ser el temido término de sus días; y *aun verificaban los espantosos efectos de la consumación de los siglos*. No reservó la inclemencia de la estación ni lo terrible de la suerte edad ni sexo y acometió mas impetuosa a todas las religiosas de su clausura les estrecho en el susto sus temores. En medio de tanto conflicto de todas las providencias correspondientes a la contingencia olvidándome de impropia seguridad por hacerla más proporcionada a mi obligación<sup>52</sup>.

Sin duda, existen numerosos ejemplos que permitirían una mejor demostración de estos tres niveles de análisis, no obstante, el objetivo de nuestro artículo fue presentar al mundo sensible como un espacio-herramienta que nos puede permitir conocer, en parte, ciertos significados, sensibilidades y percepciones del pasado, sobre todo, aquellas relacionadas con los desastres. En caso contrario se cae en una “infantilización generalizada de los comportamientos de las sociedades del pasado”<sup>53</sup>, otorgándole a las “intrigas” de los relatos una coherencia en donde muchas veces no la hay<sup>54</sup>. La Historia sólo puede acercarse en la medida que comprenda que esto se trata de un movimiento portador de diferentes sentidos indirectos, imaginados, o de simplemente, temores, paisajes, olores, colores, etc., que se mueven al mismo tiempo y en un mismo tiempo. Sin duda, sería una pretensión intentar aprehenderlo todo, no obstante, por medio del reconocimiento y análisis de ciertos “trazos o indicios” se podrá interpretar esta tensión creadora de memorias. En efecto, no es la memoria en sí misma la que importa –ya que pensarla sin movimiento no existe-, sino los espacios que ocupa, la estela y la circulación de sus elementos, sus recuerdos, sus olores, sus colores.

## Bibliografía

- Acosta, Virginia. *Historia y Desastres en América Latina. Vol. 1-2, Centro de investigaciones y estudios superiores en antropología social*. México, Red de estudios sociales en prevención de desastres en América Latina (RED), CIESAS, 1996.
- Actas del Cabildo de Santiago, Colección Historiadores de Chile*. Santiago, Editorial Universitaria, Tomo LIV, 1945.
- Bergson, Henry. *Matière et Mémoire*. Paris, PUF, coll. « Quadrige », 2008.
- Blanchot, Maurice. *L'Écriture du Désastre*. Paris, Gallimard, 1980.
- Bourdieu, Pierre. *Esquisse d'une théorie de la pratique*. Paris, Essai (poche), 2000
- Candau, Joël. *Mémoire et expériences olfactives*. Paris. PUF, 2000.
- "Traces singulières, traces partagées?", *Socio-Anthropologie*, N° 12, 2002.
- "El lenguaje natural de los olores y la hipótesis Sapir-Whorf", *Revista de Antropología Social*, N° 12, 2003.
- *Antropologie de la mémoire*. Paris, Armand Colin, 2005.
- Castillo Fadic, Gabriel, "Santiago, lugar y trayecto: la dialéctica del centro", *Aisthesis*, N° 34, 2001.
- *Las Estéticas Nocturnas. Ensayo republicano y representación cultural en Chile e Iberoamérica*. Santiago, Estética UC, Colección Aisthesis "30 años", 2003.
- Concilio de Trento ver la Sesión XXV, "La invocación, veneración y reliquias de los santos, y de las sagradas imágenes", *Biblioteca electrónica cristiana*, <http://multimedios.org/docs/d000436/p000005.htm>.
- Christe, Yves. *L'Apocalypse de Jean. Sens et développements de ses visions synthétiques*. Paris, Picard, Bibliothèque des cahiers archéologiques, 1996.
- De Montessus de Ballore, Fernando. *Historia sísmica de los Andes meridionales al sur del paralelo XVI*. Santiago, Imprenta Cervantes, 1912, 4ª parte.
- De Olivares, Miguel. *Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1736). En Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional*. Tomo VII, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1865.
- Freedberg, David. *El Poder de las Imágenes*. Madrid, Ediciones Cátedra, 1992.
- Gay, Claudio. *Historia física y política de Chile. Documentos sobre la historia, la estadística y la geografía*. Paris, chez l'auteur, 1852, Vol. II.
- Gruzinski, Serge. *Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation*. Paris, Éditions de La Martinière, 2004.
- Halbwachs, Maurice. *La Mémoire collective*. Paris, Albin Michel, 1997.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. *El peso de la noche. nuestra frágil fortaleza histórica*. Santiago, Planeta/Ariel, 1999.
- *Historia General de Chile. Amos, señores y patricios*. Santiago, Editorial Sudamericana, 2008.
- Koselleck, Reinhart. *Le Futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*. Paris, Éditions de l'École des hautes études en sciences sociales, 1990.
- Le Guérer, Annick. *Les pouvoirs de l'odeur*. Paris, Éditions Odile Jacob, 1998.
- Mellafe, Rolando. "El Acontecer Infausto en el carácter chileno: una proposición de historia de las Mentalidades", *Atenea*, N° 442, Universidad de Concepción, 1981.
- Mercier-Faivre, Anne-Marie & Thomas, Chantal (dir.) *L'invention de la catastrophe au XVIIIe siècle. Du châtement divin au désastre naturel*. Genève, Librairie Droz, 2008.
- Musset, Alain. *Villes nomades du Nouveau Monde*. Paris, EHESS, 2002.
- Musset, Danielle & Fabre-Vassas, Claudine (ed.) *Odeurs et Parfums*. Paris, Editions du CTHS, 1999.
- Onetto, Mauricio. "Entre Aporías Espaciales y Sentidos Náufragos: El terremoto de 1647 como catalizador de percepciones y asimilaciones históricas", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates, 2007. En línea: <http://nuevomundo.revues.org/index7442.html>.
- Pastoureau, Michel. *Bleu, histoire d'une couleur*. Paris, Éditions du Seuil, 2006.
- Pastoureau, Michel. *Noir: histoire d'une couleur*. Paris, Seuil, 2008.
- Pesavento, Sandra. "Sensibilidades no tempo, tempo das sensibilidades", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, N° 4 - 2004, <http://nuevomundo.revues.org/document229.html>.
- Pigeon, Patrick. *Géographie critique des risques*. Paris, Economica, 2005.
- Quenet, Gregory. *Les Tremblements de terre aux XVIIe et XVIIIe siècles: la naissance d'un risque*. Seyssel, Champ Vallon, 2005.
- Quéré, Louis. "Entre fait et sens, la dualité de l'événement", *Réseaux*, N° 139, 2006.
- Revel, Jacques (dir.) *Jeux d'échelles la micro analyse à l'expérience*. Paris, Gallimard, 1996.
- Riviere Ciavaldini, Laurence. "L'Apocalypse au Moyen Age: catastrophe cosmique ou triomphe du christianisme? » in Granet- Abisset Anne-Marie Favier René, *Récits et représentations des catastrophes depuis l'Antiquité*, Grenoble, MSH-Alpes, 2005.
- Diego, Rosales. *Historia general del reino de Chile: Flandes indiano*. Santiago, Andrés Bello, 1989.
- Schama, Simon. *Le paysage et la mémoire*. Paris, Éditions du Seuil, 1999.
- Signorelli, Amalia. "Catastrophes naturelles et réponses culturelles", *Terrain*, N° 19, 1992.
- Siracusano, Gabriela. *El poder de los colores. De lo material a lo simbólico en las prácticas culturales andinas. Siglos XVI-XVIII*. Buenos Aires, FCE, 2005.
- Sloterdijk, Peter. *Esferas II. Globos*. Madrid, Ediciones Siruela, 2004.
- Tadié, Jean-Yves & Tadié, Marc. *Le sens de la mémoire*. Paris, Gallimard, 1999.
- Valenzuela Márquez, Jaime. "El terremoto de 1647: experiencia apocalíptica y representaciones religiosas en Santiago

colonial", en Jaime Valenzuela Márquez (ed), *Historias urbanas. Homenaje a Armando de Ramón*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2007

Von Kleist, Heinrich. *El cántaro roto; El terremoto en Chile; La marquesa de O*. Madrid, Akal, 2006.

Walter, François. *Catastrophes. Une histoire culturelle. XVIe-XXIe siècle*. Paris, Seuil, 2008.

Zaldumbide, Gonzalo, *Fray Gaspar de Villaroel Siglo XVII*. Puebla, México, J.M.Cajica Jr.1959.

## Notas

\* Partes del contenido del artículo fue presentado en el *IV Congreso Interoceánico de Estudios Latinoamericanos, el X Seminario Argentino Chileno y el IV Seminario Cono Sur de Ciencias Sociales, Humanidades y Relaciones Internacionales: La travesía de la libertad ante el bicentenario*, que se llevo a cabo en la ciudad de Mendoza en marzo del 2010.

<sup>1</sup> Joël Candau, *Mémoire et expériences olfactives*, Paris, PUF, 2000, p. 84.

<sup>2</sup> Maurice Blanchot, *L'Écriture du Désastre*, Paris, Gallimard, 1980, p. 17.

<sup>3</sup> Se trata de la obra de Próspero Bisquertt titulada *Procesión del Cristo de Mayo* estrenada en febrero de 1931 en París y que luego de dos años fue conocida en Chile.

<sup>4</sup> La pintora señalada es Annedore Köster quien en el año 1996 realizo la obra "Das Erdbeben in Chili" en homenaje a la historia de Kleist del mismo nombre. Ver <http://www.kleist.org/grafik/erd01.htm>. La historia de Kleist se puede encontrar en el libro Heinrich Von Kleist, *El cántaro roto; El terremoto en Chile; La marquesa de O*, Madrid, Akal, 2006.

<sup>5</sup> Este concepto compuesto es nuestra principal propuesta epistemológica que realizamos en nuestro trabajo doctoral.

<sup>6</sup> Un autor que analiza esta inserción "espectacular" es François Walter quien en su historia cultural observa cómo la música, el teatro, la pintura, entre otras expresiones artísticas, van integrando el tema catastrófico dentro de sus temáticas. Ver François Walter, *Catastrophes. Une histoire culturelle. XVIe-XXIe siècle*, Paris, Seuil, 2008, p. 99 y ss. Otro texto que también permite apreciar esta inserción es el de Pierre Saby, « Cataclysmes et exotisme dans l'opéra français: Les Incas du Pérou (Rameau, 1735) et Cora (Méhul, 1791) », in Anne-Marie Mercier-Faivre, Chantal Thomas (dir.), *L'invention de la catastrophe au XVIIIe siècle. Du châtimeur divin au désastre naturel*, Genève, Librairie Droz, 2008.

<sup>7</sup> Ver al respecto Jacques Revel, (dir.), *Jeux d'échelles la micro analyse à l'expérience*, Paris, Gallimard, 1996.

<sup>8</sup> "El evento aprehendido como una transacción no constituye solamente un hecho en el mundo, compuesto de informaciones actuales susceptibles de ser explicadas causalmente, interpretadas a la luz de un contexto, dotadas de sentido o de valor por un sujeto. Es en sí mismo portador o creador de sentido; aporta las condiciones de su propia inteligencia. El acontecimiento introduce puntualmente de posibilidades interpretativas nuevas, concernientes tanto al pasado, al presente y al futuro. Es por esto que no puede ser encerrado en un lugar, el momento y las circunstancias de su ocurrencia: el desborda por todas partes. Especialmente, porque él puede producir efectos muy lejos del lugar donde se produjo". Ver Louis Quéré, "Entre fait et sens, la dualité de l'événement", *Réseaux*, N° 139, 2006, p. 203.

<sup>9</sup> Michel Pastoureau, *Bleu, histoire d'une couleur*, Paris, Éditions du Seuil, 2006, p. 8

<sup>10</sup> Reinhart Koselleck, *Le Futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*, Paris, Éditions de l'École des hautes études en sciences sociales, 1990.

<sup>11</sup> Utilizaremos el concepto de "memoria compartida" en desmedro del término "memoria colectiva". El tratar con sensorialidades, nos lleva a espacios compartidos, a experiencias "mundo" que van más allá de lo social, a sensaciones que sólo pueden ser compartidas y no necesariamente colectivas. Lo colectivo, como bien señala Halbwachs se inscribe bajo ciertos « cadres » o marcos que rigen su devenir, en tanto, las sensorialidades, en muchos casos, devienen en múltiples posibilidades que pueden ser controladas y en otros casos no. La memoria "colectiva" es como tal, solamente en la medida que se inscribe bajo ciertos cánones sociales en los que se homogeniza la experiencia para toda una sociedad. En este sentido, es importante aclarar que lo compartido no omite la posibilidad de imposición, ni se trata de encuentro positivo entre las partes, sino es más bien visto como un punto de encuentro espacial de la experiencia. Ver al respecto Maurice Halbwachs, *La Mémoire collective*, Paris, Albin Michel, 1997. En este sentido, creemos que el tema de la catástrofe y la sensorialidad transitan más bien dentro de una experiencia compartida que en una experiencia colectiva. Para una mayor profundidad sobre las ideas de "memoria compartida" (memoire partagée), ver los textos de Candau, *op. cit.*; "El lenguaje natural de los olores y la hipótesis Sapir-Whorf", *Revista de Antropología Social*, N° 12, 2003, pp. 243-259; "Traces singulières, traces partagées?", *Socio-Anthropologie*, N° 12, 2002, pp. 1-8; *Antropologie de la memoire*, Paris, Armand Colin, 2005.

<sup>12</sup> Pastoureau, *op. cit.*, p. 10. « Un color, sin embargo, jamás « viene » solo. El no toma sentido, sino "funciona" en tanto es asociado u opuesto a uno o varios colores". La traducción es nuestra.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 8

<sup>14</sup> Ver los textos de Annick Le Guérer, *Les pouvoirs de l'odeur*, Paris, Éditions Odile Jacob, 1998; Danielle Musset, Claudine Fabre-Vassas (Edit), *Odeurs et Parfums*, Paris, Editions du CTHS, 1999.

<sup>15</sup> Candau, *op.cit.*, p 84.

<sup>16</sup> Entendemos las sensibilidades como las "formas pelas quais indivíduos e grupos se dão a perceber, comparecendo como um reduto de representação da realidade através das emoções e dos sentidos". Ver Sandra Pesavento, "Sensibilidades



no tempo, tempo das sensibilidades”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Número 4, 2004, <http://nuevomundo.revues.org/document229.html>. Consultado el 03 septiembre 2009.

<sup>17</sup> Simon Schama, *Le paysage et la mémoire*, Paris, Éditions du Seuil, 1999.

<sup>18</sup> Uno de los tantos ejemplos y que hasta el día de hoy es muy citado, fueron los trabajos de Rolando Mellafe los cuales apuntaban siempre hacia una mismo principio, es decir, señalar que la historia de Chile era el de “acontecer infausto”. Algunas de sus frases eran: “el hombre americano y chileno se ha definido como esencialmente telúrico. Pero lo telúrico no es un simple amor a la tierra, ni una simple afinidad con lo natural. El acontecer infausto tiraniza este dialogo, obliga a toda una sociedad a enfrentarse, a través de su yo con los estratos más profundos de su existencia espiritual, con el alba de su psiquis”. Ver Rolando Mellafe, “El Acontecer Infausto en el carácter chileno: una proposición de historia de las Mentalidades”, *Atenea*, N° 442, Universidad de Concepción, 1981, p. 127. En este sentido, se vuelven sugerentes contraponer esta visión holística con trabajos reflexivos como los de Gabriel Castillo Fadic, *Las Estéticas Nocturnas. Ensayo republicano y representación cultural en Chile e Iberoamérica*, Santiago, Estética UC, Colección Aisthesis “30 años”, 2003; Alfredo Jocelyn-Holt, *El peso de la noche. nuestra frágil fortaleza histórica*, Santiago, Planeta/Ariel, 1999; Alfredo Jocelyn-Holt, *Historia General de Chile. Amos, señores y patricios*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2008.

<sup>19</sup> En cuanto a la importancia social de un “desastre” o una “catástrofe” se vuelve sugerente ver los textos de Amalia Signorelli, “Catastrophes naturelles et réponses culturelles”, *Terrain*, N° 19, 1992, pp. 147-158 y los de Virginia Acosta para el caso americano, *Historia y Desastres en América Latina. Vol. 1-2, Centro de investigaciones y estudios superiores en antropología social*, México, Red de estudios sociales en prevención de desastres en América Latina (RED), CIESAS, 1996. En cuanto a la etimología y precisión de los términos desastres, catástrofes, vulnerabilidad, etc., ver los textos de los franceses Patrick Pigeon, *Géographie critique des risques*, Paris, Economica, 2005; Grégory Quenet, *Les Tremblements de terre aux XVIIe et XVIIIe siècles : la naissance d'un risque*, Seyssel, Champ Vallon, 2005.

<sup>20</sup> Para tener una idea de la gran cantidad de sismos ocurridos durante el período colonial chileno, los textos de Fernando Montessus de Ballore se convierten en una lectura de referencia. Ver Fernando de Montessus de Ballore, *Historia sísmica de los Andes meridionales al sur del paralelo XVI*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1912, 4ª parte.

<sup>21</sup> Esta apreciación se puede mostrar al observar las siguientes actas: “Acta del cabildo de 28 enero de 1622”, “Acta del cabildo de 19 junio de 1625”, “Acta del Cabildo de 15 de octubre de 1649”, “Acta del Cabildo de 22 noviembre de 1652”, “Actas del Cabildo de 7 de abril de 1660”, “Acta del Cabildo de 9 de noviembre de 1663”, “Acta del Cabildo de 19 noviembre de 1663”, “Actas del Cabildo de 16 de marzo de 1660”, “Actas del Cabildo de 9 agosto de 1669”, “Actas del Cabildo de 16 septiembre de 1670”, “Actas del Cabildo de 21 julio de 1671”, “Actas del Cabildo de 7 de agosto de 1676”, “Actas del Cabildo de 10 octubre de 1676”, “Actas del Cabildo de 27 noviembre de 1676”, “Acta del Cabildo de 11 septiembre de 1677”, “Actas del Cabildo de 9 de julio de 1687”, “Actas del Cabildo de 31 de mayo de 1704”, “Acta del Cabildo 22 de septiembre de 1731”, “Actas del Cabildo del 9 de mayo de 1743”, “Acta del Cabildo de 9 de marzo de 1768”, “Acta del Cabildo de 3 de agosto 1779”, “Acta del Cabildo de Santiago de 22 de febrero de 1791”, “Acta del Cabildo de 12 de julio de 1793”. En cada una de ellas el tema de la peste resalta como una gran preocupación.

<sup>22</sup> Ver al respecto el trabajo de Serge Gruzinski, *Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation*, Paris, Éditions de La Martinière, 2004.

<sup>23</sup> Peter Sloterdijk, *Esferas II. Globos*, Madrid, Ediciones Siruela, 2004.

<sup>24</sup> El Concilio de Trento enfatizó que el uso excesivo de colores para poder representar la gloria de Dios no era justificable. De hecho, argumentaba que mientras más recato hubiera en las prácticas esto sería mejor. Ciertamente, estos argumentos nacieron para hacer frente a las críticas protestantes (Ver Pastoureau, *op. cit.*) Para el caso del Concilio de Trento ver la Sesión XXV, “La invocación, veneración y reliquias de los santos, y de las sagradas imágenes”, *Biblioteca electrónica cristiana*, <http://multimedios.org/docs/d000436/p000005.htm>.

<sup>25</sup> Candau, *op. cit.*, p 12.

<sup>26</sup> Un trabajo que destaca para el mundo americano es el de Gabriela Siracusano, *El poder de los colores. De lo material a lo simbólico en las prácticas culturales andinas. Siglos XVI-XVIII*, Buenos Aires, FCE, 2005. Cf. David Freedberg, *El Poder de las Imágenes*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1992.

<sup>27</sup> Utilizamos la palabra «*habitus*» como un modo o disposición permanente que se ha ido construyendo, no en el sentido de Bergson quien lo ve como una propiedad inherente. «[...] l'habitus est le produit du travail d'inculcation et d'appropriation nécessaire pour que ces produits de l'histoire collective que sont les structures objectives (e. g. de la langue, de l'économie, etc.) parviennent à se reproduire, sous la forme de dispositions durables, dans tous les organismes (que l'on peut, si l'on veut, appeler individus) durablement soumis aux mêmes conditionnements, donc placés dans les mêmes conditions matérielles d'existences». Pierre Bourdieu, *Esquisse d'une théorie de la pratique*, Paris, Essai (poche), 2000, p. 282. Cf Henry Bergson, *Matière et Mémoire*, Paris, PUF, coll. «Quadrige», 2008.

<sup>28</sup> El tema del Apocalipsis ha sido estudiado e reinterpretado por algunos estudiosos europeos. Ver al respecto los trabajos de Yves, Christe, *L'Apocalypse de Jean. Sens et développements de ses visions synthétiques*, Paris, Picard, Bibliothèque des cahiers archéologiques, 1996; Laurence Riviere Ciavaldini, “L'Apocalypse au Moyer Age: catastrophe cosmique ou triomphe du christianisme?” en Granet- Abisset Anne-Marie Favier René, *Récits et représentations des catastrophes depuis l'Antiquité*, Grenoble, MSH-Alpes, 2005, pp. 189-216. Este último trabajo aporta ideas “frescas” sobre el devenir histórico de este fin de mundo. La autora nos presenta cómo el significado del Apocalipsis fue cambiando a través del tiempo, de hecho, en un momento determinado habría sido utilizado como un arma contra el imperio romano.

<sup>29</sup> Cf. Jaime Valenzuela Márquez, “El terremoto de 1647: experiencia apocalíptica y representaciones religiosas en Santiago colonial”, en Jaime Valenzuela Márquez (ed.), *Historias urbanas. Homenaje a Armando de Ramón*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2007, pp. 27-65.

<sup>30</sup> Koselleck, *op. cit.*, p. 23.

<sup>31</sup> En este sentido, los olores y colores del apocalipsis, para el caso chileno contribuyen y funcionan como una «Illusion holiste, c'est-à-dire à la représentation du groupe d'appartenance comme un tout homogène et intégré. Le partage de la métamémoire donne une certaine vraisemblance à cette illusion», ver Joël Candau, *Antropologie de la mémoire, op. cit.*, pp. 79-80.

<sup>32</sup> Para este tema ver algunas de las ideas que desarrollamos en nuestro trabajo, «Entre Aporías Espaciales y Sentidos Náufragos: El terremoto de 1647 como catalizador de percepciones y asimilaciones históricas.», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates, 2007, URL: <http://nuevomundo.revues.org/index7442.html>. Consultado 30 enero 2010.

<sup>33</sup> El texto completo sobre el terremoto que escribe el Obispo Villaroel se encuentra transcrito por Gonzalo Zaldumbide. Ver *Fray Gaspar de Villaroel Siglo XVII*, Puebla, México, J.M.Cajica Jr.1959, p. 451.

<sup>34</sup> Pastoureau, *op. cit.*

<sup>35</sup> “Carta de la Audiencia al Rey, Santiago, 12 de julio de 1648”, en Claudio Gay, *Historia física y política de Chile. Documentos sobre la historia, la estadística y la geografía*, Paris, chez l’auteur, 1852, Vol. II, p. 458.

<sup>36</sup> “Representaciones del bachiller don Miguel Jordan sobre las enfermedades y el agua que se bebe de las nieves. Santiago, 1686”, Biblioteca Nacional de Chile, Manuscritos Sala Medina, Rollo 93, Tomo 333, Pieza 648, fj. 856-859. (a partir de ahora será BNCh, MsM) (subrayado es nuestro)

<sup>37</sup> “Representación de don Agustín de Ochandiano y Valenzuela en la que refiere sus servicios como médico, pasa en revista las enfermedades más corrientes en este reino y aboga por la conducción del agua de Ramón. Santiago, 2 Agosto de 1718”, BNCh, MsM, Rollo 93, Tomo 333, Pieza 655, fj. 414.

<sup>38</sup> Ver las reflexiones de Gabriel Castillo ante la ausencia de paisaje para el caso chileno: “La estabilidad del individuo dependerá de una solidez del paisaje. De una integridad de la idea de paisaje como afirmación reflexiva de la integridad de su cultura. La negación del paisaje niega la afirmación de la unidad cultural, borra las fronteras y reafirma un principio de caos como realidad. El sujeto cree en una memoria, en una identidad fundacional del espacio. Tales casas, tales árboles, tales circuitos de actividad cotidiana. Su programa histórico admite sólo los cambios que refuerzan su estabilidad: el crecimiento de los árboles, las grietas en la pared, el asentamiento de los materiales, los flujos y fusiones de materiales orgánicos e inorgánicos, la asimilación de estos últimos por los ecosistemas”, Gabriel Castillo Fadic, “Santiago, lugar y trayecto: la dialéctica del centro”. *Aisthesis*, N° 34, 2001, p. 8.

<sup>39</sup> “Es el mismo evento que hace surgir su propio pasado; antes de que de que aparezca, no hay pasado. Es necesario que se produzca por para que este pueda tener un pasado. Este pasado es relativo al evento y a la manera que este es percibido, identificado y descrito. El evento permite iluminar su propio pasado. El jamás puede ser deducido. En otros términos, es el evento que hace comprender su pasado y su contexto conforme a la novedad de lo que él provoca. En esto consiste su poder de revelación o de revelar: él manifiesta ciertas cosas de su propio pasado y de su propio contexto que, sin él, serían invisibles”. Louis Quéré, “Entre fait et sens, la dualité de l'événement”, *Réseaux*, N° 139, 2006, pp. 183-218.

<sup>40</sup> *Carta de los oficiales de la tesorería sobre el terremoto del 13 de mayo de 1647*, en Gay, *op. cit.*, p. 469

<sup>41</sup> “Acta del Cabildo de 16 de mayo 1742”, *Actas del Cabildo de Santiago, Colección Historiadores de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, Tomo LIV, 1945, p. 36 (A partir de ahora ACS, CHCh)

<sup>42</sup> “Carta del Prior de San Juan de Dios sobre que su comunidad prefiere la Loma de la Parra o Dichoco. Concepción, 6 de octubre de 1751”, Archivo General de Indias, CHILE, 146, N° 3.1, fj 457-463v. (A partir de ahora AGI)

<sup>43</sup> “Carta de don Pedro Espinoza a favor de la Loma de la Parra para la traslación de la ciudad de la Concepción. Concepción, octubre de 1751”, AGI, CHILE, 146, N° 3.1, fj 509-513v

<sup>44</sup> Sobre la influencia de los pensadores de la antigüedad y su influencia en los traslados ver el trabajo de Alain Musset, *Villes nomades du Nouveau Monde*, Paris, EHESS, 2002.

<sup>45</sup> Zaldumbide, *op. cit.*, pp. 447-448.

<sup>46</sup> Michel Pastoureau señala que a partir del siglo XV ya el negro y el blanco comenzaron a ser considerados como no-colores, no obstante, entrado el siglo XVII Newton es el que lo confirma científicamente. Ver Michel Pastoureau, *Noir: histoire d'une couleur*, Paris, Seuil, 2008, p. 119.

<sup>47</sup> Según Tadié los recuerdos no sólo facilitan crear memoria, sino que también ayudan a la comprensión y sentimientos estéticos de las cosas. En efecto, el autor ejemplifica con un ejemplo sonoro: escuchar una sinfonía en principio no será aportará mayor comprensión ni menos una estética, sino será luego de varias veces de escuchar –vivirlas, en referencia a las catástrofes- en donde la obra adquirirá emoción y sentido. Ver Jean-Yves Tadié, Marc Tadié, *Le sens de la mémoire*, Paris, Gallimard, 1999, p. 159.

<sup>48</sup> Jocelyn-Holt, *op. cit.*, 1999.

<sup>49</sup> “Carta de Gabriel Cano Aponte de lo que sucedió y experimento la ciudad de la Concepción y reino de Chile en los temblores de tierra y aguaceros de 1730. Santiago 20 de julio de 1730”, *BNCh, MsM*, Rollo 33, Tomo 177, Pieza 3874, fjs. 219-224.

<sup>50</sup> Diego Rosales, *Historia general del reino de Chile: Flandes indiano*, Santiago, Andrés Bello, 1989, p. 1278.

<sup>51</sup> Miguel de Olivares. *Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1736). En Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional*, Tomo VII, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1865, p. 216.

<sup>52</sup> “Carta del Presidente de Chile al Rey dando cuenta del terremoto del 25 de mayo con noticias amplias acerca de los prejuicios que ocasiono, Santiago, 5 junio de 1751”, *BNCh, MsM*, Rollo 36, Tomo 187, Pieza 4260, fj 140-145.

<sup>53</sup> Walter, *op. cit.*, 2008, p. 14.

<sup>54</sup> Ricoeur, *op. cit.*, 2000.

## *Una identidad terremoteada. Chile en 1960\**

*A Shaken Identity. Chile in 1960*

*Uma identidade terremoteada. Chile em 1960*

### AUTORES

**Alfredo Riquelme Segovia**

[ariquels@uc.cl](mailto:ariquels@uc.cl)

**Bárbara Silva Avaria**

[bsilvaa@uc.cl](mailto:bsilvaa@uc.cl)

Pontificia Universidad  
Católica de Chile,  
Santiago, Chile

RECEPCIÓN  
7 Enero 2011

APROBACIÓN  
11 Abril 2011

DOI

**10.3232/RHI.2011.  
V4.N1.05**

Este artículo tiene por objetivo indagar en los vínculos entre grandes catástrofes y la construcción de identidades nacionales. Uno de los momentos históricos en que es posible analizar en profundidad esta problemática es en el Chile de 1960, por la coincidencia entre el gran terremoto de Valdivia y la conmemoración del Sesquicentenario, coyuntura que contribuyó a visibilizar las reflexiones y discusiones acerca de la nación, lo que a su vez, incidió en la reelaboración de sentido en torno a ella. Las fuentes que se utilizaron en la investigación fueron la prensa y otros escritos, a través de los cuales se difundieron las ideas representativas de las diversas versiones de la nación y las interpretaciones más gravitantes de la catástrofe que enfrentaba.

Palabras clave:

**Chile; Siglo XX; Nación; Identidad Nacional; Identidad Territorial; Catástrofe; Conmemoración**

The objective of this article is to investigate the links between big catastrophes and the construction of national identities. One of the historical moments where it is possible to analyze this situation in depth is Chile in 1960, because of the coincidental occurrence of the big earthquake in Valdivia and the commemoration of the sesquicentennial, circumstances which converged to help make visible the thoughts and discussions about the nation, which in turn, impacted the redefinition of meaning around it. The sources used during research were the press and other writings, through which ideas that were representative of the diverse ideas of the nation and the most significant interpretations about the catastrophe that the nation faced were spread.

Key words:

**Chile; Twentieth Century; Nation; National Identity; Territorial Identity; Catastrophe; Commemoration**

Este texto tem como objetivo indagar os vínculos entre grandes catástrofes e a construção de identidades nacionais. Um dos momentos históricos onde é possível analisarmos esta problemática em profundidade é no Chile de 1960, pela coincidência entre o grande terremoto de Valdivia e a comemoração do Sesquicentenário, conjuntura que contribuiu para visualizar as reflexões e discussões acerca da nação, que por sua vez, incidiu na revisão do sentido a respeito dela. As fontes utilizadas na pesquisa foram a imprensa e outros textos, através dos quais foram divulgadas as idéias representativas das diversas versões da nação e das interpretações mais gravitacionais da catástrofe que ela enfrentava.

Palavras-chave:

**Chile; Século XX; Nação; Identidade Nacional; Identidade Territorial; Catástrofe; Comemoração**

*Terremotear.*

1. *intr. Chile. Dicho de la tierra: Temblar con fuerza.*
2. *prnl. Chile. Experimentar momentos críticos en la vida.*<sup>1</sup>

El ánimo de la sociedad chilena en 2010, el año del Bicentenario, experimentó una inesperada y radical modificación como consecuencia del fenómeno telúrico que a las 3:34 de la madrugada del 27 de febrero remeció a gran parte del territorio nacional. El terremoto de 8,8° en la escala de Richter que devastó las regiones del Bío Bío y del Maule, afectando directamente a la mayor parte de la población del país establecida en estas y otras regiones alcanzadas por la violencia del sismo y del *tsunami* que se desencadenó en las horas siguientes, así como las reacciones institucionales y sociales que la catástrofe produjo, transformaron la subjetividad de los chilenos y las prioridades nacionales a lo largo del año que comenzaba<sup>2</sup>.

Hubo quienes enfrentaron esa metamorfosis repentina de la mentalidad colectiva y de las preocupaciones y políticas públicas como un acontecimiento inédito en la trayectoria del país. Sin embargo, desde una perspectiva histórica, lo sucedido en 2010 no era sino la manifestación más reciente de un fenómeno constante y periódicamente presente en la historia de Chile: la súbita irrupción de las fuerzas tectónicas en su vida histórica<sup>3</sup>. Incluso, no se trataba de la primera vez que una significativa conmemoración nacional era sacudida por la furia de la naturaleza. Medio siglo atrás, en 1960, el año del Sesquicentenario de la independencia nacional, la población de las actuales regiones de los Ríos, de los Lagos, de la Araucanía y del Bío Bío había experimentado el terremoto más intenso desde que existen registros sismográficos en el mundo: 9,5° en la escala de Richter<sup>4</sup>.

## Conmemoraciones, catástrofes e identidades

En el mundo contemporáneo, la creación y actualización de conmemoraciones nacionales con sucesivos, diferentes y hasta antagónicos contenidos, ha sido una de las formas a través de las cuales distintos actores institucionales y sociales han enfatizado la dimensión histórica de sus visiones, evaluaciones, proyectos, políticas e iniciativas, posicionándolos en una larga marcha hacia la modernidad, el progreso, la ilustración, las libertades, la igualdad, la ampliación de la ciudadanía y otros fines que los han orientado o con los que han deseado legitimar sus prácticas<sup>5</sup>.

La conmemoración de ciertos acontecimientos históricos y la construcción del relato que da forma a cada una de esas efemérides, ha tenido como propósito más o menos consciente vincular racional y afectivamente a las actuales generaciones con una historia nacional de la que se les hace parte. Esa historia y los ritos conmemorativos en que ella se encarna han sido concebidos para forjar una continuidad pasado – presente – futuro de carácter genealógico, que tiende a situar la actualidad –usualmente cargada de diferencias, problemas y contradicciones evidentes- en una trayectoria de sentido larga, profunda, positiva y, en especial, unitaria de la comunidad imaginada, por sobre las diversidades, quiebres o sinsentidos propios de cualquier formación social<sup>6</sup>.

Aunque en las conmemoraciones se represente la unidad y la continuidad irrefutables de una colectividad, de hecho son ocasiones no sólo de preservación, sino también de modificación o transformación de la memoria y la conciencia históricas de las comunidades nacionales, correspondientes a los cambios en su imaginario y en el balance de poder entre sus componentes<sup>7</sup>. En el caso chileno, al iniciar la investigación de la que este artículo es un primer producto, dos acontecimientos aparecieron a nuestra mirada como los objetos de conmemoración que más han gravitado sobre las actuales generaciones: el hito fundacional de la nación y la república del 18 de septiembre de 1810; y el quiebre político, ético y social del 11 de septiembre de 1973. En este sentido, nos propusimos abordar la conmemoración sesquicentaria de 1960 en un contrapunto tanto con las conmemoraciones referentes a la independencia, y principalmente con el Centenario en 1910 y el Bicentenario en 2010<sup>8</sup>, como con las relativas a la ruptura de 1973<sup>9</sup>.

Desde ese punto de vista, interpretamos el Sesquicentenario como punto medio entre el Centenario y el Bicentenario, no sólo en el obvio sentido de su equidistancia en el tiempo entre 1910 y 2010; sino porque tras la continuidad real e imaginada de la nación que se conmemora, hacia 1960 pueden apreciarse profundas diferencias en la representación del país respecto a los comienzos del siglo XX y en relación a la primera década del siglo XXI. Por otra parte, situamos las ideas e imágenes de Chile que se expresaron en torno al Sesquicentenario en la trayectoria que conduciría hacia 1973, en la medida que en 1960 ya son visibles las ideologías y representaciones de la nación, así como los correspondientes proyectos de país cuya colisión culminaría en la destrucción del propio sistema democrático que había hecho posible su despliegue<sup>10</sup>.

No obstante, al internarnos en el laberinto de las fuentes, descubrimos que también se hacía ineludible abordar en nuestra investigación la coincidencia de la conmemoración sesquicentaria con ese acontecimiento de otra naturaleza que impactó poderosamente sobre las representaciones de la nación en 1960: el terremoto más intenso desde que existen registros sismográficos en el mundo. A partir de esa coincidencia entre la conmemoración esperada y el acontecimiento inesperado, y de la impronta que dejó en testimonios orales, escritos y visuales, se nos impuso ineludiblemente la pregunta por la imbricación en el imaginario colectivo entre fenómenos como los terremotos y artefactos simbólicos como las conmemoraciones nacionales. Ello ha implicado considerar además, en el caso chileno, que los movimientos telúricos de consecuencias catastróficas han sido una constante que periódicamente impacta la historia del país y de la propia construcción nacional. Por una parte, las catástrofes, y dentro de ellas, por cierto, los terremotos, han sido integrados en diversos discursos acerca de la identidad chilena; y por otra parte, en esas situaciones apocalípticas, ciertos rasgos imaginados de la nación parecen adquirir una contundente materialidad<sup>11</sup>.

De esa manera, la propia lectura de las fuentes de 1960 sumada a nuestra sensibilidad avivada por el sismo de febrero de 2010, nos puso ante la evidencia de que los movimientos telúricos de gran magnitud no sólo acarrear consecuencias humanas y materiales dramáticas; sino también inciden en la resignificación de identidades y en la reestructuración de vínculos sociopolíticos que, a su vez, se articulan en diferentes versiones de la identidad nacional.

## Chile hacia 1960

Al aproximarse a la conmemoración del Sesquicentenario, Chile llevaba cerca de tres décadas de estabilidad constitucional y algo más de dos décadas involucrado en un proceso de industrialización cuyos frutos, aunque reales, distaban de satisfacer las expectativas que se habían puesto en él.

En los espacios urbanos, donde se concentraba crecientemente la población, se había ido configurando un rico y complejo tejido social estrechamente vinculado con el sistema político. Asimismo, el progreso de la alfabetización sumado a la masificación del acceso a tecnologías como el cine y la radio, estaban modernizando y globalizando el imaginario de la sociedad y de sus integrantes. La entrada en escena de nuevos actores sociales y la gradual ampliación de la ciudadanía, sumada al despliegue de la cultura de masas y a la consolidación de una nueva intelectualidad de origen mesocrático y popular, estaba transformando las maneras de pensar e imaginar la nación.

Por otra parte, el contexto internacional ordenado en la lógica de la *Guerra Fría*, en términos del alineamiento en bloques y la diferenciación dicotómica entre éstos, y marcado por la descolonización que reemplazaba un mundo de imperios por uno de estados nacionales, incidía en el modo de concebir las identidades colectivas. Éstas eran pensadas y representadas en su vinculación y definición respecto de realidades y conceptos globales como capitalismo, imperialismo, democracia, socialismo o comunismo. En ese marco, acontecimientos como la Revolución Cubana de 1959 y la réplica estadounidense de la *Alianza para el Progreso* que llegaría en 1961, o el retroceso del conservadurismo en la Iglesia Católica que cristalizaría en el Concilio Vaticano II convocado en 1962, incidieron directamente en la manera de imaginar la nación en América Latina y, desde luego, en Chile. También influyó en ella la confianza en el progreso científico y tecnológico que redefinía las relaciones entre el ser humano y la naturaleza, y que se expresaba –entre otras cosas– en la emoción con que se seguía el inicio de la carrera espacial.

En ese marco, en las elecciones presidenciales de 1960, tras dos décadas de hegemonía de centro-izquierda, se había impuesto estrechamente el candidato de la derecha, el ingeniero independiente Jorge Alessandri Rodríguez, apoyado por los partidos Conservador y Liberal, alcanzando poco menos de un tercio de la votación. El vencedor había sido seguido muy de cerca por el candidato de la izquierda, el médico socialista Salvador Allende, respaldado por su partido, por el Partido Comunista –legalizado tras una década de proscripción– y por otras formaciones menores integradas en el Frente de Acción Popular (FRAP). El tercer lugar lo había obtenido el abogado Eduardo Frei Montalva, respaldado por el Partido Demócrata Cristiano (PDC), fundado en 1957 mediante la fusión de la Falange con la tendencia socialcristiana del conservadurismo y con formaciones menores surgidas de la disolución del populismo ibañista que había alcanzado el gobierno en 1952. El candidato del centrista Partido Radical –que encabezó sucesivas coaliciones gobernantes entre 1938 y 1952– quedó relegado al cuarto lugar.

El gobierno de Jorge Alessandri no logró emprender la aceleración de la modernización capitalista de la economía que se había propuesto, debido a las propias resistencias del empresariado nacional y a la alianza que debió establecer con el radicalismo para lograr un respaldo parlamentario suficiente. A ello se sumaba una fuerte movilización social liderada por la Central Única de Trabajadores (CUT), formada en 1953, así como la dura oposición política del PDC y del FRAP, que aspiraban a lograr la victoria en las siguientes elecciones presidenciales, para implementar sendos proyectos de transformaciones estructurales de orientación social-cristiana y socialista, respectivamente.

En ese contexto político, social y cultural, la conmemoración en 1960 de los 150 años de trayectoria nacional y republicana, fue asumida principalmente por personas, organizaciones e instituciones públicas y privadas vinculadas al quehacer intelectual, comenzando por la Universidad de Chile, que desplegó las iniciativas más significativas, así como por empresas editoriales y revistas que desde el comienzo del año imprimieron publicaciones especialmente dedicadas a reflexionar sobre la trayectoria histórica y la identidad nacional desde diversos puntos de vista.

## Catástrofe en el Sesquicentenario

El 21 de mayo de 1960, como ocurría hacía largos años en esa fecha en que se conmemoraba una de las principales efemérides bélicas del siglo XIX, el país esperaba el discurso del Presidente de la República en la ya tradicional cuenta anual del gobierno. En la madrugada de ese día, poco después de las seis de la mañana, gran parte del territorio nacional despertó con dos fuertes movimientos sísmicos. La noticia no tardó en llegar: terremoto 7,3° en la escala de Richter, con epicentro cerca de Concepción. Este acontecimiento cambió el programa diseñado para el 21 de mayo:

[...] se dejaron de mano los trajes de etiqueta y uniformes diplomáticos, vistiendo tanto el Presidente de la República, como demás asistentes, trajes de calle. Del mismo modo, no se usaron las carrozas de gala para el traslado del Presidente y sus Ministros, de la Moneda al Congreso, sino que automóviles, y se dejó sin efecto la formación y desfile de las tropas de la Guarnición<sup>13</sup>.

Por cierto, Alessandri comenzó hablando aquel 21 de mayo acerca de ese primer terremoto, mostrando en el discurso la austeridad que había convertido en su sello, pero a la vez relevando la situación que se vivía en el sur de Chile:

Con el ánimo consternado ante la desgracia que aflige [sic] al país por el movimiento sísmico ocurrido hace pocas horas y que ha afectado principalmente a la ciudad de Concepción, y en el que nuestros pensamientos y nuestros recuerdos están junto a los caídos, heridos y damnificados, debo con todo, en cumplimiento de un deber constitucional, llegar hasta vosotros a dar cuenta del estado político y administrativo de La Nación [...]<sup>14</sup>.

Sin embargo, aún no había ocurrido la catástrofe que todo el mundo recuerda como el sismo más violento registrado en la historia. Mientras recién comenzaban a evaluarse los daños que había dejado el movimiento telúrico del día anterior, el domingo 22 de mayo, poco después de las tres de la tarde, se produjo el gran terremoto que asoló el sur del país con la mayor intensidad conocida en el mundo, desatando a su vez un maremoto que agravó la ya enorme devastación provocada por el sismo.

El cataclismo, que alcanzó una magnitud de 9,5° en la escala de Richter y cuyo epicentro estuvo situado a 144 kilómetros al noroeste de Valdivia, consistió en un salto de hasta 18 metros de la placa de Nazca bajo la placa de América del Sur que asoló de mar a cordillera todo el territorio comprendido entre Talca y la Isla de Chiloé<sup>15</sup>. “El choque principal, que se produjo [...] a las 3.14 pm., hora local, fue el mayor que se ha registrado hasta la fecha, de este tipo de movimiento sísmico”<sup>16</sup>.

Así recordaba un valdiviano esos interminables momentos:

Era tan fuerte que no podíamos tenernos en pie: ¡cuando levantaba un pie, se me caía el otro! Empezamos a rezar con fervor, y le pedí a José Manuel [Santos Ascarza, obispo de Valdivia] que nos diera la absolución a todos los que estábamos ahí, porque esto no paraba nunca ¡pero el obispo estaba blanco como sábana y se le olvidó! Seis minutos después finalmente se detuvo, y partí a la plaza a ver qué pasaba. En el camino vi las grietas en las calles y las casas caídas, pero lo más impactante fue que el Calle Calle se había secado y los pescados se retorcieron en el fondo<sup>17</sup>.

La intensidad del terremoto fue tan grande, que quizás era difícil de dimensionar para la mayor parte de la población. Por lo mismo, los especialistas ofrecieron una comparación que podía hacer algo más inteligible ese 9,5° Richter del que todos hablaban. “El diario *La Tercera* señaló que el terremoto había liberado la energía suficiente para iluminar Chile durante 180 años y seis meses [...]”<sup>18</sup>.

Pero la historia no terminó ahí. Una hora más tarde se produjo el *tsunami* que arrasó con pueblos y ciudades costeras.

A las 16:10 hrs. el mar comenzó a retirarse a toda velocidad, con un ruido impresionante, como de succión metálica sobre una rugiente catarata. Como si fuese una nebulosa, un banco de arena que normalmente se encontraba a tres metros de profundidad, emergió del río. La gente gritó: “¡Estamos perdidos: un volcán!”<sup>19</sup>.

Minutos después de sufrir la furia de la naturaleza, comenzó a ser evidente el desastre y el caos en los pueblos y ciudades del sur, y la difícil situación que tendría que enfrentar la población. Así se recordaban los momentos que siguieron al terremoto y maremoto:

En la plaza estaba el griterío y el desorden más espantoso. Ahí se me acercó el comandante del regimiento y me dijo que o me hacía cargo de la situación, o me hacía



responsable. Tuve que hacerlo, y convoque a un cabildo abierto en el lugar para decidir cómo mantener el orden, porque ya llegaban los cuentos de saqueos. Todas las vías de comunicación estaban cortadas y no había manera de recibir instrucciones, entonces decidimos instaurar toque de queda. Eran las seis de la tarde y no sabíamos si Valdivia era la única ciudad chilena a salvo<sup>20</sup>.

A pesar de su dramatismo, estos relatos apenas logran expresar la experiencia límite vivida por los habitantes del sur del país, quienes en los días y semanas siguientes enfrentaron la amenaza de una nueva catástrofe: el curso del río San Pedro había sido interrumpido por un gran derrumbe y las aguas del lago Riñihue subían peligrosamente de nivel, lo que –de no mediar un enorme esfuerzo del Estado y la comunidad para impedirlo- habría arrasado todo su entorno, incluyendo la ciudad de Valdivia<sup>21</sup>.

La experiencia de esa sucesión de situaciones límite provocó un profundo impacto en las personas y comunidades afectadas, que debieron movilizar todos sus recursos para sobreponerse al cataclismo y restablecer una mínima normalidad en su existencia material, en sus lazos comunitarios y en su subjetividad alterada por la adrenalina y el trauma.

Todo ello condicionó el devenir político y social de aquel año. Y, en el ámbito que nos interesa, ese fenómeno natural, explicable geológicamente, incidió de modo determinante en la actualización y modificación de algunas imágenes e ideas de la nación.

## La nación telúrica

La inédita magnitud del sismo que azotó al sur de Chile en mayo de 1960 reforzaría la importancia de la representación telúrica de la nación en medio del siglo XX chileno. Esta representación primordialmente territorial de la nación tenía ya una larga duración en un país donde se había ido articulando de distintas maneras con representaciones raciales o épicas de su identidad<sup>22</sup>. Éstas, sumadas a ideas e imágenes institucionales y espirituales de la nación, darían forma a la elaboración subjetiva del trauma que significó el gran terremoto del 60. Y, a su vez, el acontecimiento telúrico incidiría en una mayor relevancia de esta representación de la nación, la que se manifestó con motivo del Sesquicentenario, en la medida que la situación conmemorativa era una ocasión privilegiada para que se expresaran las distintas versiones y visiones de la nación entonces existentes.

Es así como la idea de la nación como un territorio peculiar en el continente, era reiterada por el diario del gobierno durante esas fiestas patrias: “Chile, adorada patria nuestra –que te extiendes desde la línea Concordia, por el norte, y, por el sur, hasta el Polo del mismo nombre y entre la Codillera de los Andes y el Mar Pacífico-, ensalzado sea tu nombre por la Humanidad, por tu gloriosa y noble historia [...]”<sup>23</sup>.

En el proceso de construcción de naciones confluyen varios factores de distinta índole

para configurar cierta identidad de la nación, y por lo tanto su reconocimiento, en su interior y también desde otras naciones. En una introducción a las problemáticas que involucra una conceptualización de la nación, Eric Hobsbawm usó la distinción entre criterios objetivos y subjetivos. Los objetivos serían la lengua, etnicidad, territorio común, historia común, rasgos culturales, entre otros. Los subjetivos consistirían, básicamente, en la voluntad de ser nación y la afirmación de la soberanía, que concurrirían a la formación de una conciencia nacional<sup>24</sup>.

La espacialidad de la nación se identifica como uno de esos criterios “objetivos” del proceso de construcción nacional. Y un modo de hacerse cargo de esa geografía, es a través de una unidad político-administrativa, el Estado, que ejerce su potestad en unos determinados límites territoriales. Pero también las sociedades pueden hacerse cargo de su espacialidad a través de la elaboración de discursos nacionales sobre el entorno geográfico, apropiándose así subjetivamente de los paisajes sobre los cuales se ejerce la potestad estatal.

Si bien desde los orígenes de la nación moderna en Chile la concepción territorial tuvo gran importancia, en términos de una unidad geográfica relativamente reconocible, y de la conciencia de configurar una suerte de “isla” unida al continente pero a la vez separada de él, esa concepción territorial había experimentado un resurgimiento en las décadas anteriores a 1960, vinculándose estrechamente con diversos modos de caracterizar a sus habitantes: los chilenos.

Una de las expresiones de aquella fuerte presencia del territorio para el Sesquicentenario fue, precisamente, un congreso de geografía con participación de las provincias y con exposiciones gráficas relativas al tema en algunos núcleos urbanos de relevancia a nivel regional (Antofagasta, La Serena, Concepción y Valdivia): “Se informa que desde el 3 al 12 de octubre se efectuará en Santiago -como un acto oficial de la celebración del sesquicentenario- el Primer Congreso Nacional de Geografía. Este será complementado con una Exposición de Recursos Naturales”<sup>25</sup>.

Además, se estrenó el documental *Sesquicentenario*, el que se presentó como un “breve y bello panorama de estampas chilenas –dura 11 minutos- con paisajes, tipos y matizadas visiones de la variada naturaleza de nuestra geografía”<sup>26</sup>.

La conciencia sobre la espacialidad de la nación se observa a través de las compilaciones que se hicieron alrededor de 1960 o bien, explícitamente con ocasión del Sesquicentenario de la república en el ámbito académico, ya fuese desde el mundo de la historia y –por cierto- la geografía, o bien desde la literatura. En esta línea, se encuentran publicaciones como *Chile a la Vista*<sup>27</sup>, *Autorretrato de Chile*<sup>28</sup>, *Antología para el Sesquicentenario*<sup>29</sup>, o bien los números especiales de los *Anales de la Universidad de Chile*<sup>30</sup> editados con motivo de la conmemoración. Por otra parte, la exposición *El Rostro de Chile*, realizada también por la Universidad de Chile en el marco de las actividades del Sesquicentenario, expresó mediante registros fotográficos la diversidad geográfica de Chile, y también, la diversidad humana presente en la nación. En el discurso inaugural de la exposición, se declaró el principio que orientó esta muestra artística.

Hemos procurado ser leales con nuestro país y con nosotros mismos al evitar concesiones deformantes a una falsa glorificación histórica, a un embellecimiento idílico preconcebido

de Chile y su gente y a una orientación estética convencional y carente de fuerza expresiva y de sustancia. Ante nuestros ojos se deslizará este ciclo y cuantos le sigan, mostrando a la vez el gozo y la adversidad que el escenario de Chile nos depara, la discontinuidad de nuestro esfuerzo, nuestra riqueza y nuestra miseria, nuestros triunfos y nuestras derrotas, lo poco que está hecho y todo lo que está por hacer<sup>31</sup>.

La exposición surgida de la mirada renovada de algunos de los mejores fotógrafos del país, imprimió en el papel fotográfico una multitud de significados de ser “chileno”, gentilicio que aglutina a campesinos y pampinos, chilotas y santiaguinas, escolares y jubilados, aymaras y mapuches, universitarios y pescadores, entre tantos otros. En ese sentido, la rica diversidad humana recogida en *El Rostro de Chile* es innovadora respecto a las interpretaciones instaladas de la nación, en cuanto la representación de la multiplicidad de paisajes y de la complejidad de su geografía física, está íntimamente imbricada con los seres humanos que les dan sentido, estableciendo desde ese vínculo y con toda la potencia de un arte visual entonces emergente, una clave formidable para abordar la problemática de una nación étnica y socialmente no sólo diversa, sino profundamente asimétrica y desigual.

En general, las representaciones sesquicentenarias de Chile actualizaron una visión espacial de la nación, que se hizo cargo de variadas maneras de la diversidad geográfica del país. Los contrastantes paisajes que componen esta “unidad” que sería Chile, constituirían una particularidad de esta nación, una característica sobresaliente de su imagen, hacia el interior y hacia el mundo.

El entorno sería un punto de partida, o más bien, una referencia explicativa para analizar las distintas sociedades locales que, en íntima relación con su paisaje particular, se comprenderían como los componentes diversos de una nación unida. La diversidad de paisajes en latitud y altitud, fauna y flora, temperatura y humedad, quietud y movimiento, configuraría las características de los miembros –recios, sufridos, valerosos- de esta comunidad imaginada: la nación chilena.

Aun cuando no se afirmara un explícito determinismo geográfico, sí está presente un componente esencial de éste, en la medida en que surgirían distintos “tipos” humanos según el paisaje que se habita. En esa representación de la “unidad entre la tierra y el hombre” se intentaría encontrar la respuesta a cómo configurar una nación intrínsecamente diversa, en una época en que el discurso de la diversidad no tenía la fuerza y acogida casi universal que encuentra hoy en día. Entonces, el modo de asimilar dicha diversidad fue a través de la geografía, como una representación que dotaba de un rasgo identitario al Chile de la época, tanto para sus propios miembros como para la imagen en la comunidad internacional. Así lo expresaba un artículo sobre el terremoto en la revista turística de Ferrocarriles del Estado:

Chile, por esto y por su inquietante geografía, es acaso un país único en el mundo. Somos tierra de montañeses y marineros. Tenemos todos los climas: el norte, árido, semitropical y rico en caliche, sostiene el desierto de Atacama. El norte chico, la zona central y el sur son regiones verdes y agrarias. Magallanes es la antesala de nuestro territorio antártico que limita con el polo austral<sup>32</sup>.

En esa misma revista, un artículo sobre educación denunciaba la influencia extranjera sobre el país, postulando una enseñanza propiamente nacional. Ese planteamiento se hacía argumentando la necesidad de explotar internamente los recursos naturales del país, señalando precisamente, que su diversidad geográfica exigía soluciones propias que la consideraran.

Hemos vivido tomados de las pretinas de otros países en cuestiones educacionales, tiempo es ya que nos independicemos [...] Hoy nuestro país tiene la necesaria madurez pedagógica para estructurar su propia enseñanza frente a sus complejos problemas económicos y sociales. Chile tiene una definida realidad ambiente, somos un país dividido en zonas bien demarcadas con sus riquezas propias que esperan ser industrializadas convenientemente, conocemos nuestra idiosincrasia de criollo, pueblo joven, con sus energías intactas y un vasto porvenir [...] construyamos entonces un sistema educacional con este rico material humano y con lo que la naturaleza nos ha obsequiado, aprovechando tan supremos atributos<sup>33</sup>.

Incluso las manifestaciones tradicionales de la identidad chilena serían parte de esta concepción de la nación en su territorialidad. De este modo, en un artículo de la revista magazinesca más influyente de la época, el folklore se hace inteligible, precisamente, en vinculación con la geografía. “La cueca es dionisiaca, agraria, con la propia condición telúrica del país y del paisaje incorporado a su ritmo. Somos una tierra de pelea y de abordaje, donde todo, victorias y derrotas, requiere una conquista mano a mano. Pero hay que luchar primero”<sup>34</sup>.

Entre esas condiciones geográficas y territoriales de Chile se destaca, precisamente, su carácter sísmico. Como se mencionó anteriormente, el terremoto de mayo del 60 fue determinante para la representación de Chile durante el Sesquicentenario, reforzando la centralidad de la imagen territorial de la nación. Pero –como también ya lo señaláramos- la condición sísmica de Chile es más permanente que un solo movimiento de tierra, por poderoso y devastador que haya sido. Era así como, poniendo la sismicidad en el centro, en la revista turística ferroviaria se elaboraba una vez más el vínculo entre entorno geográfico y carácter social.

Entre movimientos sísmicos, marejadas y estallidos volcánicos se desarrolla nuestra vida desde tiempos inmemoriales. De ahí que el chileno sea recio y sufrido, lo que le permite agrandarse en la adversidad. Vive en la incertidumbre de su mar y su montaña, y por sobre calamidades telúricas levanta su serenidad plasmada en el duro yunque del dolor y enjugando las lágrimas, sus ojos miran siempre al porvenir. Con paciencia de hormiga y con fuerzas de titán se entrega a rehacer lo deshecho, a reconstruir la obra de muchos años que los temblores y maremotos le arrebatan en un instante<sup>35</sup>.

El acontecer telúrico aparece como una característica presente desde los orígenes de la nacionalidad y que la acompañará por siempre. De este modo, ese carácter sísmico estaría instalado en la médula de una visión a la vez ancestral y perenne de la nación, concebida como una esencia que se despliega inmutable en la larga duración, ya que ese artículo relata que en Chile se habían registrado diecisiete terremotos “desde el comienzo de la nacionalidad”, refiriéndose al sismo de 1570<sup>36</sup>. Así, implícitamente, el origen de la nacionalidad se identifica con el inicio del registro de un acontecimiento geológico.

## Una comunidad forjada frente a la adversidad

La continuidad de la resistencia a la adversidad telúrica es asumida como un rasgo definitorio de la nacionalidad, o del pueblo, o de la raza o del espíritu que la constituye. Esa definición identitaria fue parte del discurso del pensador español José Ortega y Gasset cuando visitó Chile en 1928, y habló ante el Congreso Nacional, impresionado por la actitud de los chilenos frente a catástrofes telúricas como la que recientemente había azotado a Talca: “[...] tiene este Chile florido algo de Sísifo, ya que como él, parece condenado a que se le venga abajo cien veces, lo que con su esfuerzo, cien veces elevó”<sup>37</sup>.

Esa misma imagen reiteró, Gabriela Mistral después del terremoto de Chillán de 1939, eso sí, afirmando la primacía del esfuerzo humano sobre la naturaleza:

Hay en nuestra gente un estoicismo no helado sino ardiente, una decisión tal de poseer y de gozar su tierra, que la furia telúrica se la quita de las manos apenas un momento. Allá están ellos, mientras yo los cuento, con la tierra otra vez recobrada, planeando y haciendo. Se sabe que este fenómeno de vitalidad y ardor es propio de las regiones telúricas, y que son precisamente ellas las que menos quieren morir, porque el fuego las hace más alácritas, más heroicas [...]<sup>38</sup>.

En 1960, frente a la adversidad producida por esta catástrofe que se adjetiva como nacional, emerge la nación como colectividad solidaria, la comunidad que se levanta frente a los avatares de la fuerza endógena del planeta, la combate y puede sobreponerse. La fortaleza de esta nación surgía, precisamente, de esa solidaridad.

En palabras de la revista Zig-Zag, días después del cataclismo:

La ira sísmica ha tenido en Chile caracteres mesiánicos [...] Cuando todo Chile se aprestaba a la celebración de la mayor efeméride de su historia naval [...] la furia geológica cortó, trágicamente, todo boato y sumió al país en la tragedia. Pero, al mismo tiempo, mostró la fibra de resignado coraje con que el pueblo, fustigado implacablemente y casi en forma periódica por los desmanes de la naturaleza, encara estas imprevisibles catástrofes nacionales<sup>39</sup>.

En este mismo sentido se expresaba pocas semanas después el rector de la Universidad de Chile:

Cada uno de nosotros, como chileno, está dispuesto a cumplir con los deberes de solidaridad humana mediante un trabajo intenso y organizado en aquello para lo cual cada uno está mejor preparado y para poner en la excelencia de la ejecución, la satisfacción del sacrificio. Estamos dispuestos a entregar todo lo que somos o tenemos [...]<sup>40</sup>.

A partir de la movilización de la sociedad en su conjunto que se generó luego del terremoto, es posible observar cómo se van destacando algunos rasgos de la población que la

caracterizarían desde un pasado remoto y que situarían las actitudes de los chilenos de aquel momento en una historia tan larga como ejemplar:

Templado su espíritu en el crisol originario de la raza y en el del conquistador español, Chile ha tenido el privilegio de aceptar lo fatal sin alargar su congoja ni encoger su pujanza. Hay en el carácter de la nacionalidad un sorprendente equilibrio entre cómo recibe el éxito y cómo afronta la desventura<sup>41</sup>.

Fue frecuente que en lo dicho y lo escrito después del terremoto, se hiciera referencia a las características de la *raza chilena* que permitían que la nación enfrentara fuerte y unida esta situación potencialmente desintegradora. Así lo proclamaba en su primera plana el diario del Partido Conservador dos días después del cataclismo: “El espíritu de la raza supera la gran prueba”<sup>42</sup>.

En este contexto, se planteaba una suerte de continuidad asociada a la condición sísmica de Chile, referida a un *espíritu* perenne de su pueblo. Esa continuidad vinculaba el proceso *biológico* de la formación de una raza con las condiciones territoriales que la habían forjado, lo que daba como resultado esa voluntad de superar la destrucción que debía enfrentar cada cierto tiempo y que constituía la clave de la supervivencia nacional:

En medio de la ruina y de la muerte se alza también magnífico y consolador el espíritu enorme de Chile que bajo la luz de la estrella solitaria nos dice: ¡Adelante! Y las poblaciones del sur oyen la voz de la raza, entierran a sus muertos, y secándose las lágrimas comienza con serena y doliente energía a reconstruir sus pueblos arrasados, porque Chile no puede morir<sup>43</sup>.

Se puede sostener entonces que una de las características principales de este pueblo o de esta raza es la solidaridad con que responde ante las catástrofes, y otra es su capacidad de reconstrucción. Esas características se evidenciarían en la participación de la población para superar el caos que dejó el terremoto, lo que impulsó acciones inmediatas que se orientaron en un sentido nacional.

Pero, sobre todo, es halagüeño para la profunda conciencia de nacionalidad estrechamente unida que sustentamos en esta casa, el comprobar cómo, ante la tragedia austral, se han movilizado todos los chilenos y se han olvidado, momentáneamente, las asperezas y las dificultades existentes entre diversos grupos, para dar paso sólo a un amplio sentido de comprensión y de colaboración solidaria<sup>44</sup>.

## Raza y religiosidad

Los diversos relatos que se publicaron en la prensa después de los acontecimientos del 21 y 22 de mayo generalmente se sustentaron a partir de la imagen del caos y muerte que

se instaló en el sur del país por esos días. Incluso, algunas descripciones adquieren rasgos apocalípticos frente a la enormidad del poder de destrucción del terremoto, como en el editorial de la revista jesuita *Mensaje*:

Chile está de duelo. Un espasmo gigantesco de la tierra, un avance enloquecido del mar, y lo que era prosperidad y orden se transformó en una masa caótica de escombros. Unos cuantos minutos bastaron para destruir el esfuerzo de muchas generaciones. Desaparecieron puertos, se borraron caminos, se hundieron puentes. Ciudades y aldeas se desplomaron como castillos de naipes. Las montañas se trizaron y avalanchas inmensas cayeron sobre los valles y cambiaron el curso de los ríos. ¡Trágica visión del Apocalipsis! Un mundo sin cimientos, desquiciado, vomitando lava y humo, desgarrado en grietas profundas, arrastrando al hombre en su convulsa ruina<sup>45</sup>.

La “prosperidad y orden” que caracterizarían al Chile previo al terremoto había sido destruida por la naturaleza, ante lo cual sólo quedaba en pie la fe cristiana que animaría a la nación. En última instancia, en ésta radicaba la capacidad de resistir y reconstruir del pueblo chileno, su unidad nacional y su patriotismo.

[...] los escombros se humedecieron con sangre y llanto; hay mucha destrucción, mucha miseria. Pero no es momento para el creyente de dudar sino, por el contrario, de ahondar su fe y de reafirmar su esperanza. Las grietas y los escombros de ese Sur devastado son al mismo tiempo un trágico símbolo: eso es ‘este mundo’, un mundo sin fundamento estable, sin seguridad, un mundo cuya esencia es ‘pasar’. Sólo en Dios, sólo en Cristo, podemos realmente ‘esperar’. Y él no nos abandona. Él está con nosotros [...] De los escombros puede surgir no sólo un nuevo y próspero sur sino un Chile más puro y más grande. De nosotros dependen que ese inmenso dolor sea fecundo [...] Sólo así reconstruiremos Chile, sólo así el dolor de tanta gente habrá dado humano fruto; las ruinas dejarán de ser lápidas y serán lo que deben ser: cimientos de un Chile mejor<sup>46</sup>.

El diario conservador también situaba en el “noble espíritu cristiano” de los chilenos la piedra angular de la fortaleza y la unidad de la nación ante la adversidad:

Frente a la extraordinaria magnitud de la tragedia que ha azotado a una extensa región del territorio, enlutando a todo el país, se han producido las más nobles reacciones desde todos los campos de la actividad nacional, porque, ante el dolor y la desgracia, los chilenos siempre proceden con una profunda conciencia patriótica y con noble espíritu cristiano, elevando los corazones, fortificando su fe en los destinos de la nación, retemplando en el crisol del sacrificio sus más encendidas aspiraciones de bienestar común [...] Es alentador para el sentimiento patrio y para la concepción de unidad nacional que vigoriza el carácter de nuestro país, ver que estas concepciones estructurales de la vida chilena se ponen en evidencia en cada oportunidad en que ello es indispensable<sup>47</sup>.

Para *El Diario Ilustrado*, la unidad de la nación en su homogeneidad religiosa se articulaba con el supuesto de la raza particular que se habría desarrollado en este territorio.

La solidaridad, como se ha llamado a esta expresión externa de la caridad y el amor, ha brotado espontáneamente de todos los chilenos. Ella ha sido tan natural, tan profunda y tan universal, que ha pasado hoy día a constituir tradición, porque en ella nuestra realidad de chilenos se ha sentido verificada, y nuestro ser nacional ha logrado una plenitud [...] Se diga lo que se diga, la reacción de nuestro pueblo ha sido la reacción de un pueblo cristiano. Ahora no se ha recurrido a esquemas intelectuales para actuar, sino que todo nuestro subconsciente afloró potente [...] Este espíritu es el espíritu de nuestra raza, de nuestra cultura cristiana, de nuestro ancestro hispánico, saturado de Dios y, por ello, de caridad<sup>48</sup>.

De este modo, mediante la respuesta nacional al terremoto, la solidaridad expresada “por todos los chilenos” y fundada en la cristiandad, deviene “tradición”<sup>49</sup>. En definitiva, se apela a una comunidad imaginada como solidaria y cristiana capaz de superar esa y cualquier catástrofe.

A partir de los soportes de cristiandad y raza como constitutivos de unidad, la diversidad de las realidades locales y sociales del país se representa como una identidad nacional homogénea. Aunque se reconoce cierta diversidad, ella se entiende desde la variedad territorial más que a partir de las innegables diferencias sociales, ideológicas y culturales que configuran las distintas identidades de la nación. De este modo, la diversidad no es problemática, y se comprende sólo como una característica subordinada dentro de esta unidad superior, constituida por los valores considerados fundamentales.

A pesar de las diferencias climáticas, geográficas y sociales que diversifican las características de nuestra nacionalidad, existe una especie de común denominador, algo impalpable e invisible que a todos nos ata, nos liga y nos confunde en estrecho abrazo: es ese sentimiento de chilenidad que hallamos en la pampa, en la cordillera, en la mina, en el agro o en la ciudad; ese sentimiento que es fuerza indestructible y que nos ha permitido superar en el pasado todas los grandes contratiempos para ir construyendo, contra la rudeza del medio geográfico, una patria digna, noble y bella<sup>50</sup>.

Las frecuentes afirmaciones sobre la unidad nacional –que en este caso se expresan en clave religiosa y racial- se multiplican después del terremoto, siendo acogidas por gran parte de la población, ansiosa de consuelo y sentido tras el terremoto que había puesto de manifiesto con una materialidad sobrecogedora el carácter devastador que podía adquirir la geografía nacional. Se trataba de una respuesta humana frente a una situación absolutamente abrumadora. Por lo mismo, esos discursos de unidad llevaban un correlato de patriotismo y de mirada hacia el futuro, lo que para ellos permitía superar la destrucción del sur de Chile.

Ahora necesitamos trabajo y unidad para restaurar lo perdido, y para que el enorme sacrificio que significa la pérdida de tantas vidas y la ruina de tanta gente sea fructuoso, y nos permita construir, sobre los escombros, una patria más grande, más fuerte, más poderosa y más digna de ser vivida<sup>51</sup>.



De este modo, el patriotismo se enlaza con la territorialidad de la nación. Es decir, las características geográficas de Chile determinan las distintas formas que debe asumir la lucha contra la adversidad del medio natural, las que, al mismo tiempo, se despliegan en toda su trayectoria histórica. En otras palabras, se produce cierto complemento entre la adversidad geográfica y la continuidad histórica, el cual pasa a ser una suerte de denominador común que, a su vez, nutriría ese patriotismo de los chilenos:

[...] la naturaleza de Chile es bravía, hoy aquí, mañana allá, de tiempo en tiempo se desencaja y se rebulle, y siembra pánico y dolor; pero su gente, unas curtidas por el sol del desierto, otras por las serranías cordilleranas, o por los vendavales del sur, es tierna y sincera, espontánea y bondadosa. El cataclismo ha destruido mucho; pero también ha reafirmado la fe en nuestra Patria<sup>52</sup>.

Esa patria o nación es concebida por católicos conservadores o social-cristianos como un “todo orgánico”, más allá de las diferencias regionales o sociales. Así lo expresaba la revista doctrinaria del Partido Demócrata Cristiano, al afirmar que “(...)es imposible definir un criterio sobre un programa de reconstrucción para el sur, sin estudiar lo que ocurre en el conjunto de la nación, pues ésta no está dividida en compartimientos, sino que forma un todo orgánico”<sup>53</sup>.

Es interesante destacar que la visión organicista de la nación era compartida por los defensores del statu quo y por los reformadores sociales de orientación cristiana, aunque para éstos más que “restablecer” el orden que el terremoto se llevó, se trataba de avanzar hacia un desarrollo y prosperidad que todavía no se había logrado. Alcanzarlo sería precisamente el propósito de la reforma de la sociedad, de esa “Revolución en Libertad” que se impulsaría desde el gobierno a partir de 1964: “La catástrofe debe servir para reaccionar a fondo contra ese estado de cosas y reconstruir el sur sobre nuevas bases que no se limiten a ‘restablecer’ lo que existía antes, sino que creen las condiciones necesarias para su desarrollo y prosperidad”<sup>54</sup>.

## Naturaleza e instituciones

Otra dimensión fundamental que se evidencia en el escenario del terremoto es la relevancia de la institucionalidad política, asociada a la identidad republicana de la nación. Para enfrentar la furia telúrica que periódicamente se abate sobre Chile, la fortaleza y el espíritu de su pueblo requería ser sostenido por instituciones que le dieran efectividad. La nación que se sobrepone a las catástrofes naturales tenía también esa dimensión institucional; se encarnaba en el Estado que normaba y organizaba la lucha de los chilenos contra la adversidad.

Era la calidad de sus normas, de sus instituciones y de los dirigentes de la república, lo que hacía posible responder con eficacia y tranquilidad a los desafíos de una naturaleza indómita.

Así lo explicitaba, precisamente con motivo de la celebración del Sesquicentenario, el diario del gobierno:

Es reconfortante la impresión que han dejado las festividades de nuestro 150° aniversario nacional. Ellas configuran la imagen de un pueblo capaz de imponerse la disciplina social que corresponde a los tiempos de austero sacrificio que vive, sin renunciar al goce de las expresiones de su alegre optimismo<sup>55</sup>.

En ese contexto, se exaltaba la figura del presidente Alessandri como encarnación de los valores republicanos que permitían al país sobreponerse a la catástrofe. Su imagen de gobernante austero e independiente de los partidos se identificaba con el ideal de unidad nacional. Esto a su vez, aparecía asociado a la tradición presidencialista del país y al paradigma patriarcal de la hacienda en las relaciones entre gobernantes y gobernados.

Chile ha sido castigado duramente, pero restañará sus heridas y la fuerza de trabajo de sus hijos hará florecer nuevamente el progreso en medio de las ruinas. Tal es el mensaje que lleva el Excmo. señor Alessandri, hasta el confín de las tierras devastadas, y su entereza, devoción y patriotismo de chileno ejemplar son el mejor antecedente de que la nación sabrá superar plenamente las trágicas circunstancias actuales, aunque siempre quede el dolor de los que se fueron<sup>56</sup>.

De hecho, el protagonismo presidencial en el ámbito público se hace evidente al observar que la noticia del primer terremoto en las cercanías de Concepción del día 21 de mayo no ocupa el titular del diario El Mercurio. La noticia escogida para titular es: "S.E Dio Cuenta ante el Congreso Pleno del Estado Político y Administrativo de la Nación", y a propósito de ello se informa que el evento fue realizado con sobriedad producto del "[...] sismo de trágicas consecuencias en el sur"<sup>57</sup>.

Tras el terremoto de la madrugada del 21 de mayo, todavía el ritual institucional tiene preeminencia ante el acontecimiento telúrico. E incluso después del cataclismo del día siguiente, aunque nada pudo desplazar a éste de la primera plana, igualmente se sigue destacando la figura presidencial: "De manera particular el Presidente donó 1000 colchones, 1000 frazadas y 5000 chalecos de lana. La partida de la ayuda será enviada en aviones de la Fuerza Aérea de Chile"<sup>58</sup>.

## **El patriotismo puesto a prueba**

El patriotismo que se instaló en el discurso luego del terremoto, en ocasiones fue más allá de la actitud de empatía y solidaridad de unos chilenos con otros, llegando a ser extremo, como en el caso del diputado liberal que argumentaba que los recursos necesarios para la reconstrucción debían provenir de la propia nación, aunque ello fuese materialmente impracticable. De hecho, la decisión fue acoger la cooperación internacional y recurrir también a préstamos en el extranjero.

Los elementos que actualmente están llegando como ayuda, se los roban, destruyen o cambian de manos. Las comunicaciones son allí desastrosas. Nadie ha dormido ni una

noche en Chiloé. Yo comprendo y agradezco la ayuda extranjera; la respeto. Pero tiene que ser Chile, con sus propios medios, quien la coloque, quien edifique y detenga el éxodo hacia otras regiones y haga volver la esperanza a las angustiadas islas... ¡Entiéndanlo por caridad, Honorables diputados...!<sup>59</sup>.

Por otra parte, se planteó un debate respecto a la relación entre los recursos provenientes del extranjero y la autonomía de acción de las colectividades afectadas, estrechamente vinculado a la discusión acerca de las políticas económicas que se debían adoptar para enfrentar la reconstrucción de una gran zona del país. Ello involucraba, a su vez, un enfrentamiento respecto a la visión de sociedad que se esperaba reconstruir.

En ese marco, la revista jesuita *Mensaje* abogaba por dar un espacio al cooperativismo:

Si en la reconstrucción del Sur se espera recibirlo todo del extranjero o del gobierno, y nada de la iniciativa privada, nada tiene que hacer el cooperativismo en este tipo de reconstrucción... En el caso de las cooperativas de vivienda, se acepta el aporte externo, vista la magnitud del problema. Y en el caso de una catástrofe como la del Sur, me imagino que no habrá nadie tan puritano y tan apegado a la letra de los principios que no acepte también una ayuda externa. Pero siempre a condición de que sea una ayuda, de que la cooperativa conserve su autonomía y de que la iniciativa de los asociados se emplee [sic] a fondo<sup>60</sup>.

Por su parte, el diario comunista *El Siglo* denunciaba la insensibilidad del gobierno “ante la tragedia excepcional que hoy vive la médula misma de lo popular chileno”<sup>61</sup>.

La ciudadanía exige que un gobierno insensible a la tragedia cotidiana del pueblo se sensibilice [...] Una zona rica en carbón, rica en calidad metalúrgica, rica en producción textil, agrariamente poderosa, llena de empujes creadores, una zona poseedora de hondos caudales humanos e intelectuales, ha sido golpeada<sup>62</sup>.

En este discurso que –de un modo u otro- hacía suyo el conjunto de la izquierda de la época, la “patria” es radicalmente otra que la que se planteaba anteriormente, y se identifica con el pueblo, concebido como el conjunto de las clases explotadas por una oligarquía cuya chilenidad era puesta en cuestión. Sin embargo, el discurso de interpelación patriótica no era tan distinto al de liberales, conservadores y social-cristianos. Dicho de otro modo, pareciera que en la construcción discursiva de la nación se configuraban diversas versiones de ésta, con aspiración a la homogeneidad en algunos casos, y desde la conflictividad –en el sentido de lucha de clases- en otros.

La situación de los trabajadores en esa zona es cada día más angustiada, mientras cada día es más y más acentuada la insensibilidad oficial ante el conmovedor drama humano desatado por los sismos. Los trabajadores tienen el derecho y el deber de decir su palabra, su palabra franca y patriótica, ante estos hechos. Y harán uso de ese derecho y cumplirán con ese deber, aunque las verdades que deban decir –y las dirán en voz alta- sepan a licor amargo en la lengua y el paladar de los poderosos<sup>63</sup>.

Para las izquierdas, los problemas sociales que enfrenta la nación antecedían a la catástrofe, y ésta no habría hecho sino agravar y profundizar los conflictos y necesidades ya existentes.

El análisis se centraba entonces en las desigualdades sociales como continuidades históricas que han sido parte constitutiva de la nación. Eran esas desigualdades y contradicciones las que, a propósito del terremoto, se habían hecho visibles para aquellos que las negaban o que no podían verlas, y se volvía imprescindible enfrentarlas, aun considerando la enorme dificultad que ello suponía con un gobierno de derecha.

Aunque el gobierno había utilizado el marco institucional creado en la presidencia de Pedro Aguirre Cerda para enfrentar el terremoto de Chillán de 1938, así como la normativa legal de las reformas habitacionales impulsadas por el propio Alessandri con anterioridad al terremoto de 1960; para la oposición de izquierda, las autoridades eran incapaces de asumir el “imperativo moral de carácter nacional”<sup>64</sup> de tomar medidas de gran envergadura que estuvieran a la altura del desastre.

Así expresaba este punto de vista la revista doctrinaria del Partido Socialista:

La tragedia del sur de Chile [...] se viene a sumar a los males atávicos de la nación, a la dolorosa existencia de sus masas campesinas y obreras, a los grupos de los pequeños industriales, artesanos y empleados que la clase dirigente reaccionaria ha explotado durante largos años. Al mismo tiempo, ella señala de manera acusadora la forma de improvisación permanente en que ha vivido Chile, sin planificación racional, sin base firme su crecimiento económico y social [...] De nuevo a la intemperie, como en los viejos tiempos de la Colonia y los primeros años de la República. Pero, ¿es que alguna vez Chile ha salido de la Colonia? [...] La ola ni el temblor tienen categoría social. Pero cuando han pasado, se puede hacer el balance del desastre. La tierra aparece limpia de viviendas obreras y campesinas, cargada de organismos ateridos y subalimentados, espesa de sudor proletario, tiritando en su orfandad humana. Sólo siguen en pie el cemento retador, la estructura metálica, la lana del traje ciudadano, las tripas que reciben alimento. Lo demás, fosa común [...] Es la patria que ha construido la Derecha<sup>65</sup>.

Y concluía:

La tragedia del Sur debe ser el punto de arranque de un gran movimiento popular que, en torno a las fuerzas innovadoras de la Izquierda chilena, rompa de manera definitiva la estructura colonial de Chile y establezca, con rotundidad y coraje, los fundamentos reales de una nueva sociedad, justa, legítima y progresista<sup>66</sup>.

Esa visión de un pasado colonial que seguía instalado en el presente de las clases trabajadoras era una de las motivaciones que inspiraba a la izquierda de esos años en su lucha por una sociedad radicalmente nueva. Desde esta perspectiva, meses después de la catástrofe, se levantaban las demandas por una solución a los problemas de la población, y se denunciaba

que “la reconstrucción en el papel es la burla más sangrienta a la nacionalidad y la prueba más evidente de la mediocridad, desenfado y antipatriotismo de la reacción”<sup>67</sup>.

El patriotismo se identificaba con la disposición a satisfacer las necesidades de las clases populares y trabajadoras, y no con la retórica de solidaridad levantada en el mes de mayo, que no habría llegado a materializarse. Ello sólo ocurriría si aquella se encarnaba en políticas de orientación socialista, que configurarían una patria nueva, y si el “pueblo” accedía efectivamente al poder político. En ese sentido, el terremoto y sus secuelas reafirmaban la necesidad de una transformación revolucionaria, la que adquiriría forma a lo largo de la década siguiente en el proyecto de “vía chilena al socialismo”.

La creencia en el socialismo como solución, no sólo para todos los problemas de esta y de cualquier sociedad, sino para maximizar incluso la capacidad humana de enfrentar y superar las fuerzas de la naturaleza, alcanzaba una expresión superlativa en las palabras finales del informe sobre el terremoto que el dirigente comunista Volodia Teitelboim presentó ante el Comité Central de ese partido, reunido del 10 al 12 de junio de 1960:

Y pensamos en ese mundo nuevo de que hablamos, donde el hombre va a dominar las fuerzas ciegas de la naturaleza. Ese nuevo mundo que no sólo estará libre del hambre, de la necesidad, de la injusticia, sino también del temor. ¿Y por qué no del temor a los terremotos? Algún día el avance de la sociedad y de la ciencia en una vida en paz y abundancia, de buena habitación para todos, hará que esa maldición que pesa sobre Chile también pueda ser conjurada<sup>68</sup>.

## De las grandes narrativas al conocimiento de sí

La experiencia límite del terremoto 9,5° y de sus secuelas motivó también un afán por reflexionar sobre aspectos de lo nacional desde perspectivas más acotadas que las grandes narrativas ideológicas predominantes en la época, intentando develar ciertas características específicas de los chilenos que se originarían en la vivencia periódica de situaciones apocalípticas.

Tal vez por el permanente rehacerse de las ruinas podría afirmar que caracteriza al chileno un fatalismo creador o, más bien, re-creador. Además, y posiblemente por ello mismo, es sobrio, parco de palabras y no confiere mucha importancia a sus limitaciones, aunque le cueste reconocerlas. El “qué tanto será” y el “para qué quiero la plata si me voy a morir”, verdaderos adagios populares, podrían mostrar la búsqueda de una estabilidad que las convulsiones terrestres le regatean<sup>69</sup>.

De esas vivencias extremas se nutrió también una alta valoración de los vínculos sociales que se identificaban como propios de las comunidades locales:

Se puso entonces de manifiesto el poder de la institución que tanto honra a este país: la del compadre y la del amigo, al margen por completo de las distancias sociales. En los barrios más pobres, en general los más dañados, pronto se llenaron las pocas casas mantenidas en pie. A los viejos problemas de arrastre, derivados de la estratificación social, se habían sumado los presentes; pero la inmediata acción de estas nobles instituciones nacionales, además de la del compadre, la del allegado, solucionaron los más de los conflictos de tantos desposeídos de sus casas y de sus pertrechos<sup>70</sup>.

Entonces, en el contexto del desastre provocado por el terremoto y maremoto, no solo se levanta el ideal de unidad nacional, sino que se evidencia la importancia de los vínculos copresenciales propios de las comunidades locales. Por otra parte, se ponía de manifiesto la importancia de la solidaridad internacional. De este modo, se evidenciaban los círculos concéntricos de las identidades y de las comunidades humanas:

Los hombres viven y mueren en comunidad y si ésta les falta, el mundo se torna áspero y frío. Nada de esto nos ha ocurrido en tan dura coyuntura. Nuestra tragedia nos ha mostrado que no estamos solos; que hay manos fraternas que desde todos los puntos del horizonte se tienden hacia nosotros para ayudarnos a sobrellevar la prueba [...] <sup>71</sup>.

Por otra parte, surgieron también llamados explícitos a ir más allá de la retórica y efectivamente aprender de la experiencia, como el que hizo el rector de la Universidad de Chile:

La generación que hoy está en plena madurez ha tenido la experiencia de grandes cataclismos nacionales desde 1906; debió ser [...] suficiente para iluminar nuestros espíritus y fortificar nuestra voluntad; [...] Esa experiencia no ha sido aprovechada y por ello somos todos culpables [...] tengamos una actitud más objetiva y realista para juzgar nuestro país y nuestra gente en lo que hoy somos, en lo que podemos llegar a ser. Organicemos nuestros actos dentro de planes claros y racionales [...] <sup>72</sup>.

## **Acontecimiento telúrico y conmemoración nacional**

1960 es recordado por el gran terremoto, mucho más que por la celebración del Sesquicentenario. La conmemoración de los 150 años de la República parece haberse esfumado, mientras que el cataclismo del sur nunca ha sido olvidado por quienes lo vivieron ni por quienes recibieron sus testimonios, dejando así su impronta en la memoria y la identidad nacionales.

En cualquier caso, el acontecimiento telúrico, inesperado y devastador, se impuso a todo tipo de programa de conmemoraciones previamente existente. Primero por una razón concreta y práctica: parte del presupuesto destinado a las celebraciones de septiembre fue usado para cubrir la emergencia que se produjo en el sur del país. Pero, principalmente, porque la fuerza de la conmemoración parecía palidecer frente al poder devastador de las fuerzas de la naturaleza.

En el contexto de las fiestas patrias sesquicentenarias, el principal diario de derecha planteaba que las exigencias de la solidaridad nacional harían impropia una celebración desmesurada en la situación que vivían los chilenos del sur:

Creemos que esta limitación de las expansiones nos llevará a que meditemos en la inevitable solidaridad que existe entre los componentes de la nación y que hace que el conjunto se asocie a lo que afecta a cada parte de la gran familia de los chilenos. Sería impropio que los que no han sufrido con los golpes de la Naturaleza se enfrascaran en su tranquilidad y satisfacciones, olvidando que en las provincias del sur hay miles de chilenos que padecen necesidades y que no tienen el techo adecuado para izar en él la bandera nacional<sup>73</sup>.

La catástrofe sufrida por el país, más allá de su localización regional, aparecía como una ocasión privilegiada para exaltar a la comunidad nacional imaginada, representada desde las diversas versiones de Chile, las que –a su vez- se hacían cargo de una experiencia que por su alcance y profundidad parecía interrumpir su despliegue en la historia.

Por otra parte, la coincidencia entre el acontecimiento telúrico y la conmemoración sesquicentenaria, brindó la oportunidad de integrar a aquél en una gran narrativa que daba sentido incluso a esa vivencia que momentáneamente había parecido desestructurarla. El orden permanente de las narrativas nacionales se imponía así sobre el caos transitorio de la catástrofe. Incluso, adquiriría nuevos bríos al constatar la supervivencia de la nación frente a un desafío tan extremo<sup>74</sup>.

Y aún cuando la experiencia límite del acontecimiento telúrico seguiría siendo irreductible a cualquier discurso, el gran terremoto quedaba así simbólicamente subordinado a uno u otro de los grandes relatos en pugna a la vez que complementarios de los que el Sesquicentenario se levantaba como hito conmemorativo.

## Bibliografía

- AA.VV., *Terremotos en Chile*, Santiago, Museo Histórico Nacional–Origo Ediciones, 2009.
- Aghulon, Maurice, *et. al., 1789. La commémoration*, París, Éditions Gallimard, 1999.
- Aguilera M., Silvia (editora), *El terremoto social del Bicentenario*, Santiago, Lom, 2010.
- Álvarez Junco, José, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Santillana, Madrid, 2001.
- Anales de la Universidad de Chile*, N° 118, 119 y 120, Santiago, 1960.
- Anderson, Benedict, *Comunidades Imaginadas*, México, FCE, 2003.
- Annino, Antonio y Guerra, Francois-Xavier (coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, FCE, 2003.
- Barr Melej, Patrick, *Reforming Chile, Cultural Politics, Nationalism and the Rise of the Middle Class*, University of North Carolina Press, 2001.
- Benedetti, Steven, *El terremoto más grande de la historia. 9,5 Richter*, Santiago, Origo Ediciones, 2010.
- Blanco-Amor, Eduardo, *Chile a la vista*, Colección Rostro de Chile. Editorial del Pacífico, Santiago, 1957.

- Candina Polomer, Azún, "El día interminable. Memoria e instalación del 11 de septiembre de 1973 en Chile (1974-1999), en Elizabeth Jelin (comp.), *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas "in-felices"*, Madrid, Siglo XXI, 2002.
- Castedo, Leopoldo, *Hazaña del Riñihue. El terremoto de 1960 y la resurrección de Valdivia. Crónica de un episodio ejemplar de la historia de Chile*, Biblioteca Claves de Chile, Santiago, Editorial Sudamericana, 2000.
- Demange, Christian, *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional, 1808-1958*, Madrid, Marcial Pons, 2004.
- Frei, Eduardo, "Reconstrucción y Fomento de las Zonas Devastadas por los Terremotos y Cataclismos de Mayo de 1960" *Política y espíritu* N° 249, agosto 1960.
- Gandarillas, Manuel, "En 390 años Chile ha sufrido diecisiete fuertes terremotos", en *En Viaje*, N° 321, julio de 1960.
- García Huidobro Correa, Joaquín, et. al., *Escombros en el Bicentenario*, Instituto Democracia y Mercado–Pan American Development Foundation, 2010.
- Gómez Millas, Juan, "La Universidad y los deberes nacionales" (Palabras en la inauguración del Seminario para la construcción de la zona sur, el 13 de junio), *Boletín de la Universidad de Chile*, N° 12, junio de 1960.
- Guzmán, Nicomedes (ed.), *Autorretrato de Chile*, Ed. Zig-zag, Santiago 1957.
- Hernández Aracena, Joaquín Ignacio. "Recordando los grandes sismos de 1960. Hacia una historia de la memoria", *Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia*, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2009.
- Hernández Parker, Luis, *Catástrofe en el paraíso: reportaje al sur de Chile*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1960.
- Hobsbawm, Eric J., *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Crítica, 2000.
- Hobsbawm, Eric J. y Ranger, Terence (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.
- Labarca, Benedicto, "El problema educacional en Chile" (continuación), en *En Viaje*, N° 321, julio de 1960.
- Larraín, Jorge, *Identidad chilena*, Santiago, Lom, 2001.
- Manns, Patricio, *Los terremotos chilenos*, Colección Nosotros los chilenos 15 y 16, Santiago, Quimantú, 1972.
- Mellafe, Rolando, "El acontecer infausto en el carácter chileno: una proposición de historia de las mentalidades", *Atenea*, N° 442, octubre 1981.
- Miller, Nicola, *In the Shadow of the State. Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth Century Spanish America*, Londres y Nueva York, Verso, 1999.
- Morales Álvarez, Raúl, "Vida y pasión sin muerte de la cueca" en *Zig-Zag*, N° 2893, Año 56, 16 de septiembre 1960.
- Mosse, George L., *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*, Madrid, Marcial Pons, 2005
- Onetto Pavez, Mauricio. "Entre Aporías Espaciales y Sentidos Náufragos: El terremoto de 1647 como catalizador de percepciones y asimilaciones históricas", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2007, <http://nuevomundo.revues.org/7442>.
- Peralta C., Paulina, *¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de septiembre (1810-1837)*, Santiago, Lom, 2007.
- Pérotin-Dumon, Anne, "El pasado vivo de Chile en el año del Informe sobre la Tortura", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2005, <http://nuevomundo.revues.org/954>.
- Riquelme Segovia, Alfredo, "Una república entre dos centenarios", en Ricardo Lagos Escobar (Editor), *Cien años de luces y sombras*, Santiago, Taurus, 2010, Tomo 1.
- Rorty, Richard, *Forjar nuestro país. El pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del siglo XX*, Barcelona, Paidós, 1999.
- Sagredo Baez, Rafael y González Leiva, José Ignacio, *La expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana – Editorial Universitaria, 2004.
- Saz Campos, Ismael, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.
- Silva Avaria, Bárbara, *Identidad y nación entre dos siglos. Patria Vieja, Centenario y Bicentenario*, Santiago, Lom, 2008.
- Smith, Anthony, *Nationalism. Theory, Ideology, History*, Cambridge, Polity Press, 2001.
- Stern, Steve, *The Memory Box of Pinochet's Chile* (Trilogy), Durham y Londres, Duke University Press, 2004, 2006 y 2010.
- Terremotos en Chile. Valparaíso, Chillán, Valdivia*. Santiago, Museo Histórico Nacional, 2009.
- Teitelboim, Volodia, *El pueblo y el terremoto*, Impresores Lira 363, Santiago, 1960.
- Trillo, Mauricio Tenorio, *Historia y celebración. América y sus centenarios*, Barcelona, Tusquets, 2010.
- Uribe Echevarría, Juan, *Antología para el Sesquicentenario 1810-1960*, Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, Santiago, 1960.
- Urrutia de Hazbún, Rosa y Lanza Lazcano, Carlos, *Catástrofes en Chile 1541-1992*, Santiago, Editorial La Noria, 1993.
- Valenzuela Márquez, Jaime, "El terremoto de 1647: experiencia apocalíptica y representaciones religiosas en Santiago colonial", en Jaime Valenzuela Márquez, *Historias urbanas. Homenaje a Armando de Ramón*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2007.
- Vega, Alicia, *Itinerario del cine documental chileno 1900 – 1990*. Universidad Alberto Hurtado, Santiago 2006.
- Vega Palma, Alejandra, "Descripción geográfica e identidad territorial: representaciones hispanas de la Cordillera de los Andes del Reino de Chile en el siglo XVI", *Tesis de Doctorado en Historia*, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2005.
- Villoro, Juan, 8,8: *El miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2010.
- Walker, Charles F., *Shaky Colonialism. The 1746 Earthquake-Tsunami in Lima, Peru, and its Long Aftermath*, Durham, Duke University Press, 2008.



Wilde, Alexander, "Irruptions of Memory: Expressive Politics in Chile's Transition to Democracy", *Journal of Latin American Studies*, N° 31, 1999.

Zeilinga de Boer, Jelle & Sanders, Donald Theodore, *Earthquakes in Human History. The Far Reaching Effects of Seismic Disruptions*, Princeton, Princeton University Press, 2005.

## Notas

\* Este artículo es parte del Proyecto N° 1070445 del Fondo Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (FONDECYT) "Chile entre dos centenarios. Ideas, historias e imágenes en torno a la nación en el año del Sesquicentenario (1960)". Los autores agradecemos la colaboración de Isabel Castillo, Paula Lekanda y Valentina Orellana, en el marco de este proyecto.

<sup>1</sup> Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Vigésima segunda edición (2001), <http://buscon.rae.es/draef/>.

<sup>2</sup> Sobre el contexto y los efectos del terremoto del 27 de febrero de 2010, cfr. Silvia Aguilera M. (Editora), *El terremoto social del Bicentenario*, Santiago, Lom, 2010, que reúne dos ensayos fotográficos y doce escritos convergentes en una perspectiva crítica "de izquierda" del modelo económico y social imperante. Una mirada muy distinta, cargada de esencialismo nacional "de derecha", es la de Joaquín García Huidobro Correa et. al., *Escombros en el Bicentenario*, Instituto Democracia y Mercado – Pan American Development Foundation, 2010. Acerca de la experiencia misma del terremoto, cfr. Juan Villoro, 8,8: *El miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2010.

<sup>3</sup> Aunque no existe una producción historiográfica sobre el tema de dimensiones acordes a la sismicidad del territorio chileno y al modo en que los terremotos han incidido en la historia del país, cabe destacar ciertos trabajos que han estudiado desde las perspectivas y metodologías de la disciplina este fenómeno o algunas de sus manifestaciones. Cfr. Rolando Mellafe, "El acontecer infausto en el carácter chileno: una proposición de historia de las mentalidades", *Atenea*, N° 442, octubre 1981, pp. 121-128; Jaime Valenzuela Márquez, "El terremoto de 1647: experiencia apocalíptica y representaciones religiosas en Santiago colonial", en Jaime Valenzuela Márquez, *Historias urbanas. Homenaje a Armando de Ramón*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2007, pp. 27-65; Mauricio Onetto Pavez, "Entre Aporías Espaciales y Sentidos Náufragos: El terremoto de 1647 como catalizador de percepciones y asimilaciones históricas", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2007, <http://nuevomundo.revues.org/7442>; Joaquín Ignacio Hernández Aracena, "Recordando los grandes sismos de 1960. Hacia una historia de la memoria", *Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia*, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2009. Por otra parte, existen algunas síntesis de interés, pese a carecer del aparato crítico que caracteriza a los trabajos propiamente historiográficos. Entre éstas, cfr., Patricio Manns, *Los terremotos chilenos*, Colección Nosotros los chilenos 15 y 16, Santiago, Quimantú, 1972; Rosa Urrutia de Hazbún y Carlos Lanza Lazcano, *Catástrofes en Chile 1541-1992*, Santiago, Editorial La Noria, 1993; y AA.VV., *Terremotos en Chile*, Santiago, Museo Histórico Nacional – Origo Ediciones, 2009.

<sup>4</sup> Sobre el terremoto de 1960, cfr. Steven Benedetti, *El terremoto más grande de la historia. 9,5 Richter*, Santiago, Origo Ediciones, 2010; Joaquín Ignacio Hernández Aracena, *op.cit.*; Leopoldo Castedo, *Hazaña del Ríñihue. El terremoto de 1960 y la resurrección de Valdivia. Crónica de un episodio ejemplar de la historia de Chile*, Biblioteca Claves de Chile, Santiago, Editorial Sudamericana, 2000; Luis Hernández Parker, *Catástrofe en el paraíso: reportaje al sur de Chile*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1960.

<sup>5</sup> Es por eso que el análisis de esas conmemoraciones se ha convertido en un importante aspecto del estudio de los procesos de construcción nacional y de formación y transformación de las identidades colectivas de las sociedades, integrando las perspectivas cultural y política en su historicidad.

<sup>6</sup> Entre la vasta producción académica que en las últimas décadas se ha consagrado a las conmemoraciones como ocasiones de preservación, modificación o transformación de la memoria y la conciencia históricas de las comunidades nacionales, cfr. George L. Mosse, *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*, Madrid, Marcial Pons, 2005; Maurice Aghulon et. al., 1789. *La commémoration*, París, Éditions Gallimard, 1999; Christian Demange, *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional, 1808-1958*, Madrid, Marcial Pons, 2004; Mauricio Tenorio Trillo, *Historia y celebración. América y sus centenarios*, Barcelona, Tusquets, 2010; Paulina Peralta C., *¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de septiembre (1810-1837)*, Santiago, Lom, 2007; Bárbara Silva Avaria, *Identidad y nación entre dos siglos. Patria Vieja, Centenario y Bicentenario*, Santiago, Lom, 2008. Sobre la nación como comunidad vivida o imaginada, cfr. Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas*, México, FCE, 2003; Eric J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Crítica, 2000; Anthony Smith, *Nationalism. Theory, Ideology, History*, Cambridge, Polity Press, 2001; José Álvarez Junco, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Santillana, Madrid, 2001; Ismael Saz Campos, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003; Antonio Annino y Francois-Xavier Guerra (coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, FCE, 2003; Nicola Miller, *In the Shadow of the State. Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth*

*Century Spanish America*, Londres y Nueva York, Verso, 1999; Jorge Larrain, *Identidad chilena*, Santiago, Lom, 2001; Patrick Barr Melej, *Reforming Chile, Cultural Politics, Nationalism and the Rise of the Middle Class*, University of North Carolina Press, 2001.

<sup>7</sup> Richard Rorty, al abordar el vínculo entre creencias y hegemonías, afirmaba que “Dewey fue tan consciente como Foucault de que la verdad y el poder son inseparables y que lo que cuenta como pretensión de verdad depende de quién consigue definir los términos de la discusión.” Richard Rorty, *Forjar nuestro país. El pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del siglo XX*, Barcelona, Paidós, 1999, p. 14.

<sup>8</sup> Cfr. Bárbara Silva Avaria, *op. cit.*; y Alfredo Riquelme Segovia, “Una república entre dos centenarios”, en Ricardo Lagos Escobar (Editor), *Cien años de luces y sombras*, Santiago, Taurus, 2010, Tomo 1, pp. 103-151.

<sup>9</sup> Cfr. Azún Candina Polomer, “El día interminable. Memoria e instalación del 11 de septiembre de 1973 en Chile (1974-1999)”, en Elizabeth Jelin (comp.), *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas “in-felices”*, Madrid, Siglo XXI, 2002, pp. 9-51; Alexander Wilde, “Irruptions of Memory: Expressive Politics in Chile’s Transition to Democracy”, *Journal of Latin American Studies*, N° 31, 1999, pp. 473-500; Anne Pérotin-Dumon, “El pasado vivo de Chile en el año del Informe sobre la Tortura”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2005, <http://nuevomundo.revues.org/954>; Steve Stern, *The Memory Box of Pinochet’s Chile* (Trilogy), Durham y Londres, Duke University Press, 2004, 2006 y 2010.

<sup>10</sup> En este sentido, el Sesquicentenario puede entenderse como un escenario que acoge un diálogo de la nación y de la identidad con las ideologías propias y determinantes del siglo XX.

<sup>11</sup> En palabras del periodista Luis Hernández Parker, escritas en 1960 a propósito del terremoto y los días que le siguieron, “fue el tiempo en que Chile se mostró entero”. Luis Hernández Parker, *op. cit.*, citado en Proyecto Conmemoración 50 años Terremoto 1960, <http://www.terremoto1960.cl/>.

<sup>12</sup> Cfr. Jelle Zeilinga de Boer & Donald Theodore Sanders, *Earthquakes in Human History. The Far Reaching Effects of Seismic Disruptions*, Princeton, Princeton University Press, 2005. En ese libro, los autores, junto con explicar geológicamente los terremotos, abordan sus efectos inmediatos y mediatos sobre las personas y comunidades que los sufren. Para una perspectiva propiamente historiográfica acerca de la interacción entre un acontecimiento telúrico y el imaginario, las estructuras y las políticas de una sociedad, cfr. Charles F. Walker, *Shaky Colonialism. The 1746 Earthquake-Tsunami in Lima, Peru, and its Long Aftermath*, Durham, Duke University Press, 2008.

<sup>13</sup> *La Nación*, Domingo 22 de Mayo, 1960, p. 1.

<sup>14</sup> *La Nación*, “Presidente Inauguró Período Legislativo”, Domingo 22 de mayo, 1960, p. 1.

<sup>15</sup> Benedetti, *op. cit.*, p. 69.

<sup>16</sup> *Ibidem.*, p. 89.

<sup>17</sup> Testimonio de Eduardo Morales, en *Terremotos en Chile. Valparaíso, Chillán, Valdivia*. Santiago, Museo Histórico Nacional, 2009. p. 120.

<sup>18</sup> Benedetti, *op. cit.*, p. 88.

<sup>19</sup> Testimonio del padre Deschamps, en *Terremotos en Chile...*, *op. cit.*, p. 107.

<sup>20</sup> Testimonio de Eduardo Morales, en *Terremotos en Chile...*, *op. cit.*, p. 120.

<sup>21</sup> Castedo, *op.cit.*

<sup>22</sup> Para apreciar como esta identidad adscrita al territorio precede largamente a la propia formación de la nación, cfr., Alejandra Vega Palma, “Descripción geográfica e identidad territorial: representaciones hispanas de la Cordillera de los Andes del Reino de Chile en el siglo XVI”, *Tesis de Doctorado en Historia*, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2005; Rafael Sagredo Baez y José Ignacio González Leiva, *La expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana – Editorial Universitaria, 2004. Esta imagen territorial de la identidad chilena se afianza a lo largo del siglo XIX, en correspondencia con la difusión de las instituciones y los actores estatales por un espacio nacional en expansión. La chilenización de sus habitantes, que se extendería al siglo XX, fue así acompañada de la nacionalización de su entorno geográfico.

<sup>23</sup> *La Nación*. Tribuna Libre “Invocación a Chile”, Editorial, Lunes 19 de septiembre 1960. p. 3.

<sup>24</sup> Hobsbawm, *op. cit.*, p. 13 y ss.

<sup>25</sup> *La Nación*. “Acto del Sesquicentenario será Congreso de Geografía”, Miércoles 4 de mayo 1960, p. 2.

<sup>26</sup> *Ercilla*, N° 1323, 28 de septiembre de 1960, Santiago, p. 31, en Vega, Alicia, *Itinerario del cine documental chileno 1900 – 1990*. Universidad Alberto Hurtado, Santiago 2006.

<sup>27</sup> Eduardo Blanco-Amor. *Chile a la vista*, Colección Rostro de Chile. Editorial del Pacífico, Santiago, 1957.

<sup>28</sup> Nicomedes Guzmán (ed.). *Autorretrato de Chile*, Ed. Zig-zag, Santiago 1957.

<sup>29</sup> Juan Uribe Echevarría. *Antología para el Sesquicentenario 1810-1960*, Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, Santiago, 1960.

<sup>30</sup> *Anales de la Universidad de Chile*, n° 118, 119 y 120, Santiago, 1960.

<sup>31</sup> Álvaro Bunster Briceño, “Discurso leído al inaugurar la exposición fotográfica *El Rostro de Chile*, por el Secretario General de la Universidad de Chile. Jueves 13 de octubre de 1960”, en *Anales de la Universidad de Chile* N° 119, Tercer Trimestre de 1960, Santiago, p. 319.

<sup>32</sup> Manuel Gandarillas. “En 390 años Chile ha sufrido diecisiete fuertes terremotos” en *En Viaje*, N° 321, julio de 1960, p. 6.

<sup>33</sup> Benedicto Labarca. “El problema educacional en Chile”.(continuación), en *En Viaje*, N° 321, julio de 1960, p. 55-56.

<sup>34</sup> Raúl Morales Álvarez. “Vida y pasión sin muerte de la cueca” en *Zig-Zag*, N° 2893, Año 56, 16 de septiembre 1960, p. 29.

- <sup>35</sup> Manuel Gandarillas. "En 390 años Chile ha sufrido diecisiete fuertes terremotos" en *En Viaje*, N° 321, julio de 1960, p. 7.
- <sup>36</sup> *Idem*.
- <sup>37</sup> José Ortega y Gasset, "Discurso en el Parlamento Chileno (Fragmento)" [1928, refiriéndose al terremoto de Talca, acaecido el 1 de diciembre de ese año], en Juan Uribe Echevarría, *Antología para el Sesquicentenario*, Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, Santiago, 1960, pp. 103-104.
- <sup>38</sup> Gabriela Mistral, "Geografía Humana de Chile" (*Boletín de la Unión Panamericana*, abril de 1939, Washington) [refiriéndose al terremoto de Chillán, acaecido el 24 de enero de ese año], en Juan Uribe Echevarría, *Antología para el Sesquicentenario*, Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, Santiago, 1960, pp. 66-67.
- <sup>39</sup> *Zig-Zag*, "Ira sísmica", N° 2877, Año 56, 27 de Mayo de 1960, p. 19.
- <sup>40</sup> Rector Juan Gómez Millas, "La Universidad y los deberes nacionales" (Palabras en la inauguración del Seminario para la construcción de la zona sur, el 13 de junio), *Boletín de la Universidad de Chile*, N° 12, junio de 1960, p. 15.
- <sup>41</sup> *En Viaje*, "Y ahora, ¡reconstruyamos!", Editorial, N° 322, agosto de 1960, p. 1.
- <sup>42</sup> *El Diario Ilustrado*. "Chile afronta estoicamente furia desatada de fuerzas destructoras". Martes 24 de mayo de 1960, p. 1.
- <sup>43</sup> Manuel Gandarillas. "En 390 años Chile ha sufrido diecisiete fuertes terremotos" en *En Viaje*, N° 321, julio de 1960, p. 7.
- <sup>44</sup> *El Diario Ilustrado*. Editorial. "Solidaridad ante el dolor". Lunes 23 de mayo de 1960, p. 3.
- <sup>45</sup> *Mensaje*, Sección Editorial. "Tragedia y Esperanza". N° 90, vol. IX, julio 1960. p. 229.
- <sup>46</sup> *Ibidem.*, pp. 231-232.
- <sup>47</sup> *El Diario Ilustrado*, Editorial. "Sursum corda". Martes 24 de mayo de 1960, p. 3.
- <sup>48</sup> *El Diario Ilustrado*, "Dolor y Unidad". Domingo 29 de mayo de 1960, p. 10.
- <sup>49</sup> Cfr. Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger (Eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.
- <sup>50</sup> *El Diario Ilustrado*, Editorial. "Sursum corda". Martes 24 de mayo de 1960, p. 3.
- <sup>51</sup> *El Diario Ilustrado*. Editorial. "Lo que ahora necesitamos". Jueves 26 de mayo de 1960, p. 3.
- <sup>52</sup> *Mensaje*, Sección Signos del Tiempo. (Andrés Cox Balmaceda S. J.) "Valdivia entrega a sus hijos". N° 92, vol. IX, septiembre 1960, p. 376.
- <sup>53</sup> Eduardo Frei. "Reconstrucción y Fomento de las Zonas Devastadas por los Terremotos y Cataclismos de Mayo de 1960" *Política y espíritu* N° 249, agosto 1960, segunda quincena, p. 13.
- <sup>54</sup> *Política y Espíritu*, Sección Política Nacional. "El memorándum del Partido Demócrata Cristiano". N° 246, julio 1960, primera quincena p. 3.
- <sup>55</sup> *La Nación*, "Digna Celebración", Editorial, Martes 20 de septiembre 1960 p. 4.
- <sup>56</sup> *La Nación*, "El Presidente al frente de su pueblo", Editorial, Martes 24 de mayo, 1960, p. 3.
- <sup>57</sup> *El Mercurio*, Cuerpo I, Domingo 22 de mayo. p. 1.
- <sup>58</sup> *El Mercurio*, Cuerpo I, "Donación Particular Hizo S.E", Martes 24 de mayo, 1960, p. 1.
- <sup>59</sup> Declaraciones del diputado liberal Raúl Aldunate Phillips, 24 de junio en *Nosotros los chilenos* N° 16. Patricio Manns. "Los terremotos chilenos", Libro segundo. Serie "Hoy contamos", Editorial Quimantú, mayo 1972. p. 59.
- <sup>60</sup> *Mensaje*, Sección Signos del Tiempo. (H.M.R.) "Ante la Catástrofe del Sur. Reflexiones de un cooperativista". N° 91, vol. IX, agosto 1960, p. 316.
- <sup>61</sup> *El Siglo*, Editorial. "La urgente solidaridad". Domingo 22 de mayo de 1960, p. 6.
- <sup>62</sup> *Idem*.
- <sup>63</sup> *El Siglo*, Editorial. "La Conferencia de la CUT" Sábado 3 de diciembre de 1960, p. 2.
- <sup>64</sup> *El Siglo*, Editorial. "Auxilio de gran envergadura" Martes 24 de mayo de 1960, p. 2.
- <sup>65</sup> *Arauco*, Sección Crónica. "La Tragedia del Sur" N° 8, Año I, Junio de 1960, p. 51-52.
- <sup>66</sup> *Idem*.
- <sup>67</sup> *Arauco*, Sección Crónica. "La reconstrucción en el papel" N° 12, Año II, Noviembre de 1960, p. 47.
- <sup>68</sup> Volodia Teitelboim, *El pueblo y el terremoto*, Impresores Lira 363, Santiago, 1960, p. 76.
- <sup>69</sup> Castedo, *op. cit.*, p. 31.
- <sup>70</sup> *Ibidem* pp. 41-42.
- <sup>71</sup> *La Nación*, "No estamos solos", Viernes 27 de mayo, Editorial, 1960, p. 3.
- <sup>72</sup> Rector Juan Gómez Millas, *op. cit.*, pp. 15-18.
- <sup>73</sup> *El Mercurio*, "En Vísperas de Fiestas Patrias", Editorial, Sábado 17 de septiembre, 1960, p. 23.
- <sup>74</sup> En este sentido, los terremotos parecen ocupar en las grandes narrativas nacionales del siglo XX y del siglo XXI, un lugar análogo al que las guerras externas tuvieron en los relatos que forjarían la identidad chilena durante el siglo XIX: el de desafíos extremos que ponen a prueba la fortaleza, la unidad y el sentido de una nación que alcanza así una dimensión épica.

## Aportes de la historia aplicada para el estudio de los desastres. El caso del huracán Juana en Costa Rica: 1988

*Contributions of Applied History to the Study of Disasters. The Case of Hurricane Juana in Costa Rica: 1988*

*Aportes da história aplicada para o estudo dos desastres. O caso do Furacão Juana na Costa Rica: 1988*

### AUTORAS

**Margarita Torres Hernández**

[mtorres@una.ac.cr](mailto:mtorres@una.ac.cr)

**Ana Yolanda Zúñiga Arias**

[yzuniga@una.ac.cr](mailto:yzuniga@una.ac.cr)

Universidad Nacional de Costa Rica, San José, Costa Rica

RECEPCIÓN  
5 Enero 2011

APROBACIÓN  
27 Abril 2011

DOI

10.3232/RHI.2011.  
V4.N1.06

En el artículo se aborda el estudio de los huracanes en Costa Rica, desde el enfoque historia aplicada, en el cual los desastres se ven no solo como producto procesos físicos y naturales, sino también intervienen procesos históricos, sociales, productivos previos al desastre. Se destaca los sustentos teóricos y se describe la metodología empleada en la investigación. Por último, se ejemplifica con el estudio de caso del Huracán Juana que afectó al país en 1988.

Palabras clave:

**Desastres; Costa Rica; Historia Aplicada; Huracán Juana; Metodología**

This article deals with the study of hurricanes in Costa Rica, from the perspective of applied history, in which the disasters are seen not only as the product of physical and natural processes, but also as events that involve historical, social and productive processes which were in place before the disaster. The article highlights the theoretical underpinnings and describes the methodology employed during research. Finally the article uses the example of Hurricane Juana that affected the country in 1998, as a case study.

Key words:

**Disasters; Costa Rica; Applied History; Hurricane Juana; Methodology**

Nesta nota vamos tratar o estudo dos furacões na Costa Rica, a partir do enfoque da história aplicada, no qual os desastres são vistos não apenas como produto de processos físicos e naturais, mas também intervêm nos processos históricos, sociais, produtivos prévios ao desastre. Destacam-se as sustentações teóricas e descrevem-se a metodologia empregada na pesquisa. Por último, exemplifica-se com o estudo de caso do Furacão Juana que afetou o país em 1988.

Palavras-chave:

**Desastres; Costa Rica; História Aplicada; Furacão Juana; Metodologia**

## Presentación

En este artículo se aborda el estudio de los huracanes en Costa Rica en perspectiva histórica. Se parte del concepto de historia aplicada, en el cual se resalta la utilidad de esta disciplina para el estudio de problemáticas contemporáneas que por su trascendencia, requieren de una rigurosa investigación disciplinaria que aporte elementos que posibiliten su comprensión y explicación de manera integral.

En el caso concreto del estudio histórico del impacto de los huracanes en Costa Rica, se analizan estos fenómenos -que afectan regularmente al país- debido al efecto desastroso que suelen tener, especialmente para regiones y poblaciones vulnerables. Se estudia en detalle la reincidencia de estos desastres en cuanto al desbordamiento de ríos, ya que estas inundaciones afectan la infraestructura vial, las construcciones, los cultivos y animales, y dadas las características socio-económicas de diversos grupos de la población en riesgo. Con ocasión de los huracanes suele ocurrir que centenares de personas deben ser evacuadas, con la finalidad de aminorar las pérdidas económicas y de vidas.

Desde el punto de vista metodológico, para esta investigación se consultaron diversas fuentes documentales, estadísticas y cartográficas. En una primera fase se abordó la bibliografía publicada con la intención de diseñar una base teórica conceptual, y estudiar los enfoques teóricos y metodológicos empleados por otros investigadores (as). En una segunda fase, se trabajó en la recuperación de información mediante fuentes primarias.

Se consultaron los informes técnicos de las comisiones de emergencia locales y municipales, los registros de precipitaciones y mapas de los sitios afectados; también se realizaron visitas a lugares afectados por huracanes con la intención de realizar observación de las características físicas de los lugares afectados y entrevistas a los pobladores. De igual manera se realizó una consulta en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Costa Rica de los periódicos de mayor circulación en el país para estudiar la cobertura y el enfoque que brindaron de los huracanes.

La información obtenida y las fuentes fueron trabajadas metodológicamente mediante una triangulación, con la intención de reconstruir las características geográficas, históricas y socioproductivas de los contextos en los que se generaron los desastres estudiados, a la vez que una delimitación espacio-temporal. Esta metodología, permite tener una visión más clara del efecto de los huracanes a corto y mediano plazo, lo cual posibilita reevaluar las acciones tomadas en eventos similares y analizar, en perspectiva histórica, esas situaciones y sus medidas consecuentes. Esto puede aportar elementos para los planes de rehabilitación agropecuaria, ecológica y socioeconómica de regiones y poblaciones afectadas.

En el caso de Costa Rica y la región de Centroamérica en los últimos veinte años, los daños provocados por este tipo de eventos han sido cuantiosos y su estudio desde el punto de vista histórico se ha convertido en una urgencia a corto plazo. Algunos de los eventos más importantes que se han dado durante el período en estudio son: El huracán Fifi en 1974, huracán

Juana en 1988, huracán César en 1996, Mitch en 1998 y Alma en 2008, entre los más destacados. En este artículo, analizaremos como estudio de caso el impacto del huracán Juana en Costa Rica.

## **1. Aproximaciones teóricas para el abordaje del estudio de los desastres naturales desde la disciplina histórica**

La historia aplicada se caracteriza por estudiar problemáticas contemporáneas y aportar elementos que permiten solucionar situaciones concretas. La misma surge de las necesidades de un grupo o sector que requiere una solución pronta a la situación que le acontece. De este modo, el conocimiento histórico se convierte en útil, transferible y aplicable, a la vez que mantiene su profundidad y rigurosidad. Las temáticas de estudio son diversas y están relacionadas directamente con el quehacer cotidiano de poblaciones y regiones.

Los estudios históricos, a partir de la investigación aplicada, logran aportar resultados a corto plazo, utilizando metodologías participativas que involucran directamente al historiador (a) con los partícipes en las situaciones de estudio. Los productos que se adquieren son accesibles a diferentes públicos y cumplen una función social determinada<sup>1</sup>.

Para el caso de Costa Rica, las áreas de análisis estuvieron orientadas en un primer momento hacia los estudios agrarios relacionados con la producción cafetalera desde su cultivo, beneficiado y redes comerciales; posteriormente se han integrado otras temáticas como la formación de agrónomos, estudios retrospectivos de algunas zonas y más recientemente historia ambiental e historia de los desastres naturales<sup>2</sup>.

La metodología y fuentes que se utilizan en historia aplicada involucran el uso de técnicas que hasta hace poco no formaban parte del quehacer de la investigación histórica. Se requiere estar en el campo de estudio, el cual no se circunscribe únicamente a la investigación documental en un archivo o biblioteca, sino que involucra el escenario real en el cual se interactúa con los protagonistas de la historia, hombres y mujeres en su vivencia cotidiana. Es una labor que trasciende las ciencias sociales, por lo que se requiere del trabajo interdisciplinario con otras disciplinas, en este caso la agronomía, geografía, meteorología y geología, entre otras.

Entre las fortalezas de utilizar la metodología de la historia aplicada se destacan las posibilidades de lograr un mayor vínculo con las comunidades y actores sociales, la realización de una investigación social al servicio de las necesidades concretas de una comunidad o grupo social, el que se generen propuestas accesibles e implementables a corto plazo, así como el abordaje interdisciplinario que enriquece los aportes que se brindan desde el punto de vista teórico y práctico. Las dificultades de realizar estudios de esta naturaleza se dan principalmente en lo referente al financiamiento de los proyectos; así como las dificultades de trabajo que deben afrontar los investigadores (as) en estos lugares.

Para el abordaje del estudio de los huracanes se parte del concepto de vulnerabilidad que presentan diversas poblaciones y áreas geográficas al impacto de dichos eventos, de manera sucesiva en la época lluviosa, que en Costa Rica y el resto del área centroamericana se ubica entre mayo y noviembre. Al respecto, se debe mencionar que se ha trabajado desde la perspectiva de vulnerabilidad física originada por las condiciones geográficas del territorio y la influencia de las corrientes que se originan en el mar Caribe y de vulnerabilidad social dada por el grado de las condiciones económicas y sociales en que se encuentran ciertos sectores de la población. Los estudios de eventos naturales, tales como terremotos, erupciones volcánicas, tsunamis, tornados, huracanes y tormentas hasta hace algunas décadas habían sido objeto propio de las ciencias aplicadas o exactas. Es a partir de la década de 1920 cuando las ciencias sociales empiezan a incursionar en el estudio de los desastres, destacando la descripción de eventos naturales y determinando el grado de los impactos causados en las poblaciones que afectaban, ya fueran éstos de larga trascendencia o inmediatos. Al respecto se anota una cita textual, que da cuenta de lo recientemente señalado:

El estudio social de los desastres naturales se inició en los años veinte de nuestro siglo. El primer estudio empírico lo llevó a cabo el canadiense Samuel Henry Prince en 1920, a partir de la descripción de la explosión de un barco de municiones en Halifax, Nueva Escocia, y sus efectos. Todavía se le reconoce como el primer investigador en el campo de los desastres. Sugirió que los eventos catastróficos inducen a un rápido cambio social. A partir de entonces, la mayor parte de los estudios empíricos en este campo han tomado como punto de partida la conocida como “hipótesis de Prince” y se han dedicado a probarla o bien a refutarla. Algunos han encontrado que los desastres no dejan efectos de larga duración en las comunidades que afectan, simplemente las desorganizan temporalmente; otros insisten en que los desastres pueden acelerar o disminuir la velocidad del cambio, pero en general no provocan cambios trascendentales. En tercer lugar, se encuentran aquellos investigadores que han obtenido evidencias empíricas de que algunos desastres sí han inducido cambios mayores en las sociedades afectadas (Cfr. Bates y Peacock 1987:292)<sup>3</sup>.

Después de la Segunda Guerra Mundial, surgió la primera generación de estudiosos sistemáticos sobre desastres y se crearon instituciones específicamente dedicadas a estos temas, teniendo siempre como foco de atención las sociedades contemporáneas. En los años sesenta, se publicaron investigaciones enfocadas en el análisis de las estructuras y las organizaciones sociales de la conducta colectiva, las cuales dominaron el panorama hasta mediados de los setenta. Igualmente, en este período surgieron intentos por ligar conceptualmente la teoría del comportamiento colectivo con la investigación sobre desastres y el análisis organizacional. Estos estudios estaban basados fundamentalmente en la teoría estructural-funcionalista de la sociología anglosajona.

Menos conocidos y escasos resultan otros enfoques surgidos en la década de los ochenta. A diferencia de los estructural-funcionalistas, visualizan a los desastres como fenómenos internos y no externos; para ellos las sociedades humanas no constituyen entes totalmente integrados funcionalmente, solidarios y estructuralmente organizados que sólo

por el efecto de agentes externos (como serían los fenómenos naturales destructivos) resultan trastornados y perturbados. Rechazan abiertamente el empleo del método inductivo a través del cual de un evento único se concluyen causas múltiples, e insisten en analizar, de manera deductiva, la totalidad de factores internos que intervienen en una determinada sociedad antes y después de un desastre, esto es, su contexto. En estos términos, esta propuesta resulta sugerente para lograr entender, desde una perspectiva crítica, los efectos sociales, políticos y económicos de los desastres naturales<sup>4</sup>.

La Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina, creada en Costa Rica en el año 1991, a consecuencia del terremoto que afectó la provincia de Limón, ha reunido investigadores de diversos países y se han publicado estudios de gran valía que analizan el impacto de los desastres desde una perspectiva social. El libro titulado *Los desastres no son naturales*, editado por Andrew Maskrey, presenta una síntesis de diversos estudios que apoyan la perspectiva social en el estudio de los desastres naturales.

Una contribución importante es sin duda superar los paradigmas con enfoques estructuralistas y fiscalistas que marginan los aportes de las ciencias sociales y su contribución. Al respecto, una consecuencia de esta visión es que los desastres no se conciben como una parte integral del espectro de relaciones seres humanos-naturaleza o dependientes directamente de ellos, sino más bien como un problema temporal y territorialmente limitado, un evento que altera la vida normal y sus relaciones con el hábitat.

Según, Allan Lavell Thomas, desde la perspectiva de las ciencias sociales:

... un desastre es tanto producto como resultado de procesos sociales, histórica y territorialmente circunscritos y conformados. Una consecuencia importante de esta determinación es que un desastre no debería considerarse en sí como un fenómeno "anormal" en lo que se refiere a su contenido o impacto; sino solamente en cuanto a la irregularidad o espaciamiento temporal de su aparición en un territorio determinado. Más bien debe ser visto como la concreción de un particular estado de normalidad, como una expresión de las condiciones normales y prevalecientes de una sociedad operando bajo circunstancias extremas<sup>5</sup>.

De este modo se define un desastre como:

una ocasión de crisis o stress social, observable en el tiempo y el espacio, en que sociedades o sus componentes (comunidades, regiones, etc.) sufren daños o pérdidas físicas y alteraciones en su funcionamiento rutinario. Tanto las causas como las consecuencias de los desastres son producto de procesos sociales que existen en el interior de la sociedad<sup>6</sup>.

En consecuencia el estudio histórico de los huracanes no debe partir únicamente del momento en que acontecen, sino que se debe tomar en cuenta las condiciones naturales y socioeconómicas preexistentes.



Los fenómenos naturales no son necesariamente los agentes activos que provocan el desastre natural. Si bien debemos conocerlos, no es en ellos que debemos enfocar nuestro análisis, pues constituyen sólo el “detonador” de una situación crítica preexistente. Debemos conocer y analizar las condiciones sociales, económicas, políticas e ideológicas predominantes, existentes tanto antes como después de presentarse el fenómeno natural que provocó el desastre. Estas condicionantes constituyen un elemento activo y medular de análisis en los estudios históricos para entender los efectos y respuestas a los desastres naturales<sup>7</sup>.

De tal manera, los fenómenos naturales se conciben en perspectiva histórica para ubicar su contexto; esto posibilita superar el enfoque inmediatista que estudia el fenómeno a partir del momento en que éste impacta un área. Las herramientas teórico-metodológicas de la historia aplicada permiten reconstruir de manera analítica el evento ocurrido interiorizando en las condiciones previas a que se diera el evento, no solo desde el punto de vista físico, topográfico, es decir natural, sino también estudiando las condiciones económico-sociales, políticas y culturales:

Las condiciones sociales, políticas, económicas e ideológicas del momento en que ocurre el desastre y las diversas respuestas tanto inmediatas como mediatas al mismo, deberán analizarse desde dos perspectivas: una particular y otra de conjunto. Igualmente habrán de estudiarse a partir de dos dimensiones: la sincrónica y la diacrónica. Lo anterior permitirá aprehender la realidad histórica a través de, por ejemplo, cortes en sectores o momentos específicos, o bien visualizarla como un todo y en su proceso de cambio<sup>8</sup>.

A partir de este enfoque se construyen y utilizan metodologías de acuerdo a la problemática en estudio, así como la utilización de diversas fuentes de información escritas (nominales, numéricas, gráficas) y orales.

## **2. Estudio del impacto de los huracanes, a través de la historia aplicada: consideraciones metodológicas**

Anteriormente se apuntó que desde la década de los noventa en la escuela de Historia de la Universidad Nacional, Costa Rica, se empieza a hablar y aplicar el término *historia aplicada*. El componente aplicado, implica la obtención de resultados a corto y mediano plazo y los mismos deben cumplir algunos atributos: útiles, accesibles, prácticos y aplicables. Por lo tanto, exige el uso de metodologías y fuentes que permitan al investigador (a) tener un contacto más directo con el contexto que estudia, con quienes comparten esos espacios. Se busca un diálogo entre quien investiga y el objeto de investigación, incluyendo los sectores involucrados en el desarrollo del proceso investigativo. El máximo objetivo es generar un conocimiento útil que pueda ser aplicado en la resolución de problemáticas muy concretas, en este caso a las poblaciones vulnerables al impacto de huracanes en Costa Rica entre 1970 y 2010.

El proceso inicia con una investigación base, apoyada en la consulta y análisis de fuentes

secundarias publicadas y ubicadas en diferentes centros de documentación y colecciones virtuales, tales como libros, artículos publicados en revistas y tesis de grado. La información se agrupa en categorías de análisis: amenazas, impacto, organización, generalidades geográficas y meteorológicas, vulnerabilidad y riesgo.

Como ya se mencionó, en una segunda etapa se realizó la consulta de fuentes primarias impresas: periódicos, informes técnicos de los diversos eventos hidrometeorológicos que han afectado al país, registros de precipitaciones, diversos mapas: amenazas naturales por cantón, red hidrográfica, uso del suelo, topografía. La recuperación de estas fuentes permite establecer bases de datos cualitativas y cuantitativas que sustentan documentalmente la investigación. Por ejemplo, con la información de periódicos se construyeron dos bases de datos, una documental con la ficha correspondiente a cada noticia por periódico y una cuantitativa en la cual se registran los eventos relacionados con precipitaciones, poblaciones afectadas, ríos desbordados, daños materiales en vías de comunicación, edificaciones, producción agrícola y pecuaria, personas evacuadas, víctimas mortales y declaración de estado de emergencia por parte del Estado.

Los datos estadísticos obtenidos en los periódicos, unidos a los informes técnicos permitieron crear la base cuantitativa sobre la cual se desarrolla el proyecto, también identificar las zonas de mayor impacto y los ríos que se desbordan, así como los daños materiales y humanos provocados por los efectos directos e indirectos de los huracanes en el país. La información recopilada permite, posteriormente, la triangulación con la información cualitativa.

Mediante el estudio de mapas cartográficos se logró ubicar y caracterizar las principales áreas de impacto. Utilizando mapas de uso del suelo de diversos años se puede analizar la evolución y transformación en el uso de la superficie y cómo estos cambios se asocian a los deslizamientos e inundaciones que se producen en la época lluviosa. Por ejemplo, la disminución del área boscosa se ha convertido en un provocador de deslizamientos, el avance de la deforestación acaba con los bosques y esto se traduce en problemas de erosión y falta de drenaje de los suelos, lo cual favorece que el terreno se haga quebradizo y se deslice más rápidamente. De igual manera, las principales cuencas hidrográficas están desprotegidas de vegetación en sus riberas lo que ayuda al desbordamiento del cauce cuando caen copiosas precipitaciones. Por último, la formación de caseríos cerca de los márgenes de los ríos hace que el peligro ante las inundaciones aumente. El cruce de información estadística con el análisis de mapas, permitió tener una percepción más clara del problema en estudio y de las poblaciones que lo aquejan.

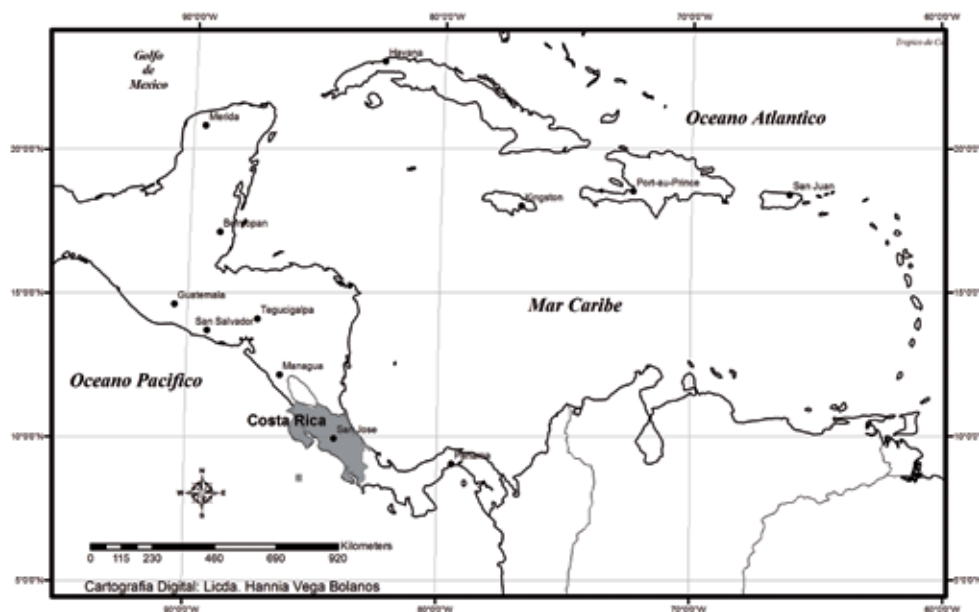
La confrontación con el estudio de campo permite una lectura directa del contexto. Al reconocer el área de estudio se pudo identificar y enriquecer las premisas que se habían formulado con el análisis de fuentes secundarias y primarias. El diálogo con habitantes del lugar, permite acercarse más a la vida cotidiana de los pobladores y a las estrategias con que enfrentan los problemas que les acarrearán las inundaciones. En este punto específico se debe indicar que se realizaron entrevistas a diversos sectores: representantes municipales, líderes comunales, miembros de comités de emergencia y personas afectadas por las inundaciones. De este modo, se obtuvo la visión más cercana al contexto que viven los diferentes sectores involucrados.

La fase final del proceso incluye la triangulación y análisis de las fuentes citadas, mediante la redacción de diversos textos acordes con las problemáticas seleccionadas. Todos los elementos descritos anteriormente son unidos para conformar un resultado concreto. A continuación presentaremos un estudio de caso utilizando los lineamientos teóricos y metodológicos señalados anteriormente.

### **3. Contribuciones de la historia aplicada al estudio de los huracanes y sus impactos: El rostro humano del huracán Juana en Costa Rica, 1988**

Por la diversidad climática que se presenta en Centroamérica se pueden distinguir dos temporadas: lluviosa y seca. Bajo la influencia del océano Pacífico y el mar Caribe, el efecto del fenómeno de El Niño y el movimiento constante de la línea de convergencia intertropical, combinada con una morfología de pendientes altas, numerosas cuencas hidrográficas y extensas planicies, se ofrecen condiciones para que las inundaciones, deslizamientos y sequías sean eventos regulares.

**Mapa 1.** Ubicación de Costa Rica en América Central



La ubicación de la mayoría de los países dentro de la Cuenca del Caribe los expone a la amenaza permanente del impacto -directo o indirecto- de huracanes y depresiones tropicales, que año tras año se generan en el Caribe y Atlántico durante la temporada de junio a noviembre.

Más allá de las amenazas propiamente naturales, los rápidos procesos de transformación sufridos en los ecosistemas locales y regionales tipificados por la deforestación, la transformación

en el uso agrícola del suelo, la aceleración en los procesos de erosión, pérdida de nutrientes, aceleran el impacto ambiental que provoca la incidencia de eventos naturales como los huracanes que pueden alterar de un modo determinante el paisaje agrícola.

Por otro lado afectan la vulnerabilidad socioeconómica asociada a la pobreza, condiciones de subdesarrollo, falta de autonomía y marginación económica, entre otros factores. Las pobres situaciones de empleo, educación y salud constituyen componentes importantes de una vulnerabilidad social aguda. Las condiciones físicas de la vivienda y la ubicación de múltiples comunidades en zonas de amenaza -por falta de opciones de acceso a tierras seguras- generan una vulnerabilidad física/estructural y local de grandes proporciones.

Las posibilidades de ser afectados ante la incidencia de un evento natural, en este caso los huracanes, se agudizan en las áreas que presentan mayores indicadores de vulnerabilidad, pudiéndose convertir en una situación de desastre. Desde el punto de vista social, el desastre representa un trastorno en la vida de quienes lo viven debido a las alteraciones en las condiciones cotidianas de la comunidad, la sociedad y la familia: pérdida de vidas y de salud de la población. Unido a ello, se encuentran la magnitud económica y material como destrucción o pérdida de bienes de la colectividad, destrucción de infraestructura vial y de servicios, deterioro en las actividades productivas y servicios de salud, educación, telecomunicaciones, energía, agua. Por último, se tiene el impacto ambiental que ocasiona daños severos al ambiente físico y natural.

Costa Rica, al igual que el resto de la región centroamericana, se ubica en una posición geográfica que la hace vulnerable a la influencia de huracanes y tormentas tropicales que se originan en el Caribe; en la temporada lluviosa esta situación se repite, con mayor o menor intensidad. Esto incide, entre otras cosas, en el desbordamiento de ríos, inundaciones, deslizamientos, destrozos en carreteras y puentes, poblaciones desplazadas y cultivos inundados.

La reincidencia del impacto de huracanes y tormentas tropicales en algunas regiones costarricenses, como en la Brunca y el Pacífico (ubicadas al sur del país), son eventos que forman parte de la cotidianidad de sus habitantes. La llegada de las lluvias, significa para la población agropecuaria de estas regiones beneficios para los cultivos y pastos, pero también incertidumbre y el temor al desbordamiento de los ríos, al deslizamiento de un cerro cercano, a la inundación de cultivos y viviendas, o a que el puente que los comunica con el mercado local sea destruido. Esta escena no es solo parte de lo que se transmite en los telenoticieros o reportajes periodísticos, es parte de una vivencia personal, familiar y comunal.

Según el estudio realizado, entre 1970 y el 2005, Costa Rica se vio impactada por fenómenos hidrometeorológicos que le significaron cuantiosas pérdidas materiales y humanas. Algunos de estos eventos se citan en el siguiente cuadro:

**Cuadro 1:** Lista de Huracanes que han impactado Costa Rica: 1970-2005

<b>Nombre del huracán</b>	<b>Año</b>
ALMA	1970
ELLA	1970
EDITH	1971
IRENE	1971
BRENDA	1973
CARMEN	1974
FIFI	1974
ELOISE	1975
GRETA	1979
DAVID	1979
FEDERIC	1979
HENRY	1980
ALLEN	1980
JEANNE	1981
KATRINA	1985
ELENA	1985
HATA	1988
GILBERT	1988
JOAN	1989
HUGO	1993
BRET	1993
GERT	1994
GORDON	1995
ERIN	1995
OPAL	1995
ROXANNE	1995
CÉSAR	1996
MITCH	1998
MICHELLE	2001
RITA, STAND, WILMA	2005

Fuente: Instituto Meteorológico Nacional, Costa Rica.

Nota: El Huracán Katrina de 1985 es un evento distinto al que se dio en el 2005.

La información del cuadro anterior, muestra la frecuencia con que el país ha sido impactado por estos eventos y refleja la importancia que tiene el estudio histórico de los mismos. Además de los efectos indirectos o directos de los huracanes señalados, durante cada año se ha sufrido la influencia de constantes tormentas tropicales y frentes de lluvia que han producido inundaciones y deslizamientos en diversas partes del territorio costarricense, tanto en las zonas urbanas como rurales.

A continuación, se rememoraré uno de los episodios más lamentables de la historia costarricense en los últimos 20 años: el huracán Juana. Para ello se parte de la explicación de las condiciones preexistentes, se describe el fenómeno ocurrido en octubre de 1988 y se profundiza

en el impacto y consecuencias que dejó en las poblaciones afectadas, rescatando las vivencias de personas que se vieron afectadas directamente. A través de este estudio de caso se busca ejemplificar la metodología utilizada y contribuir al análisis desde el punto de vista social de una problemática hasta ahora poco abordada por las Ciencias Sociales y particularmente por la historiografía en Costa Rica<sup>9</sup>.

### **3.a) Condiciones preexistentes al paso del “Huracán Juana”**

La región centroamericana por su posición ístmica e influencia del Caribe, como se ha señalado, es escenario del paso de disturbios atmosféricos en la época lluviosa que se extiende de mayo a noviembre cada año. En la mayoría de las ocasiones se inician como tormentas tropicales y conforme aumenta su intensidad e influencia se convierten en huracanes. El impacto de estos fenómenos a veces es tan grande que se caracteriza como desastre en ciertas zonas geográficas y poblaciones. Cabe en este punto preguntarse ¿Qué hace que ese impacto sea considerado un desastre?

Las dimensiones que puede tener un evento natural varían en cuanto al impacto que puede producir. Así, se explica por qué un mismo fenómeno afecta de manera desigual una misma región o incluso a una misma población. Las lluvias, los vientos que trae consigo un huracán no impactan del mismo modo un área predominantemente plana que una zona con pendientes y desniveles en el relieve. A la par de los aspectos topográficos, existen otro tipo de variables como el uso que se le da a la superficie, la cercanía a puertos o desembocaduras de ríos, las actividades económicas de la población, la cercanía con centros de poder político, la ubicación en la ciudad o el campo, la importancia política y económica de la región.

El caso en estudio, Huracán Juana, constituye un capítulo lleno de tragedia y dolor que llenó de luto a decenas de hogares y que produjo pérdidas millonarias en infraestructura vial, construcciones, viviendas y actividades productivas. También, puso a prueba la capacidad de organización y actuación de la Comisión Nacional de Emergencia, organismo local encargado de atender las situaciones de emergencias en Costa Rica. Es el evento que mejor retrató el efecto de la deforestación, los cambios en el uso del suelo y en las técnicas de producción que se habían desarrollado en las décadas precedentes.

A inicios de la década de los ochenta del siglo XX, Costa Rica y el resto de la región centroamericana se vieron directamente afectados por las sequías producto de *El Niño/oscilación del sur* (ENOS), concretamente durante los años de 1982 y 1983 fue muy poca la lluvia que cayó en el país<sup>10</sup>. En ese momento, las urgencias fueron otras, por ejemplo dotar de riego a ciertas regiones del país que sucumbían ante la sequía. La angustia de los pobladores y agricultores era que no llegaba lluvia y sus cultivos ni siquiera germinaban.

Durante las décadas de 1960 y 1970, Costa Rica y los demás países centroamericanos sufrieron una deforestación sin precedentes orientada hacia la producción de pastos, pues la ganadería de engorde se convirtió en una actividad de exportación que generaba divisas;

también se extendieron el cultivo del arroz y las plantaciones de palma. Estos cambios afectaron notablemente el uso de la tierra y por consiguiente se eliminó gran parte del área constituida por bosque. La deforestación acumulada disminuyó la cobertura boscosa que servía de cubierta vegetal a los suelos y protegía la naciente y curso de ríos, aumentando la erosión. En adición, la falta de drenaje provocó la acumulación de gran cantidad de agua que afectó los suelos más suaves y quebradizos; esta situación se convirtió en el preámbulo de futuros deslizamientos. El siguiente cuadro ilustra la magnitud de tal proceso.

**Cuadro 2:** Cambio en el uso de la tierra, Costa Rica, 1972-1979

Cambio en el uso	Hectáreas
<b>TOTAL</b>	<b>5.097.804,0</b>
Bosque natural a pasto	311.253,5
Bosque secundario a pasto	336.776,7
Bosque secundario a cultivos estacionales	12.970,0
Bosque secundario a cultivos permanentes	41.009,0

Fuente: Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica (MIDEPLAN).  
Sistema de Indicadores para el Desarrollo (SIDES)

\*Se refiere solamente a los cambios de uso que afectan a las áreas con bosque.

Unido a lo anterior, los cambios en el uso del suelo, los cultivos en laderas y el aumento en el área de pastos acortaron la distancia entre la rivera del río y las áreas de cultivos, dejando desprotegidos los suelos del resguardo de árboles.

En 1983 la región sur del país se vio impactada por dos terremotos que pusieron a prueba la seguridad y la capacidad del Estado para enfrentarse a situaciones causadas por eventos naturales. La emergencia presentada por los terremotos en abril y julio de 1983, sacudió también a la institución encargada de la atención de emergencias en el país *La Comisión Nacional de Emergencias*<sup>11</sup>. Dicha organización, está integrada por un representante de las siguientes instituciones: el Banco Central, la Caja Costarricense del Seguro Social, el Consejo Nacional de la Producción, el Instituto de Desarrollo Agrario, el Instituto de Vivienda y Urbanismo y de la Cruz Roja; su director o directora es nombrado (a) por el (la) Presidente (a) de la República, su coordinación la ejerce el Ministro de Obras Públicas y Transportes, como secretario funge el (la) Ministro (a) de Salud<sup>12</sup>.

El 6 de junio de 1986, inició labores una nueva *Comisión de Emergencias*, resultante del decreto No. 17031-P-MOPT del 30 de mayo de 1986, organización que tenía entre sus metas prioritarias restablecer la confianza en sus actuaciones. Esto debido a que hasta el año 1985, la Comisión se había encargado únicamente de la administración del Fondo de Emergencias. A partir de junio de 1986, se va a encargar de programas y proyectos que incluyen las áreas de prevención, preparación y mitigación de desastres. De acuerdo a la consulta realizada en el archivo de esta institución, en el documento que contiene la memoria de labores de los años 1986-1990, se atendieron las siguientes emergencias relacionadas con inundaciones y deslizamientos.

**Cuadro 3:** Emergencias atendidas por la Comisión Nacional de Emergencias 1986-1988

<b>Emergencia</b>	<b>Fecha</b>
Inundaciones en zona Sur	Octubre de 1986
Inundaciones en Turrialba	Abril de 1987
Inundaciones en los cantones de Paraíso y Jiménez de Cartago	Julio de 1987
Inundaciones en el Humo, Pejibaye y Cachi de Cartago	Julio de 1987
Inundación en Villa Esperanza de Pavas, San José	Julio de 1987
Inundación en Guadalupe de Goicoechea, San José	Agosto de 1987
Inundación en Tucurrique, Cartago y deslizamiento en Heredia	Agosto de 1987
Inundaciones zona Atlántica	Enero de 1988
Vigilancia Cerro Tapezco, durante la época de lluvia	Junio - Diciembre de 1988
Huracán Joan (Juana)	Octubre de 1988

Fuente: Memoria de la Comisión Nacional de Emergencia, 1986-1990. Pág. 19-20.

El anuncio de la llegada del Huracán Juana a Costa Rica puso a prueba la capacidad organizativa de la Comisión. Como primera acción se realizó una evacuación masiva de los habitantes de la ciudad de Limón, dado que era en ese lugar donde se pronosticaba el impacto de dicho huracán. También se establecieron albergues en diversas localidades de la provincia. La situación fue presentada por el diario La Prensa Libre de la siguiente manera:

La Comisión Nacional de Emergencia, la cual se mantiene en permanente actividad, ha estado dando instrucciones a la ciudadanía costarricense, principalmente a la de las zonas de mayor riesgo, como lo son en primer lugar las costas del Atlántico, entre ellas Barra del Colorado, Matina, Sixaola, Moín y centro de Limón. En estos lugares, de recibirse directamente el impacto del huracán Joan, la situación podría ser de máxima peligrosidad, dado que los vientos de gran velocidad y las marejadas, arrasarían con lo que encuentren a su paso, incluyendo casas de habitación, sembradíos, instalaciones eléctricas, entre otros<sup>13</sup>.

Pese a estos dispositivos de prevención, la naturaleza impuso su dominio y el cambio de trayectoria del huracán lo alejó de la zona prevista para el impacto. La afectación se produjo en el sur de país, región que estaba desprotegida, desprevenida y que venía siendo golpeada por las lluvias e inundaciones desde meses atrás.

La región sur del país (del cantón de Pérez Zeledón hasta la frontera con Panamá) había acumulado una serie de emergencias en los últimos años ocasionadas por el impacto de las lluvias. Algunos de los eventos más importantes se anotan en el siguiente cuadro:



**Cuadro 4:** Emergencias por inundaciones en la zona sur de Costa Rica, 1984-1988

Evento y fecha aproximada	Ríos	Lugares afectados	Principales daños
Inundaciones en el sur. 29 de octubre 1984. 30 de octubre 1984.	Térraba	Palmar Sur, Ciudad Cortés, Corredores, La Chanchera, Golfito, Ciudad Neily, Laurel, La Vaca y La Vaquita.	Pérdidas en cultivos de arroz, banano y café. Cierre de la carretera interamericana sur.
Desaparición de personas por lluvias en el sur (Corresponde al título de la noticia publicada). 31 de octubre de 1985.	Térraba	Buenos Aires y Palmar Sur.	Derrumbes en la vía.
Lluvias en el sur. 14 a 20 de octubre de 1986.	Térraba	Golfito, Ciudad Neily, Coto Brus, San Vito, Palmar Norte, Finca Dos, Campiña, La Chanchera, los Cotos, Ciudad Cortés, Gorrión, Pueblo Nuevo, Laurel, La Vaca, La Vaquita, Sabalito.	6 muertos por terraplén en Sabalito. 14 casas en Palmar Norte. Pérdidas en agricultura y ganadería. Dique de Ciudad Neily.

Fuente: Periódico *La Prensa Libre*, octubre de 1984, 1985, 1986.

Por otro lado, la zona sur del país debió enfrentar el abandono de la compañía bananera en el Pacífico Sur, empresa dedicada al cultivo del banano que había iniciado operaciones en los cantones de Osa, Golfito y Corredores, desde 1960. Esta compañía había sido la principal fuente de empleo para los vecinos del lugar y el retiro de la misma en 1979 generó desocupación, invasión de tierras, desempleo y conflictividad social en la región.

Tras su retiro, se abandonó el mantenimiento a los canales que habían sido construidos por la compañía bananera para el desagüe de los terrenos planos y bajos, lo que provocó que estas tierras se inundaran con frecuencia. Para completar el panorama, algunos de los pobladores ocuparon y construyeron viviendas en tierras que la compañía bananera había mantenido como tacotales, ya que estaban muy cerca de los márgenes de los río Caño Seco y Corredores, lo que aumentó las probabilidades de emergencia por inundaciones.

Con el inicio de la temporada lluviosa de 1988, el país recibió copiosas precipitaciones, además de la influencia del huracán Gilbert en setiembre de 1988. En este mes había llovido abundantemente, provocando la saturación de agua en los suelos y el aumento en el caudal de los ríos; esta situación hizo eminente la posibilidad de un deslizamiento ante la deforestación y la falta de drenaje de los suelos.

El escenario estaba listo para que el Huracán Juana llegara y mostrara la verdadera esencia de los actores sociales, económicos, políticos y agroecológicos que venían preparando su escena desde décadas atrás. Diversas circunstancias de origen histórico- geográficas se unieron para desembocar en el desastre que provocó el paso del Huracán Juana, y que justifican el estudio histórico del mismo, no sólo para recordar lo que pasó sino para alertar que no se repitan situaciones similares en el presente y futuro. La utilidad de un estudio de esta naturaleza, permite reevaluar las actuaciones de diferentes instituciones en materia de desastres, también las acciones cotidianas de hombres y mujeres que pueden agravar la situación de vulnerabilidad en que viven.

### 3.b) Huracán Juana: origen y trayectoria

El 10 de octubre de 1988 se originó una perturbación menor frente a la costa noroeste de Sudamérica y bastante lejos de Costa Rica, dos días después, se fortaleció y convirtió en la tormenta no. 17 del año, después de pasar por el sur de las Antillas Menores hacia el oeste a lo largo de la costa de América del Sur como una mínima tormenta tropical, cruzó la península de la Guajira el 17 de octubre y alcanzó rápidamente la fuerza de huracán a 50 km de la costa. El *Centro Nacional de Huracanes de Miami* asignó al evento el nombre de Joan; en Centroamérica se latinizó el nombre: Huracán Juana.

El 19 de octubre se fortaleció la tormenta generando un gran huracán. Mientras viajaba con dirección hacia el oeste se debilitó rápidamente, pero volvió a ganar fuerza en su viaje retomando su trayectoria. Joan llegó a su pico de intensidad justo antes de tocar tierra cerca de Bluefields, Nicaragua, el 22 de octubre como un huracán categoría 4. En ese momento y lugar era el huracán categoría 4 más al sur, jamás registrado.

De acuerdo al *Centro Nacional de Huracanes de Miami* en Estados Unidos, los huracanes se clasifican según los vientos, marejadas y daños que produzcan. De este modo, se establecen las siguientes categorías:

**Cuadro 5:** Categoría de los huracanes

Categoría	Vientos (km/h)	Vientos (mph)	Marejada (pies)	Daños	Ejemplos
1	119-153	74-95	04-05	Bajos	César 1996
2	154-177	96-110	06-08	Moderados	Fifi 1974
3	178-209	111-130	09-12	Extremos	San Ciprián Sept. 1932
4	210-249	131-155	13-18	Severos	Joan 1988
5	Mayor de 249	Mayor de 155	Mayor de 18	Catastróficos	Mitch 1998

Fuente: Huracanes, Centro Nacional de Huracanes.

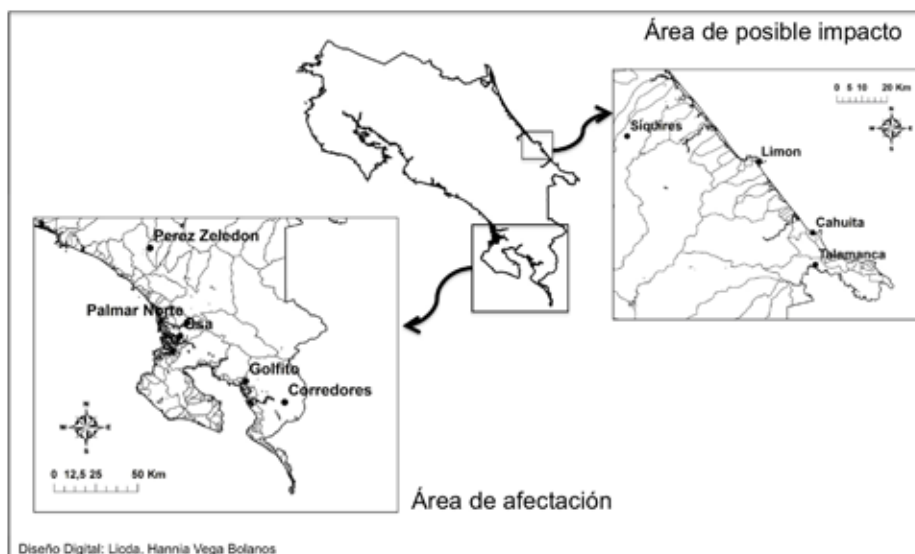
La duración cronológica del huracán desde su origen fue de 12 días. Para el lunes 22 de octubre una nueva tormenta tropical llamada Miriam lo disipó. El posible impacto directo del huracán Juana sobre Costa Rica inició un despliegue y seguimiento de su trayectoria, que se describe a continuación.

En Costa Rica, la alarma empezó el viernes 14 de octubre de 1988, cuando el huracán se encontraba al este de las Guayanas. A partir de ese momento, y sobre la *Base del Plan Operativo de Huracanes* y el *Plan de Operación ante emergencias*, el Instituto Meteorológico Nacional (IMN) le dio seguimiento continuo a su evolución. Desde el inicio, se indicó la posibilidad de afectación directa de la tormenta en la costa Caribeña de Costa Rica. Una vez que la tormenta se convirtió en huracán, manteniendo la misma trayectoria, la Comisión Nacional de Emergencia como parte del *Plan Operativo de Emergencias* emitió el primer boletín de alerta; al día siguiente el *Centro Especializado en Huracanes de Miami* difundió un comunicado sobre la trayectoria del huracán el cual se mantenía hacia el suroeste.

Un análisis exhaustivo de los mapas meteorológicos, realizado por el Departamento de Pronóstico del Instituto Meteorológico, mostró que las condiciones de la atmósfera en el área de Costa Rica eran favorables para que el huracán afectara directamente la vertiente Atlántica entre 48 y 60 horas después. Se decidió entonces alertar a la Comisión Nacional de Emergencias, sobre la necesidad de una evacuación de la zona Atlántica, debido a la alta peligrosidad existente en ese momento del que el huracán tocara costas costarricense<sup>14</sup>.

En el mapa N°2, se ilustra claramente el área de posible impacto del huracán, según la información emitida por el Centro Especializado de Huracanes y la Comisión Nacional de Emergencias. La costa Atlántica sería, según las proyecciones, severamente afectada por lluvias y vientos. Sin embargo, como se aprecia en el mismo mapa, el cambio de dirección del huracán y el desplazamiento a mayor altura del mismo lo alejó de las costas caribeñas, pero las altas cantidades de precipitaciones que cayeron afectaron la zona sur del país, tal como se ve en el mapa.

**Mapa 2:** Ubicación del área de afectación del huracán Juana en Costa Rica



La costa caribeña no fue impactada directamente por el huracán Juana. Sin embargo, la cantidad de precipitaciones caídas durante la semana producto de los efectos indirectos del huracán afectaron principalmente el Pacífico Central y Sur del país, provocando muerte y destrucción. En este punto se debe recordar que los principales medios de comunicación de nuestro país difundieron la idea de que por un milagro el huracán no había impactado directamente en Costa Rica.

### 3.c) Atención de la emergencia provocada por el huracán Juana

A partir del momento de alerta por el posible impacto del huracán en la costa caribeña, la *Comisión Nacional de Emergencia* inició -bajo su coordinación- y junto con el Comité Regional de Emergencia, la Cruz Roja, el Ministerio de Salud y el Ministerio de Educación un plan para la evacuación de la población del centro de Limón. Como medida preventiva se ordenó el desalojo del Hospital Tony Facio, de los asilos de ancianos, de los albergues de niños y de la cárcel. Se suspendieron las lecciones en los centros educativos de primaria y secundaria, los muelles fueron cerrados y se ordenó a todos los barcos alejarse del puerto.

Un total de 96 pacientes del hospital Tony Facio, de Limón fueron ayer trasladados al Max Peralta de Cartago y al Calderón Guardia, mientras que aquellos que se encontraban fuera de peligro se enviaron a sus hogares. El Ministerio de Educación Pública dispuso ayer suspender las lecciones de hoy y hasta nuevo aviso, en varios sitios del país, entre ellos: el cantón Central de Limón, Cañas, la zona norte de Heredia, San Carlos, Quepos y Parrita. De las direcciones regionales emanaron otras recomendaciones a los educadores para evitar problemas en los planteles ubicados en las regiones posiblemente afectadas<sup>15</sup>.

También se dio a conocer que la Refinadora Costarricense de Petróleo (RECOPE)... suspendió desde ayer el arribo de barcos con crudo, pero según comunicó el viceministro Brenes, la empresa garantiza el suministro de combustible para todo el territorio nacional, aunque la refinaría en Moín sea afectada por el huracán<sup>16</sup>.

Como parte de estas medidas, se instalaron dos centros de atención médica básica en el centro de Limón. Las escuelas de Enfermería y Medicina de la Universidad de Costa Rica ofrecieron recursos humanos para atender la emergencia, y los funcionarios de la Caja Costarricense de Seguro Social de otras regiones estaban disponibles para cooperar en caso de ocurrir una tragedia.

La *Comisión Nacional de Emergencias* con apoyo de los comités locales de emergencia establecieron albergues, en diferentes puntos cercanos a la zona que se prevía sería impactada. Utilizando centros educativos, instalaciones comunales y templos para tal fin.

Desde el punto de vista de uno de los periódicos de mayor divulgación y alcance en el país, este proceso se llevó de forma ordenada. Al respecto, un periódico apuntó:

La reacción del Gobierno de la República y de las instituciones públicas ha sido, en esta oportunidad, ordenada, pronta y eficaz... Se impone, más bien, ampliar, si fuera posible, el esfuerzo hecho; recurrir a la ayuda de la empresa privada y, en general, de los habitantes del Valle Central, menos expuestos, en esta ocasión, que los de la zona atlántica y otras regiones del país<sup>17</sup>.

Todo apuntaba que el huracán Juana -el quinto de la temporada-, afectaría la zona Caribeña costarricense al mediodía del 20 de octubre. Como primeros efectos del fenómeno se esperaba que vientos entre 75 y 80 km/hora azotaran su costa.

El puerto limonense quedó sumido en la desolación. El hospital, asilos de ancianos, albergues de niños y la cárcel fueron desalojados y la mayoría de los vecinos de la ciudad en procura de hallar refugio en sitio seguro matizaban el ambiente. Comercios y oficinas públicas paralizaron sus actividades en el transcurso de tensas horas a la espera del arribo del huracán<sup>18</sup>.

Ante la máxima alerta por el huracán, se evacuaron aproximadamente 30 mil personas de la provincia de Limón, se desplegaron efectivos de la fuerza pública, bomberos, socorristas de la Cruz Roja y ambulancias. También se emitió un decreto de emergencia para esta ciudad que obligaba a las instituciones estatales a prestar sus servicios ante una eventual situación de emergencia. Las personas trasladadas fueron ubicadas en diferentes puntos: centros comunales, gimnasios, colegios y templos.

A continuación presentamos algunos extractos de los testimonios ofrecidos por víctimas y periodistas que en 1988 reportaron la situación vivida en Limón. La siguiente nota hace referencia a la situación de los vecinos de este poblado ante la eminente llegada del huracán Juana. El redactor escribió que “con caras lánguidas, pocos al hablar, aunque reafirmando que no serán héroes, unos pocos limonenses se resistían ayer a abandonar esta ciudad, la cual prácticamente quedó desolada después de mediodía”, mientras que una pobladora, Marjorie Porter, que vivía en las inmediaciones del estadio Juan Gobán expresó: “Esperaremos hasta que la Comisión de Emergencia ordene el desalojo para salir de aquí”. Por su parte, un vecino de Cariari afirmaba: “No vamos a jugar de valientes, pero si la situación se pone difícil nos vamos de la ciudad”. Jorge Anderson, 75 años, vecino de Cieneguita, dijo: “pase lo que pase permaneceré aquí. Ya yo estoy muy viejo para salir corriendo. Si muero, muero aquí”.

La Guardia de Asistencia Rural, órgano de la Policía, mantuvo un estricto control de los pobladores de la provincia de Limón, a fin de ser garante de las medidas emitidas por la Comisión de emergencia y mantener a la población en calma. La situación fue reportada de la siguiente manera:

(la policía).....cuyos efectivos patrullan en parejas portando fusiles M16. En bahía solo quedaban lanchas patrulleras. En Tortuguero, Colorado y Parismina quedaron muy pocos pobladores. En Sixaola la mitad de los habitantes dejaron la localidad. El presidente de la Cruz Roja de Talamanca, Juan José Mora León, “expresó que en refugiados en Hone Creek y Bibri permanecían 600 personas como damnificados, quienes fueron traídas de Manzanillo, Puerto Viejo, Cahuita, Gandoca y Sixaola”. El último tren de la provincia de Limón salió el jueves 20 a las 11 a.m.<sup>19</sup>

Las estrictas medidas de seguridad y evacuación de todos los vecinos (as) de poblados costeros contrastaron con la agobiante espera de los aguaceros y marejadas que no llegaron. El huracán detuvo su trayectoria por 24 horas. Esto coincidió con la entrada de una corriente de aire frío al golfo de México, así cuando el huracán inició de nuevo su movimiento tuvo una ligera desviación que lo llevó a golpear directamente la costa Caribeña de Nicaragua, concretamente el puerto de Bluefields. Por eso, puerto de Limón no recibió el impacto directo de este huracán.

La organización para enfrentar la llegada del huracán en la costa caribeña, fue exitosa. Todos los esfuerzos de la Comisión Nacional de Emergencia se concentraron en esta área y posiblemente si el impacto se hubiera producido los efectos hubieran sido menores de lo esperado. Sin embargo, la naturaleza impuso su dominio sobre cualquier previsión humana y técnica, así los efectos indirectos se hicieron sentir en el Pacífico Central y Sur del país que de forma inesperada y desprevenida sufrieron el impacto.

### 3.d) El huracán Juana en el Pacífico de Costa Rica

El Pacífico costarricense se caracteriza por ser la costa más larga del país, en la cual desembocan la mayor cantidad de ríos, presenta una morfología irregular, se desarrollan cultivos de plantación como el arroz, caña de azúcar, palma y la ganadería para carne. La cercanía de cerros y pendientes con respecto a la costa y ríos, hace que con frecuencia durante la época lluviosa se produzcan deslizamientos de terrenos que caen a los cauces de ríos y producen inundaciones.

Las regiones más afectadas del país con la entrada del huracán fueron el Pacífico Central y Sur. Los pobladores de lugares como Quepos, Corredores, Puerto Jiménez, Pérez Zeledón, Parrita, Osa, Laurel, Ciudad Neily, Coto Brus, Ciudad Cortes, Palmar Norte y Paso Canoas sufrieron los estragos de las fuertes precipitaciones, que provocaron muerte y destrucción. El periódico *La Nación* informó el efecto del huracán Juana en la zona sur del país, indicando que éste se debió “a que la fuerza del huracán succionó aire húmedo en el Pacífico, lo que dejó como consecuencia una intensa nubosidad que, al estrellarse contra las montañas, incrementó las lluvias y el riesgo de inundaciones”<sup>20</sup>.

Las continuas y torrenciales lluvias provocaron el desbordamiento de varios ríos, derrumbes y deslizamientos, interrupciones en la vía Interamericana Sur y otras vías.

**Cuadro 6:** Huracán Juana: poblaciones afectadas, ríos desbordados, daños en carreteras y puentes

Poblaciones afectadas	Ríos desbordados	Vías afectadas	Daños en puentes
Aguirre, Bueno Aires, Ciudad Cortés, Ciudad Neily, Corredores, Coto Brus, Coto Sur, Golfito, La Calera, Laurel, Osa, Palmar Sur, Parrita, Pérez Zeledón, Puerto Jiménez, Punta Uvita, Quepos, Santa María de Dota.	Brujo, Caño Seco, Conte, Corredores, Coto, General, Parrita, San Isidro, Térraba, Vaca.	Cierre de la carretera Interamericana sur en el kilómetro 250. Derrumbes en la vía Quepos-San Isidro de El General. Derrumbe en vía Paso Canoas-Panamá. Derrumbes en las vías Dominical-General-Ciudad Cortés. 112 hundimientos en la carretera Interamericana. Dos deslizamientos en vía a Santa María de Dota. Severos daños en tramo puente El Brujo-puente Palmar Norte.	45 puentes destrozados en Pérez Zeledón. 27 puentes falseados en Coto Brus. 13 con daños severos en Buenos Aires.

Fuente: Elaboración de las autoras a partir de la consulta de periódicos *La Nación*, *La Prensa Libre*, *La República*, octubre 1988.

La mayor parte de los lugares afectados y los daños en carreteras y puentes se ubicaron en los cantones de Osa y Corredores. El dique que protegía a Ciudad Neily fue destruido por el caudal de los ríos Caño Seco y Corredores. Las secuelas en el Pacífico Sur, fueron notables:

Pacífico Central y Sur: En Ciudad Neily, el caserío Las Palmas fue arrasado por el agua. Hubo cinco muertos y 16 desaparecidos. Derrumbes en la carretera que comunica Ciudad Neily con San Vito. También deslizamientos en la interamericana Sur, en las inmediaciones del río General y en las localidades de Cataratas y Disciplina, así como en lugar denominado Macho Gaft, en el Cerro de la Muerte. Otros derrumbes en la vía que comunica San Isidro con Dominical y en la carretera que lleva a Ciudad Cortés. No hay paso en río Jiménez y Las Palmas, en el cantón de Golfito. Inundaciones en la Vaca y La Vaquita, lo mismo que en Ciudad Cortés. Parrita fue desalojado y en ciertos sectores sufrió inundaciones; Playa Azul también fue desalojada y Tárcoles estaba inundado<sup>21</sup>.

Lo plano del terreno favoreció el impacto. La interrupción de la principal vía de comunicación con el resto del país, la carretera Interamericana Sur, hizo que pronto aparecieran otros problemas como el desabastecimiento de combustibles y de víveres. A pesar de la disminución de las lluvias, pobladores de la zona permanecieron aislados debido a los derrumbes sobre las vías, destrucción de puentes y el desbordamiento de ríos

Parrita, Quepos, El Brujo y Paso Real son algunas de las comunidades aisladas [...] La cantidad de derrumbes es incontable. Tan sólo entre Palmar Norte y Paso Real se estima que hay no menos de 100 montículos de tierra sobre la vía. Los puentes muchos de ellos de estructura metálica pero pisos de madera, fueron arrasados por las fuertes corrientes de ríos desbordados que anegaron grandes extensiones cultivadas<sup>22</sup>.

Las pérdidas económicas fueron cuantiosas, tanto en infraestructura como en cultivos y producciones. “No solo como consecuencia de las lluvias y de los vientos se produjeron pérdidas en los campos cultivados, sino que el impedimento de ingresar a las fincas y de trabajar también genera reducción de ingresos”<sup>23</sup>.

En el siguiente cuadro, se adjunta un resumen de los daños provocados por el Huracán Juana, recopilados por la *Comisión Nacional de Emergencia*.

**Cuadro 7:** Resumen de daños provocados por el Huracán Juana en Costa Rica: 1988

Aspecto	Cifras
Víctimas humanas (muertes)	28
Personas evacuadas	150.000
Poblaciones afectadas	75
Viviendas destruidas	2.359
Hectáreas afectadas	12.531
Pérdidas en infraestructura Pública, salud, educación y viviendas	4.000 millones de colones, equivalentes a 50 millones de dólares

Fuente: Comisión Nacional de Emergencia, 1988.

Las cifras muestran la grave situación provocada por los efectos indirectos del huracán. La cantidad de víctimas mortales se compara con otros desastres ocurridos como las erupciones del volcán Irazú y el volcán Arenal, en la década de 1960. La poca preparación para enfrentar la situación, específicamente en el Pacífico Central y Sur, contribuyó a la magnitud del desastre; la actuación de la Comisión Nacional de Emergencias y de otras instituciones fue tardía, lo cual indica que para el momento la organización para enfrentar este tipo de eventos no tenía la madurez necesaria para desplazarse o atender una cobertura mayor, ya que los esfuerzos se concentraron en el Caribe.

El impacto indirecto del Huracán Juana en el Pacífico costarricense constituye una lección para que en futuros eventos la ciudadanía, instituciones estatales, organizaciones locales estén mejor preparadas no importando la trayectoria del evento. La preparación para enfrentar y mitigar un evento de esta naturaleza debe ser una condición permanente, en un área tan expuesta al impacto de tormentas y huracanes, como la región centroamericana.

Por otro lado, el huracán Juana vino a concluir una década de eventos que habían afectado el Pacífico Sur desde diferentes escalas. Como se indicó anteriormente, la región sur costarricense había sufrido a partir de la década de 1960 una serie de situaciones que se fueron acentuando. Cabe citar el proceso de retiro de la compañía bananera, la desatención de la limpieza del sistema de drenaje y canales, dos terremotos en el año de 1983 que afectaron la zona (uno en Golfito y otro en Pérez Zeledón), movimientos sociales de agricultores en lucha por mejores precios para sus productores, presión por la tierra, cambios en el uso del suelo y en los sistemas de cultivo, desempleo, pobreza, carencia de políticas locales y nacionales de desarrollo, todo lo cual explica la vulnerabilidad de esta región ante el impacto indirecto del huracán Juana, condición que explica el desastre ocurrido.

#### **4. Consideraciones finales**

La historia como disciplina no es estática. No pretende quedarse en el estudio del pasado por el pasado mismo. En los umbrales del siglo XXI los historiadores (as) recobran presencia en las discusiones científicas y académicas no solo para conocer y reconstruir el pasado sino como quienes estudian el presente aportando explicaciones en perspectiva histórica a las problemáticas vigentes.

La perspectiva de análisis de la historia aplicada, parte de la base que el conocimiento histórico que actualmente se necesita es que el ayude a edificar una nueva sociedad, la que permita a las poblaciones recuperar su dinámica social y su propia historia. Esto no implica solo el recuperar o producir un acervo documental que se deposita luego en un archivo o biblioteca, sino la generación de conocimiento al servicio de las necesidades del presente que permita enfrentar y superar los retos que se imponen de diferente índole: políticos, sociales, económicos, ecológicos, agropecuarios.



En el caso concreto del estudio realizado, se logra apreciar como la investigación histórica aporta elementos importantes para la comprensión de una problemática actual, abordando situaciones que por su contemporaneidad y naturaleza pueden considerarse lejanas al quehacer de los y las historiadoras. El aporte máspreciado, no es solo la recuperación de la memoria histórica, sino poner en evidencia como la acumulación de acciones y procesos anteriores pueden agravar el impacto de un evento natural, con el objetivo de crear una cultura preventiva en materia de desastres y alertar a la sociedad civil y organizaciones del Estado de la necesidad de la misma.

La experiencia teórica y metodología obtenida en el desarrollo del proyecto “Huracanes en Costa Rica: impacto agroecológico y riesgo social, 1970- 2008. I etapa”, permite incursionar en otras áreas de estudio desde la óptica social, agraria y ecológica, tres componentes básicos en el desarrollo de los países centroamericanos, evidenciando la vulnerabilidad que presenta esta área al impacto de fenómenos de origen hidrometeorológico.

A través de la historia aplicada se logran traspasar las barreras disciplinarias y crear un conocimiento interdisciplinario que permite abarcar el objeto de investigación desde diferentes aristas. De este modo, una investigación que partió en sus inicios del estudio de los huracanes en Costa Rica como un estudio documental se fue enriqueciendo en el transcurso de la misma con otras fuentes, visiones y perspectivas, adquiriendo el perfil de un estudio de historia aplicada. Los productos obtenidos no solo permiten historiar los procesos estudiados sino aportar elementos que pueden ser tomados en los programas de rehabilitación que se dan en las poblaciones impactadas, además permiten prevenir que situaciones similares se repitan y brindan a los pobladores la posibilidad de ser partícipes directos en la reconstrucción de su pasado histórico constituyéndose de esta manera en actores sociales de su presente y futuro.

Los retos que se enfrentan al estudiar los huracanes y tormentas tropicales en una región determinada, no se limitan a sí mismos; se requiere abordar estudios comparados entre diferentes eventos, regiones y países. Por esto es que se hace imprescindible la constitución de redes de investigadores e investigadoras que permitan el abordaje interdisciplinario de diversas problemáticas donde se conjuguen opciones metodológicas y perspectivas teóricas, que posibiliten a los actores sociales directos constituirse en los ejes de las investigaciones.

## Bibliografía

- Aguilar, Melissa y Saborio, Rebeca. "La construcción histórica de la vulnerabilidad a inundaciones y deslizamientos en la Suiza, Turrialba". Tesis presentada para optar al grado de Licenciatura en Sociología, Universidad de Costa Rica, Costa Rica, 2006.
- Araya Magda, Arias Cristina, Cerdas Laura. "Si no unimos lo que tenemos nadie va a hacerlo... gestión local para la reducción del riesgo ante los desastres en Cachí, Paraíso, Cartago". Tesis presentada para optar al grado de Licenciatura en Trabajo Social, Universidad de Costa Rica, Costa Rica, 2002.
- Camacho Ruiz, Fresie. "Impacto de las inundaciones y deslizamientos sobre el desarrollo de la actividad turística en el sector noroeste de la Fila Brunqueña". Tesis para optar al grado de Licenciatura en Geografía, Universidad Nacional, Costa Rica, 2007
- CEPAL. *Efectos de los daños ocasionados por el Huracán César sobre el desarrollo de Costa Rica en 1996*. México, CEPAL, 1997.
- CEPAL. *El fenómeno del niño en Costa Rica durante 1997-1998 perfiles de proyectos*. México, 1998.
- CEPAL. *El fenómeno del niño en Costa Rica durante 1997-1998: evaluación de su impacto y necesidades de rehabilitación, mitigación y prevención ante las alteraciones climáticas*. México, CEPAL, 1998.
- CEPAL. *Centroamérica: Evaluación de los daños ocasionados por el huracán Mitch, 1998: Sus implicaciones para el desarrollo económico y social y el medio ambiente*. México, CEPAL, 1999.
- CEPAL. *Daños ocasionados por el huracán Joan en Nicaragua, sus efectos sobre el desarrollo económico y las condiciones de vida, y requerimientos para la rehabilitación y reconstrucción: nota de la secretaria*. Nicaragua, CEPAL, 1988.
- Céspedes Acosta, Marco Antonio. *Efectos producidos por cambios en el uso del suelo para eventos extremos en la cuenca del Térraba*. Universidad de Costa Rica, Costa Rica, 1997.
- Comisión Nacional de Emergencia. *Huracán Joan: informe final de labores 17-27 octubre 1998*. Comisión Nacional de Emergencias, Guápiles, 1988.
- Flores Verdejo, Roberto. *Una propuesta de estrategia de gestión de riesgos para el espacio rural, el caso costarricense*. Universidad Nacional, Costa Rica, 2001.
- Gómariz, Enrique. *Género y desastres: introducción conceptual y criterios operativos la crisis del Huracán Mitch en Centroamérica*. Costa Rica, Fundación Género y Sociedad, 1999.
- González Viquez, Cleto. *Temblores, terremotos, inundaciones y erupciones volcánicas en Costa Rica*. Costa Rica. Editorial Tecnológica de Costa Rica, 1994.
- Lavell, A. *Desastres naturales y zonas de riesgo en Centroamérica condicionantes y opciones para la prevención y mitigación*. Costa Rica, Instituto de Ciencias Sociales, UNA, 1989.
- Lavell, Thomas, Allan. *Viviendo en riesgo: comunidades vulnerables y prevención de desastres en América Latina*. Colombia, Red de Estudios Sociales en Prevención, 1994.
- Lavell y Franco. *Estado, sociedad y gestión de los desastres en América Latina en busca del paradigma perdido*. Perú, La Red-FLACSO-la Secretaría General ITDG-Perú, 1996.
- Maskrey, Andrew. *Los desastres no son naturales*. Colombia, Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina, IDG Books, 1993.
- Mata Jiménez, Alfonso. *Fenómenos naturales destructivos: orígenes y consecuencias: comprender los fenómenos sociales prepararse a tiempo para sobrellevarlos y para recuperarse con mejores oportunidades*. Costa Rica, EUCR, 2008.
- Retana, Alberto. *Posibles efectos de la fase calida de Niño Oscilación Sur (ENOS) en la agricultura de Costa Rica. Un análisis cualitativo de las estadísticas de producción agropecuaria*. Costa Rica, Instituto Meteorológico Nacional, 1998.
- Reuben Hatonian, Amy. "Capacidad institucional costarricense en la prevención y respuesta a huracanes y su relevancia para la cooperación internacional en Centroamérica". Tesis presentada para optar al grado de Maestría en Relaciones Internacionales, Universidad Nacional, Costa Rica, 2001.
- Royo Aspa, Antoni. *Crisis de dependencia en la zona sur: desarrollo agrario y migraciones internas en el cantón de Osa 1973- 2000*. Costa Rica, CIHAC, 2008.
- Universidad Nacional. *Amenaza del océano a causa del Huracán Joan*. Heredia, Costa Rica, 1988
- Zarate E, Ramírez P. *Huracán Joan Aspectos Meteorológicos de la Emergencia. San José Costa Rica*. Costa Rica, Instituto Meteorológico Nacional. 1988

## Notas

<sup>1</sup> Las experiencias en el campo de la historia aplicada en el caso costarricense se iniciaron a mediados de la década de 1990, precisamente en la Universidad Nacional, Costa Rica, donde uno de los principales artífices fue el historiador Mario Samper. Tanto es así que en 1996 se abrió un postgrado en Historia Aplicada que se mantiene hasta la actualidad.

<sup>2</sup> El presente artículo es producto de una investigación mayor titulada: “Los huracanes en Costa Rica: impacto agroecológico y riesgo social, 1970-2008. I etapa” que desarrollan las autoras en la Escuela de Historia de la Universidad Nacional, Costa Rica en el período 2009- 2010.

<sup>3</sup> Andrew Maskrey. *Los desastres no son naturales*, Colombia, Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina, IDG Books, 1993, p. 130.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 31.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p.119.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p.120.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p.133.

<sup>8</sup> *Idem*.

<sup>9</sup> Es necesario aclarar, que al momento de presentar este artículo, el proceso investigativo se encuentra en la etapa de redacción del informe final de la investigación en su primera etapa, aun no se ha devuelto los resultados a las comunidades y organizaciones interesadas en la temática. En una segunda etapa del proyecto que se ejecutará en el 2011 y 2012, se proyectan reuniones y talleres con los diferentes sectores interesados en la atención de emergencias por amenazas naturales y los vecinos de las comunidades más vulnerables ante estos eventos.

<sup>10</sup> Alberto Retana, *Posibles efectos de la fase cálida de Niño Oscilación Sur (ENOS) en la agricultura de Costa Rica. Un análisis cualitativo de las estadísticas de producción agropecuaria*, Costa Rica, Instituto Meteorológico Nacional, 2000.

<sup>11</sup> República de Costa Rica, Colección de Leyes y Decretos, Ley No 4374, 14 de agosto de 1969.

<sup>12</sup> Comisión Nacional de Emergencias. *Reseña Histórica de la Comisión Nacional de Emergencias*. San José, Costa Rica 1990.

<sup>13</sup> “Inminente impacto de Juana a Costa Rica”, *La Prensa Libre*. 19 de octubre de 1988, p. 2.

<sup>14</sup> Eladio Zarate, *Huracán Joan Aspectos Meteorológicos de la Emergencia*, Costa Rica, Instituto Meteorológico Nacional, 1988., p. 2.

<sup>15</sup> “Huracán “Juana” al acecho: Evacuan el Tony Facio”, *La Nación*, 19 de octubre de 1988, p. 5<sup>a</sup>.

<sup>16</sup> “Emergencia por huracán”, *La Nación*. 19 de octubre de 1988, p. 4.

<sup>17</sup> “Ante una emergencia nacional”, *La Nación* (sección editorial), 20 de octubre de 1988, p. 14a.

<sup>18</sup> “Éxodo y angustia”, *La Nación*, 20 de julio de 1988, p 4a.

<sup>19</sup> “Un fantasma recorre Limón”, *La Nación*, 21 de octubre de 1988, p. 8a.

<sup>20</sup> “18 muertos en la zona sur”, *La Nación*, 23 de octubre de 1988, p. 4a.

<sup>21</sup> *Idem*.

<sup>22</sup> “Enorme destrucción en vías y puentes”, *La Nación*, 24 de octubre de 1988, p. 6a.

<sup>23</sup> “Pérdidas cuantiosas sufrió el sector agrícola”, *La Nación*, 25 de octubre de 1988, p. 5a.

*Aftershocks: Earthquakes and Popular Politics in Latin America*

Jürgen Buchenau and Lyman L. Johnson, editors

Albuquerque, University of New Mexico Press, 2009, 230 pages,  
ISBN: 978-0826346230

REVIEW

**Quinn P. Dauer**

Florida International  
University, Florida,  
Estados Unidos

[qdaue001@fiu.edu](mailto:qdaue001@fiu.edu)

DOI

**10.3232/RHI.2011.  
V4.N1.07**

Latin America and the Caribbean have experienced hurricanes, floods, droughts, earthquakes and tsunamis since before European conquest. Historians, however, have largely neglected or ignored using these natural phenomena as a window into the relationship between state and society. Up and down the Ring of Fire's eastern border, earthquakes have made the largest impact in terms of human loss and material damage than any other type of catastrophe in the region.

This anthology comes out of a panel on earthquakes at the Latin American Studies Association meeting in San Juan, Puerto Rico, in March 2006. Jürgen Buchenau and Lyman Johnson have written an engaging introduction that outlines a comparative and longitudinal framework for the compiled essays on devastating quakes that have struck Argentina (1944), Chile (1906), Guatemala (1976), Mexico (1985), Nicaragua (1972), Peru (1746), and Venezuela (1812).

Since 1990, social scientists and increasingly historians have examined the state's and society's response to natural disasters. The scholarly treatment of natural disasters generally falls into two categories. Some historians and social scientists focus on the human costs and the politics of relief and rebuilding based on survivor accounts. Other scholars argue that catastrophes strip away the political, social, and cultural layers that obscure the underpinnings of the state and society.

Disasters test a government's legitimacy and the state's capacity and resources. During the colonial period, catastrophes presented a problem for a bureaucracy that functioned through family and social networks. The colonial bureaucracy was not prepared to meet the population's demands for quick and decisive measures that deviated from local customs or imperial policies. Colonial authorities often lacked adequate fiscal resources or a long delay, if they waited for instructions from Spain. By the end of the nineteenth century, republican governments became more responsive to the public's needs. A quick response was required if authorities hoped to maintain or gain the support of popular

opinion. At the same time, politicians could also find themselves being blamed, the government de-legitimized, and face public demands for regime change because of perceived administrative incompetence or allegations of corruption.

This anthology congeals around three issues: reconstruction plans, religious meaning, and socio-economic fault lines. During the colonial and national period, Latin American elites blocked the relocation of cities because it threatened their economic interests. As survivors crawled out from underneath the rubble, they looked heavenward to make sense of the death and destruction that surrounded them. Finally, catastrophes do not affect all sectors of society equally. Many times, aid goes to the regime's political supporters and a few wealthy elite profit from the relief effort and reconstruction. The inequality of aid distribution and the neglect of the popular masses often results in their mobilization against the government. Authorities were often overly concerned with maintaining order, even though extraordinary disaster communities sometimes formed to mutually aid survivors of any class.

Elites often objected to reconstructing cities on new sites or proposed regulations that impinged on their wealth and power during both the colonial and national periods. Samuel J. Martland notes that planners after the 1906 Valparaíso earthquake called for the expropriation of land to redo the streets in the city's wealthy Almendral district. The elite property owners opposed the general expropriation and appealed the central government to scale back the city councils plans. Mark Healey's study of the 1944 San Juan earthquake shows that the city's winery elite blunted Juan Perón's most radical and transformative visions for reconstruction. Perón wanted to remake the city to reflect his new national program of social justice. Local elites, however, blamed the destruction on the use of adobe as the principal building material. They called for a strictly enforced building code that only allowed structures built with reinforced concrete, an expensive proposition for many *sanjuaninos*. After 1948, the building code was eased, allowing the countryside to be rebuilt with adobe. While concrete buildings helped to modernize the provincial capital, the country side's use of adobe deepened the divide between the urban and rural sectors. Paul J. Dosal demonstrates that the Somoza regime viewed the 1972 Managua earthquake as a means to free them from old traditions and an opportunity for small businesses to be established, detached from the wealthy downtown business owners. This new decentralized Managua, proposed by Somoza also happened to politically and economically enrich the ruling family. Louise E. Walker, using newly declassified Federal Security documents shows how the middle-class residents of Tlatelolco mobilized to gain a greater voice in rebuilding after the 1985 Mexico City earthquake. Inhabitants reached an agreement with the Partido Revolucionario Institucional (PRI) that allowed the residents input on which buildings should be demolished, those that would be repaired, and the pace of reconstruction.

Disaster survivors often look to religion for meaning, comfort, or to make sense of such a materially and humanly destructive event. After the 1746 earthquake, Limeños interpreted the event as God's punishment for the sinful ways of the wealthy and governing classes. Charles Walker, using inquisition records, examines the visions of religious women that prophesied the future destruction of Lima because the city had not heeded the 1746 quake as a warning. Historians have interpreted this religious outpouring as a manifestation of the cities baroque religiosity

and declining political and economic position. Contemporary accounts, according to Walker, note that Limeños blamed the political and social stagnation of the city and its possible future destruction on the urban center's sinful lifestyle. The women's visions created a panic but were not millenarian or political in nature. Instead these premonitions expressed great concern about women's independent ways and risqué clothing and the religious orders decadence. Similarly, Stuart McCook notes that the temblor that struck newly independent Venezuela in 1812 during the wars for independence unleashed a wave of religious fervor on both the royalist and patriot sides. Both parties attempted to politicize the religious exuberance but ultimately failed. A purely religious explanation for the shift in the population's loyalties after the tremor from patriot to royalist ignores material incentives. McCook argues that a string of royalist victories brought them more support; the independent Venezuelan government already faced financial pressures and was unable to provide sufficient relief due to the lack of resources; and the temblor led to the suspension of congress and the rise of Francisco Miranda's dictatorial powers that broke up the fragile republic coalition. The essays on Valparaíso, San Juan, Managua, and Mexico City earthquakes highlights the transition from religious to secular understandings of disasters during the twentieth century, Guatemalans, by contrast, continued to view the 1976 earthquake through a religious lens. The conservative Catholic Church hierarchy interpreted the 1976 temblor as God's punishment for the popular masses participation in demonstrations, strikes, and radical mobilizations against the government. Many Guatemalans echoed these conclusions. The archbishop worried that the activist Catholic clergy and lay grass roots organizations would spread liberation theology among the poor. As a result, the archbishop channeled Catholic relief through traditional organizations that did not reach the rural poor or urban workers. In addition, the government's repression of Catholic activist clergy and laity also helped to push many rural Guatemalans into the arms of United States based Protestant groups. The migration to urban areas also contributed to the growth of evangelical churches because they were one of the few voluntary associations open to the masses that provided assistance and adjustment to city life.

Catastrophes also reveal social and economic fault lines. Martland notes the Chilean authorities' fear of a general social uprising in the aftermath of the 1906 Valparaíso quake. The government harshly cracked down on any suspected and or convicted criminals. Portefío society also formed extraordinary disaster communities. Survivor accounts noted some cooperation between rich and poor to care for the injured, provide basic services, and rebuild the city. The potential for social upheaval and tumult spurred state authorities to provide prompt assistance. Natural disasters do not affect all classes of society equally and have political and social consequences. The 1972 Managua earthquake highlighted the inefficient, corrupt and repressive response of the Somoza clan, which quickly turned the middle class from supporters of the regime into either bystanders or pushed them into the Sandinista camp. Garrard-Burnett points out that the 1976 Guatemalan earthquake served "as a detonator of revolution" (p. 162). The Guatemalan government through the bureaucracy, private groups, and wealthy families distributed relief to maintain the regime's loyal supporters. The armed left used the disaster as an opportunity to gain new recruits and revitalize the guerrilla movement in areas most neglected by the government. The 1985 Mexico City earthquake also revealed tensions within the popular protest movement, as poor and working-class neighborhoods felt forgotten because the media focused on middle-class areas. Furthermore, the middle class looked down on the urban proletariat and the workers often

viewed the middle class as having a sense entitlement. The PRI, however, worried most about the middle class deserting the party because of the austerity program implemented to deal with Mexico's debt crisis and their political mobilization against the government because of its poor response to the relief effort and reconstruction plans.

This anthology is a welcome addition to the growing literature on disasters in Latin America. It takes a number of regional case studies and places them in a larger comparative and longitudinal framework. As a result, this volume illuminates historical trends such as the development of the state, the continuities between a government's poor disaster response and political mobilization of the masses, and religious explanations of natural disasters. This historical perspective not only adds to various national historiographies and the burgeoning field of environmental history but contributes to the disasters studies literature where projects often analyze lonely case studies that isolate disasters as singular events.

## *In the Shadow of Melting Glaciers. Climate Change and Andean Society*

Mark Carey

New York, Oxford University Press, 2010, 288 páginas, ISBN: 978-0195396072

### RESEÑA

**Ramiro Alberto Flores Guzmán**

Pontificia Universidad Católica del Perú,  
Lima, Perú

[raflores@pucp.pe](mailto:raflores@pucp.pe)

DOI

**10.3232/RHI.2011.  
V4.N1.08**

La moderna ciencia ambiental ha logrado ejercer un profundo impacto en la cultura popular contemporánea, mediante la difusión de algunas ideas de índole catastrofista que cuestionan la tradicional noción ilustrada del progreso humano ad-infinitum. Una de las más afortunadas es sin lugar a dudas la teoría del “calentamiento global”, la cual sugiere la existencia de una conexión entre el rápido aumento de la temperatura de la atmósfera y la acción humana. El éxito del concepto se ha traducido en una gigantesca producción científica relacionada al tema y financiada por multitud de instituciones académicas, estatales y privadas.

Para probar sus resultados, muchos científicos recurrieron a la exploración y estudio de los glaciares, auténticos túneles del tiempo que registran información preciosa sobre el estado del clima mundial durante los últimos milenios. Los glaciares se convirtieron, de esta forma, en objeto de estudio prioritario de muchos investigadores que buscan descifrar los patrones del cambio climático, como es el famoso caso del nevado Quelccaya en la cordillera andina del Cusco, cuya paulatina retracción constituye una medida del grado de deshielo de los glaciares tropicales del planeta. En última instancia, los científicos visualizan a los glaciares desde una perspectiva instrumental, como simples campos de experimentación donde poner a prueba sus teorías climáticas, sin apenas interesarse por la gente que vive en sus alrededores.

Mark Carey ha seguido el camino opuesto, centrando su atención en los actores sociales que habitan o trabajan en una zona pleotónica de depósitos glaciares: el Callejón de Huaylas. Para los habitantes de esta región, el fenómeno de la desglaciación no es una preocupación general por el destino de la Humanidad (como la que anima a la comunidad científica), sino una amenaza real a sus vidas, pues a lo largo de los años el deshielo de los glaciares ha provocado grandes aluviones que han dejado una estela de destrucción y muerte a su paso.

El proceso de historización de los glaciares, lleva al autor a analizar las complejas interacciones entre todos los agentes que de alguna forma tienen



una participación o influencia en el manejo de los glaciares de la región desde 1941. En el centro de este entramado de intereses se encontraban los especialistas locales, llamados por el autor “expertos en glaciares”, quienes representaban a la ciencia moderna en la zona, agrupados en una agencia estatal conocida como la “Comisión de Control de las lagunas de la Cordillera Blanca”. Los miembros de este grupo excedieron con mucho el marco de acción de cualquier científico, apegado por lo general a la neutralidad de la labor de investigación, pues más allá de recopilar datos, se convirtieron en mediadores informales de distintos grupos de presión como los habitantes de las ciudades, los pobladores de las comunidades rurales, la empresa hidroeléctrica y los funcionarios del Estado central, quienes reclamaban información, sugerencia y participación en las decisiones sobre el destino de los glaciares y lagos de la zona. Desde esta perspectiva, uno de los mayores méritos del trabajo de Mark Carey es demostrar que la ciencia no es necesariamente un conocimiento objetivo y despolitizado, sino un espacio de confrontación de ideas que responde a múltiples intereses materiales, políticos, económicos, sociales y culturales. No es casual que los expertos en glaciares no pudieran establecer una agenda independiente, sin contar con la anuencia del Estado, la empresa eléctrica y los pobladores locales, quienes tenían diferentes tipos de respuesta frente al problema del embalse de las lagunas. Su acción por lo tanto se vio condicionada por las políticas públicas y los intereses particulares, que determinaban rumbos de acción no necesariamente acordes con sus iniciativas o propuestas de acción. Pese a todos estos obstáculos y limitaciones, su trabajo de represamiento, desagüe y manejo de los lagos permitió salvar muchas vidas, haciendo de paso, notables contribuciones prácticas en materia de ingeniería hidráulica.

Otro aspecto interesante en el texto es el relativo a la intervención estatal frente a los desastres naturales. En general, las catástrofes han sido ocasiones propicias para la realización de proyectos de reingeniería social que tienen como propósito aumentar la cuota de poder del Estado o el mercado en la sociedad. No sorprende que el mayor intervencionismo estatal en la región se produzca en gestiones dirigidas por presidentes autocráticos como la de los generales Manuel Odría y Juan Velasco, cuyos signos políticos eran diametralmente opuestos. Más allá de esta coincidencia, lo cierto es que la actitud de la población no fue de rechazo a una mayor presencia del Estado, sino más bien de expectativa por la acción estatal, pues su labor permitió el nacimiento de distintas actividades económicas que insuflaron mayor dinamismo a la región como nuevas vías de comunicación, la promoción turística y la creación de la empresa hidroeléctrica del Cañón del Pato. Sólo en contados casos la población mostró resistencia, especialmente cuando los planes de reubicación forzosa trastocaron los intereses jerárquicos de los grupos privilegiados y el balance de poder local.

Carey también cuestiona la imagen pasiva, fatalista y desprevenida de las poblaciones que vivían en las zonas amenazadas por la acción de los glaciares, argumentando que ellos participaron activamente en la definición de los planes de control y mitigación de desastres. Su rol no necesariamente fue siempre positivo, pues comúnmente plantearon la necesidad de descargar las lagunas como sistema de control de daños, criticando las iniciativas estatales destinadas a reubicar a las poblaciones en alto riesgo hacia áreas más seguras. Aún así, resulta interesante comprobar que muchas de sus iniciativas no se basaban en ideas atávicas, sino en una pensada estrategia que había sido consultada con los “expertos en glaciares”, y que por lo

tanto pueden ser consideradas bastante viables.

El texto termina con un capítulo donde vincula los cambios neoliberales a una nueva correlación de fuerzas entre los distintos actores sociales de la región. En principio, la privatización de la central hidroeléctrica del Cañón del Pato a la empresa Duke Energy y el fin de la Comisión de las lagunas precipitó un escenario inesperado: el enfrentamiento entre los intereses privados de una empresa extranjera y los comuneros de la localidad por el control del lago Parón. La falta de un mediador capaz de compatibilizar los distintos intereses ha provocado un ambiente de mayor inestabilidad social. La acción del Estado de otro lado se ha inclinado decididamente a promover los intereses de los grandes capitales que buscan invertir en la agricultura de agro-exportación en la desértica costa, aprovechando las aguas del río Santa, cuyo caudal paradójicamente depende de la provisión de agua de los desfallecientes glaciares de la Cordillera Blanca. Persistir en esta política puede romper el delicado equilibrio ecológico en la zona y agudizar la ya creciente conflictividad entre las comunidades costeñas y serranas por el control de un recurso que está en vías de desaparición.

Para terminar, debemos decir que Mark Carey ha logrado el gran mérito de explicar el espinoso tema del calentamiento global desde una perspectiva histórica, mediante el análisis de los efectos sociales que la desglaciación tiene en las comunidades más expuestas a este problema. Si bien es una historia trágica, por la serie de eventos catastróficos que castigaron a la zona, no es una historia pesimista, pues muestra a los actores sociales interviniendo activamente en pos de encontrar las mejores soluciones para disciplinar a la naturaleza, dando origen a una serie de avances científicos de aplicación práctica que hoy en día son objeto de estudio y análisis por diferentes especialistas alrededor del mundo. Un buen libro para demostrar que la ciencia no debe concentrarse en las cosas, sino preocuparse en la forma cómo influye en las personas y su destino.

## *Revolutions in the Atlantic World: A Comparative History*

Wim Klooster

New York, New York University Press, 2009, 238 páginas, ISBN 978-0814747896

### RESEÑA

**David Home  
Valenzuela**

University of Florida,  
Florida, Estados  
Unidos

[dhome@ufl.edu](mailto:dhome@ufl.edu)

En este conciso pero sugerente trabajo el historiador holandés Wim Klooster analiza los profundos cambios políticos y sociales generados por cuatro procesos históricos de la llamada *Era de las Revoluciones*. La Revolución Americana, la Revolución Francesa, la Independencia de Haití y la Independencia de Hispanoamérica son estudiadas desde una perspectiva comparada tratando de establecer relaciones, similitudes y diferencias que permitan entender de mejor forma las causas, desarrollos y consecuencias de estos episodios, todos ellos trascendentales en la transición del antiguo orden monárquico a la conformación y consolidación de estados nacionales soberanos en el mundo occidental. Si bien cada una de estas revoluciones ha recibido abundante atención historiográfica en forma independiente, el esfuerzo de Klooster resulta particularmente novedoso y útil tanto por analizarlas en conjunto, lo que amplía las posibilidades de análisis y comparación, como por incorporar el caso de Haití, hasta ahora descuidado desde este punto de vista.

El autor construye su obra sobre cuatro pilares fundamentales. En primer lugar, Klooster propone que cada una de estas revoluciones debe ser estudiada desde una perspectiva que le de especial relevancia a la situación política internacional del periodo. El clima de conflicto militar que caracterizó al mundo atlántico durante gran parte del siglo XVIII influyó en gran medida en los aires reformistas que propiciaron revoluciones de largo alcance ya que el financiamiento de las guerras trajo consigo una mayor presión sobre los contribuyentes, lo que generó descontento y movilización social a diferente escala. En segundo lugar, Klooster considera que ninguno de estos movimientos revolucionarios estaba predestinado a tener éxito; cada proceso, de acuerdo a sus particularidades, se gestó en medio de la incertidumbre por su desenlace y su resultado dependió de la evolución misma de los acontecimientos. En tercer lugar, el autor destaca el carácter de guerra civil que tuvieron la mayoría de estos conflictos armados. Las lealtades de los pueblos involucrados en ningún caso fueron unánimes hacia alguno de los bandos en disputa sino que más bien respondieron a motivaciones particulares y específicas que no siempre coincidieron con aquellas que movilizaban a las élites. Finalmente, Klooster

### DOI

**10.3232/RHI.2011.  
V4.N1.09**

cuestiona que la democracia haya sido el principal logro de la *Era de las Revoluciones* en el mundo occidental, como otros historiadores han sugerido. La democracia lejos de ser uno de los objetivos centrales de las revoluciones, se constituyó apenas en un subproducto de las mismas consolidándose solo en algunos de los casos estudiados.

Utilizando principalmente bibliografía de carácter secundario, el autor dedica un capítulo del libro a cada revolución, comenzando por un breve análisis interpretativo en el que menciona la significancia y trascendencia del proceso específico para luego dar paso a una descripción narrativa en la que aborda cronológicamente el desarrollo de los acontecimientos. En términos generales, Klooster propone que lo que une a las revoluciones estudiadas es la lucha contra los fueros y privilegios, disputa que adquiere formas y características distintas de acuerdo a cada caso revolucionario. Paradójicamente, el resultado de aquella lucha no siempre fue la constitución de sociedades más democráticas e igualitarias sino que en varios casos se tendió a la conformación de sociedades de marcado signo autoritario y con una notoria tendencia a la exclusión de determinados grupos sociales (negros, mulatos, indígenas, mujeres) en distinto grado y alcance.

Klooster es particularmente cuidadoso al proponer relaciones de causalidad directa entre los episodios revolucionarios. En este sentido, más que proponer conclusiones definitivas, el autor opta por sugerir posibles caminos interpretativos que ya han sido estudiados por la historiografía o bien otros que deben ser comprobados en estudios más detallados y específicos. Precisamente por contravenir esta tendencia, resulta llamativa la decisión y firmeza con la que el autor señala que la implementación de las Reformas Borbónicas no puede ser considerada como la causa más relevante en el proceso revolucionario independentista de Hispanoamérica. Klooster sustenta su afirmación destacando la fortaleza que exhibió la posición realista tanto en México como en Perú, dos de las regiones más afectadas por las Reformas (p. 156). Si bien concordamos en que las causas del movimiento independentista fueron múltiples y que las consecuencias de la puesta en práctica de las Reformas Borbónicas solo pueden ser consideradas como un factor más en el proceso independentista, resulta cuestionable negar o minimizar la importancia que el afán reformista Borbón tuvo en sus dominios americanos y su posterior implicancia en el proceso revolucionario, mucho más aun considerando las distintas realidades locales existentes en América. Un análisis más detallado o bien una conveniente matización respecto a este punto habrían resultado clarificadoras y de mucha mayor precisión.

Con todo, el esfuerzo de síntesis de Klooster es altamente significativo; su libro se constituye en una contribución valiosa tanto para el estudio empírico del periodo como desde un punto de vista metodológico. Teniendo presente que una de las principales dificultades de la utilización del método comparativo en historiografía radica en identificar procesos similares que a pesar de ser diferentes permitan su comparación sin caer en simplificaciones o reduccionismos, el autor construye una narración sólida y comprehensiva, erudita y al mismo tiempo accesible al lector. El mundo atlántico, entendido más como un espacio de interacción apto para el intercambio y la transferencia de ideas que como una barrera o límite geográfico, se constituye en este caso en un marco interpretativo apropiado para el estudio de un periodo tan turbulento como decisivo para la conformación del mundo occidental contemporáneo.

*The Ruins of the New Argentina. Peronism and the Remaking of San Juan after the 1944 Earthquake*  
Mark A. Healey

Durham, Duke University Press, 2011, 395 páginas, ISBN: 978-0822349051

RESEÑA

**José Ragas**

University of  
California, Davis,  
California, Estados  
Unidos

[jragas@ucdavis.edu](mailto:jragas@ucdavis.edu)

De un tiempo a esta parte, algunos historiadores han encontrado una forma bastante original de acercarse a las sociedades del pasado: los desastres. Sean estos tornados, incendios, tsunamis, plagas, sequías o inundaciones, ellos han sabido ponerse por encima del caos y desorden que muestran los documentos en momentos tan difíciles como estos para entregarnos una narrativa coherente que explica cómo estos momentos de crisis revelan las estructuras de la sociedad. Estos eventos constituyen asimismo una magnífica oportunidad para abordar áreas que pocas veces se encuentran reunidas, como las mentalidades, los proyectos urbanos, la negociación entre gobernantes y gobernados y otros temas más.

El interés por este campo proviene de dos corrientes distintas: una latinoamericana y la otra norteamericana. Sobre la primera, ésta tuvo un momento decisivo con la compilación de Virginia García Acosta, *Desastres e historia naturales en América Latina* (1996), además de otras obras suyas, en las que ofreció un marco teórico sobre estos eventos e hizo de los desastres una herramienta metodológica válida y efectiva en sí misma. Por el lado anglosajón, el auge del “Environmental History” abrió la posibilidad de enfocar estos mismos eventos en la relación entre la sociedad y su entorno, así como las transformaciones que ambas ejercen mutuamente. Eventos recientes (Katrina, los sismos en Japón, Haití, Chile y otros países) han reforzado la importancia de abordar estos temas y ponerlos en la agenda de los historiadores.

De todos ellos, quizás los terremotos son los que han gozado de mayor popularidad como objetos de estudio. Impredecibles en el pasado (aunque la tecnología permite hoy anticiparse a los tsunamis con mayor precisión) e imposibles de combatir (a lo más prevenir, pero con resultados muy limitados), los terremotos afectan severamente el área donde ocurren, dejando detrás de sí una estela de devastación e incertidumbre. Por ello, una ciudad destruida y en proceso de reconstrucción es una oportunidad que un historiador no puede dejar pasar. Ni un político tampoco.

DOI

**10.3232/RHI.2011.  
V4.N1.10**

Mark A. Healy ha combinado ambos intereses —el del historiador y el del político— en su más reciente libro. Resultado de varios años de investigación, *The Ruins of the New Argentina* es el proyecto más ambicioso por entender al peronismo y la cultura política del país austral desde un evento particular como fue el sismo que permitió la reconstrucción de la ciudad y a su vez la construcción del mismo, incluso desde antes de que Perón llegara al poder. El título, por cierto, es bastante esclarecedor respecto de lo que el lector va a encontrar al interior del libro: la paradoja y tensión entre el proyecto peronista y la reconstrucción de San Juan. Ubicada en la periferia, San Juan sería conocido el día de hoy gracias sus viñedos de no ser, desafortunadamente, porque al comenzar 1944 un violento terremoto dejó la ciudad en ruinas. Aunque sus habitantes estaban acostumbrados a soportar este tipo de sacudidas, el de 1944 fue particularmente significativo pues colocó a San Juan en la mira de los sucesivos gobiernos y transformó esta localidad en un laboratorio del cual saldría el movimiento político más importante de Argentina del siglo XX.

Desde su oficina en la Secretaría de Trabajo y Previsión, Perón se apresuró a organizar la ayuda y las primeras medidas a tomar, previendo el provecho político que esto le podría significar en el futuro. Durante los siguientes años la relación entre el peronismo y el destino de San Juan se hizo muy estrecha, y la reconstrucción de esta estuvo sujeta prácticamente a los vaivenes de la política nacional. Healey muestra el complejo universo de fuerzas políticas que precedieron al peronismo así como las que se alinearon a favor suyo o para combatirlo, como los hermanos Cantoni, la Iglesia Católica, los bodegueros, los comunistas, por citar algunas. De igual modo, la investigación expone los diversos conflictos entre los proyectos que circularon para reconstruir la ciudad, así como la lenta y difícil construcción del peronismo desde un ámbito local hasta su proyección nacional. Si pudiésemos sintetizar los muchos aportes del libro en uno solo, diríamos que frente a las investigaciones en las se mostraba a los agentes del poder operando de modo abstracto, el libro permite ver al Estado en acción, desde “abajo”.

El libro cubre lo ocurrido con San Juan por casi veinte años. Los capítulos están organizados cronológicamente y divididos en función de momentos decisivos en la relación entre el Gobierno y dicha ciudad. La estructura del libro busca combinar precisamente esta trayectoria lineal, que permite conocer la evolución y caída del peronismo, con subcapítulos que se concentran en determinadas áreas o temas de la investigación. Aunque se privilegia el punto de vista de los técnicos y funcionarios del Estado, ello no impide que podamos conocer cómo el proceso de negociación política en torno a la reconstrucción tuvo en los sectores populares actores decisivos que lo moldearon y permitieron su implementación o fracaso.

La amplitud con la que cubre esta trayectoria va de la mano con la consulta de fuentes que realizó y que permitió la redacción del libro. Al tipo de documentos que uno esperaría encontrar en un libro así (informes técnicos, publicaciones oficiales, noticias de la prensa local) se añaden otros que le brindan mayor fluidez y una perspectiva desde los problemas que enfrentaron los agentes del Estado (arquitectos, ingenieros) para imponer sus puntos de vista y visiones de lo que debería ser la nueva ciudad y, por ende, Argentina. Para esto, no solo congregó a más de veinte personas de quienes recogió sus testimonios, sino que tuvo acceso a las colecciones personales de quienes intervinieron directamente en la reconstrucción de San Juan. Así, los archivos y bibliotecas consultadas proceden de Argentina, Gran Bretaña y Estados

Unidos. A mi entender, los mejores capítulos del libro son aquellos referidos a la forma cómo el peronismo fue surgiendo y tejiendo alianzas con los caudillos locales. Para quienes consideren que el omnipresente peronismo surgió como un movimiento que gozó desde un principio de apoyo masivo, se sorprenderán de descubrir las dificultades que tuvo que enfrentar para forjar un movimiento de base.

Como es natural, una investigación así despierta muchas preguntas. Uno de los temas que se podría ampliar a partir de esta obra es el referido a la continuación de la red peronista en los años siguientes. Ya el peronismo enfrentó un desmontaje y una persecución luego de su primera caída en 1955, pero la que vino luego, con la dictadura militar de mediados de la década de 1970, debió haber sido más brutal y sangrienta. Esto nos lleva a preguntarnos, ¿qué tan funcional fue el apoyo hacia el peronismo en esta localidad? De esto también se pueden desprender posibles temas relacionados con la memoria, considerando el valor simbólico de San Juan en la segunda mitad del siglo XX. ¿Conservan sus habitantes algún recuerdo privilegiado del vínculo con Perón? ¿Les fue o no beneficiosa esta cercanía con él? Finalmente, el libro ofrece muchas pistas para un marco comparativo con otros casos en la región en los que se buscó sacar provecho político de una situación similar.

*The Ruins of the New Argentina* es un libro original y que explora aspectos poco conocidos de la cultura política de la región. Se trata de una obra muy provocadora, que echa luces sobre los alcances y límites del peronismo. La publicación de este libro coincide además con una presencia más efectiva del Estado en América Latina, en lo que se refiere a la prevención y reconstrucción de las áreas dañadas en medio de este contexto de desastres naturales. De ahí su utilidad, pues nos explica las negociaciones que se establecieron entre gobernantes y gobernados durante la reconstrucción de la ciudad, tal como ocurrió en San Juan después de 1944.